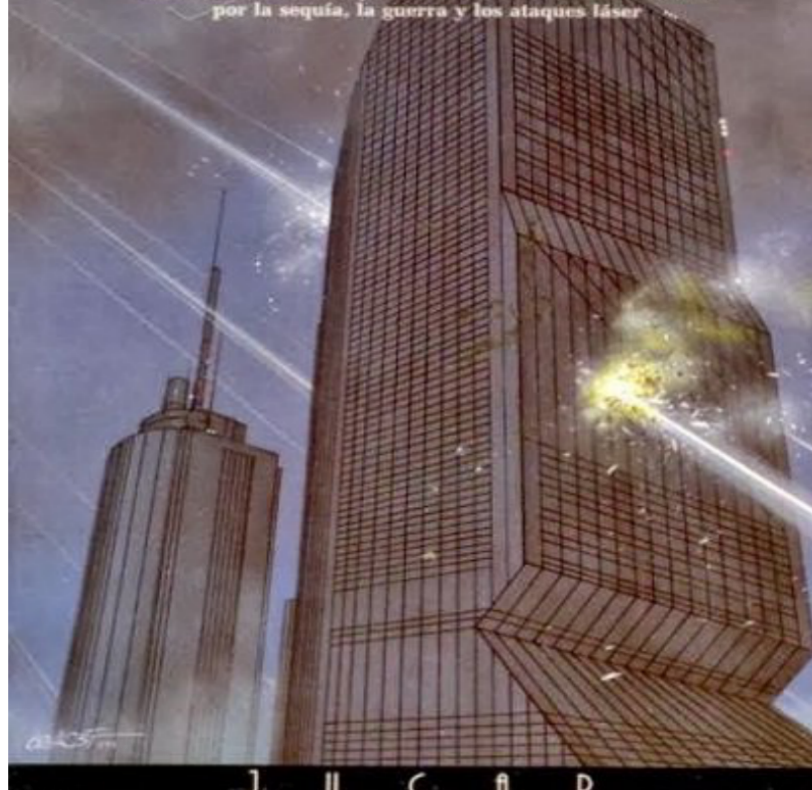

ETIQUETA FUTURA
RAID DE LUZ
Connie Willis y Cynthia Felice
Una historia de amor y aventura en un mundo devastado por la sequía, la guerra y los ataques láser
JUCAR

El mundo tal como lo conocemos ha cambiado profundamente. La sequía convierte los antiguos vergeles en desiertos. Una guerra civil entre el este y el oeste de Norteamérica arrasa el continente, y arrastra consigo a buena parte del mundo occidental. Los más sofisticados medios de destrucción son puestos a prueba; entre ellos los temibles raids de luz, ataques masivos con rayos láser lanzados desde el espacio, tan efectivos como despiadados.

En este mundo desgarrado, la helena Ariadne, una muchacha de diecisiete años, hija de una prominente científica occidental, evacuada a Victoria para su seguridad, teme por la vida de sus padres. Decidida a averiguar las razones de su repentina falta de noticias, decide abandonar la seguridad del norte y dirigirse a Denver Springs, donde se halla la poderosa Hydra Corp, la gran empresa que lucha contra la sequía y donde trabajan sus padres.

Pero Hydra Corp también lucha para la guerra. Y, así, Ariadne se verá implicada en un complejo asunto de espionaje, que empieza apenas llegar, cuando descubre que su madre se halla en la cárcel, acusada de traición…

Connie Willis y
Cynthia Felice

Raid de luz

Título original: *Light Raid*

Traducción: *Elias Sarhan*

Cubierta: *Antoni Garcés*

Primera edición: *Octubre de 1991*

© 1989 by Connie Willis y Cynthia Felice

© de esta edición, Ediciones Júcar, 1991

Fernández de los Ríos 20. 28015 Madrid. Alto Atocha 7. 33201 Gijón

I.S.B.N.: 84-334-4044-6

Depósito Legal: B. 35.944 - 1991

Producción: Fénix Servicios Editoriales

Impreso en Romanyá/Valls. Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

La unión de dos escritores para producir una obra conjunta es cosa habitual en la ciencia ficción, con ejemplos tan clásicos y notables como los tándems Pohl-Kombluth, Niven-Pournelle, o en el terreno de las antologías Asimov-Greenberg. Y, generalmente, suele dar muy buenos resultados.

Connie Willis y Cynthia Felice son dos conocidas escritoras del género que han decidido unir sus esfuerzos en una serie de novelas, la primera de las cuales fue Water Witch, y la segunda ésta. Connie Willis ha escrito principalmente relatos cortos, y con uno de ellos, «Fire Watch», ganó los dos premios más importantes de la ciencia ficción, el Hugo y el Nébula, mientras que con otro, «A Letter from the Crearys», obtenía con todos los honores el segundo. Entre sus novelas más importantes destaca Lincoln's Dreams.

Cynthia Felice, por su parte, es también autora de media docena de novelas, y empezó su carrera con buen pie: obteniendo el premio John W. Campbell al mejor autor nuevo. Ambas viven en Colorado.

Raid de luz sienta sus principales bazas no en el argumento en sí, repleto de acción y ritmo, sino en el trasfondo que lo arropa. El impresionante mundo que describen Willis y Felice en su novela no queda nunca explícito, no nos es presentado; sólo es entrevisto a través de la propia trama; pero esa sucesión de apuntes, pinceladas, detalles que lo configuran es más que suficiente para que penetremos en él hasta el fondo, lo comprendamos y lo hagamos nuestro. Y nos impresione profundamente.

Éste es, creo, más aún que la historia en sí que nos cuenta, el principal mérito de este libro…, y no es poco.

Domingo Santos

1

CUANDO el cartero llamó al timbre, no puedo decir que saliera exactamente corriendo a la puerta. En primer lugar, me hallaba a medio camino de ponerle el pañal a Verity Ann, y parar en ese momento habría significado tener que empezar de nuevo el proceso. Como ya había llegado a la fase en la que tenía mi rodilla sobre su estómago y le gritaba: «Espera a que la señora Ponsonby regrese a casa: le diré que eres una chica muy mala», creí más conveniente terminar la tarea.

En segundo lugar, el chico de correos no paraba de entregar folletos del gobierno y guías de neutralidad, con el fin de poder coquetear con cualquiera que abriera la puerta. Ya había entregado el correo de hoy, una carta de la hermana de la señora Ponsonby desde Yellowknife, y se había pasado media hora hablando con Chilkie, de quince años. Además, si era una carta de verdad lo que traía, posiblemente se tratara de otra notificación en la que se anunciaba que había disponible otro evacuado y en la que le pedirían a la querida y generosa señora Ponsonby si estaba interesada en recibirlo, en cuyo caso yo no la quería. Me era imposible silenciar el timbre de mi terminal de muñeca ya que estaba empleando ambas manos para evitar que el bebé se saliera del pañal, lo cual significaba que el otro timbre de la casa también estaría sonando. Pero Chilkie se hallaba a salvo en el piso de arriba y ni siquiera podría escuchar el caos de la cocina; por lo tanto, si yo lo ignoraba, tal vez se rindiera y se marchara.

No lo hizo, y cuando realicé un último intento heroico y conseguí pegar con firmeza las tiras de velero sobre el gordo y pequeño culito de Verity Ann, se me ocurrió que, quizá, la razón para esos timbrazos insistentes fuera una carta de mi padre. Alcé a

la niña en brazos y bajé corriendo las escaleras.

Beejum, de seis años, ya había abierto la puerta y le estaba diciendo al muchacho de correos que Chilkie no se encontraba en casa, tal como yo le entrenara.

—Pero Ariadne sí que está, Skids. ¿Quieres hablar con ella?

—Claro —repuso Skids, haciéndome una mueca burlona por encima de Beejum—. Siempre quiero hablar contigo.

—Bueno, pues yo no quiero.

Se encogió de hombros.

—Entonces de acuerdo. ¿Dónde está Chilkie?

—Sus padres mandaron por ella desde Denver Springs.

—Si ella no tiene… —empezó a decir Beejum, mientras yo cogía la carta y cerraba la puerta con un solo movimiento—.…padres —concluyó Beejum con un tono de voz molesto—. Tú lo sabes bien, Ariadne.

—Claro que lo sé. Pero, ¿cómo sabes que Skids no es un espía?

—¿Un espía? —repitió Beejum, mientras se le iluminaban los ojos.

—Unas palabras descuidadas podrían hacemos perder la guerra —dije, luchando con el sobre al tratar de abrirlo—. ¿Por qué no las transmiten por el com como lo hacen en casa? En Denver Springs jamás los verás entregando el correo en mano.

—¿Es la carta de un espía? —preguntó Beejum.

—No. —Tampoco era de mi padre. Me di cuenta sin abrirla. Le faltaban los sellos del servicio de censura y neutralidad que aparecían por toda la superficie de los sobres que venían desde los Estados Occidentales. Tenía una pegatina interna, pegada al calor, del servicio de comunicaciones de Victoria, unida a la línea perforada, y no había ninguna forma en que pudiera abrirlo sin romper la delgada copia del interior—. ¿Por qué vosotros, los de Victoria, no podéis hacer nada de la manera sencilla? —dije, esforzándome por mantener erguida a Verity Ann y abrir el sobre al mismo tiempo—. Hay más posibilidades de que un espía rapte a un niño con un giroscooter que de interceptar un mensaje del com.

Beejum se encogió de hombros.

—Toma. —Le pasé el sobre y acomodé a Verity Ann en mis brazos—. ¿Chilkie sigue arriba?

—Sí. Está en el tercer piso, con las gemelas —contestó Beejum, examinando con aire solemne la perforación—. Han vomitado.

—Supongo que será mejor que suba a ver si puedo ayudarla— dije, y me dirigí hacia las escaleras.

Cargar con Verity Ann era como tirar del extremo erróneo de un imán, y la idea de las gemelas vomitando era más de lo que yo podía soportar. Parecía que no había límite para la generosidad de la señora Ponsonby en lo que concernía a los evacuados. Sólo hacía una semana que se había traído a las gemelas, y ahora se encontraba en el Refugio de la Cruz Roja para ver si había más refugiados disponibles. Esperaba que no los hubiera. Nosotros ya éramos nueve, y la única con suficiente edad para ayudarme era Chilkie, de quien no podía decirse que estuviera enamorada de los niños.

Tampoco yo lo estaba, y ese sentimiento aumentaba con cada día que pasaba. La señora Ponsonby se había mostrado encantada de acogerme, ya que estaba por encima de la edad normal de los niños evacuados, y eso significaba que sería capaz de aceptar a muchos más niños y recoger la ayuda que la Cruz Roja aportaba por cada uno de ellos sin hacer nada del trabajo. La señora Ponsonby le había dicho a la gente de la Cruz Roja que necesitaba el doble de ayuda para «restaurar» su destartalada casa de doscientos años de antigüedad, aunque no gastó nada en ninguna mejora que yo pudiera percibir.

La habitación que yo compartía con Beejum y el bebé tenía goteras, la unidad de reconocimiento de la voz del ordenador de la casa no funcionaba y las tuberías eran un desastre. La casa recibía el agua caliente y la calefacción de un manantial de agua caliente que había debajo de ella, pero las cañerías eran tan viejas como la casa misma y estaban llenas de incrustaciones minerales, lo que hacía que apenas hubiera algo de presión y, a menudo, nada de calefacción. El mes pasado la señora Ponsonby había recibido una ayuda extra para arreglar las cañerías; sin embargo, hasta ahora nadie había aparecido para repararlas. Cuando el agua dejara de salir, lo cual, según mis cálculos, ocurriría cualquiera de estos días, se vería obligada a hacer algo al respecto. Estaba impaciente porque sucediera.

—Toma —me dijo Beejum antes de que subiera la mitad del trayecto.

Me ofrecía el sobre abierto. Verity Ann intentó cogerlo y casi se me cae por encima del pasamanos.

—Gracias —le dije, aceptándolo. Me senté en el peldaño y le di a Verity Ann la pegatina del com para que la chupara. La carta decía:

«Mi querida Ariadne, acabo de recibir una carta de tu madre.

Hasta ahora no tenía ni idea de que te encontraras en Victoria. Por favor, di que aceptas venir a almorzar hoy conmigo a la una en el Hotel Emperatriz y, así, reparar la negligencia involuntaria hacia la hija de una vieja amiga.» Aparecía una perfecta firma facsímil que ponía: «Clare». Abajo añadía: «Me doy cuenta de que todo esto es muy precipitado. Si no puedes venir, llama al Emperatriz y déjame un mensaje».

Verity Ann se estaba ahogando con la pegatina. Le di unos golpecitos en la espalda y le saqué la empapada etiqueta roja con la mano.

Busqué en el bolsillo un pezón de miel para darle, tratando de pensar quién podría ser Clare. Estaba segura de que nunca antes había oído el nombre. Quizá se tratara de alguien que había trabajado en la Hydra Corp y luego se casara en otra corporación. Tal vez esta mujer le escribía a una persona totalmente distinta, por lo que yo no llegaría a almorzar jamás en el Hotel Emperatriz, sino que me encontraría delante de la antigua consola de mano de la señora Ponsonby, tratando de elegir algo que todo el mundo quisiera comer en el almuerzo, algo que las gemelas no devolvieran rápidamente y que la señora Ponsonby no dijera que era muy caro.

De repente comprendí que no podía enfrentarme a otro de los almuerzos del Hogar para Niños Evacuados de la señora Ponsonby. Si esta mujer, Clare, había cometido un error, no lo sabría hasta que me viera, y si yo tenía suerte, no lo comprobaría hasta después de que hubiéramos pedido la comida. Entonces recibiría mi almuerzo, un poco de amabilidad y (si de verdad conocía a mi madre) la oportunidad de quejarme de ser una niñera a horario completo. Hasta quizás interviniera para que me enviaran de regreso a casa. Con o sin raids de luz, Denver Springs tenía que ser mejor que esto.

No le conté a Chilkie que me iba hasta después de hacer que Verity Ann se quedara dormida, ponerme mis mejores pantalones y sandalias y guardar todo lo que necesitaba en mi bolsa. Entonces fui a la cocina y, como al descuido, comenté:

—Adivina lo que recibí hoy por correo. Una invitación para

almorzar.

—¿Vino el correo? —preguntó Chilkie—. ¿Lo trajo Skids?

Tuve la tentación de decir que no. Chilkie parecía creer que Skids estaba loco por ella, aunque jamás se perdía una oportunidad para coquetear conmigo y, probablemente, con cada chica que encontrara en su ruta.

—Skids quería hablar contigo —anunció Beejum—, pero…

—Tú estabas arriba —intervine rápidamente—, y él tenía prisa.

Voy a salir. Dile a la señora Ponsonby que regresaré a las cuatro.

—¡A las cuatro! —exclamó indignada—. No puedes dejarme sola toda la tarde. ¿Qué me dices de Verity Ann? ¿Y de Beejum?

Normalmente habría intentado ser razonable y explicarle a Chilkie cuánto necesitaba esta salida, pero sabía que le daría un ataque.

Ya le había dado uno cuando le mostré el pase del ferry que le había robado a la señora Ponsonby, incluso cuando ella sabía a la perfección que era imposible salir de Victoria sin uno y que yo estaba decidida a volver a casa.

—¡No puedes marcharte y dejarme con todos los críos! —había gritado.

—No me iré hasta que cumplas dieciséis años y puedas venir conmigo. Entonces nos marcharemos juntas —había explicado yo.

Cuando ella comprendió que no iba a huir dejándola en la estacada, incluso me ayudó a confeccionar mis planes de fuga, aunque últimamente se hallaba tan absorta con su Romeo de correos que apenas me era de alguna ayuda. Me las tenía que arreglar yo sola.

Pero, aunque le había prometido que no me iría a Denver Springs antes de su cumpleaños, siempre llevaba conmigo, a cualquier lugar que fuera, mi equipo de fuga. Incluida esta ocasión.

—Sólo voy a la ciudad —le repetí con paciencia—. Verity Ann está dormida y Beejum se encuentra en tu cuarto, repasando las cartas de amor que te envió Skids.

Emitió un aullido y pasó en tromba por mi lado, en dirección a la escalera. Me cercioré de que las gemelas estaban sujetas a sus sillas y lejos de cualquier cosa cortante o comestible, luego regresé al pie de la escalera.

—No sé por qué te pones así —le grité a Chilkie—. Aún no sabe

leer. Adiós.

Volvió a gritar y yo me marché, y casi choqué con el chico de correos al salir.

—Llévame a la parada del tubo, ¿quieres, Skids?

—Claro —repuso él—. ¿Adónde vamos?

—No *vamos* a ninguna parte —le contesté, montando en el asiento acolchado detrás de él—. *Yo* voy al puerto.

Me lanzó esa sonrisa suya de Romeo y bajó del bordillo, apenas dándome tiempo para pasarle los brazos por la cintura y sujetarme.

Detuvo el scooter delante de la compuerta neumática que daba al tubo de vacío, por donde, cada pocos minutos, pasaban los vagones de levitación magnética.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo? —me preguntó.

—Estoy segura —contesté, mientras intentaba devolverle la raya a los pantalones.

—No sabes lo que te pierdes —comentó, sonriendo; luego, con el mismo tono de voz, preguntó—: ¿Se encuentra Chilkie en casa?

Pisó el acelerador y se largó antes de que yo pudiera responderle. Me apresuré a atravesar la compuerta y meterme en un levmag que acababa de llegar. La compuerta se cerró herméticamente y el vagón avanzó en silencio por el tubo transparente. Me hundí en el mullido asiento, sintiéndome mejor de lo que me había sentido en meses.

Cuando llegué a Victoria me sentía enfurecida con mamá y papá por haberme enviado a un país desconocido, lejos de casa y de su compañía, en medio de la guerra. No me habían trasladado al comienzo de ésta, que era cuando todo el mundo estaba muriendo a causa de los raids de luz por sorpresa. Yo había estado trabajando con mamá en un proyecto que, entonces, era importante, el proyecto bío MIG, como una aprendiz de bióloga, aguardando los últimos meses hasta que llegara mi decimosexto cumpleaños y poder adquirir el rango de investigadora plena, y nadie pareció preocupado porque pudieran lasearme.

Entonces, de repente, justo antes de mi cumpleaños, me mandaron a la obstinadamente neutral Isla de Vancouver, ya que Denver Springs era «demasiado peligroso». Bueno, pues Victoria tampoco resultaba muy segura, con bebés vomitando a diestro y siniestro y la señora Ponsonby recortando nuestros almuerzos hasta

situarlos en niveles de desnutrición; en poco tiempo me irrité tanto con la señora Ponsonby que dejé de estar enfadada con mamá y papá.

Los periódicos también ayudaron a que suavizara mi actitud hacia ellos. Si creías en los informes que aparecían en todos los terminales de cada esquina, Denver Springs estaba recibiendo un duro castigo. Quebec había aumentado sus raids de luz, aunque según los periódicos sólo los lanzaban sobre objetivos militares y comerciales. Pero la Hydra Corp era un objetivo comercial, ¿verdad? Y había rumores de algo que me pareció más terrible que los ataques de los satelbat: quizá mis padres sabían más de lo que me dieron a entender cuando, de repente, me mandaron lejos.

No dejé de estar furiosa con la señora Ponsonby; sin embargo, poco podía hacer al respecto, así que me concentré en regresar a casa. Le escribí cartas de súplica a papá y cartas lógicas a mamá. Las respuestas de papá mostraban simpatía pero eran firmes. Contenían explicaciones de por qué no podía regresar a casa que habían sido eliminadas por los censores. Imaginé toda clase de cosas espantosas en los espacios en blanco.

Mamá se mostró impaciente con mi añoranza. Ella había llegado a la Hydra Corp y a Quebec cuando tenía quince años, siendo una huérfana y una evacuada, se había casado con mi padre al cumplir los dieciséis, y jamás había mirado hacia atrás. «Pasé mi tiempo tratando de adaptarme a mi nueva situación, haciéndome amiga de mis compañeros de trabajo y creando una nueva familia en vez de llorar por la que había perdido. Sugiero que tú hagas lo mismo», me escribió.

Claro que ella no había sentido añoranza. Tuvo que escapar de Quebec después del golpe y, además, ella dispuso de mi padre y de toda la Hydra Corp para ayudarla a adaptarse.

Las cartas de mamá me habían convencido de una cosa, jamás enviaría a buscarme a menos que tuviera otra buena razón para regresar que no fuera la añoranza. Intenté proporcionarle esa razón estableciendo un laboratorio en el cuarto de la colada del sótano de la señora Ponsonby. Era un lugar completamente privado, ya que la señora Ponsonby jamás pensaría en realizar la colada ella misma.

Sin que nadie lo supiera, me había traído algunos bíos MIG vivos y una serie de hidras experimentales conmigo. Tenía una idea descabellada para avanzar en una fase de la investigación MIG que

traía de calle a mamá y, así, regresar triunfante a casa. No había nada malo con los pequeños chips de memoria creados por medio de la ingeniería genética, salvo que no se duplicaban. Intenté todo lo que se me ocurrió en mi limitado laboratorio, incluyendo el guardar algunos en la nevera, un experimento que tuvo como resultado el que la señora Ponsonby los tirara a la basura creyendo que se trataba de sobras. Nada funcionó, de modo que dejé de trabajar con ellos y me dediqué a algo más práctico: trazar un plan de fuga.

Las hidras que había traído resultaban fáciles de hacer crecer. Los pequeños organismos bombeadores y limpiadores del agua son el pan de la Hydra Corp, ya que convierten a la árida Denver Springs en el oasis exuberante que es porque penetran en los yacimientos de agua más profundos y que las mejores bombas mecánicas no pueden alcanzar. Pero la hidra también puede adaptarse a otros muchos propósitos. Por ejemplo, se puede secar un pozo, así como cegarlo, simplemente reforzando las paredes de sus células. La Hydra Corp lo hacía todo el tiempo, y así eliminaba fuentes de agua que resultaban incluso demasiado polucionadas para que las hidras las limpiaran, e incluso convencían a los clientes que no pagaban sus facturas de que lo mejor era que las abonaran. Hasta podían paralizar las cañerías de la señora Ponsonby de modo que tuviera problemas con la Cruz Roja y perdiera su licencia para albergar a los evacuados. Por ello me dediqué a mutar las hidras y a colocarlas en las cañerías; sin embargo, con los residuos minerales tan incrustados, supuse que les llevaría un tiempo conseguirlo.

Lo que funcionó de inmediato fue una mutación excelente que tenía la consistencia de la masilla y el color de la piel. Me taparía el tatuaje de evacuación cuando llegara el momento de salir de Victoria.

Entonces, las cartas de papá dejaron de llegar. Nunca me había escrito con mucha regularidad, aunque siempre más de una vez por semana, y ya llevaba más de un mes sin saber nada de él. Las cartas de mamá las recibía una vez al mes y, prácticamente, el mismo día (supongo que me tenía en el calendario de su terminal: modelo de carta, y sólo tenía que llenar los espacios en blanco). Durante el último mes había recibido seis cartas de ella, y en ninguna mencionaba a papá. Sus cartas jamás habían sido expansivas; sin embargo, ahora carecían de noticias, eran vagas en una forma que

resultaba perturbadora. Los periódicos contaban historias de terribles raids de luz a la ciudad y sabotajes, pero ella no hablaba de ellos, ni de su investigación ni de nada. Era como si las cartas fueran escritas en un vacío. Como si tratara de ocultarme algo, pensé cuando salía del levmag.

Me paré en seco. Ésa era la verdadera causa por la que bajaba al puerto vestida con pantalones de seda para encontrarme con alguien a quien no conocía. Todo este mes traté de convencerme de que papá se hallaba demasiado ocupado para escribirme y de que mamá seguía mostrando su acostumbrado aspecto profesional, pero no me lo había tragado. Mamá me estaba ocultando algo, y yo iba a descubrir lo que era de esa tal Clare.

Crucé la calle en dirección al Hotel Emperatriz. Es un edificio enorme, con casi cien años de antigüedad, y fue construido en el mismo emplazamiento de otro edificio más viejo que se irguió durante más de un siglo a la entrada del puerto de Victoria. Los periódicos siempre están llenos de cotilleos sobre quién se aloja en el Emperatriz; un puñado de periodistas con sus sombreros de fieltro en los primeros peldaños alzaron la vista cuando pasé por su lado. Volvieron a bajar los ojos ya que les resultó obvio que yo era una don nadie. El portero ni siquiera se molestó en mirarme, y tampoco lo hicieron los recepcionistas del enorme vestíbulo.

Yo no sabía adónde tenía que ir. Sabía, por los periódicos, que el té se servía en el vestíbulo, pero también hablaban de un comedor y un bar, y algo llamado el café jardín. Vi a varias señoras de mediana edad sentadas solas ante unas mesas en la terraza; sin embargo, ninguna pareció interesada en mi llegada, y tuve la sensación de que, si me acercaba a alguna de ellas sin ser invitada, alguien de la dirección me detendría. Vacilé, mordiéndome los labios y pareciendo exactamente una evacuada. Debió resultarle fácil a Clare encontrarme.

—Ariadne —dijo una voz a mi espalda.

—¡Madre! ¿Qué estás…? —exclamé, volviéndome en redondo —.

Quiero decir…, pensé… —Durante un momento descabellado tuve la certeza de que era mi madre la que había pronunciado mi nombre, pero, claro está, no era así. Sólo se trató de un accidente de voz y del hecho de que yo había estado pensando tanto en ella durante el viaje al hotel. Con voz débil, añadí—: Usted debe de ser

Clare.

—Sí —repuso. Su cabello era rubio y lacio y tenía ojos azules—. Pensé que podríamos almorzar en el Café Jardín. Es un poco anticuado, pero sigue siendo un lugar agradable.

Le hizo un gesto con la cabeza a un camarero que aguardaba cerca de nosotras y éste nos llevó a una mesa.

Muy agradable no es la palabra exacta. Tenía manteles de auténtica tela y cubertería de plata, junto con platos de porcelana china de verdad. El camarero nos dio unos menús en vez de traernos un terminal. Los menús consistían en unas tarjetas impresas por una impresora de impacto antigua. Dos de los platos que ofrecían habían sido tachados, y había una nota en que la dirección advertía que ciertos platos, debido a las disponibilidades del mercado, podían ser cambiados sin previo aviso, etc., lo que significaba que los tubos que venían a la Commonwealth y a los Estados Occidentales se habían visto bloqueados otra vez, o que Quebec había secuestrado un cargamento de miel y de semillas de girasol en una de sus constantes «comprobaciones de país neutral».

—Solían tener unos terminales muy bonitos en cada mesa —señaló Clare—. La guerra incluso ha afectado al Emperatriz, aunque, me alegra decirlo, no a su servicio. —Dejó el menú sobre la mesa—. Recomiendo que pidamos marisco o pescado, algo que hayan cogido aquí, en el Estrecho. Puede que lo demás no esté disponible.

Clare iba elegantemente vestida con una falda y una chaqueta a juego en lo que yo pensé que era lana de verdad. Llevaba pendientes y una delicada cadena. Se parecía a una de las ricas y famosas cuyas fotos aparecían en los periódicos comiendo en el Hotel Emperatriz.

Su voz, que no era como la de mamá, mostraba un contenido acento de la Victoria de la Commonwealth.

—¿De dónde conoce a mi madre? —pregunté.

—Es una larga historia —repuso ella—. Pidamos primero y luego te la contaré.

Le hizo una seña al camarero y, al instante, lo tuvo al lado de su codo. Clare ordenó una ensalada de pescado y yo musité que quería lo mismo. Una vez que se marchó, Clare inquirió:

—¿Te lo pasas bien en Victoria? No es como el hogar y la compañía, ¿verdad?

—No —contesté, y me encontré contándole todo lo concerniente a la señora Ponsonby y a su fábrica de bebés.

No había pensado soltarlo todo de esa forma y no estaba muy segura de por qué lo había hecho, salvo que ya había llegado al límite de mi resistencia y ese comentario sobre el hogar y la compañía me hicieron creer que, quizá, ella pudiera comprender lo que nadie más en este ignorante país parecía entender, y es que no sólo echaba de menos Denver Springs, sino también a la Hydra Corp.

Hablé unos buenos cinco minutos sobre la señora Ponsonby y los bebés, Chilkie y Skids, antes de recordar que no le había preguntado nada acerca de papá y del extraño cambio en las cartas de mamá, que era el motivo por el que había venido a verla, y tampoco la había dejado hablar de otra cosa. Por lo menos, no mencioné mi intento de sabotaje de las cañerías de la señora Ponsonby con mi jardín bío; sin embargo, tal como iban las cosas, probablemente lo hiciera la siguiente vez que abriera la boca.

Me alegré de que el camarero apareciera para diseminar servilletas de papel por doquier y llenar tazas con manzanilla y leche, haciendo que la conversación fuera imposible. Clare sonrió y se encogió de hombros, y las dos nos quedamos en silencio hasta que se marchó, dejándonos con dos trozos de lo que parecía ser salmón en conserva sobre una hoja de lechuga.

—Oh, vaya, la guerra ha afectado al Emperatriz más de lo que yo pensaba —dijo—. Esperaba salmón fresco. —Cogió uno de los cinco tenedores y me sonrió—. Lo siento. Supongo que esto podrías comerlo también en casa de la señora Ponsonby.

No me atreví a empezar de nuevo con lo mismo, así que le devolví la sonrisa, cogí un tenedor, el primero que pillé, y me ocupé con la ensalada. *Era* salmón en conserva. Comimos en silencio durante unos minutos, como si ella esperara que yo reiniciara la conversación. Finalmente dijo:

—Debes pensar que fue muy desconsiderado por mi parte no haberme puesto en contacto contigo antes, pero no sabía que te encontrabas aquí. Tu madre me escribió hace un mes; sin embargo, yo no volví a la isla hasta ayer.

El mes pasado fue cuando mi padre dejó de escribirme. La miré, al tiempo que mi corazón empezaba a latirme con fuerza. Ella bajó la vista a su lechuga.

—He estado en Yellowknife por asuntos del gobierno durante varios meses. De lo contrario, me habría puesto en contacto contigo antes. Da la impresión de que no has sido muy feliz.

—Desearía estar en casa con papá y mamá —comenté—. Hay tanta censura en los periódicos que apenas me entero de nada de lo que sucede en Denver Springs. ¿Le dijo algo mi madre sobre cómo estaba sobrellevando mi padre los raids de luz?

—¿Qué? —preguntó Clare.

Ahí estaba otra vez, algo, una especie de nerviosismo o tensión cada vez que tocábamos al tema de mi padre.

—¿Ha habido algún raid de luz cerca de la Hydra Corp? —inquirí. Bebió un poco de su té y luego me miró.

—Me temo que sólo sé lo que leo en los periódicos. No mencionaron ninguna escalada en los raids de luz. No he leído nada acerca de raids a civiles. Estoy convencida de que tu madre se encuentra bien.

Mentía. Tal vez pronunciaba unas palabras que eran la verdad literal, pero que, no obstante, eran una mentira. No había dicho que no se produjeran raids de luz sobre objetivos civiles. Simplemente dijo que los periódicos no habían mencionado ninguna escalada. Y había finalizado con «tu madre se encuentra bien». No con «tu madre y tu padre». El camarero regresó. Se llevó los platos y trajo el carrito de los postres. Parecía que éstos no habían sufrido ningún bloqueo. Me quedé mirando las tartas heladas y la mousse de algarrobo durante tanto tiempo que Clare dijo:

—Dos porciones de tarta de frambuesa.

El camarero cortó una ración generosa para mí. Dejé que me colocara el plato delante, preguntándome si notaría lo temblorosa que estaba. Definitivamente, algo no iba bien en casa, y Clare sabía de qué se trataba.

Clare cogió otro de los tenedores y me preguntó:

—¿Por qué no vienes a vivir conmigo?

—¿Qué?

—Vivo en una vieja casona en el extremo norte de la isla. Hay espacio más que suficiente, y te puedo garantizar que no tendrás que cambiar pañales ni cuidar niños. Me encantaría tu compañía. Por favor, di que vendrás.

Si sólo hubiera venido a esta comida para confirmar mis

miedos, ella acababa de hacerlo. Papá no me había escrito en más de un mes, y había algo extraño en las cartas de mamá. Le había escrito a Clare contándole lo que era y, si tenía que pedirle a una amiga a la que yo no conocía que cuidara de su hija, debía de ser algo serio, muy serio.

Fingí que me concentraba en terminar la tarta y en beberme el resto de mi manzanilla templada. Luego contesté:

—Le he escrito a mi padre pidiéndole si podía regresar a casa. No creo que deba darle mi contestación hasta no recibir su respuesta.

Ella trató de sonreír.

—¿Sabes que puedes recibir con la misma facilidad tu correspondencia en mi casa?

—Probablemente mejor —repuse con tono ligero—. El chico que trae nuestras cartas, Skids, no es muy de fiar. Pero, aunque me envíen las cartas a su casa, no puedo dejar a la señora Ponsonby sin nadie que la ayude. Echaría todo mi trabajo sobre la pobre Chilkie. Por lo menos he de concederle unos días para que encuentre a alguien a quien adoptar que sea lo suficientemente mayor como para cambiar pañales.

El camarero dejó una cuenta cromada boca abajo sobre la bandeja. Clare la cogió para ver cuánto era, luego añadió una propina y la firmó con una entrada de cuatro caracteres. El camarero realizó su actuación más rápida que la luz y nosotras empujamos hacia atrás las sillas.

—De acuerdo, Ariadne —dijo Clare—. Te llamaré pasado mañana. Admiro la lealtad que muestras hada tu amiga, pero…

¿Pero qué? ¿Voy a enterarme de algo en unos días? ¿Skids va a traerme una carta con los bordes negros?

—Tiene razón —comenté—. No puedo esperar eternamente. Se lo anunciaré a la señora Ponsonby esta noche y prepararé mis cosas.

Puede pasar a recogerme mañana. —Titubeé—. Es muy amable por su parte el pedirme que vaya a vivir con usted.

—Me hace feliz que vengas —aseveró Clare y, de inmediato, pareció más relajada—. ¿Quieres que te lleve a casa? —me preguntó en la entrada del hotel. Señaló hada el viejo edificio del Parlamento que había al comienzo del puerto—. Tengo mi ala de gaviota a unas pocas calles de distancia.

—No gracias. No creo que sea una buena idea que me lleve a casa. La señora Ponsonby no se va a mostrar muy contenta. Será mejor que se lo diga yo. Tomaré el levmag. —Me adelanté y la besé en la mejilla—. Gracias por preguntármelo. No sabe cuánto significa para mí.

Bajé rápidamente los escalones y crucé hasta la estación del levmag.

Esperé haberla convencido de que aceptaría su invitación. Si no era así y reaccionaba de forma errónea a ese beso impulsivo, quizá llamara a la señora Ponsonby esta misma tarde. Aunque no lo hiciera, la señora Ponsonby sólo me daría hasta las cuatro para regresar y empezar a pedir la cena para los niños. Ya eran las tres. Aguardé en la plataforma hasta que pasaron tres coches; luego fui a cerciorarme de que Clare se había marchado. No estaba. Salí de la estación y bajé a toda velocidad hasta el puerto.

La última parte de la conversación había sido lo más difícil que hice jamás. Puedes recibir tu correspondencia en mi casa, ¿eh? Ella sabía a la perfección que yo no recibiría ninguna carta de mi padre. Ésa era la causa por la que me había invitado a comer y me invitaba a vivir en su casa. Porque sentía pena por mí. Porque algo le había sucedido a mi padre. Y tenía que ver con un raid de luz.

¿Cuándo me lo iba a contar? ¿Cuando nos encontráramos a salvo en su casa, en la parte norte de la isla, donde no había servicio de levmag, y donde tendría la seguridad de que yo no podría salir corriendo hacia casa? ¿O es que ella y mamá pensaban continuar con esta farsa de las cartas inofensivas y las conversaciones censuradas hasta que terminara la guerra?

No me importaba lo que planearan. Yo ya había trazado mi propio plan. Chilkie jamás entendería que la abandonara de esta forma, pero no podía correr el riesgo de llamar a la casa de la señora Ponsonby para explicarle lo que iba a hacer. En cuanto llegara a casa, le enviaría un mensaje por el com.

En la estación del ferry, entré en el lavabo y me encerré en una de las cabinas. Abrí mi bolsa y saqué el maquillaje que le había robado a la señora Ponsonby. Había estado practicando en avejentar mi cara hasta hacerlo en unos pocos minutos, y ahora vi los frutos de esas prácticas. Me peiné el pelo en un moño encima de mi cabeza y luego extraje las hidras mutadas. Me alegré de haberlas cogido en el último instante. Saqué las capas de bíos de sus láminas

de plástico y me los coloqué en el dorso de la mano. Los pequeñitos pronto adquirieron el color de la piel y se transformaron en una única capa opaca sobre el tatuaje. Pegué unos tacones altos a los talones de mis sandalias y me pasé otra vez la barra de labios color lavanda de la señora Ponsonby. Ya había recorrido medio trayecto a casa, pensé, y me pregunté qué encontraría al llegar.

del Christian Science Enquirer

Predicciones sobre los raids de luz

Tanto Victoria como los salmones son víctimas de los raids de luz, y la sequía se extenderá a las provincias marítimas.

«La neutral Victoria se convertirá en el objetivo de un satelbal antes de que vuelva a haber luna llena», predice Mona Zinfield, una pintora de brocha gorda con poderes psíquicos y que predijo correctamente la entrada de los Estados Occidentales en la guerra hace tres años, «aunque una niebla densa y pesada impedirá que las estaciones de batalla orbitales dispongan de una visión perfecta, haciendo que los rayos láser fallen su objetivo, destruyendo, en su lugar, Butchart Gardens, una de las maravillas del mundo. Las fans de Michael Jackson ganarán la batalla judicial que se opone a que sea despertado de su sueño de un siglo en una cámara de preservación hiperbárica en el que será su cumpleaños ciento cincuenta, proponiendo, a cambio, esperar al fin de la guerra para que Michael pueda vivir en tiempos de paz.»

«Los salmones no vendrán este año debido al aumento que ha experimentado la temperatura en el Estrecho a causa de los raids de luz sobre cruceros y destructores», comenta Bannerman Jones, consultor para las comunidades de la Península Olímpica y, al mismo tiempo, propietario de un servicio chárter y de alquiler de aerodeslizadores, «pero la pesca de río será excelente.»

(Más predicciones, Pantalla 3. Afamada pesca del salmón, Pantalla 4A.)

2

TAN pronto como crucé a salvo la frontera y entré en los Estados Occidentales probé a usar la cuenta de papá. Funcionó, y ésas fueron las mejores noticias que había recibido hasta ahora. Si papá estaba…, si le había ocurrido algo, habrían congelado su cuenta, y cualquiera que intentara realizar una transacción con ella sería detenido de forma automática y sometido a interrogatorio. No sólo no hubo ninguna pregunta ni la aparición repentina de un sheriff en el terminal, sino que ni siquiera hubo una comprobación de identidad. Eso significaba que papá tampoco sabía que yo me hallaba de camino, aunque preferí pensar en ello como una autorización tácita para que llegara lo más pronto posible; compré un pasaje en la caravana de tierra.

Me llevó un día y medio llegar a casa. Pasé las primeras horas durmiendo; luego, en cuanto atravesamos las Rocosas y nos adentramos en Montana, me pasé un montón de tiempo mirando por la ventanilla el paisaje creado por la guerra. Resultaba difícil creer que las interminables dunas de arena en movimiento hubieran sido alguna vez campos de trigo y de pastoreo para el ganado, y que la gente pudiera vivir en lugares donde no había hidras.

Realizamos una parada para cargar agua en el oasis Billings y, una vez más, en Cheyenne, donde esperaba a medias que papá me sacara de la caravana. Pero no lo hizo, y tampoco apareció para recibirme en la terminal norte de Denver Springs, cuando la caravana se detuvo en el improvisado puerto de tierra que habían estado usando desde que todos los vuelos del transbordador fueran cancelados, lo cual me preocupó aún más.

El puerto de tierra se hallaba en las afueras del oasis creado por las hidras y que rodeaba la mayor parte de Denver Springs. Supongo que, con la escasez de agua y el polvo que levantaban las caravanas, eso tenía cierto sentido, aunque ya se volvían a usar las alas de gaviota, y sus aspas evitaban que el polvo se aposentara en el suelo. Se me ocurrió que el polvo podía ser un intento deliberado de desalentar los raids de luz en los transportes que aún funcionaban. Los satelbat de Quebec atacaban con sus láser cualquier cosa que los Estados Occidentales y la Commonwealth lanzaran al aire, de modo que los vehículos atmosféricos operaban sólo durante las tormentas, cuando las densas nubes absorbían el haz de luz. La turbulencia terrestre local y la niebla profunda formaban también una defensa bastante efectiva contra los láser, aunque resultaban nocivas a los pulmones y a los ojos, y para mis pantalones, que estaban en un estado lamentable después de mi viaje a través de la frontera.

Me hallaba bastante sucia cuando entré en el transbordador terrestre que me conduciría a los tubos de la parte baja de la ciudad. No había nada que pudiera hacer acerca de los pantalones de seda, pero usé casi todo el maquillaje de la señora Ponsonby para ocultar las manchas de mi cara. Pensé en quitarme los bíos, ya que se estaban poniendo verdes y se enroscaban de forma sospechosa, pero llegué a la conclusión de que sería demasiado arriesgado. Incluso tan cerca de casa podía ser atrapada por un celador de evacuados, que me enviaría de regreso a Victoria sólo por mi tatuaje. Decidí que, cuando fuera necesario, mantendría las manos en los bolsillos.

Mi viejo pase de estudiante me permitió entrar en la terminal. Entonces me di cuenta de que la mayoría de la gente ni siquiera enseñaba pases o tarjetas de plástico. Cuando vi que la terminal se hallaba atiborrada de instrucciones para los raids de luz, supuse que la relajada seguridad a la entrada se debía a que no podían hacer que la gente formara colas de inspección durante la alarma de un raid de luz.

Sin embargo, en el interior, vi a un montón de celadores y de vigilantes por los alrededores, observando cómo entraban y salían los coches levmag y, tal vez, buscando a algún evacuado. Me acerqué a una pantalla de periódico mientras esperaba que llegara el levmag con rumbo sur. El encabezamiento decía: «Sospechoso de traición se niega a hablar», y debajo, un subtitular anunciaba: «El

sabotaje de la sequía sigue siendo un misterio». No podía enterarme de la historia hasta que no introdujera una ficha en la ranura del periódico. No tenía ninguna y, en cualquier caso, el levmag hacia el sur estaba entrando. Corrí para abordarlo.

Yo me dirigía hacia Cheyenne Heights, pero esa estación había sido tachada del mapa de ruta en el interior del coche. Sólo llegaba hasta Black Forest. El tubo había sido destruido desde ese punto hasta el Jardín de los Dioses, donde su recorrido iba por encima de la superficie del área aluvial. Intenté no pensar en el tiempo que el satelbat había sido capaz de permanecer en órbita estacionaria para causar semejante daño antes de que los GTA lo alejaran.

Seguí a un puñado de personas hacia las escaleras, y me sentí extrañamente vulnerable cuando salí a la luz del sol; sin embargo, Woodman Valley seguía como siempre, y sólo se veía una línea estrecha de hierba calcinada allá donde se quemara la estructura de vacío del tubo. Supongo que esperaba que hubiera desaparecido media ciudad y que el bastión de las Rocosas fuera unas ruinas humeantes.

Las Rocosas parecían intactas, de un azul verdoso en la neblina de la tarde, el valle todo cubierto de verde con brotes nuevos allí donde medraba la hidra. En el centro se veían puntos de color marrón, de la especie que a veces se distinguía en un campo nuevo donde las hidras portadoras de agua aún no habían terminado de diseminarla. Pero ése no podía ser el caso, ya que las hidras de Woodman Valley eran viejas y fuertes desde antes de que yo naciera. Podía tratarse de un daño causado por láser, pero hasta un raid frustrado habría dejado huellas de un daño termal, como la marca en el tubo, y esto sólo parecía seco. Tenía que ser el problema de la sequía que el periódico anunciaba como un sabotaje.

Las siluetas de los edificios a lo largo de las Heights seguían iguales; sin embargo, las cúpulas de granito rojo pulido y de piedra caliza de las corporaciones habían sido rociadas con una espantosa pintura metálica para que reflejaran parte de la energía de los láser. Cerca, un aparcamiento había sido barrido para acomodar una mezcolanza de vehículos: scooters y alas de gaviota que tenían pintado a mano en los fuselajes y los parachoques la palabra taxi, más unas pegatinas de aspecto oficial de la Autoridad de Tráfico en los parabrisas.

Me dirigí a un scooter que no tenía el aspecto de que fuera a

deshacerse en cuanto hubiéramos recorrido dos manzanas. Una mujer con un mono de segunda mano de los usados en los vuelos de transbordador, con los galones arrancados de la manga izquierda, abandonó un grupo de gente vestida de forma similar que estaba reunido en torno de un surtidor de agua.

—¿Adonde? —preguntó. Se apoyó sobre los talones y me observó, como si estuviera analizándome.

—Cheyenne Heights.

—¿Qué parte de Cheyenne Heights?

—Al diecisiete del Complejo Hydra. ¿Por qué? ¿Ha habido algún raid de luz allí?

La mujer se encogió de hombros.

—No más que en otros lugares. —Se llevó las manos a los bolsillos y volvió a escrutarme—. ¿Tienes algo que ver con esos periodistas que llevé a la Hydra Corp esta mañana?

—¿Periodistas? —repetí.

Papá apenas había tolerado a los periodistas de la red de satélites en la Hydra Corp, pero, al estar la mayoría de los satélites inutilizados por la guerra, los periódicos eran más populares que nunca. No obstante, no me los imaginaba interesados en la Hydra Corp.

Mi mirada desconcertada debió de convencerla, porque hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Pago por adelantado, en efectivo.

—¿Efectivo? —no tenía nada. Sacudí la cabeza—. De todas formas, gracias.

Miré las montañas, vi que el sol ya las iba a alcanzar y a ponerse detrás de ellas. Si mis piernas no me fallaban, quizá lograra llegar a casa por la mañana.

—Aguarda, muchacha. ¿Eres una evacuada?

Me observó las manos en busca del tatuaje, que no llegaría a ver gracias a que los bíos, aunque se estuvieran tornando verdes, lo ocultaban. Igual que la correa de la bolsa.

—Lo fui —repuse—, pero mis padres acaban de mandar por mí.

—De acuerdo, entra. Aceptaré el pago cuando lleguemos.

La conductora metió el scooter por calles que no reconocí, y me pregunté si había elegido esa ruta para mantenerme alejada del daño.

—¿Estuviste mucho tiempo fuera? —preguntó, girando por otra esquina.

—Dos años —contesté.

—¿Dónde trabajan tus padres? —Me observaba por el espejo retrovisor.

—En la Hydra Corp

—¿Qué hacen?

Poco a poco me iba dando cuenta de que lo que intentaba era calcular lo que les cobraría. Si le decía que mi madre era la directora de Investigación o que mi padre era jefe de Seguridad, la tarifa subiría.

—Mi padre cuida los tanques de desperdicios, y mi madre trabaja en los invernaderos.

—Sí —comentó—. Yo pensé en conseguir un trabajo en la línea de montaje antes de que me saliera éste de taxista. El resto de los malditos países involucrados en esta guerra disponen de trabajo, pero los Estados Occidentales tuvieron que dejar que los federales se metieran de por medio. Es imposible conseguir algo a menos que te alistes en el ejército, y nunca me gustó eso de pintar techos. —Sacudió la cabeza y siguió conduciendo.

Nos estábamos acercando a Space Park, una vieja y hermosa zona de desarrollo de tecnología. Hydra tenía unas instalaciones subterráneas aquí, de modo que los grandes algodoneros podían crecer en los terrenos aluviales. Vi un árbol calcinado; luego, toda una hilera, allí erguidos como esqueletos carbonizados. Empezaba a verse el daño causado, aunque casi todo estaba bastante recogido, como si quisieran ocultarlo. Me pregunté cuántos montones de escombros habría en Cheyenne Heights.

A medida que avanzábamos se veía más daño. Habían desaparecido edificios enteros, y la calle se encontraba cubierta de cristales rotos. Vi lo que en un principio me pareció que eran árboles derribados hasta que distinguí a uno con una farola.

—Me sorprende que tus padres te llamaran —comentó ella, ascendiendo por las colinas que había al pie de la Montaña Cheyenne.

Las colinas y los valles formaban una descabellada manta de edificios en ruinas intercalada con casas pintadas de color plata.

—¿Por qué? —pregunté, preocupada de nuevo—. ¿Ha recibido algún impacto la Hydra Corp?

—No, pero con todo ese caos del sabotaje… ¿Dices que tus padres te están esperando?

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste algo de ellos? Me incliné hacia delante.

—Hace una semana —repuse—. ¿Por qué?

Paró el scooter sobre cristales y otras cosas que se aplastaron bajo su peso.

—Porque ya hemos llegado, muchacha. El diecisiete del Complejo Hydra.

Escombros. Bloques de granito y de piedra caliza, pequeñas piedras ennegrecidas en su mayoría. Salí del Scooter sin creer lo que veía. El césped había desaparecido y, allí donde no lo cubrían los escombros, era una superficie plana y negra. Alguien había clavado un letrero que decía: «Prohibido el paso». Quedaba tan poco de la casa que no habría podido orientarme de no ser por una línea oscura de piedra chamuscada que debía de conducir hasta la puerta de entrada. Todo apestaba a humo, aunque no se veía ni siquiera un pequeño hilillo. Esto no había sucedido ayer.

Me volví para preguntarle a la conductora si sabía cuándo había ocurrido. Ella y el scooter habían desaparecido. Y mi bolsa. Y la mitad de mi vida. Experimenté la repentina certeza de que mamá y papá se encontraban debajo del montón de muebles destrozados y rocas. Sentí un horrible deseo de cavar entre los escombros para encontrar sus cuerpos.

Eso no era posible, por supuesto. Si había alguien bajo los escombros, los rastreadores y las excavadoras se habrían presentado tan pronto como hubiera acabado el ataque. Me arrodillé y toqué las destrozadas rocas que habían sido nuestro portal. Estaban frías al tacto. Como mínimo, el raid se produjo hacía unos días, y los escombros no parecían haber sido removidos, no por lo menos por maquinaria pesada.

Pisé con cuidado lo que debió de ser la puerta de entrada y penetré en los restos derruidos del salón, luchando durante todo el tiempo con la espantosa sensación de que, cuando bajara la vista, vería asomar la mano de mi padre. Me resultaba imposible orientarme. ¿Dónde terminaba el salón y comenzaban los dormitorios? Vi un pedazo de madera que creí que pertenecía al gran escritorio del despacho de mamá y, luego, un plato de gres

que yacía intacto sobre roca pulverizada. De acuerdo, pensé, si esto es la cocina, eso significa que el despacho de papá se encuentra por allí. Salí, recorrí el camino casi hasta donde terminaban los escombros, y retrocedí cuando distinguí unas astillas de nuestra bañera de cedro, deteniéndome detrás de media puerta que aún se hallaba de pie, donde me puse a cavar.

Estaba buscando el ordenador de la casa. Eso habría sido lo primero que papá habría salvado, o más bien el dispositivo de seguridad. Empleé una pieza de madera imposible de identificar para tratar de empujar un pedazo grande de roca y dejar expuestas unas fibras ópticas. Tenían los extremos cortados, no quemados; tiré despacio de ellas para ver a dónde conducían. La resistencia que recibí me indicó que estaban sujetas o atrapadas por algo. Las fibras no parecían dañadas.

Durante un momento pensé que papá había regresado para llevarse la consola y que, después, rechazó la idea. No se habría llevado toda la consola, sólo el dispositivo de seguridad. No; la consola, o lo que quedaba de ella, había sido robada por saqueadores. ¿Cómo se habían atrevido los saqueadores a llevarse algo de la casa del heleno Dares de la Hydra Corp? Porque está muerto, pensé con mente embotada. Eso era lo que Clare y mamá me habían estado ocultando.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —escuché que preguntaba la voz de un hombre. Tenía el mismo acento que Clare—. ¿Quién es usted y qué está haciendo en este lugar? ¿No ha visto el letrero de prohibido el paso?

—Sí —le contesté a un hombre alto y con barba. Llevaba una clámide sobre un uniforme de color caqui, pero supe que no podía pertenecer a la Hydra Corp, no con una barba así. La corta capa de color rojo mostraba una especie de insignia. Llevaba unas herramientas de energía y un equipo fotovoltaico; tenía el aspecto de saber cómo usarlos. Me puse de pie—. Vi el letrero —repetí, con más valor del que sentía—. No se aplica a mí. —De repente me invadió la idea de que debía de ser un saqueador. Con toda probabilidad había pensado que la capa le daría acceso a un vecindario de la Hydra. Miré a mi alrededor, preguntándome cuánto tendría que correr hasta encontrar un com que funcionara y por el que pudiera denunciarle o, por lo menos, pedir ayuda. Toda la zona estaba destruida, casi hasta la cima de la colina—. Vivo aquí, que es más de lo que puede decirse de usted; por lo tanto,

será mejor que se marche.

—¿Vive usted aquí? —preguntó. Señaló los escombros que había a su espalda.

—Sí. Vigilo el sitio para mi padre. A él no le gustan los saqueadores. Me dijo que le dispararía a cualquiera que apareciese por aquí.

Realmente, no pensaba que ese farol fuera a funcionar. No parecía un soldado que viniera a buscar cosas en su tiempo libre. Vestía el uniforme de un oficial, y quizá lo fuera, aunque las herramientas me hacían pensar que, probablemente, se tratara de un saqueador. Si lo era, había investigado y sabía que esta casa pertenecía a los helenos Dares y Medea de la Hydra Corp y que su única hija se hallaba en Victoria.

—Será mejor que se marche —anuncié—. Mi padre regresará de un momento a otro. —Entonces lo comprendí. Si había investigado tan bien como yo creía que lo había hecho, y se había arriesgado a venir a saquear nuestra casa en pleno día, era porque tenía la certeza de que los propietarios no iban a regresar. Mi padre estaba muerto. De repente, ya no me importó lo que se llevara—. Márchese —insistí con voz apagada—. Ésta es mi casa.

—¿Su casa? —repitió—. Eso no es posible. Esta casa pertenece a… —Se detuvo y me miró—. Usted tiene que ser la helena Ariadne. No tenía ni idea de que regresaría tan pronto.

—Da la impresión de que debí hacerlo antes —dije con amargura, pero él ya no me miraba. Su terminal de muñeca emitía una configuración de luces y unos pitidos suaves. ¿Significaba eso que tenía un cómplice en alguna parte?

—Venga —dijo, y me cogió del brazo.

—Suélteme —pedí—. Puede llevarse todo lo que quiera. Pero suélteme.

—Por aquí —indicó, llevándome hasta la calle—. El refugio se encuentra hacia ese lado. —Había soltado su equipo con el fin de sujetarme con las dos manos.

Le lancé una patada, pero él alzó la rodilla para protegerse y sólo le di en la espinilla.

—Pare, ¿quiere? —Su voz sonó irritada y alta—. En cualquier momento va a producirse un raid de luz. Tenemos que ir al refugio.

Ni luchando podría soltarme de él.

—Déjeme. Tengo que encontrar a mi padre. No saldrá bien

librado de ésta.

Me inmovilizó con las manos, aunque habló con voz tranquila y razonable.

—No sé qué cree que estoy haciendo, helena Ariadne, pero tengo la impresión de que la realidad es distinta. Se va a producir un raid de luz en cuestión de unos minutos. Hemos de ir al refugio. Cuando lleguemos allí me encantará darle todas las explicaciones que desee, pero ahora mismo no hay tiempo para responder a sus preguntas. Debemos apresurarnos.

—¿Un raid de luz? —dije—. No escucho ninguna sirena.

Y en ese instante la escuché, el inequívoco aullido creciente que no había oído desde que me marchara a Victoria. Dejé que me llevara corriendo media manzana hasta el refugio, ya que yo no tenía ni idea de dónde se encontraba, pero me prometí que le denunciaría al primero que viera allí. Puede que también hubiera un com desde el que poder llamar a la Hydra Corp pidiendo ayuda.

Se entraba al refugio por una boca de acceso situada en mitad de la calle. El saqueador levantó con una mano la tapa pintada de plata y una nube de polillas salió de las oscuras profundidades, asustándolo, pero no lo suficiente como para que me soltara el brazo. Cuando se inclinó para accionar un interruptor, aparté con la mano a las aleteantes criaturas. En apariencia nos encontrábamos en un tubo subterráneo abandonado del levmag. Debajo se encendieron unas luces que me permitieron ver los símbolos del refugio, una reglas impresas pegadas al túnel y otra nube de polillas que se agitaron con la luz. Me hizo una seña para que caminara delante de él.

No me soltó el brazo hasta que no le quedó otra salida, ya que tuvo que permitir que descendiera la segunda mitad de la escalera sin su ayuda; en cuanto llegamos al fondo, eché un vistazo a lo largo de los cables, buscando un com o gente que pudiera haber a lo largo del túnel.

—Helena Ariadne, por allí sólo hay un callejón sin salida —le escuché decir.

Su voz produjo un eco. No había nadie más en el refugio salvo las polillas, y éstas no serían de gran ayuda. Tampoco vi ningún com, y él tenía razón sobre el callejón sin salida. Llegué hasta una pared y me detuve. Giré y empecé a buscar una piedra o un trozo de metal que pudiera usar para golpearle si se acercaba demasiado.

No había nada que fuera a servirme. Las paredes y el techo del túnel no eran más que roca horadada con láser, ni siquiera tenían vigas para sostenerlos. Una raíz expuesta de un árbol alimentado por hidras atravesaba el techo y chorreaba agua. Debajo había un gran charco de barro y un montón de polillas muertas.

Avanzó por el túnel hacia mí. Retrocedí hasta quedar con la espalda contra la pared y adelanté las dos manos para frenarlo.

—Será mejor que no se acerque más —advertí—. Mi padre es el heleno Dares de la Hydra Corp. Hará que le fusile un escuadrón láser si se atreve a tocarme.

Se paró en seco, con aspecto sorprendido y casi ofendido.

—Le aseguro, helena, que no tengo intención de… Me llamo Joss Liddell. Trabajo con su padre en la Hydra Corp.

—No le creo —comenté. Ahora que ya había dispuesto de tiempo para observarlo, ciertamente que no le creía. Tenía un cabello entre rojizo y castaño y una barba recortada, lo cual jamás había visto en la Hydra Corp, y su acento era, definitivamente, de la Commonwealth. Quizá no fuera un saqueador. Quizá fuera un espía quebequense—. ¿Cómo supo que iba a producirse un raid de luz antes de que sonaran las sirenas? —le pregunté.

—Recibí la señal en mi terminal de muñeca desde la Hydra Corp,

Su padre ha establecido un enlace directo con Defensa Civil, de modo que no haya un espacio de tiempo en blanco. Es algo bastante ingenioso. Defensa Civil no lo sabe.

—Mi padre —dije con ansiedad, olvidando que era un espía—.

¿Le ha visto? ¿Se encuentra bien? No está muerto, ¿verdad?

—No, no está muerto —repuso.

—¿Seguro?

—Absolutamente seguro. Le vi hace menos de media hora en la Hydra Corp.

Supe que decía la verdad.

Aliviada, cerré los ojos y, cuando volví a abrirlos, él me miraba de forma extraña.

—Creí que había muerto en el raid de luz que destruyó nuestra casa —señalé—. No he tenido noticias suyas desde hace un mes. Esa es la razón por la que regresé a casa, y cuando llegué aquí descubrí… Creí que usted era un saqueador. —Mientras hablaba, me di cuenta de que ya no lo creía.

—No soy un saqueador —aseguró él—. Me llamo Joss Liddell, y soy el ayuda de cámara de Su Alteza Real Miles Essex.

Claro. El nieto del venerable Rey de la Commonwealth, Pedro. Debí de haber reconocido la insignia. Papá había escrito bastante acerca de Essex cuando éste llegó a la Hydra Corp para ayudar en los proyectos de investigación de guerra. A papá le había caído bien. Varias veces, en sus cartas, había mencionado la disposición de Essex para cooperar, y papá había quedado especialmente impresionado con el hecho de que Essex se había mostrado dispuesto a renunciar a sus títulos usuales y a prescindir de su personal con el fin de trabajar en la más democrática Hydra Corp, aunque parecía que Joss no había sido incluido en el gesto. Mamá no quedó tan impresionada. Ella apenas le había mencionado y, cuando lo hizo, se refirió a él como «nuestro “útil" aliado».

En todos los periódicos de Victoria aparecieron fotografías de

Miles Essex junto a su abuelo en Yellowknife y, después de que averiguara que se encontraba en la Hydra Corp, empecé a prestarles atención. Me había sorprendido que fuera tan joven y tan atractivo, con su lacio cabello rubio, sus ojos azules y esa sonrisa cautivadora. Tenía una buena reputación con las mujeres, me había informado la señora Ponsonby con cierto retintín.

—Supongo que tu madre estará encantada de que te encuentres a salvo conmigo en Victoria —había comentado al tiempo que me pasaba otro bebé.

Si Essex era joven, su ayuda de cámara (fuera lo que fuese eso) era más joven aún. Parecía cinco años mayor que yo, como mucho, a pesar de sus modales serios de hombre de mediana edad. No resultaba tan llamativo como el príncipe, pero estuve segura de que su pelo rojizo castaño y su barba habían causado impacto en la Hydra Corp. Ciertamente, carecía de la sonrisa del príncipe. Ahora me observaba con el ceño fruncido y, aunque ya no parecía ofendido, todavía mostraba un semblante sombrío.

—Ha dicho que mi padre se encuentra en la Hydra Corp —dije —. Eso significa que los edificios no han recibido impactos directos.

—No. Sólo unos roces menores de láser, pero eso es todo. Prácticamente no han atacado a la Hydra Corp —comentó, y frunció aún más el ceño—. Ha dicho usted que su padre no le había escrito en más de un mes.

—Así es —afirmé—. Supe que algo iba mal al leer las cartas de

mi madre, y tomé la decisión de venir a averiguar qué era. —Frunció todavía más el ceño—. Algo va mal, ¿verdad?

—Sí —contestó.

—¿Qué?

—No dispongo de libertad para comentárselo. —Observó su terminal de muñeca, que volvía a parpadear—. Es la señal de que el raid ha terminado. Saldremos de este agujero tan pronto como reciba la confirmación de la Hydra Corp. Entonces la llevaré a ver a Su Alteza Real y a su padre.

—¿Y está seguro de que mi padre se encuentra bien?

Pareció incómodo.

—Sí. Ni él ni su madre recibieron algún daño en el raid que cayó sobre su casa.

—Entonces, ¿qué va mal?

—No me corresponde a mí decírselo. Su padre será quien le explique… todo.

Súbitamente, las sirenas indicaron que había pasado el peligro.

—Tengo un scooter calle arriba —comentó—, siempre que no haya sido destruido por los láser. Lo comprobaré. No tardaré nada.

—Subió con rapidez por la escalera y empujó a un lado la tapa que cubría la entrada desde la calle—. No hay peligro en subir, helena Ariadne —me gritó desde arriba—. Aquí no ha caído ningún láser.

Le seguí por la escalera y me ayudó a salir a la calle. El paisaje parecía igual, aunque habría resultado difícil distinguir más daños de láser entre todos los escombros que había de antes; sin embargo, se veía una columna de humo que se elevaba desde el norte. Joss fue en busca del scooter, y yo me quedé contemplando las ruinas que habían sido nuestra casa. Papá estaba bien, mamá estaba bien, la Hydra Corp no había recibido ningún impacto directo, pero algo iba mal, y supe por la determinada negativa de Joss de no contarme nada que debía de ser grave.

Se detuvo a mi lado con el scooter y yo me senté detrás de él,

preparándome para la aceleración del vehículo y para las novedades

que me aguardaban en la Hydra Corp.

del Western States *Tattler*

Nuestra noche de horror… Luna de miel destruida por un

satelbat

«Jamás oímos las sirenas. Parecía algo sacado de un holo de terror. Un punto en el rincón del techo de la habitación se ennegreció y comenzó a extenderse como aceite sobre el agua. Entonces, todo el cuarto se convirtió en un infierno.»

Nikglas Kritzis y su esposa desde hacía tres horas, Cleo Kritzis, acababan de regresar de su fiesta de bodas a la casa recién decorada que la pareja tiene en Cheyenne Heights, que data del siglo pasado y había sido restaurada después de recibir un ataque láser unos pocos días atrás. Kritzis es un empleado de la Hydra Corp, que se concentró noche y día para dejar concluido su trabajo antes de la boda, seguro de que ahora su hogar se hallaba a salvo de otro ataque. «Después de todo, el relámpago no cae nunca por dos veces en el mismo sitio», dijo.

«Creí que la primera ocasión se debió a un accidente. Se supone que los satelbat únicamente atacan objetivos militares y comerciales. Pero estaba equivocado», le comentó a un periodista del Western States *Tattler*, que fue testigo de la salida de Kritzis de la casa en llamas. «Mi pobre Geo…»

(Hotos de la boda, Pantalla 17. Venta de pintura de aluminio, Pantalla 17A.)

3

LA HYDRA Corp estaba pintada de un cegador color plateado, en cumplimiento con los requisitos de defensa para los raids de luz; sin embargo, estaba ahí, con aspecto sólido y familiar, a pesar de la pintura de aluminio, y las lágrimas que creí tener bajo control fluyeron de nuevo. Me bajé del scooter y me sequé la nariz con la manga, esperando que Joss no mirara.

Joss se había detenido en uno de los pórticos que había delante del edificio en vez de dirigirse a los escalones delanteros.

—El edificio fue golpeado en una ocasión, aunque sólo lo rozaron —me dijo, guiándome lejos de la entrada principal hacia unos escalones laterales. Me condujo al pórtico y titubeó—. Espere aquí hasta que la llame —me indicó, y me empujó con delicadeza detrás de una columna—. Puede haber algunos periodistas.

¿Periodistas? La taxista había comentado algo acerca de unos periodistas en la Hydra Corp. En cuanto nos vimos involucrados con el trabajo de guerra, papá había permitido una conferencia mensual para los periódicos en el pórtico, y había instalado sistemas de seguridad que garantizaran que no entrasen en más ocasiones. No tuvo por qué molestarse. Incluso el trabajo de guerra sólo provocó unas pocas preguntas de los periodistas. La Hydra Corp era demasiado conservadora para su gusto.

Contemplé a Joss acercarse al terminal de Minerva en el pórtico. Pronunció su nombre y presionó la mano para que el escáner leyera la huella de la palma y, al instante, se vio rodeado por hombres y mujeres que llevaban los tradicionales sombreros de fieltro con unas pegatinas de prensa, lo que significaba periodistas.

—¿Adónde fue esta tarde? ¿A ver a la prisionera?

—¿Es verdad que ha confesado ser la autora del sabotaje?

—¿Por qué Essex estuvo toda la mañana en la cárcel?

—¿Cuánto tiempo más la van a mantener encerrada?

—Sin comentarios —dijo Joss.

—¿Es verdad que se van a producir más arrestos?

—¿Por qué su jefe llamó a Yellowknife esta mañana?

—Eso tendrá que preguntárselo a él —repuso Joss—. Creo que ahí viene. —Señaló hacia la parte más lejana del campo, donde se estaba posando un ala de gaviota plateada. Sólo pude distinguir el perfil de un hombre rubio a los mandos, con una clámide de color púrpura sobre su hombro derecho.

—El Príncipe Essex —anunció uno de los periodistas.

Todos bajaron corriendo las escaleras y echaron a correr por encima de la pintura de plata, Joss me hizo una seña.

—Apresúrese —siseó—. No disponemos de mucho tiempo. —Me hizo pasar por la puerta, y atravesamos el corredor hacia la zona de estacionamiento—. Creo que a Su Alteza Real no le alegrará mucho que le haya lanzado a los periodistas —comentó—. Pero era necesario. Le complacerá que la hiciera entrar sin que nadie le sacara una foto. —Abrió la puerta—. Algunos de los empleados se han mostrado un poco temerosos después de los raids de luz y han decidido que la Hydra Corp era más segura que sus hogares. Me temo que en estos momentos se parece un poco a un zoo.

Zoo era la palabra adecuada. Había maletas, mantas dobladas y cajas de cartón apiladas contra las paredes de la zona de estacionamiento y en cualquier lugar donde cupieran, incluidas las mesas de los terminales. A lo largo de la estancia se veían tiras de velero como si fueran parras regadas por hidras. Habían adherido a ellas montones de ropas, almohadas e incluso sartenes y ollas. Se parecía a una especie de bazar exótico emplazado en mitad de la selva.

Cuando yo me marché a Victoria, la zona de estacionamiento había estado llena de consolas de terminales, con técnicos ante ellas que monitorizaban todo, desde los jardines de hidras en los niveles más bajos hasta el suministro de granza para la cafetería. Había hecho falta toda esa cantidad de técnicos para manejar los informes de excepción para los que Minerva no tenía programas que aplicar. Sabía que el volumen de pedidos de hidra había bajado incluso antes de que partiera hacia Victoria, aunque no estaba

preparada para esto. Debía de haber unos diez técnicos trabajando ante los terminales entre esa mezcolanza de cosas, y veinte más preparando la cena sobre un calentador solar improvisado que habían montado bajo el tragaluz. Reconocí a muchos, incluso a Gaea, que tenía mi edad y con quien me había enfadado mucho porque sus padres no la habían enviado a Victoria conmigo al comenzar los raids de luz. Alzó la vista de su consola y me miró. Durante un segundo creí que iba a sonreír al reconocerme, pero al ver a Joss se concentró rápidamente en su terminal. Nadie más sonrió, a pesar de que sabía que todos eran trabajadores de la Hydra Corp.

—¿Mi madre permitió esto? —le pregunté a Joss.

Debía de estar absolutamente furiosa ante esta invasión a la Hydra Corp o, de lo contrario, debía de hallarse en un viaje de trabajo sin saber lo que se había hecho. Y papá. Ni siquiera podía imaginarme las pesadillas de seguridad que estaría teniendo con esta gente.

—¿Dónde se encuentra mi padre? —pregunté otra vez—. Quiero verle.

Joss me condujo sin vacilar a través de toda aquella jungla de ropa.

—Pensé que quizá le gustaría darse un baño antes de ver a su padre. ¿Sabe?, más bien asusta. —Hizo ese comentario con voz pausada, razonable, sin un gesto que indicara una sonrisa; no pude evitar una mueca de humor ante su seriedad.

Probablemente tuviera razón. El cavar entre las ruinas de nuestro calcinado hogar había acabado el trabajo que iniciara mi viaje a casa. Sabía el aspecto que tenían mis ropas, y odiaba pensar en cómo estaría mi cara y mi pelo. Quizá ni Gaea me había reconocido, y había pensado que era otra pobre refugiada de un ataque a la que Joss acababa de rescatar.

El pensamiento de un baño caliente en el Estanque de la Gloria del Alba, con el agua mineral cubriéndome los doloridos hombros, fue increíblemente tentador, pero supe que, en cuanto me metiera en el estanque mineral, me quedaría dormida de inmediato. Además, deseaba ver enseguida a mi padre. No disponía de tiempo para un baño. Tomaría una ducha rápida y me cambiaría de ropa si ésa era la única forma de conseguir que Joss me llevara a verle, pero nada de un baño caliente.

—Quiero ver a mi padre tan pronto me haya duchado —repuse con firmeza.

—Muy bien. Los baños estén por aquí —indicó, y le seguí, aunque sabía a la perfección dónde se hallaban situados los baños.

Su trato con el caos reinante en la zona de estacionamiento fue igual al que me dispensara a mí. No luchó con las maletas, la ropa ni las cajas. Pasó por encima, por debajo o alrededor de ellas sin esfuerzo alguno, evitando los problemas o las emociones; incluso, en ocasiones, se volvió para hablar conmigo. Yo intenté seguirle, pero terminé golpeándome la espinilla contra el borde de una silla de bebé, y, luego estuve a punto de ahorcarme con una tira colgante de velero. Después de eso, miré por dónde caminaba y empecé a apartar cosas de mi camino.

Los baños se hallaban en el extremo más alejado de la zona de estacionamiento y había que bajar por una escalera que se curvaba. Pensé en ir frenando hasta que Joss doblara por el recodo y, después, salir corriendo en dirección a las oficinas ejecutivas; sin embargo, éstas se encontraban en el extremo opuesto del edificio y una planta más arriba de los baños. ¿Era ésa la razón por la que me había sugerido primero las duchas, para mantenerme alejada de mi padre hasta que Joss hubiera recibido órdenes sobre lo que tenía que hacer conmigo?

Joss no me brindó la posibilidad de hacer otra cosa que pensar en abandonarle. Se detuvo ante la escalera y, con un gesto, me indicó que bajara delante de él hacia el cuarto lleno de vapor y que olía a sulfuro. Los baños eran como cualquier otro lugar, con la excepción de que el vapor impedía que la gente colgara allí sus ropas para que se secaran. El suelo de piedra se hallaba comparativamente limpio, y el Estanque de la Gloria del Alba tenía el mismo aspecto que siempre, de un azul oscuro en el centro que se iba aclarando al llegar a los bordes y con vapor alzándose de su superficie. Casi había esperado encontrar allí botes de detergente dejados por la gente que lavaba en él sus platos.

Ciertamente, lo habían hecho en el resto del lugar. El reciclador debió de estropearse con el esfuerzo que le supuso todo este exceso de personal. La gente había estado lavando la ropa en las pilas y, por el aspecto que mostraban, también los platos en las duchas. Alguien incluso había colgado una toalla de uno de los salientes decorativos que había alrededor del terminal de Minerva. Me metí en uno de los reservados de cedro, aparté con el pie cosas de

plástico, quité una tetera de la ducha y abrí el grifo, con la esperanza de que no se hubiera estropeado junto con el reciclador.

Realmente, no pensaba que eso hubiera ocurrido. Los sistemas de agua de la Hydra introducían agua termal en el depósito de agua y, más abajo aún, agua fría. La hidra que traía el agua al edificio era una madura, preparada para incrementar su capacidad a lo largo de los años, de acuerdo con las necesidades de la compañía. La Hydra Corp tendría duchas calientes y baños minerales de relajación mucho después de que éstos se agotaran para la población de Denver Springs.

Tenía razón. El agua salió caliente y con un olor celestial y, de repente, me di cuenta de lo cansada y sucia que estaba. Me liberé de las maltrechas sandalias y me quité los pantalones, pasándoselos por encima de la puerta a Joss.

—Necesitan pasar por el reciclador, siempre que aún quede alguno. ¿Hay un mono por alguna parte? ¿O una toga?

Tuve la esperanza de que fuera lo suficientemente descuidado como para subir a la planta de arriba en busca de algo que yo pudiera ponerme; sin embargo, sólo abrió unas cuantas taquillas, sin dejar de hablar ni un instante.

—Oh, el reciclador todavía funciona. Lo que sucede es que aún no ha podido incrementar su capacidad hasta las demandas actuales. La situación no es tan mala como cree. Sólo se han dispuesto como zonas de vivienda los laboratorios que no se usan, y Essex no lo autorizó hasta el martes pasado.

—¿Essex? —pregunté.

—El martes fue cuando empezó todo esto. Hubo un raid del satelbat que duró media noche. Somos afortunados de no haber perdido a más gente. Antes, el personal se mudaba de a uno o de a dos a sus despachos, y comían en la cafetería.

Un mono limpio, de color azul verdoso, apareció por encima de la puerta del reservado. Lo dejé allí y me di champú en el pelo. No son tu gente, pensé. Son mi gente. Joss se había estado comportando como si él y su príncipe de la Commonwealth fueran los dueños de la Hydra Corp, como si cualquiera pudiera venir aquí y ser aceptado por una compañía que se enorgullecía de que sus trabajadores nacieran en la Hydra Corp, algunos ya de segunda y tercera generación. Mi madre debía de estar lívida ante el pensamiento de que estas personas de la Commonwealth se

hubieran apoderado de la compañía.

—¿Mi madre se halla en viaje de trabajo? —inquirí.

—Podría decirse que sí —replicó Joss.

—¿Cuándo volverá?

—¿Volver? —La voz de Joss sonó extrañamente hueca desde el exterior de la ducha.

—De su viaje. ¿Se trata de algo secreto para el gobierno?

—Sí —contestó al cabo de un momento—. De paso, el gran raid del martes no fue el que destruyó su casa. Fue alcanzada primero dos semanas antes. Un golpe muy selectivo. Quemó el ordenador de la casa e hizo arder unas cuantas conexiones. Casi todo el daño que vio hoy se produjo este martes. Supongo que los quebequenses creyeron que lo habían destruido todo durante el primero.

—¿Pudo papá salvar algo de la casa?

—Oh, sí, él ya… Se mudó aquí con algunas cosas después de que tuviera lugar el primer ataque.

No pude escucharle con mucha claridad bajo el agua, pero eso no parecía ser lo que quería decir cuando empezó. También me había mentido acerca del viaje de mamá, y yo no estaba dispuesta a aceptar la interferencia del agua para justificar la incomodidad que se percibía en su voz cada vez que yo mencionaba a mi padre. Llegué a la conclusión de que tenía que ver a mi padre con mis propios ojos, y que cuanto antes lo hiciera mejor.

Me aclaré el cabello y, en rápida sucesión, le pedí una toalla, un cepillo secador y una cinta de velero para el pelo, pero la inspección de Joss de las taquillas fue menos fructífera de lo que yo había esperado: la toalla era del tamaño de un pañuelo, y el cepillo secador dejó de funcionar después de un minuto. Sin embargo, entre los dos conseguí secarme bastante el pelo para pasarle la cinta.

Me embutí el mono y lo cerré. Era un poco pequeño, aunque lo suficiente largo de piernas, y olía a jabón. Abrí la puerta de la ducha y dejé que Joss me pasara las sandalias.

Me senté sobre un banco y me las abroché.

—Quiero ver a mi padre ahora —dije, tratando de establecer el equilibrio adecuado entre la firmeza y la razón.

No respondió y, cuando alcé los ojos, vi que estaba observando mi regazo. Bajé la vista y me sorprendió darme cuenta de que no había cerrado el mono todo lo que yo había pensado.

—Me pregunto —comentó, con el ceño fruncido— si no sería mejor que se pusiera sus propias ropas. Su Alteza Real…

Uní las tiras de velero y las cerré.

—Me encantará cambiarme de ropa antes de ver a *su* Alteza Real. Pero, ahora mismo, lo que quiero es ver a mi padre, y a él no le importará lo que lleve encima. Este mono será perfecto. —Me puse de pie—. Quiero ver a mi padre ahora —repetí.

—Sí, por supuesto —dijo, aunque aún se le notaba cierta vacilación. Abrió camino de regreso por la escalera y a través de la selva que era la zona de estacionamiento—. Pero primero conseguiremos un poco de té —comentó, pasando al lado de los pocos técnicos que había ante sus terminales, alejándonos otra vez de la zona de oficinas ejecutivas.

Primero té; luego, la cena y, luego, las reuniones y más retrasos.

¿Llegaría a ver a mi padre esta noche, incluso mañana? Joss le estaba dando largas al asunto, y yo volvía a experimentar la vieja y terrible sensación de que algo iba mal. Algo le había sucedido a mi padre, y él temía contármelo. Peor aún, le habían hecho algo a mi padre y no querían contármelo. No pensaba quedarme quieta para ver qué nuevas tácticas de dilación emplearía el ingenioso Joss. Pensaba ver a mi padre de inmediato.

No tenía ningún plan verdadero de fuga, pero, tal como comprobé, no me hizo falta. No me agaché lo suficiente para esquivar una tira colgante y mi cinta velero para el cabello rozó contra ella, haciendo que cayeran un oso de peluche y dos mantas de bebé. Joss me ayudó a liberar mi cabello de todo ese caos, me devolvió la cinta de velero y proseguimos nuestra marcha a través de la zona de estacionamiento hasta que casi llegamos a las escaleras opuestas que conducían a la planta ejecutiva y estábamos a punto de bajar por las escaleras más largas que llevaban a la cafetería. Entonces, elegí unas sábanas y mantas pesadas que colgaban sobre la cabeza de Joss, alcé el brazo y les di un golpe, y salí corriendo en dirección al despacho de papá antes de que Joss pudiera quitárselas de encima.

No me molesté en tomar un camino distinto para despistarlo…, Joss ya debía de haberse figurado que me había contado lo suficiente como para que yo supiera dónde podría encontrar a mi padre. Había dicho que sólo los recién llegados se habían diseminado por la zona de estacionamiento. Los demás vivían en

sus despachos. Y papá se había mudado después del primer raid a nuestra casa.

Subí corriendo la planta y media que me separaba de la zona ejecutiva, sabiendo que no dispondría de mucho tiempo para hablar a solas con papá antes de que Joss llegara al despacho. Si también el de Essex se hallaba en esta planta, Joss se pondría en contacto con él y haría que me echaran. Esperé que las sábanas le impidieran alcanzar su terminal de muñeca por lo menos durante un minuto, que sería, más o menos, el tiempo que me tomaría llegar al despacho de papá. Siempre que, claro está, papá se hallara en su despacho o en la Hydra Corp y que pudiera hablar conmigo. Siempre que, claro está, no estuviera sepultado en algún lugar bajo los escombros que habían sido mi casa.

Casi lancé un grito de alivio al ver la oscura cabeza de papá sobre su sillón acolchado. Había girado el sillón de modo que pudiera mirar por la ventana hacia Pikes Peak, tal y como siempre hacía, y, si ignoraba la maleta que había en un rincón (a pesar de lo que Joss dijera, no había salvado muchas cosas de la casa) y la cuidada columna de platos sobre su escritorio, casi podría creer que era como hace dos años, cuando yo tenía quince y todo marchaba bien.

—Papá —dije.

No me oyó. Crucé su oficina.

—Papá —repetí, y en esta ocasión giró un poco el sillón; no llegó a quedar de cara a mí, pero sí pude ver su perfil.

Estaba contemplando la colina, detrás de la cual se encontraban los escombros que habían sido nuestro hogar. El sol empezaba a ponerse y se veía un leve destello rojizo sobre la vegetación de color caoba de la montaña, como si todo el vecindario se hubiera calcinado y aún humeara. El rostro de papá también aparecía rojizo debido a la luz, y vi que parecía cansado. Pero se encontraba bien.

—¿De qué se trata? —preguntó, y me di cuenta de que no me había escuchado.

—Soy yo —comenté—. He vuelto a casa.

Giró lentamente para mirarme y, después, se incorporó con tanta brusquedad que el sillón se alejó de la mesa.

—¿Cuándo te soltaron? —inquirió—. ¿Por qué no me lo dijeron? No les contaste dónde se encuentran, ¿verdad?

—Soy yo, papá —repetí con aprensión—. He vuelto a casa.

Avanzó un paso en mi dirección, alejándose de la ventana, y comprobé que la luz del sol poniente me había engañado. No estaba cansado; se hallaba enfermo. Tenía la cara delgada, con unas líneas tan profundas como cicatrices de láser que le bajaban de la boca, produciendo una mueca de desolación.

—No pude encontrarlas, Medea. Las busqué una y otra vez… No me dejaron ir a visitarte… Yo…, estaba tan preocupado de que te vinieras abajo y se lo contaras… Busqué por todas partes…

Debía de estar padeciendo una especie de trauma. El raid de luz. Tuvo que haber sido herido en el raid de luz. Recibió alguna herida y quedó en estado de shock.

—Papá —dije con voz alta y firme—. Soy yo, Ariadne. He regresado a casa desde Victoria.

Se detuvo y me miró, ladeando un poco la cabeza. Se pasó la mano por la frente y dijo:

—¿Ariadne? La luz me cegó… —explicó, sentándose de nuevo en el sillón—. *¿Cómo* llegaste hasta aquí? ¿Te lo ha contado alguien?

—¿Contarme qué? —quise saber.

—Creí que estabas en Victoria —musitó. Sus manos se cerraron y se abrieron alrededor de los brazos del sillón—. Con la señora Ponsonby…, no deberías estar aquí…, no es seguro…, no quería que lo supieras. —Se llevó de nuevo la mano a la frente y se puso a llorar.

Yo me había quedado allí de pie, helada por la preocupación y la aprensión, incapaz de moverme, pero, cuando vi sus lágrimas ya no pude resistirlo.

—Papá —dije, rodeando el escritorio para arrodillarme a su lado—. Estoy en casa. Yo cuidaré de ti. —También yo me había puesto a llorar—. No te preocupes. Todo va a ir bien.

Ni siquiera me oyó. Aún seguía abriendo y cerrando las manos de forma compulsiva. Ciertamente, tenía que ser el trauma de un raid de luz. Necesitaba cuidados médicos. Me tendría que poner en contacto con mamá de inmediato.

—Papá —comenté, cogiendo su mano y apoyándola contra mi mejilla—. ¿Qué sucedió?

Joss abrió la puerta y, sin aliento, quedó bañado por la luz roja que entraba por la ventana.

—Quería evitarle esto, helena Ariadne —explicó, y su expresión

mostró una pena sincera—. Debí contárselo en el acto.

—¿Contarme qué? —pregunté, aferrando la mano de papá.

Papá me estaba aplastando la mano en su determinación por formar un puño, pero su voz sonó tan baja que casi fue un susurro.

—Han arrestado a tu madre, Ariadne —dijo, y empezó a llorar de nuevo—. Bajo la acusación de traición.

del *DenverSpringsPost-Gazette*

Raids de luz se abaten
sobre Denver Springs

El tercer raid de luz en tres semanas hizo que los residentes de Cheyenne Heights corrieran esta tarde hacia los refugios. El ataque de hoy, que duró desde las 4:16 hasta las 6:08, *cayó* sobre un área de ocho manzanas de la zona norte de Cheyenne Heights. (Lista de daños, direcciones. Pantalla 9.)

«¿Por qué nosotros?», se lamentaba Fred Watkins, en medio de los escombros de su cocina. Su casa, sita en el 1689 de Happines Way, fue golpeada en el ataque del martes último. «No les hemos hecho nada a los que bequenses.»

Watkins es uno de los pocos residentes que aún sigue en Cheyenne Heights. «La mayoría de los vecinos están viviendo en los tubos del levmag o se han mudado a la Hydra Corp. Yo no. Supongo que lo que los satelbat han intentado atacar ha sido a la Hydra Corp. Yo pienso quedarme aquí. El dormitorio y el baño no han sido dañados.»

Cuando se le preguntó si le preocupaban los futuros raids de luz, Watkins replicó: «No. Todo el mundo sabe que un raid de luz jamás cae dos veces en el mismo sitio.»

4

—ARIADNE —dijo Joss, y se acercó a la puerta, como si intentara evitar que yo volviera a salir corriendo.

Pero yo no pensaba marcharme a ninguna parte. Ni siquiera tenía la certeza de que las piernas me sostuvieran si trataba de ponerme de pie.

Mamá. Ni una sola vez, en mis más descabelladas especulaciones, se me había ocurrido que era mamá, y no papá, quien se encontraba en problemas. Incluso ahora, casi me resultaba imposible de creer. Mamá en problemas. Ella siempre sabía, de forma exacta, lo que estaba haciendo. Tenía que haber algún error.

—Oh, no hay ningún error —repuso mi padre en voz alta, y yo me di cuenta de que debí formularle la pregunta—. Ahora mismo, tu madre se halla en prisión. Una espía. Van a juzgarla como una espía, Ariadne. —Dio la impresión de que prorrumpiría de nuevo en sollozos, pero a cambio giró la silla, haciendo que casi chocara conmigo—. ¿Qué está haciendo usted aquí? —le gritó a Joss—. ¡Lárguese!

Joss, con voz tranquila, respondió:

—Mi señor Essex solicita que usted y su hija se reúnan con él en su despacho para cenar.

—¿Oh, sí? ¿Por qué? ¿Para conseguir que Ariadne testifique contra su propia madre en el juicio? ¿O es que no va a haber un juicio? Tal vez simplemente la planten delante de un pelotón láser.

—Su madre ha sido recluida para interrogarla, Ariadne —explicó Joss—. No se han presentado cargos contra ella y, técnicamente, ni siquiera se encuentra bajo arresto. Sólo…

—Entonces, ¿por qué está en la cárcel? —gritó papá—. ¿Por qué

la han encerrado? Dicen que es una espía, Ariadne. Tu propia madre. Una espía quebequense. Pero no disponen de ninguna prueba. No… —Se interrumpió con brusquedad, y se puso de pie tan de repente que el sillón giró y chocó contra mí—. ¡Lárguese!

Yo intentaba levantarme del suelo. No pude ver la cara de Joss, pero le escuché decir, con el mismo tono de voz tranquilo y razonable que había empleado antes:

—Sólo estoy transmitiendo el mensaje del príncipe, heleno Dares.

Súbita, inexplicablemente, sentí pena por él. Siente pena por tu padre, me dije a mí misma. Ellos han sido los que le han hecho esto. Siente pena por tu madre. Está en la cárcel. Sin embargo, lo único en lo que podía pensar, mientras me incorporaba y alargaba la mano para posarla sobre el brazo de mi padre y frenarlo, era en Joss comentando: «Quería evitarle esto», y en lo sincero que había parecido.

Qué desastre. Tuvo que arrestar a la directora de Investigación de la Hydra Corp y, luego, escuchar los insultos de su esposo. Después entra en escena la hija, que desconoce la situación y a la que no puede explicarle nada, a la que debe mantener alejada de los periodistas y de su padre borracho hasta que pueda llevarla ante Essex. Tomé la decisión de sacar a Joss de su incomodidad.

—Gracias por invitarnos a cenar, señor Liddell —repuse—. Me temo que mi padre y yo estamos cansados y…

—¿Vas a rehusar su invitación, Ariadne? —preguntó papá—. No puedes hacerlo, no cuando es Su Alteza quien la envía. Es de asistencia obligada, ¿verdad, señor Liddell? —Puso un énfasis desagradable en el nombre—. No nos invitan a cenar. Nos lo ordenan, ¿no es así? —Se adelantó y pegó su cara a la de Joss—. ¿No es así?

—A Miles Essex le gustaría disfrutar de su compañía en la cena —repuso Joss impasible, pero me miró a mí, y me demostró que antes no me había equivocado. Había pena en sus ojos. Eso lo decidía.

—Entonces aceptamos encantados —dije, con la mano cerrada sobre el brazo de papá para evitar que siguiera con la escena—. ¿Nos vamos?

—Por aquí —indicó Joss, y echó a andar por el pasillo.

No se veía a nadie en la parte alta del vestíbulo. La gente, con

toda probabilidad, se había dispersado como conejos ante el sonido de la pelea.

—Sabes a dónde vamos, ¿verdad? —preguntó papá en voz alta —. A las oficinas de tu madre. La metió en la cárcel y, luego, se mudó al lugar que ella había ocupado. ¿Qué te parece?

Yo no sabía qué pensar de nada de lo que pasaba, aunque una cosa sí se iba volviendo cada vez más clara. Cualquier esperanza que tuviera de averiguar lo que estaba ocurriendo aquí tendría que venir de Joss o de Essex. Me alegró haber aceptado la invitación. Papá no sólo estaba borracho o drogado, no lo sabía con certeza, sino que también se encontraba tan consumido por la ira y la desesperación que se convencía a sí mismo para creer cosas que no eran verdad. Las fuerzas de la Commonwealth no eran de ocupación. Eran nuestros aliados, los únicos que los Estados Occidentales tenían y, además, se les había pedido que vinieran. Lo recordaba por una carta de papá antes de que los censores comenzaran a interferir con las comunicaciones. Se había enviado a Essex para que trabajara en el Proyecto MIG, y papá había estado a favor de la decisión.

Nos llevó un tiempo recorrer el vestíbulo y, cuando conseguimos llegar a las oficinas de mamá, Joss mantuvo la puerta abierta. Papá se apoyaba cada vez más pesadamente en mi brazo, con la cabeza caída sobre su pecho, y vi que Joss iniciaba un movimiento para ayudarle, pero le hice una advertencia con la cabeza; asintió.

Con un movimiento repentino, papá alzó la cabeza.

—Oh, ya veo —dijo—. Tú también estás de su parte. Mi propia hija. ¿Te estás acostando ya con él, Ariadne? Será mejor que sí.

Detestaría que recibiera gratis su información. ¿Es bueno, eh? Vosotras, las mujeres, sois todas iguales, unas putas y traidoras, todas.

—Creo que ya es suficiente —indicó con firmeza Joss. Cogió el brazo de papá.

Mi rostro se puso rojo por el dolor.

—Está enfermo —comenté, desesperada.

—Está borracho —corrigió Joss—. No se encuentra en situación de cenar, señor —le anunció a papá, con ese tono sorprendentemente razonable suyo—. Creo que lo mejor será que regrese a su despacho y se duerma.

—¿Y usted qué hará? ¿Qué hará cuando se haya deshecho de mí? —inquirió papá—. ¿Acostarse con mi hija, la puta? Quieren librarse de mí, pero no me iré. Su alta y poderosa Alteza Real me ha invitado a cenar, ¡y pienso cenar!

Se abalanzó con movimientos torpes por la puerta abierta.

—Está enfermo —le dije con tono de súplica a Joss—. Puede verlo, ¿verdad? ¿No ve que está enfermo?

—Buenas noches, heleno Dares —saludó una voz profunda cuando crucé la puerta. Entonces me vi delante de Miles Essex. Su aspecto era igual al que tenía en los periódicos, tal vez mejor, alto y distinguido, con esos ojos azules penetrantes y el maravilloso, casi falso, pelo dorado—, Y usted debe ser la helena Ariadne —concluyó.

Hasta su voz me resultaba familiar, ya que era una versión más joven de la voz de su abuelo que había escuchado cada lunes en casa de la señora Ponsonby, cuando observaba al Rey Pedro en su semanal «Discurso a nuestros aliados».

Essex me cogió la mano y la besó.

—Es un honor, Su Alteza —dije, y estuve a punto de hacer una reverencia.

Papá se hallaba tumbado en una silla de apariencia frágil, casi dormido. Le miré con ansiedad.

Essex habló con voz suave.

—Nos ha dado un buen susto, helena Ariadne, huyendo de esa forma. No teníamos ni idea de adónde había ido.

De repente recordé que los periódicos le calificaban de seductor. El mono prestado que yo llevaba puesto era demasiado estrecho. Debí de haber aceptado la sugerencia de Joss de vestirme con otra cosa.

—¿Por qué se encuentra presa mi madre? —pregunté.

—Me temo que se trata de una historia más bien complicada. ¿Le gustaría tomar una copa antes de la cena? ¿Un poco de jerez, quizá?

—Quiero… —empecé.

—Copa y cena —me interrumpió papá desde la silla—. ¡Qué civilizado! Toma una copa, Ariadne. Hemos de ser civilizados con nuestros enemigos, ¿verdad? Pero no le des la espalda mientras te la sirve. Yo quiero un ouzo, Su Gran Alteza. —Se incorporó de la silla—. Pensándolo mejor, me lo serviré yo mismo.

—¿Por qué se encuentra presa mi madre? —repetí.

Essex me colocó una copa en la mano.

—Su jerez —dijo, como si yo lo hubiera pedido—. ¿No quiere sentarse, helena?

Me indicó el sofá. Era el de mi madre, aunque todo lo demás de su despacho había sido cambiado. Donde había estado la estatua de Zeus, ahora se veía un jarrón de porcelana lleno de rosas rojas, y el terminal de Minerva se encontraba sobre una lustrosa mesa de patas finas. A su lado había un terminal que no reconocí, uno, obviamente, que pertenecía a otro sistema. Miles Essex acercó una silla con patas también finas en cuyo respaldo se veía bordado el timbre real.

Me senté en el borde, bebí un sorbo de jerez para contentar a todos y volví a intentarlo.

—¿Por qué se…?

—La encerró para poder apoderarse de la Hydra Corp —dijo papá—. Medea se interponía en su camino. No tenía intención de trabajar en el precioso Proyecto MIG. Pensaba que la sequía era más importante. Pero a él… —gesticuló con movimientos frenéticos con la copa de ouzo vacía— …a Su Poderosa Alteza no le importa la Hydra Corp. Lo que quiere es que nos resequemos y muramos. —La voz de papá había ido subiendo de tono y entonces, de repente, cayó casi hasta convertirse en un susurro—. Tu madre está en la cárcel, Ariadne —dijo, y yo me mordí con fuerza el labio para no llorar ante la vista de lo que Essex había hecho con mi padre—. Y todos nosotros vamos a cenar. ¡Bueno, pues yo no ceno con traidores! —Alzó la copa por encima de su cabeza como si fuera a arrojarla contra la pared; pero, bruscamente, se inclinó y la depositó sobre la mesita que había delante del sofá—. Tú, mi prostituida hija —terminó con voz suave—, puedes hacer lo que te plazca.

Salió de la habitación dando un portazo a su espalda. Me puse de pie.

—He de irme… a ayudarle —comenté—. Está enfermo.

—Joss se encargará de que llegue a su oficina, helena Ariadne

—dijo Essex—. Creo que usted debería quedarse y, por lo menos, permitirme que la ponga al corriente de lo que ha estado sucediendo en la Hydra Corp.

Vacilé. Joss se dirigió a la puerta. Deseaba tirar mi copa de jerez

y efectuar una salida dramática, pero supe que si lo hacía estaría cancelando cualquier oportunidad de averiguar lo que pasaba. Papá no me lo contaría; tal vez ni pudiera. Me consideraba su hija prostituida. Tenía serias dudas de que se mostrara deseoso de explicarme todo.

Y debía averiguarlo, me di cuenta mientras permanecía allá de pie con la copa de jerez en la mano y Joss abandonaba la estancia. No me sería posible ayudar a papá y a mamá si no me enteraba de lo que estaba pasando. La historia de Essex sería parcial, pero tendría sentido, y yo podría decidir por mi propia cuenta lo que creía de ella.

—De acuerdo —acepté, y me senté en la silla, sintiéndome, de repente, extenuada—. Me quedaré.

—Deje que le sirva otro jerez y mantendremos una charla animada —ofreció Essex, cogiendo mi copa y llenándola de nuevo —. Tiene un aspecto completamente exhausto, querida. Joss me ha dicho que, literalmente, vino andando todo el trayecto desde Victoria hasta aquí.

—No del todo —señalé.

Bebí un sorbo de jerez. Hasta que lo dijera no me había sentido muy mal, pero bruscamente la tensión y la fatiga de los dos últimos días parecieron abatirse de golpe sobre mí.

—¿Ha comido algo en esta odisea, querida muchacha?

Negué con la cabeza, demasiado agotada para responder. Terminé la copa de jerez, y Essex se apresuró a ponerse de pie para llenarla otra vez.

—No creo que deba seguir bebiendo con el estómago vacío — dije. Mis entrañas empezaban a comportarse de forma peculiar. También mi cabeza.

—Tonterías —indicó Essex—. Un poco de jerez será ideal. Cuando Joss regrese…

—He regresado —anunció Joss.

—Oh, fantástico —comentó Essex—. Puedes traernos algo para comer. Creo que dejaremos a un lado una cena formal. Ariadne está demasiado cansada. Me parece que sólo tomaremos té.

Me pasó mi tercera copa de jerez.

Joss no le prestó atención. Se sentó en la silla que tenía frente a mí.

—He metido a su padre en la cama —dijo—, y le he puesto un

emplasto de sueño. Espero que con eso se encuentre bien.

Asentí, preguntándome de forma vaga cómo había conseguido Joss todo eso sin que papá le golpeara.

—Necesita dormir —admití—. Gracias.

—Debería dormir toda la noche —comentó Joss—, pero, en cualquier caso, no se preocupe. He colocado… Le vigilaré.

—Creo —intervino Essex con demasiada fuerza— que… Joss me quitó la copa de jerez de la mano.

—Voy a buscar un poco de té —indicó, a mí, no a Essex—. Creo que será mejor que no siga bebiendo hasta que no haya comido algo. No querría tener que meterla también en la cama. —Se puso de pie y miró a Essex—. Quizá desearíais pasar al comedor, mi señor —anunció con cortesía—. Esta puerta da al vestíbulo.

—Una idea excelente —aceptó Essex con excesivo entusiasmo, y yo me pregunté qué se suponía que significaba el comentario de Joss. ¿Es que papá no estaba en la cama con un emplasto de sueño?

¿Iba a entrar de nuevo en la estancia lanzando insultos por doquier?

Essex siguió a Joss hasta la puerta, donde mantuvieron una conversación que no pude escuchar, salvo por la palabra «periodistas», que se repitió varias veces. No estaban preocupados por papá. Era por esos periodistas que vi a la entrada.

Por primera vez se me ocurrió pensar en lo extraño que era que yo no hubiera leído nada de esto en los periódicos de Victoria. Seguro que habrían aprovechado lo sensacional de la noticia: «Príncipe encarcela a la directora de Investigación». Aunque la Hydra Corp no tuviera gran repercusión en las noticias de Victoria, sí la tenía la realeza. Alguien había ocultado la noticia y, de forma extraña, eso me convenció de que lo que sucedía aquí era de gran importancia. Tenía que conseguir que Essex me explicara de inmediato lo que estaba sucediendo.

Me puse de pie y estuve a punto de caer. Me agarré a la silla de patas finas para mantener el equilibrio, momento en el que Joss se me acercó para cogerme del brazo y conducirme hasta el cuarto que mi madre había usado para celebrar sus reuniones de trabajo. Sus funcionales mesa y sillas de conferencia habían sido reemplazadas por una elegante mesa de madera tallada, a la que acompañaban sillas de terciopelo púrpura. Joss me depositó en una y me dijo:

—Regresaré enseguida con el té.

—Debería traer algo para comer en vez de té solo —comenté—. Estoy muerta de hambre. —No creo que me oyera. Ya había salido de la habitación.

Essex sonrió como si hubiera dicho algo gracioso y se sentó frente a mí. Parecía como si fuera a iniciar otra serie de comentarios Intrascendentes. Intervine con rapidez:

—¿Por qué está mi madre en la cárcel?

Essex mostró incomodidad. Miró hacia la puerta, como si deseara que Joss regresara y se encargara de la situación. Todo era muy extraño, en especial el comportamiento de Joss hacia su jefe. Essex le había estado dando órdenes como si fuera el mayordomo o algo similar, pero Joss no le había prestado atención. ¿Qué significaba eso? Quizá yo no comprendía lo que era un ayuda de cámara. Quizá..., con una intensidad nublada me di cuenta de que estaba dejando que mis pensamientos se perdieran.

—¿Por qué ha encerrado a mi madre? —repetí, en esta ocasión con tanta fuerza que Essex se sobresaltó.

—No está en la cárcel, helena Ariadne. Se la retiene para interrogarla.

—¿Dónde? —Ésa había sido una pregunta equivocada. No me importaba dónde se encontrara ahora. ¿Por qué no se me ocurría qué preguntarle?—. ¿Por qué la retienen? —inquirí, antes de que pudiera responderme.

—Se ha negado a trabajar en él Proyecto MIG. Es el proyecto que hemos estado desarrollando, relativo a las memorias bióticas que…

—Sé todo lo referente al Proyecto MIG —corté, y él pareció sorprendido—. Ya estaban trabajando en él antes de que me fuera a Victoria. Yo trabajaba en Investigación.

No pensé que tuviera que comentar nada de la continuación de mi investigación en los bíos del MIG en Victoria hasta que no averiguara por qué mamá se negaba a continuar con el proyecto. Ni siquiera tenía la certeza de que hubiera hecho bien en indicarle que había trabajado en Investigación antes de la guerra, aunque seguro que ese dato se hallaba en la memoria de Minerva.

—¿En qué trabajaba exactamente?

Intenté pensar en qué contarle, en si me convenía inventarme algo o resultaba más seguro exponerle la verdad ante la posibilidad

de que comprobara lo que yo le dijera. Quizá debiera negarme a seguir hablando hasta que no ordenara un poco mi mente. Debía de ser por mi cansancio. Me hallaba tan extenuada que me resultaba imposible pensar.

Mientras yo trataba de meditar una respuesta, él preguntó:

—¿Usó usted el ordenador de su casa?

Vaya, claro que usé nuestro ordenador. ¿Qué creía que era, una iletrada? ¿Y qué clase de pregunta era ésa después de decirle que había trabajado en el Proyecto MIG?

—¿Sabe si su padre instaló…? —insistió, momento en el que Joss dio un golpe en la puerta, un golpe especial, una especie de señal, y entró con una bandeja.

—Le he traído el té —anunció, lanzándole una mirada a Essex que también era una señal, aunque yo no supe comprender su significado… Además, me encontraba demasiado cansada para dilucidarlo.

Joss depositó una bandeja dorada sobre la mesa y se sentó. Entendí por qué Essex me había sonreído antes. Me había olvidado que los de la Commonwealth llamaban a la cena el té. La señora Ponsonby no daba té en su encantadora casa. Pedía sopa en el terminal de la cocina dos veces al día y no se refería a las comidas con ningún nombre en particular.

En la bandeja había unos bocadillos y unas pastas inglesas rellenas con una mermelada de aspecto espantoso. También había baklava, y el pan y el queso al que me había acostumbrado en la Hydra Corp. Joss me sirvió una taza de té y luego le echó leche caliente, que me supo de maravilla. Sostuvo un plato vacío y colocó un tenedor de servir sobre la comida, comportándose ahora como un mayordomo.

—Querría un poco de pan y queso —dije, y dejé que él me los sirviera.

Essex se sentó, y no pareció cómodo. Joss, el sirviente perfecto, también le sirvió a él; después, con un tono coloquial, comentó:

—Hemos tenido algunos problemas en la Hydra Corp. Nos enviaron el año pasado para colaborar en el Proyecto M1G.

Aguardé a que Joss intentara explicarme lo que era el Proyecto MIG, pero no lo hizo, lo cual me satisfizo tontamente.

—Ya sabe lo importante que sería para el esfuerzo de guerra un bío MIG operativo —continuó—. Haría que nuestros sistemas de

comunicaciones fueran inmunes a un ataque de pulsos electromagnéticos. Si Quebec llega a obtener antes que nosotros una memoria bío inmune a los PEM, aniquilarán nuestros sistemas de defensa y satelbat para, posteriormente, convertimos en pulpa con sus láser. Sabemos… —Pensándolo mejor, se corrigió—: Nuestra inteligencia nos comunica que los científicos de investigación de Quebec ni siquiera están próximos a conseguir que un bío madure. La Hydra Corp sí, o lo estaba cuando llegamos nosotros para supervisar la investigación y cerciorarnos de que los quebequenses no nos robaran ninguna información. Ni bíos. —Se detuvo y me miró—. No está comiendo.

—Estoy escuchando —repuse, con la esperanza de no ruborizarme.

Escuchaba y trataba de darle algún sentido a la historia que me contaba a través de la niebla de la fatiga y el hambre que hacía que mi estómago diera vueltas. Sin embargo, también observaba a Joss, y pensaba en lo atractivo que era. No guapo como Essex, sino atractivo. Un agradable pelo rojo castaño, unos agradables ojos grises, y esa maravillosa y razonable voz que te podía convencer de cualquier cosa.

—Puede comer y escuchar —comentó.

Bebí un sorbo de té y cogí el pan. Qué agradable. Hasta se preocupaba de que comiera algo.

—Cuando llegamos aquí, encontramos el Proyecto MIG en un punto muerto. No se había realizado ningún trabajo en meses. La helena Medea nos comunicó que había una sequía que amenazaba a Denver Springs, y que se había suspendido la investigación en el proyecto hasta que se encontrara un remedio a la escasez de agua. En un principio, Essex intentó desviar parte del equipo de investigación de vuelta al Proyecto MIG, para finalmente introducir en él a su propia gente; sin embargo, descubrió que le detenían cada vez que trataba de hacerlo. Desaparecía memoria de Minerva, el personal no cooperaba, una serie de tanques enteros de bíos resultaban destruidos por un trabajador descuidado.

—Sabotaje —dijo Essex por encima de mi hombro.

En algún momento había sacado una pipa, y ahora le estaba dando unas caladas. Me pregunté cómo estaría Joss fumando en una. Atractivo.

—Hace dos semanas, su casa fue atacada, pero sólo el

ordenador, nada más —prosiguió Joss. Se detuvo como si estuviera decidiendo si contarme algo, y luego continuó. No supe a qué conclusión había llegado—. El martes pasado su casa fue atacada otra vez, y en esa segunda ocasión fue destruida por completo.

—Definitivamente, sabotaje —indicó Essex, exhalando humo—.

Ha habido demasiadas coincidencias para que pueda tratarse de otra cosa.

—Pero, ¿por qué creen que mi madre saboteó la Hydra Corp?

Aquí trabaja un montón de gente. Podría ser…

—La helena Medea nació en Quebec —anunció Essex.

Estaba rellenando la pipa. Tuve ganas de quitársela de un manotazo. Me puse de pie, derramando la taza de té, y le miré a través de la mesa.

—Mi madre fue una refugiada de Quebec. ¡Una refugiada! —exclamé—. Huyó después del golpe que tomó el poder. Odia al gobierno de Quebec. Ella misma me lo contó. Sería la última persona en convertirse en una espía. Ella…

—Ariadne —dijo Joss. Él también se había puesto de pie y, en ese momento, me cogió el brazo—. Ariadne —repitió con voz pausada—, escuche.

Liberé mi brazo.

—¿Escuchar? ¿Por qué debería escucharles? Ya han decidido que mi madre es una traidora porque nació en Quebec. Bueno, pues yo soy medio quebequense. ¿También creen que soy una espía? —Le miré con ojos centelleantes. ¿Cómo pude llegar a pensar que era agradable?

—Ariadne —insistió, con esa voz paciente y razonable que ya empezaba a odiar—. Hay algo más.

Me senté. Algo de té cayó sobre mi regazo, pero no me importó.

—¿Qué? —pregunté.

—Hay… —empezó a decir Essex, y Joss le lanzó una mirada penetrante. Se calló.

—Alguien filtró la historia de la sequía a la prensa —comentó Joss, mirando aún a Essex—. Conseguimos pararla, pero no antes de que llegara a las pantallas, y nos vimos obligados a hacer que no volviera a ocurrir. Puede comprenderlo, ¿verdad?

Lo comprendía. La Commonwealth del Canadá Occidental era nuestro aliado más fuerte contra Quebec; sin embargo, ¿cuánto tiempo seguiría siendo nuestro aliado si sus suministros de comida

se veían amenazados, si pensaban que Denver Springs se estaba muriendo? Pero, ¿por qué sospecharon de mi madre?

—¿Por eso metieron a mi madre en la cárcel? —pregunté.

—Descubrimos… —intervino Essex, antes de que Joss volviera a frenarlo.

—La recluimos para interrogarla. —Joss se detuvo para que eso tuviera su efecto—. Y las filtraciones a la prensa cesaron.

—Claro que cesaron. A la persona que realizaba el sabotaje le encantaría que las sospechas recayeran en mi madre; de ese modo, podría continuar con el sabotaje bajo sus propias narices.

—Hemos pensado en eso, helena Ariadne —dijo Joss. Había extendido las manos sobre la mesa mientras me hablaba. En ese momento miró su terminal de muñeca y, con gesto casual, lo cubrió —. Voy a ver cómo está su padre, Ariadne —indicó—. Regresaré pronto.

Me pregunté qué le había comunicado su terminal, y si estaría fuera el tiempo suficiente para que yo descubriera cuáles eran las pruebas que Essex creía que tenían contra mi madre. Fueran las que fuesen, Joss no quería que Essex me las revelara. ¿No estaba un poco fuera de lugar que un ayuda de cámara decidiera lo que un príncipe podía comentar?

—Aún sigo sin comprender por qué arrestaron a mamá —dije—. ¿Por qué no a papá? Él es el encargado de la seguridad. ¿O creen que la está protegiendo?

Essex depositó una copa de jerez delante de mí.

—Beba eso —señaló—. Se sentirá mejor.

—Han dicho que se debió al hecho de que ella fuera de Quebec. Si ésa es la única prueba que tienen en su contra, no pueden…

—Cuando usó usted el ordenador de su casa —interrumpió con brusquedad—, ¿tenía alguna forma de proteger su memoria de, digamos, de un raid láser?

—¿Qué? —pregunté, incapaz de seguirle. Me bebí de un trago la copa de jerez.

—Una especie de seguridad tal vez, como transferir la memoria a Minerva en caso de un raid láser. Su padre es el jefe de Seguridad.

Seguro que él instaló alguna protección para el ordenador de tu casa. ¿Qué aspecto tienen los sistemas de seguridad de su ordenador?

—No lo sé —repuse—. Supongo que son sistemas corrientes. Aluminio alrededor del sumidero de nitrógeno.

Me serví otra copa de jerez, pensando que quizá me despejara la cabeza. No comprendía qué trataba de hacer. ¿Intentaba desviarse del tema del que se suponía que no podía hablar haciéndome un montón de preguntas irrelevantes, o es que las pruebas, fueran las que fuesen, tenían algo que ver con esta charla sobre medidas de seguridad? De repente me sentí demasiado cansada para preocuparme. Tal vez, si pudiera dormir algo primero. O si me tomara otra copa. Cogí la botella. Casi estaba vacía.

Essex me quitó la botella.

—¿Cómo eran de grandes? —preguntó—. ¿Qué aspecto tenían? La puerta se abrió y entró Joss. Parecía tener prisa.

—Los periodistas han descubierto que se encuentra aquí, en la Hydra Corp —anunció rápidamente—. Les dije que se hallaba en Investigación. Les llevará unos minutos atravesar aquel zoo; luego subirán hasta aquí. —Me miró—. Ariadne, no se encuentra en estado de conceder una entrevista esta noche. He asegurado las habitaciones de su padre para que no le molesten, pero me temo que, por esta noche, tendré que meterla en mi habitación para que no la atosiguen.

Debía de haber corrido. Estaba sin aliento, y tenía el cabello revuelto. Aparecía incluso más atractivo de esa forma.

—¿Ariadne? —llamó; luego, se volvió colérico hacia Essex—. ¿Qué demonios tratasteis de hacer mientras me hallaba fuera? ¿Emborracharla para poder seducirla?

—Intentaba averiguar lo que necesitamos saber en vez de dar vueltas como hizo usted.

—¿Y creéis que toda una botella de jerez es la solución? —gritó —. Ésta es mi investigación, y la conduciré a mi manera. —Rodeó la mesa y apoyó su mano sobre mi brazo—. Vamos, jovencita. Ya ha tenido suficiente.

Pasó mi brazo alrededor de su cuello.

—Eres tan agradable —dije, y le pasé el otro brazo por el cuello.

—Eso es —comentó, alzándome del suelo. Se escuchó un fuerte portazo.

—Eres el hombre más agradable que haya conocido jamás — farfullé, apoyando la cabeza contra su pecho.

—Usted también es agradable —repuso—. Aunque un poco

demasiado mimosa.

Le habría preguntado lo que significaba «mimosa», pero me quedé dormida antes de que me sacara por la puerta.

del *ChristianScience* Enquirer

Aparece
un testigo sorpresa
en el caso de sabotaje

Una sorprendente nueva complicación ha surgido en el ya complicado caso de sabotaje de la Hydra Corp: un testigo sorpresa. Este periodista ha descubierto que el testigo, que fue introducido en secreto anoche en la Hydra Gorp por el ayuda de cámara real, Joss Liddell, el cual lo llevó de inmediato a presencia del príncipe Miles Essex para una conferencia secreta, no es otro que la hjja de la helena Medea, Ariadne.

Se creía que Ariadne, de diecisiete años, había sido evacuada a Victoria al comienzo de la guerra, con el fin de protegerla de los raids de luz. ¿Qué estaba haciendo realmente en Victoria, si es que se encontraba allí, y qué está haciendo ahora aquí?

No se han presentado cargos formales contra la ejecutiva de Investigación de la Hydra Corp, la helena Medea, aunque ya lleva recluida dos semanas para ser interrogada, y se rumorea que el príncipe Essex aguardaba la aparición de las pruebas. ¿Obran en poder de la helena Ariadne dichas pruebas? ¿Cuál es su conexión con el príncipe Essex? Y, la pregunta más importante de todas: ¿testificará la helena Ariadne contra su propia madre?

(Calendario de acontecimientos, Pantalla 12.)

5

ME desperté deseando estar todavía en Victoria. Por lo menos, de lo único que tenía que preocuparme allí era de mantener alimentada a la camada de la señora Ponsonby y cambiarles los pañales para la siesta. Aquí se me presentaba la elección de tantas preocupaciones, que me podría llevar todo el día anotarlas, sin contar con la decisión de cómo abordarlas. Siempre que hubiera algo que se pudiera hacer al respecto.

Mi madre se hallaba en la cárcel, mi padre pensaba que yo era «una traidora y una puta», para utilizar sus propias palabras. Joss y Essex no parecían compartir esa idea, pero los dos tenían la convicción de que mi madre estaba saboteando a la Hydra Corp, y yo no sabía qué pensar. No creía que Essex hubiera inventado unas acusaciones contra mi madre con el fin de apoderarse de la Hydra Corp, a pesar de lo que papá había dicho; sin embargo, también sabía que no me estaban contando la historia completa y, si Joss era el sirviente de Essex, yo lo era de la señora Ponsonby.

Fuera lo que fuese, Joss había dejado una túnica y una clámide sobre el tocador, junto con un juego de toallas gruesas con el timbre real en ellas. ¿En qué no pensaba? ¿Zapatos? No. Había unas sencillas sandalias de cuero en el suelo. Me pareció un descaro lo de las ropas. Normalmente, la gente no llevaba vestidos formales para trabajar en la Hydra Corp, pero tampoco iban con monos ceñidos. Joss había llegado a la conclusión de que una vestimenta formal resultaba mejor que una indecente y, aunque odiaba estar de acuerdo con él, yo también lo pensé.

Me levanté de la cama, me quité el mono y me pasé la túnica por encima de la cabeza. Era sencilla y me llegaba hasta las

rodillas, donde tenía un reborde de color púrpura, y era lo suficientemente informe como para irle bien a cualquiera. La clámide era de seda, sin duda importada, pero yo no pensaba llevarla, no con ese timbre real bordado en ella. Abrí el armario de mamá en busca de otra cosa.

En su interior había ropa colgada; sin embargo, lo único de mi madre eran los vestidos de gala y los formales. El resto eran unas camisas limpias, un par de pantalones y un discreto uniforme de las Fuerzas Aéreas de la Commonwealth. Entonces recordé que Joss había ocupado el dormitorio. Era más alto que yo, aunque no mucho más robusto, pero no pensaba coger ropas prestadas de él. Quizá pudiera pedirle algo a Gaea. Sabía que ella estaba aquí. La había visto ayer.

Me volví hacia el terminal de al lado de la cama y pedí el menú de *Dónde está quien*, pero mi viejo código sólo me proporcionó un mensaje de *privilegio insuficiente*, escrito con unas alarmantes letras escarlatas. Podría conseguir entrar, aunque me llevaría tiempo; entonces se me ocurrió que a esta hora Gaea estaría tomando el desayuno en la zona de estacionamiento. Si me apresuraba, la vería antes de que se marchara. Me eché otro vistazo en el espejo y llegué a la conclusión de que estaría decente en cuanto me peinara.

Empecé a rebuscar en los cajones del interior del armario. Suponía que las cosas de mamá también habrían sido retiradas, pero no me importaba robar un peine.

El primer cajón que abrí estaba lleno con cosas de Joss, pero no vi un peine ni nada con lo que pudiera sujetarme el cabello. Abrí el otro cajón superior. Las cosas que había allí de mamá no habían sido tocadas, ni siquiera su cepillo con dorso de plata. No debieron de haberle permitido que guardara por sí misma lo que se llevaría a la prisión, sólo le metieron algunas ropas en un bolso y se las enviaron, sin pensar remotamente en su pelo. Decidí preguntarle a Joss si me permitirían llevarle un paquete con sus cosas personales. Probablemente sospecharía que querría introducir un láser, aunque tal vez me dejara llevarle un cepillo y un peine y, así, tendría la oportunidad de verla.

Mientras tanto, usé el cepillo y hurgué en el cajón en busca de una cinta para el pelo. Era un batiburrillo de contenidos diversos. Estaba lleno de peines y joyas, medias y ropa interior, todas las cosas que Joss había sacado de los otros cajones con el fin de hacer sitio para las suyas; incluso había un termo en una bolsa de papel.

De algún modo, esa visión me ayudó a comprender un poco más lo que sucedió. Arrestaron a mamá y se la llevaron…, sin siquiera dejarla coger sus pertenencias. Se la habían *quitado* de encima sólo por una sospecha de sabotaje. Quizá papá tuviera razón y lo que intentaban en realidad era apoderarse de la Hydra Corp.

Ellos no. Essex. Y su leal ayuda de cámara, Joss Liddell. De repente no quise estar aquí, aceptando su hospitalidad, durmiendo en sus camas, llevando las ropas que me habían dado. Cerré de golpe el cajón y salí de la habitación.

Me dirigí al despacho de papá, pero la puerta estaba cerrada y él no respondió a mi llamada; entonces recordé vagamente algo acerca de un emplasto de sueño. La puerta me preguntó si quería dejar algún mensaje y, en un principio, respondí que no, ya que lo que de verdad quería era entrar y usar su terminal para anular esa restricción que había encontrado en la terminal de Joss y, luego, ordenar algunas ropas a través de Minerva. Sin embargo, la puerta era un nódulo limitado, sólo capaz de grabar un mensaje, así que dejé uno en el que decía que me había ido a desayunar, concentrándome en mi primer plan de localizar a Gaea.

El mismo grupo heterogéneo se hallaba cocinando en el calentador solar que había en la zona de estacionamiento, pero Gaea no se encontraba allí, ni tampoco un montón de las personas que viera anoche. Quizás, incluida Gaea, ya se habían ido a trabajar. No tenía ni idea de dónde trabajaba Gaea, tal vez en Investigación, ya que allí era donde lo hacían sus padres. Bajé por las escaleras hasta el nivel inferior. Y encontré a todo el mundo.

En la cafetería. Era atendida por humanos pero, por todo lo demás, parecía como si estuvieran realizando sus tumos en un día cualquiera de antes de la guerra. Gaea estaba en mitad de la cola de la cafetería. Cogí una bandeja y me coloqué detrás de ella.

—Buenos días —saludé—. No tuve ninguna oportunidad de hablar contigo anoche, Gaea.

No me miró a mí, sino a la túnica que llevaba, y me pregunté si el reborde púrpura ponía *Essex* con tanta claridad como la clámide bordada que dejara en el dormitorio.

—Hola, Ariadne —contestó con frialdad, y cogió un plato de huevos del camarero.

—Regresé anoche —dije, preguntándome qué pasaba. Avanzaba con determinación en la cola, con la cabeza baja, como si lo que

más deseara en el mundo fuera alejarse por completo de mí.

—¿Desea algo caliente, helena? —preguntó el camarero.

—Sí —contesté, y entonces me di cuenta por la expresión de Gaea de que, si me colocaba detrás de ella, aprovecharía la circunstancia para desaparecer—. No gracias —corregí, cogiendo un trozo de baklava y una taza de granza y siguiéndola a una mesa.

Sacó los platos de la bandeja con la misma determinación que había mostrado en la cola, sin siquiera mirarme.

—¿Puedo sentarme aquí? —pregunté, depositando el plato y la taza sobre la mesa antes de que tuviera la oportunidad de decir que no—. Me alegro tanto de verte, Gaea.

Ella contempló los huevos.

—Estoy hambrienta. En realidad, no he disfrutado de una comida decente desde que dejé Victoria. ¿Sabes que me fugué? Tenía la certeza de que algo en casa no iba bien, así que huí. —Sorprendida, Gaea alzó la vista—. Oh, todo fue bien. No tuve ningún problema, pero tampoco disponía de dinero para comer. Han pasado dos, no, tres días desde la última vez que desayuné, y muchos más desde que disfruté de una comida digna de este nombre en la Hydra Corp.

De algún modo, había pronunciado las palabras correctas.

—¿Te escapaste? —preguntó Gaea con un tono de voz casi amistoso, y yo aproveché para comer un bocado del baklava con el que había estado fantaseando y beber un poco de la humeante granza.

—Sí. Nadie me contaba lo que estaba pasando aquí, así que decidí regresar a casa y comprobarlo por mí misma. No sabía lo de mamá ni lo de la casa, ni de todo lo demás, hasta que llegué aquí.

¿Cuánto tiempo lleva Essex en las cámaras privadas de mi madre?

—Se mudó cinco minutos después de que se la llevaran a la cárcel —repuso Gaea. Me miró—. Sabes lo que están diciendo, ¿verdad? —En ese momento pareció como la antigua Gaea que yo recordaba, y también un poco como Chilkie. No me extrañaba que Chilkie me cayera bien—. Dicen que Essex te trajo a casa para que testifiques contra tu madre.

—Eso es ridículo —comenté—. Nadie en Hydra puede creer eso ni por un instante.

Gaea se encogió de hombros.

—No creo que se lo comente para el beneficio de la gente de la Hydra Corp, por lo menos, no en un principio. Sin embargo, por aquí han cambiado muchas cosas desde que tú te fuiste. Apuesto a que antes no había ni una sola persona de la Hydra Corp que estuviera suscrita a un periódico.

—¿Y ahora? —pregunté.

Gaea emitió una sonrisa bonita.

—Casi todos nosotros.

Me llevó un segundo conseguir que las cosas encajaran.

—¿Quieres decir que ha nacido de la especulación de un periódico el que yo había sido traída para testificar contra mi madre? ¿Desde cuándo la Hydra Corp merece la atención de los periódicos? Ni siquiera nos mencionan jamás, salvo cuando celebramos la Fiesta.

—No están interesados en la Hydra Corp, sino en el príncipe. Y, por supuesto, jamás hablan de forma abierta. Se parece más a algo así: «¿Quién, salvo la hija de una famosa Mata Hari, usaría el código de identidad de un cierto ejecutivo de la Hydra Corp para entrar en secreto en Denver Springs a tiempo para…?».

—¿Para qué? —inquirí, sin aliento.

—No lo recuerdo con exactitud…, el juicio.

—Pero no hay ningún juicio. Ni siquiera han acusado formalmente a mamá.

—Cierto, pero, si lo lees en los periódicos, prácticamente ya ha sido declarada culpable. Son tan listos en eso de darle la vuelta a una frase. —Cuando asentí, corroborando su opinión, sacudió la cabeza—. Seguro que no has visto los periódicos de la mañana, de lo contrario no te lo tomarías con tanta calma.

—¿Por qué? ¿Qué dicen?

—Cuando entraste con Liddell y pasaste la noche en las habitaciones de Essex, pareció como… Bueno, las historias de traición de los ejecutivos de la Hydra no venden tan bien como las escapadas románticas de Essex.

—Seguro que nadie en la Hydra Corp creería que yo… —Deposité la taza con tanta fuerza que desparramé granza por toda la mesa.

Gaea alargó el brazo y apoyó su mano sobre la mía, dándome un apretón.

—No…, no de verdad. Pero, Ariadne, ten cuidado. Todo el

mundo está trabajando muchas horas debido a la sequía, y nadie piensa con mucha claridad.

Por primera vez me di cuenta de que la oscuridad que rodeaba los ojos de Gaea no se debía a una especie de nuevo maquillaje. Estaba cansada.

—Durante casi un año no hemos llevado a cabo ningún trabajo en Investigación salvo el dedicado a la sequía.

—¿Es tan seria?

Lo que yo había visto no me pareció tan terrible; por lo menos, no lo suficiente como para justificar el cansado gesto de la cabeza de Gaea.

Retiró la mano, aunque se adelantó con aire de conspiración.

—Es una mutación de nuestra propia infección Dunn lo que está fortaleciendo las paredes de la hidra, haciendo que no puedan dializar; sin embargo, cada vez que logramos controlarla, surge una nueva. Los viejos controles, los que desarrollamos ayer, ya no sirven, y siempre hemos de empezar de cero. Al principio creímos que se trataba de mutaciones fortuitas, pero no puede ser. —Agitó con cansancio la cabeza—. Ya nada es seguro, y menos aún la Hydra Corp.

—Quieres decir que piensas que mi madre…

—No quiero decir nada, salvo que tú vayas con cuidado y no confíes en nadie —dijo Gaea—. Deténte un instante y piénsalo. Puede que los periodistas te vieran entrar con Liddell, pero, a menos que alguien de *dentro* de la Hydra se lo notificara, no podían saber con quién estabas durmiendo.

—¡No he dormido con nadie! —exclamé, apoyando de nuevo la taza con fuerza. Si no me bebía en seguida la granza, pronto quedaría toda desparramada sobre la mesa.

Gaea me miró con ojos inexpresivos.

—Buenos días, heleno Dares —saludó, y bebió un comedido sorbo de granza cuando mi padre se sentó a mi lado.

Aunque Gaea había sido casi una hija para él cuando las dos éramos más jóvenes, papá apenas le dedicó un gesto con la cabeza.

—Encontré tu mensaje al despertar —me comentó.

Tenía un aspecto horrible. Debía de haberse quitado el emplasto de sueño. En su cuello se veía una marca roja. Me alivió constatar que llevaba un emplasto de sobriedad. Joss debió de colocárselo al mismo tiempo que el del sueño. Detendría lo peor de la resaca; sin

embargo, cuando quiso coger el zumo de naranja que tenía en su bandeja, le tembló la mano. Se bebió la mitad del vaso y, luego, como si fuera un pensamiento posterior, se inclinó para besarme en la mejilla. Su aliento era amargo, y supe que el vaso no sólo contenía zumo de naranja. El emplasto de sobriedad no iba a poder competir con eso.

—Piénsalo, Ariadne —repitió Gaea, cogiendo su bandeja y poniéndose de pie para marcharse—. En Investigación reina el caos, y Seguridad tiene… un problema.

—No pasará mucho antes de que vuelva a tenerlo todo bajo control —comentó mi padre, mirando a Gaea con gravedad.

—¿Qué? —preguntó Gaea—. ¿La bebida o el sabotaje?

El rostro de mi padre se puso colorado y siseó:

—No existe ninguna prueba de sabotaje, nada, ni la más remota.

No hay nada salvo la acusación de ese maldito personaje real. ¡Tú sabes que no hay ninguna prueba!

Gaea, que nunca dejaba que nadie la intimidara, se apoyó sobre la mesa.

—Existe una prueba empírica —repuso—. Está Investigación, donde se trabaja catorce horas al día sólo para mantener a raya la sequía.

—Hasta Nicholas comentó que la sequía podía deberse a una mutación natural de las hidras —comentó mi padre, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas—. Y él es el jefe en Investigación mientras Medea está fuera. ¿Es que ni siquiera escuchas a tu propio padre, Gaea?

—Obviamente, con más atención que usted —respondió Gaea—.

Dijo que *podía* tratarse de mutaciones naturales, pero jamás que eso fuera una certeza. —Gaea se detuvo, notando de repente que la gente de las mesas cercanas empezaba a mirarnos—. Lo siento —comentó con sinceridad—. Sé que usted está haciendo todo lo que puede. Lo que pasa es que.., me encuentro muy cansada.

—Descansa un poco, querida —indicó mi padre, sin dar la impresión de que la perdonara demasiado, a pesar de la súbita suavidad de su voz. Alargó la mano para coger el zumo de naranja.

Gaea se encogió de hombros.

—Cuento contigo para que nos ayudes —anunció—. Todos lo hacemos.

Papá asintió, sin darse cuenta de que Gaea me había hablado a

mí, no a él. Me la quedé mirando, insegura de lo que esperaba que yo hiciera. Finalmente, se volvió para marcharse.

—¡Gaea! —la llamé. Se detuvo y giró la cabeza. También papá y las personas próximas me miraron—. Necesito pedirte prestadas algunas ropas —le pedí—. Cuando me escapé, sólo llevaba lo puesto. Esto…, me gustaría ponerme algo tuyo.

Asintió.

—Todo lo que tengo está en nuestra vieja taquilla. No he cambiado la combinación. Coge lo que necesites.

Su sonrisa parecía normal cuando se dio la vuelta por última vez, pero a mí no me dejó sintiéndome normal.

—Quizá no debieras empezar a beber tan pronto —le dije a papá, y lo lamenté en el acto. Sus ojos adquirieron una expresión de culpabilidad y de malestar; luego apartó la mirada.

—Estoy bien —comentó—. Bien. Es toda esta presión…, tu madre… Tienes que ayudarme, Ariadne.

Me incliné sobre la mesa.

—Sé que te encuentras preocupado por mamá, pero no podrás ayudarla…

—¿Bebiendo? —me interrumpió, y sus ojos brillaron de forma extraña—. Tengo un plan. —Me apretó las manos con tanta fuerza que me hizo daño.

—¿Qué clase de plan?

—Hemos de encontrar la memoria del ordenador de casa —susurró—. Essex cree que los datos del MIG fueron destruidos, pero no es así.

—Papá —dije—, vi cómo quedó la casa. El ordenador había desaparecido.

Se adelantó aun más para susurrarme:

—La memoria no se hallaba en el ordenador.

—¿Qué? —inquirí.

—Cuando localicemos la memoria, demostraremos que el Proyecto MIG se hallaba en un callejón sin salida. Essex tendrá que liberarla. Sin embargo, tendrás que ayudarme. Sé dónde está, pero yo no puedo cogerla.

—¿Por qué la memoria no estaba en el ordenador? —pregunté, sorprendida.

—Medea se la llevaba a Essex el día del raid de luz.

Eso no tenía sentido. Uno no llevaba la memoria de un ordenador consigo, en especial no cuando se trataba de una memoria permanente como la de todo el proyecto de investigación. Si ella hubiera querido mostrarle el material a Essex, se lo habría enviado por las líneas del com o habría empleado una copia de seguridad. Además, ¿por qué estaba la memoria del MIG en el ordenador de nuestra casa en vez de estar en los bancos de Minerva? Tuve la impresión de que era una historia que papá inventaba para sentirse mejor.

—Papá —comenté con suavidad—, ¿te dijo mamá que había cogido la memoria?

—No me dejan ir a verla —repuso—. Pero he descubierto dónde tiene que estar. He buscado en todas partes, con la excepción del lugar al que no tengo acceso. Tu madre debió ocultarla en sus cámaras.

Tenía razón acerca del emplasto de sobriedad: no podía competir con lo que papá hubiera puesto en su zumo de naranja. Ahora, mamá no sólo se había llevado la memoria, sino que la había ocultado. ¿De quién?

—Papá —pregunté—, ¿has desayunado? Deja que te traiga algo.

—Tú dormiste allí anoche. Te dejará volver a entrar. Dile que has olvidado algo. ¡Tienes que ayudarme, Ariadne!

Me apretaba con tanta fuerza las manos que sentí como si me las estuviera aplastando. Intenté soltarlas.

—No creo que… Si Essex hubiera encontrado la memoria, ¿no te lo habría comunicado? —pregunté, liberando las manos.

—¡No! Intenta apoderarse de la Hydra Corp para la Commonwealth. No puede permitirse el lujo de sacar a tu madre de la cárcel ahora. Ésa es la razón por la que tú has de encontrarla primero y traérmela. Y hemos de damos prisa. No queda mucho tiempo.

—Deja que te traiga una taza de granza —pedí desesperada, con las manos a salvo en el regazo.

—¡No me ayudarás! —exclamó, y observé cómo sus manos se transformaban en puños. Me alegré de haber sacado las mías—. ¡Muy bien! ¡La encontraré yo mismo!

Se puso de pie, volcando lo que quedaba de mi granza.

Le sujeté por la manga.

—Te ayudaré, papá —dije, intentando que se calmara—. Pero

me parece que no deberías esperar mucho de la memoria. Quizá no se encuentre donde tú crees.

—Oh, está ahí —repuso, inclinándose hacia mí sobre la mesa—. Yo establecí un sistema de seguridad para proteger la memoria de los raids de luz. Una seguridad que podías llevar en la mano.

Traté de imaginarlo. La mayoría de los sistemas de seguridad eran más grandes que los terminales que protegían. Debían tener capas y más capas de aluminio refractario alrededor de una abultada unidad de refrigeración que se empleaba para mantener frías las memorias volátiles. Essex me había preguntado anoche acerca de los sistemas de seguridad y qué aspecto tenían. Quizá, después de todo, ésta no fuera sólo la idea borracha de papá.

—¿Qué aspecto tiene? —inquirí.

Se adelantó hasta quedar casi pegado a mi cara, exhalando zumo de naranja y ouzo.

—Nunca lo adivinarías. Se parece al termo en el que tu madre llevaba la leche de cabra.

—¿Leche de cabra? —pregunté.

—¿Leche de cabra? —repitió Joss.

del *DenverSprings Post-Gazette*

¿Un nuevo amor para el príncipe?

Hay una nueva mujer en la vida del príncipe de Saskatchewan. O tal vez deberíamos decir una muchacha. Pero, como da la impresión de que se ha mudado a los tal vez, después de todo, mujer sea la palabra adecuada; pero, aunque el príncipe ha recorrido todos los lugares y senderos de la vida para localizar su luz de amor (¿recuerdan al presidente de Holly Sugar?), este periodista cree que, en esta ocasión, ha ido demasiado lejos.

¿La hija de una ejecutiva de la Hydra Corp a la que Essex ha acusado de traición? Seguro que ni siquiera el príncipe de Saskatchewan caería tan bajo. ¿O es que este periódico ha confundido todo el tiempo los motivos por los que Essex encarceló a la madre? ¿Es que sólo intentaba deshacerse de una madre hiperprotectora con el fin de tener el camino despejado con la

preciosa hjja? (Fotos de antiguos amores de Essex, Pantallas 92-183.)

6

¡LOADOS sean los dioses por no haber dicho yo termo!

—Iba a traerle a mi padre un poco de leche de cabra —expliqué —. No ha desayunado nada.

—No está mal, Liddell —dijo mi padre, observando su reloj—. He dispuesto únicamente de cuatro minutos a solas con ella. Ni yo mismo lo habría hecho mejor.

—He de reconocer, heleno Dares, que me halaga el hecho de que siempre piense que estoy haciendo algo inteligente. Sin embargo, no comprendo del todo qué es lo que considera usted que planeo. Fuera lo que fuese, espero que no se sienta desilusionado cuando descubra que sólo soy un ayuda de cámara.

—¿Por qué un ayuda de cámara querría impedirme hablar a solas con mi hija?

—Oh, vamos. ¿Es eso lo que creyó? Le aseguro que no es así. Simplemente vine para anunciarle que he arreglado que se instale una cama extra en su oficina para la helena Ariadne.

—Bien —comenté. —Todavía me latía con fuerza el corazón. Había una copia de seguridad. Yo la acababa de ver en el cajón de mi madre, junto al cepillo. Oculta a plena vista. Pero, ¿por qué la habría escondido mi madre? La historia de papá sobre que Essex quería apoderarse de la Hydra Corp no tenía sentido, pero ella tuvo que haber quitado la copia de seguridad del ordenador por alguna buena razón, y luego no le contó a Essex dónde estaba, ni siquiera cuando la acusaron de sabotaje. ¿Por qué? ¿Qué había en la memoria? Sólo existía una forma de averiguarlo.

—Señor Liddell —comenté—, me he dejado el mono en el dormitorio. Creo que iré a cogerlo, y así ya no le molestaré más.

—Ya lo he enviado a la lavandería —indicó Joss—. Y también me he tomado la libertad de traerle su clámide.

Me la alargó, y en ella se veía con toda claridad la insignia real.

—No voy a necesitarla —repliqué con frialdad—. Una amiga mía se ha ofrecido a prestarme algo de ropa. Si desea aguardar aquí unos minutos, le devolveré la que llevo puesta. —Me volví hacia mi padre—. Papá, cuando buscaba a Gaea esta mañana, descubrí que mi cuenta en el ordenador había sido cancelada. Necesitaré una nueva.

Mi padre pareció avergonzado.

—Todo el mundo tuvo que ser autorizado de nuevo cuando llegó Essex. Las cuentas inactivas fueron canceladas.

—Bueno, pues ya he regresado —dije—. ¿Cuándo se podrá abrir de nuevo?

—Lo arreglaré —señaló Joss—. Necesitaré su identificación de voz, helena Ariadne.

—*¿Usted* la necesitará? —pregunté—. Mi padre es el jefe de Seguridad. Es él quien maneja todos los privilegios de las cuentas en el ordenador.

—Cuando están involucrados miembros de la casa real, la seguridad es responsabilidad del gobierno de la Commonwealth.

Sí, bueno, ¿y quién sabe si Essex no está tratando de apoderarse de la Hydra Corp? Había ocupado las habitaciones de mi madre, y le habían quitado el trabajo a mi padre, y habían establecido guardias de la Commonwealth en las puertas y, al parecer, también se habían apoderado de Minerva, el ordenador central. No me extrañaba que papá hubiera empezado a beber.

—Oh, ya entiendo —y me volví deliberadamente hacia mi padre —. Voy a ir a coger la ropa de Gaea ahora. Luego iré a tu oficina y continuaremos nuestra charla. —Quise añadir: «No hagas nada hasta que yo llegue», pero no me atreví. Me adelanté para darle un beso.

—Date prisa —susurró—. No queda mucho tiempo.

Giré y me alejé rápidamente de la cafetería, con la esperanza de que Joss no me siguiera, pero me alcanzó en el pasillo.

—Me olvidé de preguntarle —comentó—, si desearía una manta adicional para la cama.

—No, gracias —repuse—. Si necesito algo, se lo pediré a mis *amigos*. Y ahora, si me perdona. —En esta ocasión conseguí bajar

las escaleras y llegar hasta la taquilla antes de que me alcanzara.

—Helena, necesito hablar con usted —dijo.

—¿Por qué? Me ha lavado la ropa y me ha hecho la cama. ¿Qué más necesita hacer un buen sirviente? Siempre que usted lo sea, lo cual dudo mucho.

Si hubiera sido capaz de mostrar algo más que un rostro pétreo, habría dicho que pareció dolido.

—Es inconfundible que usted es la hija de su padre, ¿verdad?

—Y de mi madre —añadí—. Cosa que, por aquí, es suficiente para que me arresten bajo sospecha de sabotaje.

Abrí la taquilla de Gaea y rebusqué entre sus bien dobladas ropas, intentando hallar un mono.

—Necesito hablar con usted —repitió Joss.

—Bien, pues yo no necesito hablar con usted. —Le miré con ojos centelleantes—. A menos, por supuesto, que desee explicarme por qué mantienen a mi madre prisionera. Su jefe intenta apoderarse de la Hydra Corp, ¿verdad? Y ella se interpone en su camino.

Joss ¿largó el brazo y cerró con fuerza la puerta de la taquilla.

—Puede aguantar un poco más con lo que lleva puesto, aunque pertenezca a mi *jefe*. —Abrió de una patada las puertas que conducían a los baños—. Venga.

—No voy a…

—Va a escuchar lo que tengo que decirle —afirmó—. Quiere saber qué pruebas tengo contra su madre, y yo se lo diré. Ahí dentro.

No había alzado la voz; sin embargo, el efecto fue el de una orden. Tan pronto como crucé la puerta, la cerró y se dirigió al terminal de Minerva.

Se trataba de un terminal viejo y adornado, emplazado en los baños como un reconocimiento poético a la función de Min como el oráculo de Delfos de la Hydra Corp. Joss le habló:

—Quiero privacidad completa aquí dentro. —Luego bajó la voz para decirle algo más que se suponía que yo no debía oír, y que, de hecho, no logré captar. Abrió al máximo una de las duchas y, después, fue a cerrar la puerta.

—Siéntese —y me indicó una de los bancos tallados cerca del borde del Estanque de la Gloria del Alba.

—No mantiene muy bien su tapadera de sirviente —comenté.

—En este momento no me importa. Siéntese.

Lo hice. Él se sentó a mi lado, demasiado cerca en lo que a mí respectaba, y se inclinó, con los brazos apoyados en las rodillas, las manos juntas, de una forma que me recordó a papá. Ayer había sentido pena por él. No pensaba cometer de nuevo el mismo error.

—¿Y bien? —pregunté.

—¿Sabe lo mal que están las sequías?

—Sí —repuse—. Gaea me lo contó. Investigación no puede detenerlas.

—Así es —admitió—. Son tan serias que Investigación no pudo prescindir de nadie para trabajar en el Proyecto MIG, aunque no hubieran destruido la memoria. Creo que ésa es la *causa* de que sean tan graves.

Me observó con una expresión de absoluta preocupación. Ya la había visto en el rostro de Gaea.

—¿Impedir a Investigación trabajar en el MIG? —inquirí—, Pero, ¿por qué alguien tendría que sabotear las hidras sólo para paralizar el Proyecto MIG? Pensé que éste tampoco marchaba bien. Creí que los bíos no estaban creciendo.

—Eso es lo que dijo su madre. Sin embargo, había otras personas en Investigación que pensaban que los bíos MIG crecerían si se podían hallar las condiciones adecuadas, y dijeron que formarían un equipo para empezar el trabajo en ello. De una forma muy extraña, fue entonces cuando comenzó la sequía.

—Pudo tratarse de una coincidencia.

—Sí. El equipo dijo que mantendrían turnos dobles y que seguirían trabajando, pero la sequía empeoró, y un tanque de bíos quedó expuesto a la radiación, y otro fue contaminado, y durante una alerta de un raid de luz se perdió parte de la memoria del MIG; sin embargo, Essex pensó que su madre podría tener una copia de seguridad del proyecto en el ordenador de su casa.

—Y, en ese momento, nuestra casa recibió un impacto.

—Su casa no. Sólo el ordenador. Los satelbat emplearon unos láser ultravioletas muy sofisticados, que no causaron ningún daño salvo la destrucción de los circuitos electrónicos, con el fin de destruir la memoria.

—Ahí fue cuando la arrestaron —dije—. No se debió a la filtración realizada a la prensa, ¿verdad? La arrestaron ese mismo día porque creyeron que ella había hecho atacar su propia casa.

En esta ocasión había conseguido sorprenderle, pero no de la forma que yo esperaba. Me miró con una expresión de completa perplejidad.

—¿Quién le contó eso? —preguntó—. ¿Su padre?

—Nadie me lo contó —repuse, con el ceño fruncido—. Pero es cierto, ¿no?

—No —contestó—. No es cierto. Su madre no fue recluida para interrogarla hasta hace una semana, semana y media después de que su casa recibiera el ataque láser. Debido a las filtraciones a la prensa acerca de que se nos estaba escapando el control de las sequías.

Pero papá me había dicho que mamá iba a darle la copia de seguridad a Essex el día del raid de luz, que se hallaba de camino para ver a Essex cuando fue arrestada, y que ésa era la razón por la que no le había mostrado a Essex el termo. Ahora fue mi turno de sentirme perpleja, y lo siguiente que me preguntó fue lo que yo sabía sobre el raid de luz.

—¿Intenta decirme que no sospecharon que ella fuera la causante del ataque a nuestra casa? —quise saber.

—No —dijo muy seriamente—. No estoy intentando decirle eso.

¿Por qué pensó que fue arrestada el día del raid de luz?

Yo tenía las manos entrelazadas sobre mi regazo, de la misma forma que cuando papá me puso al tanto de sus descabellados planes. Joss alargó los brazos y me las cogió, pero con suavidad.

—Ariadne —comentó—, los quebequenses se encuentran tan cerca de conseguir un MIG que… hace dos semanas interceptamos un mensaje de alto secreto que decía que estarían preparados para emplear una pulsación electromagnética contra los aliados en menos de seis meses. Eso significa que ya están listos para iniciar la producción de los MIG.

Debería soltar mis manos, pensé.

—Pero creí que había dicho…

—¿Que los quebequenses aún están lejos de tener un bío MIG? Toda mi información de Scotland…, de Inteligencia confirma que no han realizado ningún progreso en su investigación, lo cual únicamente puede significar que esperan *obtener* los bíos.

—Podría significar que su inteligencia se ha equivocado y que ellos han desarrollado un bío propio.

—Entonces, ¿por qué no los producen? Dos de sus fábricas

verdes han sido vaciadas y desinfectadas. Aguardan, vacías, la llegada de algo. Mi mejor hipótesis es que esperan la entrega de un bío maduro.

—Y mi madre no podrá suministrárselo si se encuentra en la cárcel.

Había esperado que asintiera y me mirara con una de esas expresiones como «pobre muchacha», pero no lo hizo. A cambio, su rostro adquirió una expresión pétrea e inescrutable, yo supe que, a pesar de estas últimas revelaciones al lado del estanque, aún no me lo estaba contando todo. Y que no pensaba hacerlo.

Muy bien, señor Liddell, decidí. Yo también sé una o dos cosas que tampoco pienso revelarle. Aparté mis manos de las suyas y me puse de pie.

Él se incorporó conmigo.

—Ariadne —dijo, y apoyó las manos sobre mis hombros—, estamos en una carrera contra el tiempo. Si los quebequenses logran reemplazar las memorias de sus ordenadores con bíos MIG, no vacilarán en lanzar un ataque PEM para cancelar nuestras comunicaciones. En ese punto, estarán en disposición de exigir una rendición incondicional bajo la amenaza de una guerra nuclear. —Me miró con intensidad—. Ariadne, si sabe algo de esto, debe decírmelo. Es desesperadamente importante. —Su apretón sobre mis hombros se intensificó—. ¿Qué le hizo pensar que su madre fue arrestada el mismo día que tuvo lugar el raid de luz?

Estuve a punto de revelárselo. A pesar de las cosas que no me explicaba, a pesar de la advertencia de mi padre, a pesar de todo. Casi le dije: «Hay un termo en el segundo cajón del armario. En realidad, se trata de la copia de seguridad de nuestro ordenador.»

—Me prometió un acceso al ordenador. ¿O era sólo si cooperaba? —le dije a cambio. Y me gustó la expresión que mis palabras produjo en su rostro.

Me soltó.

—Le prepararé el acceso a Minerva de inmediato. Lo habría hecho antes, pero pensé que era más importante hablar con usted.

—Mantuvo la puerta de los baños abierta para mí—. Al parecer, me equivoqué al creerlo.

—Al parecer, así es —admití, y pasé delante de él.

Me tomé mi tiempo en coger un mono y un clámide de la taquilla de Gaea; luego regresé a los baños para cambiarme la

túnica. Joss me estaba esperando al comienzo de la escalera. Abrió camino hasta las oficinas de mi padre. Joss llamó a la puerta, y ésta le replicó que no había nadie y si quería dejar un mensaje. Esperaba que papá no hubiera hecho ninguna estupidez, como intentar llegar hasta las habitaciones de Essex para coger el termo.

Joss apoyó la palma de la mano en el hueco de la puerta y le pidió que se abriera. Lo hizo. Debí haberlo supuesto.

—Teclearé su identificación ahora mismo —comentó.

Se dirigió hacia el terminal. El punto de trabajo de papá disponía de pantallas para todas las cámaras de seguridad emplazadas en el edificio y en las entradas, además de una pantalla de comunicación, una unidad de reconocimiento de voz, un micrófono, un teclado y una unidad de información.

—Aquí el capitán Joss Liddell. ¿Me recibes?

—Los programas de reconocimiento de voz se encuentran en plena actividad, señor —contestó el ordenador.

Ese «señor» debía de ser algo del protocolo canadiense que Essex se había traído consigo. Igual que el acento de Min, que sonaba sospechosamente como el de Essex.

—Nuevo código de usuario para el Departamento de Investigación, Ariadne, helena —dijo Joss—. Su acceso es de capacidades de lectura, escritura, ejecución y borrado para ella misma, grupo, compañía y sistema de ordenador.

—Una pregunta, señor. Por favor, confirme que ha dicho privilegio de sistema de ordenador.

—El acceso es de privilegio de sistema de ordenador.

—Recibido —comentó Minerva—. Preparada para establecer el reconocimiento de voz. Helena Ariadne, por favor, lea las palabras a medida que las imprima en la pantalla.

Me acerqué a la pantalla de comunicación y pasé los siguientes tres minutos leyendo unos versos familiares para el ordenador.

—Recibido —dijo Minerva, sonando como una doncella de escaleras arriba—. Bienvenida de regreso a la Hydra Corp, helena Ariadne, y permita que la felicite tardíamente con ocasión de su decimosexto cumpleaños y su adquisición de rango de adulta.

—Llegas con un año de atraso, pero por supuesto, gracias —comenté.

—Feliz cumpleaños y congratulaciones. Y, una vez más, por la ocasión de su decimoséptimo cumpleaños —continuó Minerva—,

¿Desearía la información de calendario de hoy?

—Sí, por favor.

—La Fiesta se celebra esta noche en el Broadmoor. A las ocho P.M. Asistencia con vestido formal de la Hydra Corp.

La Fiesta es esta noche, y ni una sola palabra sobre el encarcelamiento de mi madre.

—Gracias, Min —repuse. Miré a Joss—. ¿Todavía se sigue celebrando la Fiesta? Creí que la suspenderían mientras durase la guerra.

—La Hydra Corp necesita mantener la apariencia de que todo sigue igual que antes y de que la sequía únicamente es un rumor de tiempos de guerra. Una fachada valiente y todo eso.

Me volví a la pantalla.

—¿Algo más, Min?

—El calendario no muestra ninguna tarea para usted, helena Ariadne, pero tiene unas cartas que aguardan que se las transmita.

—Gracias, Min —dije.

En todo el diálogo no había habido ningún indicio de que Minerva tuviera activados sus intuitivos, lo cual era perfecto, ya que, contoda probabilidad, Joss habría notado la diferencia si Min hubiera empezado a realizar evaluaciones intuitivas. Papá debió haberles ocultado su existencia a Essex y a su personal.

—Absolutamente de nada, helena Ariadne —repuso con un falso acento de la Commonwealth—. Es un placer servirla.

Miré a Joss.

—Le han hecho un lavado de cerebro a Minerva —comenté.

—El acento es preferencia de Essex.

—Bien, pero no mío. Min, cancela ese acento cuando estés hablando conmigo.

—Será un placer, helena —dijo Minerva, y de repente sonó como ella misma.

—Min, ¿estás manteniendo un seguimiento auditivo de nuestra sesión?

—Los seguimientos auditivos son procedimientos rutinarios durante cada sesión de ordenador. Sin embargo, con los privilegios de sistema, puede usted desconectar el programa de seguimiento auditivo al inicio de cada sesión, o purgar la memoria en cualquier momento durante la sesión.

—También debería preguntarle acerca de la vigilancia —sugirió Joss a mi espalda, leyéndome casi el pensamiento.

Pero yo no quería hablar con Min sobre la vigilancia estando Joss presente. Cualquiera que disfrutara de privilegios de sistema podría observar o escuchar las sesiones de cualquier otra persona y Min ni le prestaría atención. Joss lo sabía y yo lo sabía, pero quizá Joss no supiera que yo estaba al tanto de ello. Y, tal vez, Joss desconociera que escuchar las sesiones de ordenador no eran los únicos medios que tenía Min de saber lo que ocurría en la Hydra Corp. No obstante, si no preguntaba acerca de la vigilancia, pensaría que era algo raro. Formulé mi pregunta con cuidado.

—¿Me estás espiando, Minerva?

—Esa es una palabra dura, helena. Pero he sido programada para proporcionar una descripción completa del programa *dónde está quién*, su función en la Hydra y su uso, siempre que alguien se sienta preocupado acerca de la invasión de su intimidad. El *dónde está quién* es un programa localizador de personal diseñado para proporcionar un acceso instantáneo a personal cualificado en momentos de necesidad.

No pude evitar preguntarme si también había sido instruida para no mencionar el *seguir*, su uso y la capacidad que tenía ella para realizarlo.

—¿Formo yo parte del personal cualificado al que debes seguir?

—No fue usted designada durante la inicialización de su cuenta. ¿Desea presentarse voluntaria?

—No —contesté—. Min, corta la charla. Tecleemos.

Me senté ante el teclado. Tenía un montón de preguntas que hacerle a Min, pero no mientras Joss estuviera escuchando. Por lo menos, con el teclado no podría oír mi sesión, y mi esperanza era que se cansara y se fuera. No me resultaría posible entrar en el dormitorio que había sido de mamá con él pegado a los talones. Tecleé una petición rutinaria sobre viejas asignaciones, pero la pantalla se llenó de tonterías. Tampoco ayudó que replanteara la pregunta.

Noté que Joss se acercaba y alargaba el brazo para apretar la tecla de control. La pantalla se quedó en blanco y él tecleó: *Invocar conversión.*

—Es la nueva orden para activar las sesiones de teclado. Lo siento. Debí comentárselo. No podemos permitir que los

quebequenses se introduzcan en nuestro sistema. Sólo recuerde invocar las tablas de conversión cada vez que desee llevar a cabo una sesión vía teclado.

—Gracias —dije, y me quedé allí sentada con las manos inmóviles delante del teclado y sus brazos casi rodeándome—. Ahora sé cómo funciona.

—Perfecto —comentó él, y retiró las manos del teclado. Se acercó hasta quedar delante de la ventana, detrás del escritorio de papá.

Pedí mi correo, que estaba compuesto por una carta de Chilkie y una de la señora Ponsonby. Había tenido la esperanza de que Joss únicamente aguardara hasta cerciorarse de que no tenía ningún problema con la máquina, pero no hizo ademán de irse, así que pedí la carta de Chilkie, pero pensé que quizás en ella hubiera algo acerca de Beejum y de los bíos que había dejado así que, rápidamente, cambié a la carta de la señora Ponsonby. Era breve y directa.

«Querida Ariadne, nos has dejado en un perfecto caos. Todos estos niños y nadie que los cuide; ni siquiera supimos una palabra de ti. Estaba terriblemente preocupada.» Apuesto que sí. «Le he escrito a tu padre acerca de tu lamentable comportamiento. Le he dicho que eras una muchacha desagradecida y desconsiderada, pero que si él te paga el viaje de regreso y tu habitación y manutención, puedes volver y quedarte conmigo por la bondad de mi corazón, ya que tengo la seguridad de que tu padre no desea que permanezcas allí.»

Lo demás era algo muy parecido. Llamé la primera parte de la carta de Chilkie, la observé para cerciorarme de que no contenía nada incriminador, y tabaleé con mis dedos en el borde del teclado, esperando que Joss recibiera el mensaje. Estaba mirando algo a través de la ventana o fingía muy bien que estaba mirando algo a través de la ventana. En cualquier caso, no pareció escuchar el ruido de mis dedos, y me vi obligada a dirigirme por dos veces a él antes de conseguir que me mirara. No había ninguna forma diplomática de exponerlo.

—Me prometió que no me vigilaría —dije.

—No la estoy observando —repuso—. Pensé que tal vez confiara más en mí si me quedaba aquí en vez de irme. Después de todo, podría acercarme a otro terminal, reinicializar su cuenta y

monitorizarla.

Así que estaba al corriente de las capacidades de Min y daba por supuesto que yo también. Pero, antes de que yo pudiera decir algo, se había vuelto para mirar de nuevo por la ventana. Realmente no vigilaba lo que yo hacía, y me negaba a creer que fuera un espía tan bueno como para descubrirlo por los sonidos que yo realizaba al teclear. El paisaje que veía más allá de la ventana captaba toda su atención. Me incorporé y me alejé del teclado en dirección al escritorio.

—Estoy segura de que tiene una ventana propia desde la que poder mirar —comenté, asomándome para echar un vistazo hacia el aparcamiento y ver qué había de interesante.

—Cierto —repuso—. ¿Quiere que cierre la puerta al marcharme de modo que nadie la moleste?

—No será necesario —indiqué, y le escolté hacia la puerta. Al llegar, se detuvo y se volvió como si quisiera decir algo, luego salió al pasillo y se alejó. ¿Todavía no confía en mí, eh, señor Liddell? Entonces yo tampoco confiaré en usted.

Crucé el pasillo y puse la palma de mi mano en la puerta de mi madre. No sucedió nada. Sólo había esperado poder abrirla a medias; normalmente, los privilegios de sistema daban acceso a cualquier puerta en la Hydra Corp, pero aun en los viejos días hubo excepciones. La puerta de mi padre siempre había estado sellada, incluso para mi madre.

Regresé al despacho de mi padre, eché otro rápido vistazo por la ventana, aunque no conseguí vislumbrar nada salvo el aparcamiento vacío y la zona de desastre de más allá. Casi deseaba esperar para ver a Joss salir corriendo por la puerta delantera, pero yo tampoco tenía tiempo que perder. Regresé al terminal. Si Joss se había dirigido a otro cuarto para monitorizarme, quería que me viera haciendo algo inocente. Volví a leer de nuevo toda la carta de la señora Ponsonby, deseando que Chilkie estuviera aquí. Ella siempre penetraba en lo más recóndito de las cosas y luego manifestaba lo que opinaba. Llamé nuevamente su carta.

«La señora Ponsonby sufrió un verdadero ataque al descubrir que te habías ido», decía la carta. «Le anunció a todo el mundo que te habías fugado con un soldado quebequense, y se llevó todas tus cosas y tu ropa a la tienda de reciclado y las vendió. Casi consigue apoderarse de tu jardín, pero Beejum lo ocultó debajo de su cama.

Le dije que lo mejor era que echara todas tus cosas, fueran las que fuesen, por el drenaje antes de que la señora Ponsonby las encontrara, pero repuso que te las guardaría hasta que volvieras.»

«¡Pobre pequeño! Intenté explicarle que no regresarías, pero no me creyó. Espero que la señora Ponsonby no encuentre el jardín y se lo quite. Aunque no lo está buscando. Tiene otros problemas. Las cañerías se han puesto tan mal que apenas sale algo de agua. Ayer por la noche se escucharon un montón de ruidos peculiares. Me traje a las gemelas y a Verity Ann a mi habitación para alejarlas del baño. Se producen unos gorgoteos y, luego, como unos gruñidos. Será mejor que la señora Ponsonby arregle las cañerías *pronto.*»

«Lamento quejarme de esta forma, pero las cosas están fatal. Me encantaría que estuvieras aquí. No, no me gustaría. Me alegro de que te marcharas cuando lo hiciste. Firmado, Chilkie.»

Oh, Chilkie, pensé. También aquí las cosas están fatal. Le dije a Min que deseaba escribirle una carta de respuesta. «Querida Chilkie», dicté, y luego me quedé sentada, contemplando la pantalla. Jamás le había contado a Chilkie mi sabotaje de las cañerías con las hidras, y ahora no me atrevía debido a que la carta podía caer en manos de la señora Ponsonby. Y tampoco podía explicarle a Chilkie lo que estaba sucediendo aquí.

No podía ayudarme con esto, aunque se encontrara aquí y hablara con ella, ya que me detendría en mitad de mi explicación y me diría: «Te gusta ese Joss, ¿verdad? Entonces, no debes creer muy en serio que lo que buscan es apoderarse de la Hydra Corp».

Y yo me vería obligada a decirle: «No, sé que lo que realmente intenta es hacer lo que dice que desea…, impedir que Quebec obtenga el primer bío MIG».

Y la buena de Chilkie preguntaría: «Entonces, ¿por qué no le cuentas a Joss lo del termo?».

Y yo desconocía la respuesta a eso. Cancelé la orden de la carta y, en voz baja, dije:

—Susurra, Min.

Contuve el aliento. ¿Y si el programador de Essex había descubierto los intuitivos?

—Susurrando —comentó Min con una voz ligeramente más suave, como siempre que activaba los intuitivos.

—¿Qué probabilidades existen de que Susurro haya sido violado?

—Menos de un treinta por ciento, y sólo un cuatro por ciento de que se haya podido llevar a cabo sin yo saberlo.

Me tendría que conformar con ese cuatro por ciento.

—Min, quiero que asegures esta conversación con todas las pre cauciones que estén a tu alcance.

Entonces pasé a contarle a Min la situación de la forma más clara que pude. No llegué muy lejos. Min me interrumpió.

—Si el raid de luz tuvo lugar una semana antes de que la helena Medea fuera arrestada, ¿por qué no le contó a Essex lo de la memoria?

—No lo sé —repuse con poca alegría.

—¿Podría haber ocultado el termo debido a que poseía alguna prueba que la incriminaba?

Tampoco tenía una respuesta a esa pregunta.

La historia de mi padre se hallaba llena de agujeros. Primero, había dicho que necesitaba el termo para mostrárselo a Essex; luego me prohibió que se lo comentara a éste. Me dijo que mamá no le había podido mostrar el termo a Essex porque había sido arrestada, pero eso no sucedió hasta bastante más tarde. ¿Y por qué no se lo había mencionado a Essex después de que, finalmente, la arrestaran? Papá era el jefe de Seguridad, y uno de los mejores de la profesión. Si de verdad creía que la prueba de mamá se encontraba en su oficina, ¿por qué no se le había ocurrido alguna forma de atravesar los mecanismos de seguridad? ¿Por qué, en cambio, había empezado a beber hasta que ya no era ni siquiera capaz de pensar?

—Tiene que haber una explicación lógica para todo esto —comenté.

—¿Todo qué? —inquirió Min.

—Olvídalo, Min.

Ella no podía ayudarme. Nadie podía. Debería encontrar las respuestas que necesitaba por mí misma, y la única forma que se me ocurría era hacerme con el termo y ver qué contenía.

—¿Puedes establecer un nuevo código para las cámaras de mamá de modo que yo pueda entrar en ellas?

—El príncipe ocupa ahora esas oficinas, y la seguridad para su alojamiento se lleva off-line. No dispongo de acceso. Sin embargo, cada mañana hay una doncella que limpia las habitaciones. Podría enviarle un mensaje para que volviera a casa, luego informarle al

sistema del Ordenador Real que usted es la sustituta. El éxito depende de que tenga lugar esta mañana, antes de que mi memoria de su inicialización sea introducida en el OR. Dispone de tres minutos para decidir si quiere llevarlo a cabo. Después, la doncella habrá entrado.

—¿Probabilidades de éxito?

—Setenta por ciento. Yo puedo vigilar los pasillos e informarle a través de los terminales si alguien se acerca por el corredor, al tiempo que llamo a esa persona al patio interior antes de que llegue a la puerta.

—Parece imposible que salga mal. ¿Por qué sólo dispones del setenta por ciento?

—Estoy ciega con cierta gente. Se me ha borrado la capacidad de reconocer a ciertas personas.

—¿Quiénes? —pregunté.

—No lo sé.

Medité durante un momento. Un setenta por ciento seguía siendo una buena probabilidad.

—Muy bien —repuse al fin—. Deshazte de la doncella y envíale tu mensaje al OR. Y vuelve a poner en la pantalla la carta de Chilkie.

En el acto resplandeció la carta de Chilkie; sin embargo, *se* produjo una espera interminable hasta que Min anunció:

—La doncella está regresando a casa. Ya he enviado el mensaje al OR. Buena suerte. Vigilaré para usted.

—Gracias Min —dije, corriendo a la puerta y abriéndola…, y chocando casi con un puño. Era el de Essex.

—Estaba a punto de llamar —comentó Essex, mirando más allá de mí hacia el terminal.

Joss me observó sin sonreír, sin estar preocupado, sin nada. Tenía una perfecta cara de jugador de póquer. Bueno, ahora ya conocía cuáles eran los puntos ciegos de Min. Dos los podría haber adivinado. Pero el tercero…

—Hola, madre —saludé.

del *DenverSprings Post-Gazette*

¡Medea está fuera! liberada la ejecutiva de la Hydra Corp

De forma inesperada, el príncipe Miles Essex ha ordenado hoy la puesta en libertad de la ejecutiva de la Hydra Corp, la helena Medea. El caso ha ido de sorpresa en sorpresa. Sin previo aviso, el príncipe Essex, actuando en su capacidad de jefe del Mando de Defensa Aliado de Investigación, había ordenado la reclusión de la respetada jefe de Investigación de la Hydra Corp, Medea, para ser interrogada bajo sospecha de sabotaje. No se dio ninguna explicación del súbito arresto, aunque muchas fuentes informadas dentro de la compañía lo interpretaron como parte de una lucha por ganar el control de la Hydra Corp.

Cuando se le preguntó si la liberación significaba que la helena Medea quedaba libre de todos los cargos, el Príncipe Essex respondió: <<La helena Medea sólo fue retenida para ser interrogada. Ese interrogatorio ya ha finalizado>>.

<<No tengo idea por qué Su Alteza ha decidido soltarme>>, declaró la helena Medea al ser puesta en libertad. <<Supongo que, finalmente, recuperó la cordura y se dio cuenta de que los Estados Occidentales no aceptan que se trate a sus ciudadanos de esa forma, con o sin guerra.>>

(Historia de la Hydra Corp, Pantalla 4.)

7

Así que eso era lo que Joss había decidido no revelarme esta mañana en los baños. ¿Por qué? ¿Porque deseaba ver la expresión que aparecería en mi cara? ¿O la que mostraría mamá? Las dos fueron interesantes. Su rostro se volvió absolutamente lívido, y supe que no la habían puesto al corriente de mi llegada. Retrocedió un paso, como si fuera a apartarse de Essex, y dijo:

—No se supone que tú estés aquí. Miré a Joss. Tenía el ceño fruncido.

—Mamá —comenté—. Creí que te encontrabas en la cárcel.

Retrocedió otro paso y, entonces, pareció recuperar la compostura.

—Y yo que estabas en Victoria. —Rio con cierto timbre inseguro—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Me fugué de la casa de la señora Ponsonby. Me di cuenta por tus cartas de que algo iba mal.

Volví a mirar a Joss. Aún seguía observando su cara, pero Essex no. Éste contemplaba la pantalla de comunicación. Me alegró que tuviera la carta de Chilkie en vez de mi breve plan elaborado con Min. Esperé que las referencias a mi pequeño jardín se encontraran en la siguiente pantalla. Debí haber dejado la carta de la señora Ponsonby.

—Su Alteza —llamé, con el fin de atraer su atención y desviarla de la pantalla—, no me habíais comunicado que pensabais liberar a mamá.

Me miró.

—Tal como le dije anoche, helena Ariadne, la helena Medea sólo fue retenida para ser interrogada. Ese

interrogatorio ya ha finalizado.

—Y los abogados de la Hydra Corp le indicaron a Su Alteza que en los Estados Occidentales todavía tenemos una constitución. Supongo que para vos, Su Alteza, fue una especie de sorpresa —dijo mamá. Su tono de voz fue absolutamente educado; no obstante, percibí la cólera que había en él. También Essex.

—SIEMPRE ha sido nuestra intención cooperar con nuestros aliados, helena Medea —repuso Essex con una sonrisa—. Ya se lo hemos explicado.

—Sí —admitió ella—. Lo han hecho.

Bueno, ahí tenía mi respuesta, ¿no? Ella no le mostró el termo a Essex porque le odiaba. Pero, ¿por qué? ¿Le odiaría tanto como para paralizar el Proyecto MIG habiendo tanto en juego?

En ese momento Joss observaba la pantalla. Alargué el brazo para hacer que se volviera.

—¿Dónde se encuentra mi padre? —pregunté—. ¿O tampoco él sabe esto?

—Se le notificó esta mañana —repuso Essex.

¿Cuándo? ¿Después de que desayunara conmigo? ¿O antes? Y, si se lo habían comunicado, ¿por qué no se hallaba presente? ¿Es que trataba de entrar en las habitaciones de mamá mientras sabía que Essex y Joss estaban aquí?

—Ahora las dejaremos para que puedan hablar —comentó Essex.

—¿De verdad? —preguntó mamá—. ¿O estaremos bajo vigilancia?

—Cancelaré el ordenador de esta sección y haré que suban de inmediato otra cama —repuso Joss—, ¿Necesita algo más?

—No —contestó mamá.

Essex apoyó la mano sobre la puerta.

—¿Qué hay sobre la Fiesta? —pregunté.

Fue un comentario estúpido, lo sé, pero fue lo mejor que se me ocurrió. Estaba claro que nadie se sentía con el ánimo adecuado para una celebración.

—¿La Fiesta tiene lugar esta noche? —quiso saber mamá, y no pareció sorprendida—. Claro que debemos asistir. Ésa es la razón

de que me dejaran salir, ¿no? Así podrán exhibirme en la Fiesta y demostrarles a los periodistas que todavía no me han ejecutado.

Essex sonrió.

—Le aseguro que el hecho de que su liberación coincidiera con la celebración de la Fiesta es algo puramente fortuito; pero, en cualquier caso, me sentiré encantado de poder llevarlas a usted y a su hija —ofreció, inclinando brevemente la cabeza.

—Oh, ya veo. Nos llevará y, de esa forma, se cerciorará de que no les diga nada que no deba a los periodistas. ¿Se me permitirá ponerme un vestido formal de la Hydra Corp? ¿O prefiere que vista un atuendo carcelario?

—La Fiesta es un acontecimiento formal, helena Ariadne —contestó Essex, volviéndose con suavidad hacia mí—. ¿Tiene algo apropiado que ponerse?

—Podrá disponer de un vestido mío —dijo mamá—. A menos que hayan quemado mis ropas cuando se apoderaron de mis habitaciones. Imagino que no tendrán inconveniente en permitirme entrar en mis propios aposentos para buscarle algo a mi hija.

Al escuchar sus palabras, giré la cabeza con un movimiento repentino para mirarla, y deseé no haberlo hecho. Mamá no me estaba mirando a mí —aún seguía con sus ojos centelleantes en Essex—, pero Joss sí. Su rostro, claro está, no reveló nada, aunque supe que el mío había sido muy elocuente, y también que en unos pocos minutos encontraría alguna excusa para marcharse.

—No hay ningún motivo para que yo asista a la Fiesta, ¿verdad? —pregunté—. Quiero decir, no tengo ningún vestido y todavía me encuentro muy cansada del viaje; además, aquello estará lleno de periodistas ¿no?

Y, mientras todos estéis en la Fiesta, yo podré entrar en los sitios, ¿no es cierto?

—No creo que necesite preocuparse por los periodistas —señaló con naturalidad Essex—. Todos darán vueltas alrededor de su madre y la dejarán tranquila a usted para que disfrute del baile.

Tuve ganas de decirle: «Pero, ¿y si me preguntan si dormí en su cama?». Mientras lo pensaba, Joss comentó:

—Iré a buscar sus cosas, helena Medea. ¿Desea todos sus vestidos?

—Me gustaría regresar a mis propias habitaciones —repuso ella con voz un tanto aguda—. Sí. Todos los vestidos. Y mis sandalias

formales.

—Muy bien —aceptó Joss, y se marchó.

—Le he restablecido su cuenta en el ordenador, helena Medea —anunció Essex—, y también introduje la huella de la palma de su mano para tener acceso a estos aposentos.

—¿Tengo acceso a Investigación?

—Eso requerirá un poco más de tiempo —contestó.

—¿Cuánto?

—Las llamaré a las ocho para ir a la Fiesta —señaló Essex, como si él también experimentara la misma ansiedad que Joss por marcharse. Hizo una inclinación leve de cabeza y salió por la puerta.

—Las llamaré a las ocho —repitió mamá—. Y, hasta entonces, las estaré vigilando en todo momento. —Giró la silla de papá para mirarme—. Espero que no te hayas vuelto excesivamente modesta durante tu estancia en Victoria, Ariadne. Su Alteza Real y Compañía te vigilan cada minuto. —Acercó la cara al terminal—. ¿No es verdad? —Desconectó dos líneas del terminal y, luego, bajó la mano para hacer algo más. Posó los ojos en mí y comentó—: Esto nos dará unos minutos de intimidad. No pareces muy contenta de verme, Ariadne. ¿Qué historias te ha estado contando Essex sobre mí?

La observé. Regresó al sillón de papá y se sentó, con el mismo aspecto impasible que recordaba en ella, aunque sus manos jugaron con los brazos del sillón. Obviamente no iba a darme esa explicación lógica que yo había estado esperando desde que regresé de Victoria.

—No has respondido mi pregunta, Ariadne —insistió—. ¿Qué te contó Su Alteza cuando llegaste aquí? Imagino que le dejarías perplejo.

No deberías hablar, madre, pensé. No quedó tan sorprendido al verme como tú. Me acerqué a la ventana y contemplé el aparcamiento plateado con el fin de que ella no pudiera observar mi cara.

—No me contó mucho. Llegué el sábado por la tarde. Creí que le había ocurrido algo a papá.

Giró la silla para quedar ante mí.

—Me asombra que no te haya contado algunas historias descabelladas acerca de las sequías y un sabotaje. Es tan malo como

los periódicos —comentó, ignorando por completo la mención que hice de mi padre.

—Papá me explicó lo de las sequías —indiqué con cautela—. No me había dado cuenta de que eran tan serias. No nos llegaban muchas noticias en Victoria.

Se incorporó del sillón y caminó con impaciencia hasta la puerta, luego regresó hasta la mesa.

—No se habrían extendido tanto de no ser por Essex. Él insistió en que Investigación trabajara en el Proyecto MIG a cambio, sin dejarme disponer de personal ni de equipo. Nos quedamos con tan poco personal que las sequías se nos escaparon de las manos. —Ésa no era la historia que me había contado Joss. Ni Gaea—. El Príncipe está obsesionado con el Proyecto MIG. Intenté decirle que jamás obtendríamos un bío a prueba del PEM, y me arrestaron. Le resulta imposible ver que sólo se trata de un sueño, que jamás nadie ha sido capaz de hacerlos crecer.

Mientras hablaba, mamá había recorrido la habitación como unas tres veces. Volvió a sentarse en el sillón de papá y, luego, se puso inmediatamente de pie y volvió a recorrer la estancia. Resultaba claro que se estaba poniendo más y más nerviosa; sin embargo, tuve la extraña sensación de que no tenía nada que ver con lo que hablábamos. Ni siquiera se concentraba en las palabras que decía, o de lo contrario habría tenido más cuidado en revelarme cosas que yo podría comprobar con facilidad. Su mente estaba concentrada en algo bien diferente. Quizá también se hallaba preocupada por papá.

—Si Essex ha establecido el seguimiento de papá, ¿crees que podrías acceder a Minerva y averiguar dónde se encuentra? —pregunté.

Mamá había regresado a la ventana.

—¿Qué? —replicó.

—Me preocupa papá. Debería estar aquí.

Alguien llamó a la puerta. El corazón me dio un vuelco antes de darme cuenta de que papá no llamaría.

—Adelante —logré decir; y, cuando no ocurrió nada, fui a abrir la puerta.

Era Joss, con los brazos cargados de vestidos. No tenía el aspecto de que hubiera encontrado a papá en el dormitorio rebuscando entre

los cajones, aunque su rostro jamás indicaba nada.

—Déjelos aquí —señaló mamá, despejando un espacio del escritorio de papá.

Él los soltó sobre la mesa y, en el proceso, dos se le cayeron al suelo. Me arrodillé para cogerlos, contenta de poder ocultar el rostro durante un minuto, y alcé la vista para ver que Joss me observaba con el ceño fruncido, como si estuviera preocupado.

—¿Cuelgo éstos? —preguntó, y se le cayó otro.

En esta ocasión, cuando me agaché, él lo hizo conmigo, y apoyó la mano sobre mi brazo en un gesto tranquilizador.

—No —repuso mamá—. Eso es todo.

Él titubeó, aún arrodillado a mi lado, como si fuera a arriesgarse a decirme algo; luego se puso de pie, se inclinó fugazmente ante mi madre y se marchó.

Llevé los vestidos detrás del biombo y los deposité sobre la cama.

—¿Tendré que llevar un vestido largo, mamá? —pregunté. No obtuve respuesta. Salí de detrás del biombo con un vestido de color verde delante de mí—. Se supone que he de ponerme algo largo, ¿no?

Ella estaba contemplando el aparcamiento plateado, igual que lo hiciera Joss antes, pero tuve la impresión de que ni siquiera lo veía.

—Ariadne, ¿cuándo te marchaste de Victoria?

—Hace tres días —contesté—. ¿Por qué?

—Hace tres días —repitió ella, y volvió a sentarse en el sillón de papá como si no se diera cuenta de lo que hacía—. ¿Llegaste a…?

Como si ésa fuera la señal, se escuchó un golpe en la puerta. Se trataba de Joss otra vez, que mantenía en equilibrio unas cajas con los brazos y la barbilla.

—Lo siento. No pude traerlas con los vestidos. ¿Dónde quiere que las ponga? —inquirió.

—Sobre la cama. Detrás del biombo —repuso mamá irritada, con una mirada que me indicó que ella creía que él había estado escuchando cada palabra que habíamos intercambiado, a pesar de lo que mamá había hecho en el terminal.

Yo no estaba tan segura. Si hubiera estado escuchando, y yo tenía la certeza de que era capaz de hacerlo, no la habría interrumpido en mitad de la frase. Habría querido saber lo que ella

tenía que decir.

Dejó las cajas encima del montón de vestidos. Se cayeron en el acto, arrastrando al suelo la mitad de la ropa. Mamá le lanzó una mirada de despedida que yo ya conocía. Significaba: «Le considero demasiado torpe y estúpido como para preocuparme incluso de eso».

—Lo siento —se disculpó Joss, y se agachó de inmediato y comenzó a guardar los zapatos que se habían salido de sus cajas.

Me pregunté si iba a pasarme una nota o si me susurraría un mensaje, pero no dijo nada, ni siquiera me miró.

La puerta volvió a abrirse.

—Medea —dijo mi padre, y en seguida supe lo que Joss se proponía—. En Investigación me anunciaron que te habían soltado, pero no les creí.

Miré a Joss, con una sandalia plateada en mi mano, y él alargó el brazo y cerró su mano sobre mi muñeca; sin embargo, no me estaba mirando a mí. Contemplaba aquello que, desde la perfecta posición que había ganado, podía ver.

Yo no podía ver a papá, pero sí a mi madre. Ella sonrió, una sonrisa fugaz que iba dirigida a Joss.

—Hola, Dares —dijo.

Había esperado que comentara o hiciera algo que le indicara a mi padre que no estaban solos, pero no lo hizo, y de repente comprendí por qué. Si era tan inocente como se suponía, Joss podría escuchar cualquier cosa que ella y papá tuvieran que comunicarse. Si mamá hubiera dicho: «Dares, Joss le ha traído algunos vestidos a Ariadne», sería lo mismo que reconocer su culpabilidad. También debía de estar contando con la creencia de inocencia que papá tenía de ella, pero, ¿y si él había estado bebiendo otra vez? ¿Y si mencionaba algo sobre la copia de seguridad?

—No se preocupe, Joss —dije en voz alta—. Yo recogeré el resto de las sandalias. Puede irse. —Joss me soltó la muñeca. Me puse de pie y me situé en el borde del biombo a fin de bloquearle la visión de papá—. ¿Cuál de estos vestidos quieres que me pruebe primero, mamá?

Joss también se puso de pie, con una sandalia en una mano y una caja en la otra.

—Tan pronto como su esposa llegó aquí, le llamé, heleno Dares,

pero no parecía encontrarse cerca de ningún terminal. ¿Estaba en Investigación?

—Joss no te trajo las sandalias doradas, mamá —comenté, saliendo y poniéndome delante del biombo—. Y ninguno de estos vestidos combinan con el plateado.

—¿De dónde salen ustedes dos? —quiso saber papá, mirando lentamente a mamá y luego a mí.

No había estado en Investigación, ni tampoco en el dormitorio de mamá. Debió de encontrarse en algún lugar tranquilo con una botella de ouzo. Era imposible saber lo que hubiera dicho si yo no lo hubiera detenido. Y quizás aún lo hiciera.

—Quería ponerme tu vestido dorado para la fiesta de esta noche —comenté de malhumor.

—¿Qué fiesta? —preguntó papá.

—La Fiesta —le indiqué—. Essex ha dicho que nos iba a llevar, y yo no quiero tener que ir al Broadmoor con unas sandalias que no hacen juego con el vestido. ¿Dónde están las tuyas doradas, mamá, las del empeine de jade?

—Joss —dijo mi madre, como si acabara de recordar su presencia allí—. Se encuentran en el estante superior de mi armario. No están en una caja, sino envueltas en un papel.

Eso es para usted, señor Liddell, y espero que no haya descubierto nada con su ataque tan bajo.

—Por supuesto —repuso Joss, imperturbable—. Las traeré en el acto.

—Y puede comunicarle a Su Alteza Real que yo llevaré a mi propia familia a la Fiesta —añadió papá.

—Dese prisa con esas sandalias —le pedí, con la esperanza de haber sonado igual que mi madre—. Quiero ver cómo queda este vestido con ellas.

Sabía que no lo había conseguido. Noté que me sonrojaba de ira.

—Señorita —dijo Joss, hizo una leve inclinación y dejó el cuarto. Mamá y papá me estaban observando.

—Papá, te agradecería que establecieras un código de intimidad en esta habitación, de modo que pueda probarme los vestidos sin que nadie mire —pedí, y me metí en el baño antes de que ninguno de los dos pudiera articular una palabra.

Me sentía tan enojada con Joss que podría haberlo matado.

¿Cómo se atrevía a usarme para espiar a mi madre? Lo habría esperado de Essex, que me llenó de jerez para averiguar dónde se encontraba la copia de seguridad de nuestro ordenador. También papá había tratado de usarme, aunque él sólo quería ayudar a mamá.

¡Pero Joss! Había creído que, por lo menos, estaba siendo honesto conmigo. Debí imaginármelo. Lo único que me revelaba era aquello que convenía a sus propósitos. No me contó que iban a traer a mamá a casa. Oh, no. Yo era el cebo que, supuestamente, tenía que atraerla. Bueno, pues acababa de hacerlo. La expresión del rostro de ella había indicado algo, aunque no tenía ni la menor idea de lo que podía ser. Y, exactamente, ¿cómo se suponía que lo averiguaría? Me era imposible preguntárselo a Joss. Sólo me lo contaría si encajaba con sus objetivos, y dudaba mucho de que ése fuera el caso.

Me quité el mono y me puse la túnica verde. Me la abroché en los hombros y la sacudí para que cayera bien. Se lo podía preguntar a mamá. Quizá ella me contara todo lo que sucedía si se lo planteaba de forma directa, en vez de seguir dando vueltas alrededor del asunto para ver si la atrapaba en una mentira. Quizás hasta me diera esa explicación lógica que yo tanto anhelaba. Antes de que Joss y papá llegaran, ella había empezado a preguntarme algo. Si conseguía deshacerme durante unos minutos de papá y me llevaba a mi madre a alguna parte donde se pudiera hablar, tal vez me repitiera la pregunta.

Me abroché la amplia hebilla plateada del cinturón. Incluso con las sandalias planas puestas, el bajo de la falda me llegaba bastante por encima de los tobillos, y las sandalias plateadas de mamá tenían unos tacones considerables. Alcé la falda y vi si se podía alargar algo por el bajo. No. La tenue gasa sólo tenía un centímetro de dobladillo. No iba a llevar ese vestido a la Fiesta de esta noche. Pero, ¿dónde conseguiría otro? Quizá Gaea tuviera uno que me fuera, aunque, si era así, se lo pondría ella. Sólo los ejecutivos de la Hydra Corp disponían de tantos vestidos como mi madre.

Tal vez no fuera tan corto como parecía. Si mamá tenía un par de sandalias sin tacón, quizá consiguiera arreglármelas. Abrí la puerta para ir a inspeccionar las cajas de zapatos que acababa de traer Joss.

Papá le estaba diciendo a mamá con voz lo suficientemente alta como para que, si había algunos aparatos de escucha colocados en

la habitación por Joss, captaran sin dificultad sus palabras:

—Te han soltado. ¿Significa eso que les has revelado dónde estaba?

—¿Decirles dónde estaba qué? —preguntó mamá.

—Mamá, este vestido no me vale —indiqué en voz más alta aún, saliendo de detrás del biombo—. ¿Tú qué piensas?

del *DenverSprings Post-Gazette*

El nuevo deporte de la Hydra Corp es la acampada

Los últimos raids de luz han hecho que los empleados de la Hydra Corp corrieran a buscar refugio en su propia compañía. Una serie seguida de raids de luz convencieron a los residentes de Cheyenne Heights de que ése ya no era un lugar seguro, haciendo que docenas de ellos se mudaran a su sitio de trabajo. «Está un poco atestado», reconoció un empleado, «pero, por lo menos, no somos blanco de los láser ¿verdad?»

(Los diez mejores lugares para estar durante un raid de luz, Pantalla 2.)

8

EN apariencia, toda mi función en la vida era parar las conversaciones antes de que se pronunciara algo desastroso. Me planté casi entre los dos y comenté:

—No se puede alargar. No tiene nada debajo.

Ninguno de los dos reconoció siquiera el hecho de que yo había hablado, y menos aún se volvieron para mirar mi vestido.

—¿Decirles dónde estaba qué? —repitió mamá.

Habló con voz tranquila, pero había unas franjas rojas en sus mejillas que se asemejaban a quemaduras de láser y sobresalían profundamente en contraste con la blancura de su rostro. Parecía incluso más pálida que cuando me vio antes.

—La memoria del Proyecto MIG —explicó papá, y yo cerré los ojos, casi contenta de no haber podido evitarlo.

Ahora, seguro que ahora mamá diría: «No. No se lo conté. Sigue a salvo», y procedería a brindar la explicación lógica que yo tanto quería escuchar.

El color desapareció de sus mejillas y retomó a todo su rostro.

—¿De qué estás hablando? —preguntó—. La memoria del MIG fue borrada de Minerva hace tres meses.

—¿Y qué hay de la memoria en el ordenador de nuestra casa? Ella frunció el ceño.

—La memoria del MIG jamás estuvo en nuestro ordenador. ¿Cómo podía estar? Era información de secretos de guerra. —Parecía genuinamente desconcertada—. Y, aunque la hubiéramos tenido, habría sido borrada durante el ataque a casa.

No si estuviera…

En esta ocasión, Joss ni siquiera se tomó la molestia de llamar.

Abrió la puerta y dijo:

—Oh, estupendo, heleno Dares, tenía la esperanza de que aún se encontrara aquí. Mi señor Essex querría extender su invitación real a usted para que esta noche viajen como sus invitados en el ala de gaviota real.

—Ya le he dicho… —empezó a decir papá. Su rostro era de un color rojo peligroso.

—Parece que hay cierta escasez de alas de gaviota para esta noche. Unas cuantas resultaron dañadas durante los raids y, a pesar de que mi señor Essex intentó solicitar una para su familia, no tuvo éxito. A cambio, les ofrece su propia…

—Dígale a su jefe que puede montar en su ala de gaviota real y volar derecho al Hades con ella —repuso papá—. ¡Aunque tengamos que caminar, seré yo quien lleve a mi familia a la Fiesta! —exclamó, y salió a toda velocidad de la habitación.

—Mi señor Essex —continuó Joss como si no hubiera pasado nada— también querría ofrecerle a usted y a su hija su ala de gaviota para esta tarde, helena Medea. Pensó que, tal vez, la helena Ariadne necesitaría un vestido para la velada. —No me miró, ni lo hizo en todo el tiempo que llevaba en el cuarto.

No puedes engañarme, Joss Liddell. Esa entrada que acabas de hacer estuvo demasiado sincronizada. Fuera lo que fuese lo que mamá le hiciera al ordenador, no nos ha proporcionado nada de intimidad. Así que sabes que papá cree que la memoria del MIG todavía existe, y también que mamá mostró una gran insistencia por entrar a sus dependencias. Y ahora te presentas para mandarnos de compras mientras tú te tomas tu tiempo buscando la memoria del MIG.

—Por supuesto, mi señor Essex espera que usen su cuenta para cualquier compra que lleven a cabo —comentó con suavidad.

—Dígale a Essex que gracias, pero que me las arreglaré con este vestido —repuse—. Haré que el servicio doméstico lo acorte a un largo de calle.

Joss seguía sin mirarme, pero mamá sí me observó.

—El largo de calle no es apropiado para la Fiesta —indicó—. Y ese vestido no es del color adecuado para ti. —Se volvió hacia Joss —. Comuníquele a Essex que aceptamos su oferta del ala de gaviota y que desearíamos partir de inmediato. —Le echó un vistazo a su terminal de muñeca—. Es más del mediodía. Si nos marchamos

ahora, apenas dispondremos de tiempo en caso de que haya que retocar el vestido.

—Iré a prepararlo todo. Pueden reunirse conmigo en el pórtico —dijo Joss, y se fue.

—Quítate eso —señaló mi madre— y nos iremos. Y trae contigo mis sandalias plateadas. No tendremos tiempo para buscar unos zapatos.

—De acuerdo —acepté, y volví a entrar en el baño.

¿Por qué deseaba mamá que fuéramos de compras? Había pensado que se mostraría decidida a permanecer aquí e intentar entrar en sus antiguas habitaciones, en especial ahora que resultaba obvio que papá sabia lo de la existencia de la memoria. Debía de tener algún motivo para desear alejarse de la Hydra Corp.

De repente me sentí resentida. Ella también me estaba usando.

Como papá. Como Joss. No se molestaba en contarme lo que ocurría, ni siquiera en decir: «No puedo explicártelo. Confía en mí». Salí del baño y cogí las sandalias plateadas.

—¿Preparada? —me preguntó, y sonrió—. Si queda tiempo, te compraremos también algunas cosas de diario. Este mono no es el apropiado.

—Es de Gaea —comenté.

Abrí la boca para añadir: «¿Por qué vamos de compras?», pero entonces pensé en Joss, que casi con toda seguridad nos estaba escuchando. Quizás ésa era la razón por la que mamá se mostraba tan empeñada en salir de la Hydra Corp, de modo que pudiéramos hablar sin que nos espiaran. Tomé la decisión de esperar.

—Preparada —contesté, y bajamos por las escaleras hacia la zona de estacionamiento.

No había nadie en la enorme estancia a estas horas del día, y daba la impresión como si la selva de mantas y equipaje se hubiera reducido un poco. Probablemente, la gente había encontrado otros lugares a los que ir, o habían regresado a sus hogares una vez que se disipó el miedo que les hizo venir a refugiarse aquí.

Caminando entre dos filas de ropa de bebé, se me ocurrió que éste podía ser el lugar más seguro donde hablar con mi madre. Ciertamente, el ala de gaviota real se hallaría intervenida, y en la ciudad no estaríamos solas.

Me detuve.

—Madre —dije en voz baja—, en la oficina de papá empezaste a

preguntarme algo. ¿Qué era?

Me miró. Una mirada larga y medida; luego, con voz normal, respondió:

—Quería saber cómo habías cruzado la frontera.

No, no es verdad, pensé. Querías saber cuándo me había marchado. Por alguna razón era importante y tú ibas a preguntarme algo al respecto, pero ahora tomaste la decisión de no hacerlo. Muy bien, si así es como quieres que sea.

—Soborné a un guardia fronterizo —repuse—. Una vez atravesé la frontera, usé la cuenta de papá para comprar un pasaje en una caravana terrestre.

—¡Helena Medea! —llamó alguien a nuestras espaldas, y nos volvimos. Se trataba de Joss—. He llevado el ala de gaviota a la parte de atrás —comentó—. Me temo que los periodistas han bloqueado el pórtico. —Nos condujo de regreso por la zona de estacionamiento y pasillo abajo hasta uno de los amarres de servicio—. He arreglado las cosas para que dispongan de crédito en todas las tiendas de la ciudad. Pensé que tal vez prefirieran ir a Montaldo's —dijo—. Si hay alguna otra forma en que pueda serles de ayuda, por favor, comuníquenmelo.

—Iremos a comprar a la Torre D y F. —repuso mamá.

Se produjo una pausa apenas perceptible; luego, Joss dijo:

—Muy bien, Helena. Traeré el ala de gaviota a la puerta.

—¿No va a venir con nosotras? —pregunté, y me sentí gratificada al ver un destello de expresión en su rostro, aunque no sabía a qué se debía—. Seguro que los periodistas localizarán el ala de gaviota real y no conseguiremos comprar nada.

Eso no era verdad. El ala de gaviota de Essex era exactamente igual que las demás, por lo menos por fuera, y las ventanillas tenían filtros de intimidad, pero yo no pensaba brindarle a Joss toda la tarde para que buscara la copia de seguridad si podía evitarlo.

Inclinó levemente la cabeza.

—Mi señor Essex ha convocado una rueda de prensa sobre su liberación para esta tarde a las tres, helena Medea. Con el fin de que no las molestaran mientras iban de compras, ha dado a entender que usted estaría presente.

—Pero un dependiente podría llamar a los periódicos e informarles de dónde nos encontramos —insistí.

—Me ocuparé de que eso no ocurra —contestó—; pero, en cualquier caso, será un placer escoltarlas. —Volvió a hacer una inclinación—. Voy a traer el ala.

—Hágalo —acepté, y le observé alejarse, complacida. A mi lado, mi madre me dijo:

—No serás lo suficientemente tonta como para estar interesada por ese joven, ¿verdad?

Me volví y la miré. Las marcas rojas como de láser habían vuelto a su cara. En mi ansiedad por mantener alejado a Joss del dormitorio, había olvidado que mamá tenía sus propios planes para esta tarde y, quedaba claro, no mejoraban con la presencia de Joss. Lamento haberte estropeado tus planes, mamá, pensé, pero yo también tengo algunos propios.

—Por supuesto que no —repuse—. Le he pedido que viniera con nosotras para mantener alejados a los periodistas.

—Ya sabes que es el espía de Essex. Si ha fingido algún interés por ti, sólo ha sido para sonsacarte información.

Sentí que me ruborizaba.

—No ha demostrado ningún interés en mí, madre —comenté—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué clase de información podría obtener de mí?

—No lo sé —indicó ella, y de nuevo me calibró con esa fría mirada suya.

—Los periódicos dicen que es Essex el que «demuestra un interés» en mí —añadí con frialdad—. Y no por la información. Creen que mantengo una relación con él.

—¿Sí? —preguntó mamá, y pareció divertida, lo cual resultó aún más irritante. Estaba claro que no creía que nadie pudiera interesarse por mí, pensé, y recordé el comportamiento de Essex la última noche. Si le hubiera animado, a mamá le habría sorprendido el interés que hubiera mostrado. Y, de repente, supe cómo entrar en el dormitorio.

Joss frenó el ala de gaviota y se bajó para abrirnos las puertas. Me ofreció la mano para ayudarme a subir y yo la acepté, sosteniéndola más tiempo del necesario, sólo para molestar a mamá; luego me subí al asiento delantero y me acomodé a su lado.

—¿Están seguras de que no prefieren ir a Montaldo's? —preguntó Joss—. Se encuentra mucho más cerca, y en esa zona apenas se ha producido algún raid.

—La Torre D y F —insistió mamá, mientras yo intentaba descubrir qué estaba sucediendo, sin éxito alguno.

Joss alzó el vuelo y se alejó de la Hydra Corp de tal forma que a los periodistas les resultara imposible distinguirnos.

Miré por la ventanilla y medité en mi plan. La noche anterior Essex se había mostrado interesado por mí pero, según los periódicos, mostraba interés por todas las mujeres, y habría cientos de ellas esta noche en la Fiesta. Si quería que se fijara en mí, tendría que aparecer espectacular. No podía comprar sólo un simple vestido. Tendría que tratarse de algo que hiciera que Essex se sentara y notara mi presencia. Sin embargo, al recordar lo de la noche anterior, sería mejor que también llevara un emplasto de sobriedad para evitar ponerme completamente «mimosa», tal como lo había expuesto Joss. Quería terminar en las oficinas de Essex, no en su cama.

Tan pronto como nos alejamos de la Hydra Corp, Joss elevó el ala de gaviota a una altura panorámica y, por primera vez desde que llegara a casa, pude contemplar una vista general de Denver Springs.

Había unas nubes densas encima de nosotros, lo cual hacía que resultara seguro volar tan alto pero que convertía todo el paisaje en algo más sombrío de lo que ya era.

El daño no sólo se reducía a la zona que rodeaba la Hydra Corp.

Estaba por todas partes. Hacia el este, las refinerías de petróleo habían sido atacadas. Una de ellas seguía ardiendo, probablemente debido al raid del martes, y un espeso humo negro se elevaba hacia el cielo. Por todos lados había puntos o franjas de daños en los techos plateados. La destrucción que había en Manitou Heights y en Monument estaba más extendida de lo que yo había imaginado, aunque, más o menos, ya me había preparado para ello. Para lo que no estaba preparada era para lo que le había sucedido a la línea del cielo de la parte baja de Denver.

Como mínimo habían desaparecido una docena de los edificios más grandes. La caja negra de forma oblonga que era el edificio Anaconda se erguía solitaria entre los escombros. Busqué la vieja construcción del United Bank, que había sido mi lugar favorito de niña, con su techo curvo pasado de moda, y no la encontré. Cuando pregunté qué le había sucedido, Joss respondió;

—Fue uno de los primeros edificios en recibir un ataque. ¿No le

llegaron las noticias a Victoria?

Joss descendió hacia el complejo de escombros y rascacielos y aparcó el ala a la entrada de la Torre D y F, que sobresalía aún más que antes de la guerra. Joss dejó el aparato al cuidado de uno de los asistentes, y todos entramos en los ascensores que ocupan la primera planta de la Torre.

La Torre D y F está ridículamente diseñada o, más bien, fue diseñada para algo completamente distinto hace unos doscientos años. El edificio al que estaba acoplada ha desaparecido hace tiempo, y todo lo que queda son trece plantas convertidas en una serie de tiendas exclusivas que piensan que pequeño significa caro. Lo que de verdad significaba era que Salieri's, la tienda de moda, tenía que mantener su exposición en la séptima planta, sus registros en el sótano y sus probadores en la duodécima planta, cerca de una pequeña tienda de chocolates y de un «Auténtico Drugstore & Refrescos». Ir de compras a la Torre D y F implicaba inevitablemente que pasaras mucho tiempo en los ascensores, lo cual significaba que podría escaparme de mamá durante unos minutos necesarios.

Mientras aguardábamos a que llegara el ascensor, intenté pensar en una buena excusa para dirigirme al Auténtico Drugstore en la planta doce. Si mi madre tenía realmente alguna misión secreta que realizar, quizá resultara más fácil escaparme de ella; sin embargo, dudaba mucho que Joss permitiera que nos alejáramos de su vista o de su oído, pero, cuando se abría la puerta del ascensor, miró su terminal de muñeca y dijo bruscamente:

—Me temo que he de ponerme en contacto con la Hydra Corp.

—Y se alejó con rapidez mientras las puertas se cerraban.

Si ésta era la gran oportunidad de mi madre, no la aprovechó.

Apretó el «8», que era donde se hallaba la exposición, y comentó:

—No sé si dispondremos de tiempo para comprarte alguna ropa de diario, Ariadne. Tendremos suerte si conseguimos un vestido adecuado para esta noche.

—Lo sé —admití, deseando poder mantenerme tan fría como ella, y salimos a la planta octava. Una dependienta pequeña con una túnica a lunares que arrastraba por el suelo se acercó a atender a mi madre.

—Necesitamos algo para la Fiesta —expuso mi madre—. Un

modelo Hydra clásico. Para esta noche.

—Eso es imposible —repuso la dependienta—. Deberían haber venido antes. La guerra…

—Por supuesto que es posible —cortó mamá—. Ha de ser clásico pero no sofisticado.

La pequeña dependienta miró con el ceño fruncido a mi madre.

—Ya se lo he dicho, no podemos tenerle preparado un vestido para esta noche. La sastrería está al completo con vestidos que frieron encargados hace varias semanas.

—Le echaré un vistazo a la pantalla de modelos mientras a ti te toman las medidas —me dijo mi madre, como si la muchacha ni siquiera hubiera hablado—. ¿Por qué no llama y les dice que va a bajar? —le indicó a la dependienta.

—Mire, le repito…

—Tenemos una línea de crédito desde hace tiempo con la Torre D y F; sin embargo, vamos a usar la línea de Su Alteza Real, Lord Essex, para realizar estas compras. Confío en que no haya ningún problema para conseguir un vestido para esta noche.

—N-no —tartamudeó la muchacha—. Yo… deje… llamaré a la segunda planta y prepararé la toma de medidas. —Apretó unas teclas en su consola—. La estarán esperando —me indicó—. Helena —se dirigió a mi madre—, si es tan amable de venir conmigo al holograma, le prepararé una pantalla. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted? No tenía ni idea…

Aún seguía tartamudeando cuando me metí en el ascensor. No podía arriesgarme a perder todo el tiempo bajando hasta la segunda planta y volviendo a subir. Si mi madre o la dependienta se daban cuenta, tendría que decir que el viejo ascensor no funcionó bien. Me llevó una eternidad llegar a la duodécima y otra eternidad que el vendedor del Auténtico Drugstore & Refrescos me atendiera. En interés de la autenticidad, ni siquiera usaba una pantalla de comunicación: empleaba un antiguo menú y un monitor empotrado en una fuente de mármol falso, que necesitó diez minutos para comunicarle dónde estaban los emplastos de sobriedad. También compré dos de cafeína, ya que tampoco podía quedarme dormida, y aún no me había recuperado de las noches que pasé sin dormir durante el viaje en la caravana terrestre camino a casa. Usé la cuenta de papá, con la esperanza de que él todavía no la hubiera comprobado y, luego, regresé al ascensor.

—Hola —dijo Joss.

—Voy abajo para que me prueben los vestidos —indiqué—. Mamá está en la octava.

—Y usted en la duodécima —comentó, mirando el paquete que llevaba en las manos—. ¿Por qué le preguntó su madre cuándo se marchó de Victoria?

—¿Cómo voy a saberlo? —contesté, apoyándome contra la pared y permaneciendo lo más alejada que podía de él. Ya habíamos pasado de la octava, así que no podía finalizar la conversación, aunque quizá no nos llevara mucho tiempo llegar a la segunda—. ¿Dónde ha estado? ¿Estableciendo un seguimiento para ella?

—Sí —repuso—. Y preparando una línea del com. —Pasó el brazo delante de mí y apretó el botón de parada. Nos detuvimos con brusquedad entre la segunda y la tercera—. ¿Le gustaría saber dónde se encuentra ahora?

—No —dije—. Sí.

—Le comunicó a la dependienta que quería preguntarle a usted algo. La dependienta le dijo que usara la línea del com que había en el probador, pero ella le dijo que se trataba de algo personal y se metió en el ascensor, no para ir a la segunda, lo cual fue estupendo, ya que usted se hallaba en otra parte. —Volvió a mirar el paquete —. Subió a la décima y usó una línea pública del com situada en el lavabo de señoras para llamar a Victoria. ¿A quién?

—¿Es que usted no lo sabe? —inquirí—. Creí que era el experto en espiar.

—La llamada file protegida por una pantalla de iones —anunció —, algo que Minerva podría haber decodificado, pero que el anticuado sistema de comunicaciones de la Torre no es capaz de hacer. Y ésa, supongo, es la razón por la que su madre insistió en venir aquí.

—Hemos venido para comprar un vestido —dije, sin mirarle—. Si mal no recuerdo, fue idea de usted. Y ahora, si me deja salir de aquí, he de ir a que me tomen las medidas.

—¿Qué estaba haciendo en la planta doce? —preguntó.

—¿Qué cree que hacía? ¿Enviar mensajes de espía a Quebec en lugar de mí madre?

—No —repuso. Guardó silencio durante tanto rato que alcé la vista; entonces añadió—: Cree que es culpable, ¿verdad?

No supe qué responder. No estaba entrenada para mantener cara de póquer igual que Joss. Le resultaría fácil leer mi expresión.

—No es culpable —afirmé—. Hay una explicación lógica para todo esto.

—Y usted va a descubrirla.

—Sí.

—Me gustaría ayudarla.

—Apuesto a que sí —dije con tono amargo.

Me soltó la mano y apretó el botón de arranque. El ascensor crujió y se puso en movimiento.

—No finjo interés en usted para sacarle información, ¿sabe? —explicó.

La puerta del ascensor se abrió y salí a la segunda planta. No me siguió.

—Subiré y acompañaré a su madre —dijo, reteniendo la puerta con la mano—. Le diré que tuve problemas con el ascensor, que fui yo quien subió a la doce. —Me observó durante un minuto—. Quiero ayudarla —repitió.

Me volví y caí en los brazos de un auténtico técnico en moda.

—Querida —comentó. En apariencia, iba realmente de auténtico—. ¿Dónde se ha metido? He estado esperándola.

—Me perdí —indiqué; bebí la copa de vino que me ofreció y me quité la ropa.

No pueden verte bajo un escáner. Puedes llorar lo que te plazca. El frío metal descendió sobre mí con la velocidad y la dedicación de un raid de luz, y el escáner procedió a pellizcarme, tocar y calcular con sus calibradores. Agradecí la distracción. También agradecí la presencia del efusivo técnico, que había sido elegido por su desinterés en los cuerpos desnudos de las mujeres con las que tenía que trabajar y que me ayudó a ponerme la túnica de prueba y que, después, lanzó un torrente continuo de cháchara que me impidió pensar mucho en otra cosa.

—Si puedo serle de ayuda, querida —comentó, dándome un golpecito en el hombro mientras me volvía a introducir en el ascensor—, sólo baje a la segunda y confíese a mí.

—Gracias —le dije, y deseé poder hacerlo.

Ése era todo el problema. No podía confiar en nadie: ni en mi madre, que acababa de realizar una llamada codificada a Victoria; ni en papá, en quien no se podía confiar que soltara todo tan

pronto como bebiera el suficiente ouzo; y, ciertamente, no en Joss, que sabía con exactitud lo que mamá y yo habíamos hablado, incluso en la selva de la zona de estacionamiento y en el espacio abierto del aparcamiento. Debía de haber plantado una escucha en mis ropas o en las de mamá, probablemente en las dos, sólo que yo me había cambiado de aquella túnica que tan convenientemente me había dado. Hoy tendría que comprar algo para ponerme en casa, por si había conseguido poner algo en las ropas de Gaea antes de que se las pidiera prestadas.

Pero si el aparato se encontraba en las ropas de mi madre, no debió de haber tenido ningún problema para captar su parte de la conversación, aunque estuviera protegida. Lo cual significaba que sabía más sobre la llamada de lo que decía, y tenía que ser grave, o de lo contrario, me lo habría contado. A pesar de lo que me manipulaba, yo seguía convencida de que no intentaba hacemos daño ni a mí ni a mi madre. Sólo trataba de conseguir la verdad, lo cual era algo tan urgente que empleaba todos los medios a su alcance. Bueno, pues yo también intentaba conseguir la verdad, y también iba a emplear todos los medios a mi alcance, empezando por un vestido que asombrara a Essex.

Cuando llegué a la octava planta, ya me había preparado para la batalla. Alguien había pedido té, y mamá y Joss estaban sentados juntos delante del holo, comiendo unos canapés y observándose con cautela.

—Oh, bien, ya has regresado —dijo mamá—. Esta dependiente es una completa inútil —explicó en voz baja cuando me senté en la tercera silla que había apiñada delante del holo—, y las ropas son peores, pero tienen algunas ya confeccionadas que quizá te sirvan. Por lo menos, eso creo yo. Todas parecen espantosas en esa pequeña dependienta regordeta. No obstante, ya he eliminado los horrores más obvios. Come algo.

Me pasó el mando, y Joss me dio una taza de té.

—Primero veremos las fotos fijas —comentó en voz alta, y la dependienta salió del pequeño cubículo de proyección que había detrás del holo y se acercó para observar a medida que yo pasaba la serie de vestidos que mi madre ya había visto.

Me tomé mi tiempo, comiendo canapés y eliminando de entrada las fotos con vestidos de lunares y dos estilo art deco. Sin la dependienta, estaban pasando modelos ya exhibidos que habían

sido grabados en un estudio para darle mayor realce a los vestidos. Después de descartar unos pocos más, le alcancé el mando a mamá, cogí un bocadillo y un trozo de queso y me metí en el cubículo de proyección. Me quité la túnica y todo se puso en blanco.

El holo iba equipado con una pantalla de modestia, instalada para proteger las sensibilidades de los acompañantes neovictorianos de los compradores. No cumplía ninguna función terrenal, ya que, de todas formas, nadie veía a la persona del cubículo, sino sólo la proyección en doble imagen del vestido y de la figura y, entre pruebas de vestidos, mantenía una imagen congelada del último vestido.

No existía posibilidad alguna de que el cliente quedara expuesto en su desnudez; no obstante, la pantalla erigía una cortina de partículas blanco-lechosas alrededor de la cabina entre las diferentes pruebas, lo que no hacía nada para protegerme, pero eliminaba de mi vista a mi madre y a Joss.

Tampoco podía oírles. Los ventiladores del holo funcionaban todo el tiempo para impedir que los láser se sobrecalentaran y, para enmascarar el zumbido, una música indescriptible basada en el estribillo publicitario de la compañía sonaba a un nivel superior de decibelios. Tenía que gritar para hacerme oír por encima de la idea de la Torre D y F de las danzas griegas, y no podía oírles a ellos en absoluto. Al principio nos gritamos en una y otra dirección, pero finalmente renuncié y me concentré en la colección de modelos.

En apariencia, mi madre había pedido todo un conjunto de atuendos de diario además de vestidos para la Fiesta. Como yo necesitaba más ropa, además del vestido para esta noche, marqué algunos para una consideración posterior y un par de pantalones informes para uso inmediato. Regresaría a casa con ellos.

Cuando, finalmente, llegué hasta los vestidos, vi que todos mostraban un parecido desalentador: túnicas de manga larga que llegaban hasta el suelo, la mayoría de color blanco o amarillo con una que otra cinta, todas muy modosas y aptas para doncellas; nada de lo que yo tenía en mente. Yo recibía una foto del vestido, su código y su precio, dentro de la cabina, antes de que sus imágenes fueran proyectadas fuera. El siguiente era blanco, como los demás, sin una cinta, pero con un precio tres veces superior a cualquiera de los vestidos que habían aparecido hasta ahora.

Se parecía a los otros, pero el precio caro podía significar un

corte mejor, así que lo llamé. El blanco lechoso de la pantalla desapareció y Joss se irguió en su asiento.

La dependienta había hecho algo con los espejos, y en aquellos momentos estaba tecleando frenéticamente en su consola para solucionarlo. Aguardé otros dos minutos mientras Joss no dejaba de mirar; entonces los espejos giraron lentamente, y pude verme. El vestido era blanco, correcto, con un sencillo broche de plata a la altura del hombro y pliegues que caían hasta mis pies. Aparentemente, el diseñador había gastado todo el dinero en la tela, porque desde cerca se veía opaca y casi transparente desde una cierta distancia, y el corte mostraba todo el esplendor de la sorprendente tela cayendo en metros de cascada. De pie a mi lado, un observador pensaría que yo era la encarnación de la doncella modosa de la Hydra Corp. Para alguien que se hallara en un extremo, como Joss, resultaba claro que impresionaba.

El vestido era absolutamente perfecto para lo que tenía en mente para esta noche, pero supe que mamá jamás lo aceptaría. Ya empezaba a manotear en el mando mientras abría la boca para decir que no.

Yo lo dije por ella, llamé el siguiente vestido y miré mi terminal de muñeca. No había perdido tanto tiempo como yo esperaba. Eran las cuatro pasadas. El retoque del vestido, en cuanto yo hubiera elegido, ocuparía una hora, y nos llevaría otra hora regresar a casa, por lo que, entonces, serían las seis. La Fiesta no comenzaba hasta las ocho; sin embargo, si perdía mucho tiempo aquí, lo único que conseguiría sería quedarme sin vestido.

Repasé de nuevo, más rápidamente, los vestidos, revisando todos aquellos que me había probado. Necesitaba uno que mamá considerara adecuado, preferiblemente blanco y con las mismas líneas generales. Luego me acercaría a la dependienta y le contaría una historia digna de los periódicos acerca del príncipe y yo, de mi horrible madre, de que no comprendía el amor verdadero, y la convencería para que cambiara el vestido.

Me detuve en una túnica blanca larga y con un broche de plata.

—Creo que me quedo con este vestido —le grité a mi madre, que se hallaba en el otro extremo de la sala—. ¿Qué te parece, mamá?

En ese mismo momento ella le estaba diciendo algo a Joss. Tocó su terminal de muñeca y frunció el ceño, y él miró el suyo. El

camarero había venido para recoger los platos y las tazas de té. Empezó a depositarlo todo sobre un carrito.

—¡Madre! —grité—. ¿Te gusta éste?

Se volvió para contemplarme, con el mando aún en la mano.

—No —contestó, y yo apenas pude escucharla—. Es demasiado soso. ¿Qué me dices del de color lavanda? —Activó el mando hasta que apareció en la pantalla—. Me gusta el efecto que producen los medallones bordados.

—A mí no —indiqué—. Además, odio el color lavanda.

El camarero estaba doblando el mantel de tela con cuidado. Joss comentó;

—A mí me gustó el otro blanco.

—¿Y el amarillo con la cinta dorada? —preguntó mamá, y me cortó la visión mientras lo buscaba. Cuando la pantalla de modestia volvió a desaparecer, el camarero había hecho algo invisible con el mantel y el carrito; ahora le presentaba a mi madre una factura con rebordes cromados. Ella la cogió para comprobar la cantidad y, luego, añadió una propina. Yo había visto a otra persona hacer lo mismo. En Victoria.

—¿Qué te parece? —me preguntó, mirándome—. Creo que el amarillo es mucho más bonito que el blanco. —Yo me quedé observando al camarero—, ¿Qué ocurre? —inquirió mamá. Joss alzó la vista.

—Yo…, ¿y ese verde con el reborde de filigrana? —comenté. Apreté con fuerza el botón de la pantalla de modestia y no quité el dedo.

«Se suponía que no debía estar aquí», me había dicho Joss. «¿Por qué no?» Y ahora ya tenía su respuesta, aunque no me atrevía a dársela. Se suponía que yo debía estar en Victoria. Con Clare.

La había olvidado por completo en cuanto descubrí que papá se encontraba bien, pero no debí hacerlo. Mi madre no la había enviado para comunicarme la terrible noticia de que mi padre había muerto. Lo había hecho para retenerme en Victoria. Pero yo me había escapado y, cuando mi madre me vio, quedó tan sorprendida y alarmada que se arriesgó a hacer una llamada a Victoria. ¿A quién?

¿A Clare?

Eso no tenía sentido. ¿Qué necesidad tenía yo de estar en

Victoria en vez de aquí? ¿Y qué pintaba Clare en todo el asunto?

La pequeña dependienta estaba llamando a la puerta de la cabina de proyección.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Sí —repuse—. Se atascó el botón. Ya está arreglado. —Abrí la puerta de la cabina, cubriéndome con mi túnica—. ¿Puedo hablar con usted un minuto? Quiero el vestido blanco, el de…

—Sabía que le gustaría ése. ¿Vio la expresión en el rostro del sirviente de Su Alteza?

—Sí —comenté—. Pero no quiero que mi madre se entere de que me lo voy a llevar. Ella desconoce… la situación.

La dependienta se quedó boquiabierta.

—¿No? Cielos, ¿cómo puede desconocerla? Todo el mundo en Denver Springs está al corriente de lo suyo con el príncipe.

No supe qué contestar a eso.

—Ella no cree en lo que cuentan los periódicos —indiqué—. ¿Puede ayudarme?

—Seguro. Le diré que nos es imposible arreglar los demás a tiempo. Luego, cuando usted ordene el otro blanco, yo lo cambiaré en la consola. —Miró a Joss—. Creo que debería advertirle que ese vestido puede crear algún problema. —Me hizo un guiño ostentoso —. Será mejor que vigile a ese sirviente.

—Sí —admití—. Lo sé.

del Western States Tattler

Un raid de luz golpea
al príncipe

Un repentino y devastador ataque surgido de la nada. Así es como este periodista ve el efecto de una cierta joven sobre el hasta ahora impenetrable príncipe Miles Essex. ¿Y quién es ese raid de luz andante que tanto daño ha causado a las defensas del príncipe?

No es otra que la helena Ariadne, hija de la encarcelada ejecutiva de la Hydra Corp, Medea. De ojos oscuros y una exuberante masa de rizado cabello castaño, la adorable Ariadne ha capturado no sólo la atención del príncipe, según fuentes de la Hydra Corp, sino también su corazón.

«Llevaba menos de cinco minutos aquí cuando el príncipe

cayó a sus pies», comentó un empleado de la Hydra Corp. «Esta vez es auténtico amor.»

¿Es amor? El príncipe de cabello rubio y ojos azules es famoso por sus escapadas amorosas, aunque en raras ocasiones se menciona la palabra amor.

«Oh, sí que está enamorado», repuso un técnico en ordenadores de la Hydra Corp. «Ya se le ha declarado.»

¿Declarado? ¿Será verdad? El príncipe ha conseguido sobrevivir a más de un ataque directo a su soltería. ¿Ha sido realmente reducido a escombros por el Raid de Luz Ari?

(Bodas reales famosas, Pantalla 16, Ventas de vestidos de novia, Salieri's, Torre D y F, Pantalla 17.)

9

INTENTAMOS regresar a la Hydra Corp a través del aparcamiento de servicio para evitar a los periodistas, pero allí casi había una docena de ellos a la espera. Una vuelta rápida por el edificio nos reveló que había menos en el pórtico. Joss aterrizó el ala de gaviota cerca del mástil de la bandera.

—Bajen rápido —dijo, abriendo la puerta y quitándonos las cajas de las manos. Se movió a tanta velocidad que ni siquiera le vi dar la vuelta al ala—. Podré abrirme camino a través de estos que hay aquí pero, si se les unen los otros, resultará un poco difícil.

Mamá, que se hallaba más próxima a la puerta, vaciló; luego giró la cabeza para mirar el interior de la cabina del ala por si se le había olvidado algo. Sabía a la perfección que no era así, y que yo no podría bajar hasta que ella lo hiciera. Cuando salió, los periodistas se hallaban a medio camino de las escaleras, y un grito procedente del patio oeste nos indicó que los que había detrás también venían a la carrera.

—Si no nos damos prisa, tendremos que enfrentarnos a una multitud —comentó Joss, cerrando la puerta a nuestras espaldas con un empujón del pie.

Pero mi madre no se daba ninguna prisa. Caminaba a su paso habitual, la cabeza alta, sonriéndoles a los periodistas a medida que reducían la distancia que nos separaba. El primero nos alcanzó en el momento en que llegábamos al pie de la escalera. Jamás me habían metido una holocámara en la nariz, y eso me asustó, aunque no tanto como las preguntas.

—¿Asistirá a la Fiesta en compañía del príncipe? —preguntó el reportero.

Otro de un periódico distinto le formulaba la misma pregunta a mi madre. Ella sólo sonrió y siguió andando.

—¿Cómo la trataron en la cárcel?

—¿Es cierto que trajeron al mejor detective de Scotland Yard para interrogarla?

—¿Cómo se hizo ese moretón en la mano?

Durante un segundo pensé que el periodista intentaba que mi madre le dijera que la habían torturado en la cárcel, pero me estaba hablando a mí. Los bíos que ocultaban mi tatuaje de evacuación se habían cuarteado y empezaban a ponerse verdes otra vez. Metí las manos en los bolsillos de mis nuevos pantalones, bajé la cabeza y continué andando.

Los periodistas del otro extremo del edificio no nos alcanzaron hasta que Joss abrió la puerta. Se la cerró delante de sus holocámaras. Escuché el crujido.

Una vez dentro, mamá incrementó el ritmo de su paso, dirigiéndose hacia las oficinas de papá. Presionó su palma contra la puerta y ésta se abrió. Joss se metió antes de que ella pudiera detenerle.

Papá se hallaba sentado y observaba los monitores, y vi que uno de ellos me mostraba a la perfección a medida que entraba por la puerta.

—Hola, papá —saludé, rápida y alegremente.

Alargó el brazo y accionó el interruptor justo cuando Joss soltaba las cajas sobre la cama. Cuando su mirada se cruzó con la de Joss, la escena de las pantallas mostraba a los reporteros fuera, pero supe que Joss había visto lo mismo que yo, que papá había estado vigilando la puerta de Essex, esperando la oportunidad de entrar en las habitaciones que había del otro lado del corredor.

—Les dejaré solos —dijo Joss. Mientras pasaba a mi lado camino de la puerta, añadió—: Helena Ariadne, será un honor si me reserva un baile.

—Quizá —repuse, pero pensé que no era con Joss con quien necesitaba bailar.

Asintió con vigor, como si yo hubiera aceptado, y me pregunté qué reflejaba en esta ocasión mi cara. Luego cerró la puerta y nos quedamos a solas con los aparatos espías.

Mamá contempló sus vestidos, que aún seguían sobre la cama, y después miró su reloj.

—Queda mucho tiempo —comenté—. No empieza hasta las ocho.

—Sí, y sobra tiempo para disfrutar de un baño en el Estanque de la Gloria del Alba —afirmó mi madre. Hizo a un lado las cajas y cogió un albornoz grande—. No he gozado de un baño de verdad en semanas. En la cárcel únicamente podías ducharte —explicó, marchándose.

Papá permaneció estúpidamente sentado sobre la cama, sin intentar ir tras ella. Busqué en su armario, saqué su túnica de lino azul y su himatión formal antes de meterme en el baño para arreglarme el tatuaje. Sabía que tendría que hacer que me lo quitaran de forma permanente, pero el lugar donde se encargaba de ellos se hallaba al norte, cerca del viejo aeropuerto, y no había tiempo. Me conformé con pegar una nueva capa de bíos.

Tan pronto como se pegaron a mi piel me di una ducha; luego hurgué entre las cosas que Joss había traído para mamá, buscando un perfume. Elegí uno de olor almizclado que le había regalado papá hacía años. El frasco aún estaba lleno. Ella debió de pensar que tenía un aroma demasiado seductor. Me lo pasé por cada lugar que se me ocurrió y, luego, me apliqué el parche de sobriedad detrás de un oído.

Mamá regresó en el momento en que yo terminaba de pintarme las uñas. Tenía las mejillas rozagantes debido al baño caliente.

—Todavía no estás lista —comentó, mirando su terminal de muñeca.

—Sólo me queda peinarme y vestirme —dije—. Eso no me llevará mucho. No quería que mamá dispusiera de tiempo para ordenarme que me quitara el vestido blanco y me pusiera otra cosa.

—¿No sería más fácil si primero te pusieras el vestido y luego te peinaras? —preguntó con cierto énfasis.

—Se me tienen que secar las uñas —repuse, agitándolas en el aire.

—Dares, ¿por qué no te has vestido? —inquirió, en apariencia dejando que se me secaran las uñas mientras se encargaba de papá.

Él asintió y se puso de pie, con más firmeza de la que yo había esperado. Mamá le empujó al baño y le siguió al interior.

Salieron cuando empezaba a peinarme. Fingí tener más problemas de los reales para hacerme un rodete tipo diosa Hebe. Mamá no podría darme prisas en eso, ya que ese peinado era el

único aceptable para una fiesta formal de la Hydra. Mamá ayudó a mi padre a vestirse, se puso su propia túnica larga, sujeta a los hombros con unas hebillas. Entonces vio que yo todavía luchaba con mi pelo.

—Vamos a llegar tarde —dijo, mirando su terminal de muñeca por enésima vez.

Faltaba poco para que dieran las ocho, pero yo no veía ninguna necesidad de ser puntuales a la Fiesta. La gente estaría llegando hasta bien pasadas las nueve. Intenté una vez más arreglarme el cabello, logrando soltar unos mechones en el proceso. Mi madre emitió un sonido de exasperación y volvió a contemplar su terminal de muñeca.

—Deja —comentó, cogiendo el cepillo de mi mano—. Yo te lo haré.

Concluyó el rodete en un abrir y cerrar de ojos, dejando cada cabello en su lugar y los rizos alrededor de mis orejas de manera tan perfecta que no se me ocurrió ninguna queja que pudiera retrasarnos más. Lo rodeó con una cinta plateada y retrocedió para inspeccionar su obra. Por primera vez desde que la volviera a ver se le suavizó el rostro, aunque sólo durante un segundo; luego empezó a recoger el maquillaje, el pañuelo y otra serie de cosas, que fue guardando en su bolso. Me puse el vestido blanco. Tenía tanta prisa que ni siquiera lo notó.

Cuando salimos, papá apareció de repente y nos condujo con

energía hacia la parte de atrás, donde había un ala de gaviota.

—No he sido jefe de Seguridad de la Hydra durante quince años para nada —indicó de malhumor—. No vamos a ir a la Fiesta con ese canadiense —y escupió la palabra.

—Pero les dijimos que iríamos con ellos —protesté, pensando que estaba perdiendo una buena oportunidad para que el príncipe me viera con el vestido antes de ser distraído por todas las demás mujeres que competirían por captar su atención en la Fiesta.

—Mi esposa no va a viajar con el hombre que la encerró —afirmó papá, y yo no insistí.

En cierto sentido, me agradó. Papá todavía se mostraba protector con mi madre, aunque apenas le hablaba, y yo creí que a ella le satisfaría no tener que viajar con Essex después de las miradas llenas de odio que le había dirigido, pero casi no pareció importarle. De hecho, lo único que le interesaba era llegar. No

apartó los ojos de su terminal de muñeca durante todo el tiempo que nos llevó llegar al Broadmoor. Tan pronto como el ala aterrizó, se apresuró a entrar al pasillo que conducía a la sala de baile.

Essex llegó casi inmediatamente después que nosotros, en apariencia en absoluto molesto porque no hubiéramos viajado con él. Pronto se vio rodeado por las mujeres e hijas de la mitad de los ejecutivos de primera fila de la compañía. El y Joss llevaban unos elegantes uniformes de color azul del Canadá Occidental con unas clámides sobre los hombros que, obviamente, habían sido hechas a medida. En un brazo llevaba a una mujer joven que vestía el muumuu tradicional hawaiano de la Holly Corp y en el otro a una mujer con un vestido Victoriano que debía pertenecer a la Inmos Corp.

Essex se detuvo a la entrada del salón. Me hizo un gesto con la cabeza y, luego, les prestó toda su atención a las dos mujeres, aunque no durante mucho tiempo. Essex volvió a mirarme y, en esta ocasión, también lo hizo Joss. Essex se mostró terriblemente sorprendido. Joss tenía el gesto de siempre, pétreo e inmutable.

—El ayuda de cámara del príncipe te está mirando —murmuró mi madre—. No te dejes seducir por él, Ariadne. Vigilarte es su trabajo.

Tal vez, pero estaba segura de que era el vestido y no su deber lo que hacía que él y el príncipe me miraran. La cosa empezaba bien.

Por aquel entonces, el resto de los ejecutivos de la Hydra habían visto a mi madre y se apresuraban a ir a hablar con ella. Ella los saludó con gesto distraído mientras, esporádicamente, lanzaba una mirada ansiosa al extremo más alejado del salón de baile.

Los camareros se movían por toda la sala llevando cuencos adornados llenos de melocotones y bandejas de plata con pescado en conserva y queso. Resultaba obvio que la guerra también había llegado hasta aquí. En los viejos días habríamos disfrutado de granadas importadas, de higos y de caviar. Una de las bandejas tenía copas con ouzo y papá se sirvió con ambas manos. Mamá no se dio cuenta. Me aparté de ellos.

—Ariadne, ese vestido que llevas… —Me volví para descubrir que Gaea se había abierto paso entre la multitud hasta llegar a mí —. Ese vestido… —repitió. Miró hacia donde se encontraba el príncipe, luego volvió a observarme con ojos interrogadores.

—Al príncipe parece gustarle —comentó su acompañante, mostrándose un poco confuso ahora que se hallaba cerca de mí—, y a mí también.

—Estoy segura de que a Ariadne poco le importa lo que piense el príncipe de su vestido —repuso Gaea con lealtad—. ¿Te has percatado de que ha enviado a su lacayo para pedirle a las damas que bailen con él en vez de hacerlo él mismo?

—¿Joss? ¿Por qué?

—Para no tener que soportar personalmente una negativa como la que yo le habría dado —repuso con altanería Gaea—. Ariadne, me alegro tanto de ver de nuevo a tu madre. Quizás ahora todo vuelva a ir bien.

O empeore, pensé cuando vi que mi madre miraba una vez más su terminal de muñeca. Espera algo, pero, ¿qué? Fuera lo que fuese, no cabía duda de que la estaba poniendo nerviosa.

—¿Y bien? —preguntó Gaea, expectante.

—Y bien, ¿qué?

—Te he preguntado si querías venir con nosotros —explicó—. Vamos a participar en una contradanza. La Flying W ha ocupado todo el salón de baile juvenil.

Miré en dirección al príncipe.

—Prefiero quedarme aquí.

Gaea se marchó con su acompañante, al parecer molesta. Por la gente que le rodeaba, comprendí que sería difícil acercarme hasta Essex. Tendría que usar a Joss. Le hice una seña con la mano y me di cuenta de que ya tenía su atención, más la de casi todos los demás hombres del salón. Dejé de gesticular. Era completamente innecesario. Sólo las personas apiñadas alrededor de mi madre no me miraban, y ello se debía a que estaban demasiado cerca para poder ver a través del vestido.

De repente me sentí acalorada, insegura de si debía mezclarme entre la multitud o resistir hasta que Joss hubiera atravesado todo el salón. Cuando noté que también Essex me miraba, le sonreí. Para cuando se le ocurrió devolverme la sonrisa, yo ya tenía a Joss a mi lado.

—Un poco de aire fresco sería agradable, ¿no cree? —preguntó, y sus dedos me apretaron con tanta fuerza el brazo que no pude negarme—. Un lugar oscuro donde la gente no pueda mirar ese vestido.

—Preferiría bailar —repuse, no deseosa de perder a Essex de vista cuando resultaba tan claro que él me tenía en la suya. Estaba pasando un momento espantoso tratando de conversar con la mujer del vestido Victoriano al tiempo que me lanzaba algunas miradas. Unos cuantos giros por la pista conseguirían el efecto perfecto. Sin embargo, Joss aún se encaminaba hacia la puerta.

—¿No me pidió que le reservara un baile para esta noche? —pregunté. Planté con firmeza mis pies en el suelo, y él tuvo que detenerse o arrastrarme—. Pensé que un caballero siempre mantenía sus promesas.

—Y yo no creí que una dama asistiera a la Fiesta sin ropa —repuso. Me ofreció su brazo, y empezamos a bailar un vals.

Yo sabía bailar lo suficiente el vals como para seguir únicamente su conducción determinada, aunque no me gustó. Resultaba obvio que hacía todo lo que tenía a su alcance para alejarme lo más posible de Essex. Pude ver al príncipe en el otro extremo de la pista, bailando con la dama victoriana. Otra vuelta, y le perdí por completo.

—He oído decir que se encarga usted de los bailes de Essex —comenté.

—Algo parecido —afirmó Joss. Las notas del vals se desvanecieron para ser reemplazadas casi en el acto por una música lenta.

Intenté apartarme de él, pero no me dejó—. Elijo a sus parejas. Hay cierto personal de la Hydra Corp que se negaría a bailar con él si se lo pidiera en persona, lo cual podría resultar negativo para las relaciones públicas.

—Quiere decir que los periódicos lo sacarían en primera plana —comenté—. «Príncipe rechazado por las bellezas de la Hydra Corp.» Pues yo quiero bailar con él.

—No —repuso, con tanta presteza que me pregunté si sabía lo que me proponía.

—¿Por qué no? —inquirí—. Sería bueno para las relaciones públicas, ¿no?

—Con usted metida en este vestido, crearía un cotilleo imposible de parar —explicó con vigor—. También le daría al príncipe algunas ideas que yo preferiría que no tuviera. —Me apretó contra sí.

—¿Tiene que bailar tan pegado a mí? —pregunté, casi sin

aliento.

—Lo que intento es proporcionarle la cobertura que mi pobre cuerpo pueda ofrecer. Si tuviera una manta la envolvería en ella, pero como no hay ninguna disponible…

—Sólo porque a usted no le guste mi vestido —comenté—, no significa que…

—¿Que no me gusta su vestido? —preguntó casi inaudiblemente. Alcé los ojos y me sorprendió notar lo que debía ser un rubor en sus mejillas—. Jamás dije que no me gustara. Todos los hombres presentes aquí esta noche, después de mirarla una sola vez, se lo quieren quitar.

—¿Incluso usted? —inquirí.

—Sí —contestó, apesadumbrado—. Incluso yo, y no es usted a quien debería estar vigilando. Tendría que estar averiguando a quién llamó su madre a Victoria esta tarde y por qué no para de mirar su terminal de muñeca; sin embargo, no puedo pensar en otra cosa que no sea en usted con ese maldito vestido.

—Oh —susurré, consciente de pronto de mi mano sobre su hombro. Podía sentir los latidos de su corazón. O los del mío. Giramos, y sus labios rozaron mi mejilla. Vislumbré a Essex y, súbitamente, recordé a quién se suponía que debía seducir. Me detuve en medio de la pista—. ¿Piensa conseguirme un baile con el príncipe o no?

—No.

—Entonces se lo pediré yo misma —afirmé; y, antes de que pudiera detenerme, me situé a espaldas de la pareja de Essex, le di una suave palmada en la seda del vestido Victoriano que cubría su hombro y pregunté—: ¿Cambiamos de pareja?

Essex pareció sorprendido cuando me planté entre él y la dama, pero respondió con galantería. Con un movimiento suave de la cabeza le indicó a Joss que cambiara de pareja y, luego, me alejó dando vueltas tan rápidamente que apenas pude ver a Joss. Sus ojos grises destellaban con furia, aunque no sabía si ésta iba dirigida a mí o a Essex.

—Su decisión la honra —comentó Essex—, al igual que su vestido.

—Gracias. Quería haber llevado los broches de plata de mi madre en el cabello —expliqué—. Habrían quedado muy bien con este vestido.

Me observó el cabello por primera vez.

—Su cabello también está adorable. No deja de asombrarme cómo las mujeres de la Hydra Corp consiguen siempre unos peinados tan elaborados.

—Estaría mejor con esos broches de plata. —Su expresión indicaba perplejidad ante el hecho de que estuviéramos hablando de lo que yo tendría que haberme puesto para asistir a la Fiesta—, Estaban con el resto de las cosas de mi madre, en el dormitorio que ocupa Joss en vuestros aposentos, y no quise molestarle a él. O a vos.

—Sólo tendría que habérmelo comentado —comentó Essex, esbozando una sonrisa preocupada—, y se los habríamos devuelto. Si conozco a Joss, él ni siquiera sabe que se encuentran allí. ¿Quiere que le envíe a buscarlos? La noche aún es joven, y usted podría llevarlos puestos durante el resto de la velada.

—¡No! —exclamé—. No mande a Joss a buscarlos.

Joss no, pensé. Él miraría en el interior del termo, ya que se encuentra en el mismo cajón de los broches. ¿Y qué fue lo que me hizo mencionar a mí la excusa de los broches? Debió haber sido algo más indefinido, algo que sólo yo pudiera localizar.

Essex, en su confusión, intentaba no fruncir el ceño. Sonreí, con la esperanza de que fuera una sonrisa sensual.

—Después de todo, vos mismo habéis dicho que aún es temprano. Quizá, más tarde, podamos escabullirnos de la fiesta y cogerlos nosotros mismos.

Bajó la vista por el escote de mi vestido, conduciéndome todavía con suavidad sobre la pista de baile.

—Si la entiendo correctamente, no me cabe la menor duda de que lo podremos arreglar. ¿Digamos a las once? Por entonces la gente ya habrá bebido bastante, y la Fiesta se encontrará en su punto álgido.

—Os esperaré al lado del lago a las once —acepté.

—Usted me sorprende, Ariadne, y también me deleita. Joss me ha reprendido por lo de anoche, diciéndome que usted había pasado toda su estancia en Victoria cuidando niños y que usted misma apenas era un poco mayor. Hizo que me sintiera casi un sinvergüenza por… admirarla.

—Hice muchas otras cosas en Victoria, aparte de cuidar niños —comenté.

—Eso mismo pensé yo cuando la vi entrar con ese vestido. Desearía que ya fueran las once.

—Yo también —corroboré, mirando fijamente sus ojos azules. Emitió una sonrisa gallarda.

Sólo eran las nueve treinta. Tenía que matar una hora y media y un montón de personas a las que evitar. No deseaba escuchar otro sermón por parte de Joss o uno de mi madre, que ya había dispuesto de la oportunidad de percatarse del efecto de mi vestido. Papá se hallaba en el bar con una botella de ouzo en una mano y una copa que ya no se tomaba la molestia de llenar colgando flojamente de la otra. Quería acercarme a él para impedirle que siguiera bebiendo, pero no me atrevía a hacerlo. Podía empezar a vociferar otra vez acerca del termo.

Terminé saliendo para sentarme al lado del lago a esperar que pasara un tiempo aparentemente interminable. Estaba muy oscuro. Las impenetrables cortinas del salón de baile habían sido corridas. Esporádicamente se filtraba una fugaz iluminación cuando alguna pareja salía a dar un paseo alrededor del lago.

Cuando iban a dar las once, se volvió a abrir la puerta. Me puse de pie, pero no se trataba del príncipe. Era mi madre. Salió a toda velocidad en dirección al extremo más alejado del lago. Alguien fue detrás de ella. Estaba convencida de que era Joss. Iba a seguirles cuando alguien tocó mi brazo.

—¿Preparada para nuestra pequeña aventura? —escuché que preguntaba Essex con tono de complicidad.

Vacilé, preguntándome si iba por el sendero equivocado tras la huella del termo. Quizá la explicación lógica que andaba buscando se encontraba al otro lado del lago.

Essex me cogió del brazo.

—Por aquí —indicó.

Me condujo hacia el exterior del edificio hasta que salimos a un camino privado, donde nos esperaba el ala de gaviota. Me ayudó a entrar; luego subió y se acomodó en el asiento del conductor. Sin encender ninguna luz, algo que estaba prohibido debido a los raids de luz, el viaje hubiera debido resultar lento, pero Essex condujo a mucha velocidad y con una sola mano. Su otra mano se hallaba en mi rodilla.

—Lo he arreglado todo para disponer de unas horas para nosotros —anunció.

—¿Unas horas? —pregunté. Yo había contado con que sólo pudiera escaparse de la Fiesta unos minutos—. ¿No nos echarán de menos?

—No tiene que preocuparse de que alguien adivine dónde estamos —repuso cuando descendimos en la Hydra Corp—. Le he dicho a Joss que nos arregle una coartada.

—¿Se lo habéis contado a Joss? —inquirí.

—Le dije que deseaba pasar unas horas a solas con una joven —contestó—. No es imprescindible que él conozca cada detalle de mi vida privada. En cualquier caso, ya le he contado que él no aprueba el interés que demuestro por usted. Anoche me echó un buen sermón, y me dijo que usted apenas era una adolescente. De hecho, se ha mostrado bastante pesado al respecto. Empezaba a creer que él mismo se sentía atraído por usted.

Abrió la puerta del ala y me ayudó a salir. La Hydra Corp estaba casi desierta. Salvo por un guardia, no había nadie en el pórtico y absolutamente nadie en el corredor. Me condujo rápidamente a sus aposentos, se quitó la clámide y la chaqueta y se acercó al bar.

—Una copa nos sentará bien, ¿no cree?

—Sí.

Yo deseaba ir al dormitorio de Joss de inmediato, pero resistí el impulso y me acerqué al bar con Essex.

En esta ocasión, no perdió el tiempo sirviendo jerez. Vertió dos buenas rondas de whisky. Mi emplasto de sobriedad lo iba a tener difícil para contrarrestar un escocés solo. Me pasó una, se bebió la suya y se sentó en el sofá.

—Venga y siéntese junto a mí, y de paso póngame al tanto de la terrible vida que llevó en Victoria —pidió, dándole una palmada al almohadón que tenía al lado.

—No fue tan terrible —repuse, quedándome donde estaba. Sus ojos recorrieron con ansia mi vestido.

—Venga aquí —y su voz sonó como si estuviera acostumbrado a que le obedecieran.

—En realidad, debería ir a coger esos broches —comenté.

—Hay tiempo para eso, Ariadne. Tenemos toda la noche. Y ahora ven a sentarte a mi lado —me tuteó de pronto. Me senté—. Bebe un poco de escocés como una buena chica y deja de preocuparte. Nadie sabe que estamos aquí.

Lo sé, pensé. Joss está persiguiendo a mi madre alrededor del

lago, mi padre está borracho, y yo me encuentro aquí con un vestido transparente en compañía de un príncipe con un insaciable deseo sexual…, ¿cómo voy a salir de todo esto?

—Tengo el cabello desarreglado —dije—. Las aspas del ala de gaviota han estropeado mi… —Me besó.

Skids lo había intentado en una ocasión, en el porche de la señora Ponsonby. Yo le di un buen empujón y ahí acabó todo. Empujé al príncipe. No sucedió nada. Peor que nada. Su abrazo se intensificó, y me derribó sobre el sofá. Deslizó las manos por mi cuello. Volví a empujarlo, esta vez con más fuerza.

—¿Qué pasa? —preguntó, con expresión irritada.

—Nada —repuse, tragando saliva.

Intenté incorporarme. Su mano se posó en el vestido.

—¿Por qué no te quitas esto? —pidió, soltándose con torpeza de los pliegues del vestido—. Deja —comentó, alargando el brazo hacia el broche del hombro—. Te ayudaré.

—¡No! Quiero decir, yo lo arreglaré. Iré al dormitorio y… Abrió el broche.

—¿Por qué no te lo quitas aquí mismo?

—Se arrugará —indiqué desesperada, y salté del sofá antes de que pudiera lanzarse de nuevo sobre mí, apretando una mano contra el hombro para que el vestido no se cayera—. Tengo que colgarlo. Es nuevo.

Corrí hacia el dormitorio y cerró la puerta. Quería echar el cerrojo, pero temí que me oyera y llegara a la conclusión de que tenía delante a una virgen. Y la tiene, pensé, mientras trataba de cerrar de nuevo el broche con manos temblorosas; en cuanto lo admití, experimenté un escalofrío. No podía…, no podía seguir con esto, no importaba lo que pasara con el termo.

Una parte de mi mente pensó que tal vez no tuviera que ser así.

Si el termo está lleno de leche de cabra, puedes fingir que has bebido tanto que estás enferma. Lo último que desearía el príncipe sería una joven a la que tuviera que limpiar…, yo misma lo descubrí con las gemelas. Y un trago de leche de cabra que llevaba más de un mes en el termo tal vez hiciera que no fuera necesaria una actuación.

Essex llamó a la puerta.

—Un momento —pedí, con voz que esperaba que fuera sensual en vez de terriblemente titubeante.

Abrí el cajón del armario, saqué el termo de la bolsa de papel y desenrosqué la tapa, todo con un solo movimiento. Otra parte de mi mente, la única que aún poseía cierta cordura, me dijo que me estaba aferrando a algo imaginario, pero me negué a escucharla. Le quité el sello con tanta prisa que el termo se inclinó un poco, quemándome los dedos antes de que me hallara dispuesta a reconocer la verdad.

No se trataba de leche de cabra. Era nitrógeno líquido, como cualquier tonto habría reconocido en cuanto los vapores comenzaron a emanar del interior apenas empecé a soltar el sello. En realidad, no había sido necesario que me congelara la primera capa de piel de los dedos para probarlo.

Traté de volver a colocar el sello en su lugar. El broche del hombro eligió ese momento para abrirse otra vez y casi me quedé desnuda. Intenté sostenerlo con una mano y volver a colocar el sello sobre la boca del termo con la otra. Ya había dejado de temblar, aunque todo mi cuerpo estaba tan frío como si me hubiera sumergido en el nitrógeno líquido.

Bueno, así están las cosas, pensé, y, ¿qué se supone exactamente que debo hacer ahora? ¿Salir sosteniendo mi vestido y llevando el termo apoyado contra mi vientre y comunicarle a Essex que he cambiado de parecer? ¿Y por qué cambiar de idea? Apenas importaba si perdía mi honor con Essex, ¿verdad? Ya lo había perdido. Mi madre era una traidora, mientras que yo no había cejado en mi empeño por protegerla, por tratar de demostrar su inocencia cuando cualquier tonta vería que…

Cualquier tonta. Me dejé caer en la cama de Joss, sujetando aún la parte superior del vestido, y me puse a llorar. Lo hice en silencio. Las lágrimas corrieron por mis mejillas y cayeron sobre el traje como si éste fuera un pañuelo gigante. Cuando Essex volvió a llamar, ni siquiera quise contestarle ni traté de cerrar la puerta, aunque un último instinto estúpido me llevó a coger el termo y aferrarlo como si fuera un bebé. Un bebé, eso es lo que yo era por creer a mi madre inocente, pensé, y las lágrimas rodaron más deprisa por mis mejillas. Me dolían los dedos. Me los metí en la boca y permanecí allí, chupándolos y llorando.

Joss abrió la puerta, —Perdón. Ha surgido un cierto…

Alcé la vista y le miré, mientras las lágrimas seguían fluyendo de mis ojos, con el vestido apretado contra mi pecho desnudo.

Durante un momento me alegré tanto de verlo que ni se me ocurrió pensar en lo que iba a suceder a continuación.

Se detuvo en mitad de la frase, se volvió hacia el armario real y volvió a comenzar como si jamás se hubiera interrumpido.

—Su Alteza Real ha sido llamado por una emergencia. Me pidió que se lo dijera y que la acompañara de regreso a la fiesta. —Cogió una bata de un colgador—. A un ayuda de cámara se le pide que realice algunos deberes desagradables, entre los cuales se encuentra el de informarles a sus citas de que han de padecer su ausencia.

—Se volvió y me pasó la bata—. ¿Desea que la escolte de regreso al Broadmoor, helena?

He dicho ya que lo que más quería era perturbar su compostura, agrietar ese rostro pétreo. Bueno, pues lo había conseguido. Sin embargo, jamás fue mi intención que resultara así. Su cara me reveló todo, pero, lo más importante, me dijo lo que debí haber sabido todo el tiempo. Debí haber confiado en él, debí contárselo en el ascensor, en el refugio aquel primer día. Le podría haber contado todo y, así, evitarme este dolor y esta vergüenza. Y ahora ya era demasiado tarde. Lo había arruinado todo.

—No sé lo que está pensando —repuse, para no seguir llorando—, pero…

—Poco importa ahora, ¿no? —preguntó, arrojando la bata a la cama—. Pero se lo diré. Cuando esta noche la vi con ese vestido, creí que su madre era la que lo había preparado todo, para distraerme o algo así. No se me ocurrió pensar que su comportamiento era debido a que tenía una cita con Essex.

—Yo no… —empecé a decir. Entonces me puse de pie, dominada por la furia. En el último minuto recordé que no llevaba puesto nada y traté de mantenerme tapada con el menos que adecuado vestido. Lo logré, pero a costa de soltar todo lo demás. El termo rebotó contra el suelo.

Joss se lo quedó mirando durante un largo rato. Luego lo recogió y comenzó a desenroscar la tapa.

—¿Qué hacía, fortalecerse con licor? ¿Qué contiene? ¿Ouzo?

—No —contesté—. Es la prueba que usted buscaba. La prueba de que mi madre es culpable.

del DenverSprings Post-Gazette

Panecillos y bollos…

¿nueva cocina griega?

El príncipe de Saskatchewan está enloqueciendo al personal de cocina de la Hydra Corp al insistir que siempre le tengan preparados panecillos y bollos. Han de tener una hornada disponible y que no lleve más de cuatro horas hecha al servírsela. Eso no hace que se sientan felices por el trabajo adicional que les acarrea. Cuando se le preguntó si servirían panecillos y bollos en vez de la estupenda cocina tradicional griega de la Hydra Corp en la Fiesta, nuestro contacto en la Hydra Corp contestó: «¡Sin comentarios!». Tampoco hubo comentarios acerca de quién sería el anfitrión de la Hydra Corp.

(Té para dos: recetas, Pantalla 38.)

10

ME llevó un minuto darme cuenta de que exhibía una sonrisa que le iba de oreja a oreja, y casi otro para ponerme furiosa.

—No hay ninguna necesidad de mostrarse tan satisfecho porque yo no sea la virgen mancillada que usted creía que era —solté, cogiendo la bata de la cama. Me la puse, sin importarme ya lo que pudiera ver de mí, y me até el cinturón a la cintura—. Y, para su información, estuve a punto de serlo. Tenía toda la intención de seducir a su precioso príncipe para sacar el termo de aquí.

—¿Ya mí? ¿Pretende también seducirme a mí para sacar el termo del dormitorio? —Aún seguía mostrando esa maldita sonrisa. ¿Por qué se me habría ocurrido alguna vez que dejara de tener su cara de póquer? Intenté coger el termo, que él mantuvo diestramente fuera de mi alcance—. Por mí no hay inconveniente, pero eso no solucionaría el problema de sacarlo delante de su madre, que se encuentra en la otra habitación.

—¿Aquí? —preguntó, dejando de gritar y susurrando en una sola sílaba—. ¿Mi madre está aquí?

Asintió.

—En el cuarto de conferencias. Ella es la emergencia por la que Essex fue llamado.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunté, tratando de dominar el impulso de hablar en voz baja al comprobar que Joss lo hacía de forma normal, y no lo conseguí.

—Me temo que yo la traje. Sabía que Essex se vería con una joven en sus apartamentos, pero creí que ése sería un problema menor que el que representaría la prensa, así que los traje hasta aquí. Sugerí que usaran el cuarto de conferencias interior. Planeaba

venir a llevarme sigilosamente a la dama de Essex y, luego, ir a buscarla a usted tal como me había pedido su madre. Como ha salido todo, no tuve que ir muy lejos.

Había dicho «*los* traje».

—¿Quién se encuentra con mi madre? ¿Y qué tiene que ver la prensa en el asunto?

—Parece que su madre ha quedado, de una forma más bien dramática, libre de toda sospecha de traición. Incluso quizá sea una especie de heroína.

—¿Qué quiere decir con eso de libre de toda sospecha? —pregunté, y mi corazón se puso a palpitar de manera peculiar.

—Esta noche, mientras intentaba mantenerla alejada de Essex, su madre consiguió escaparse. Cuando finalmente la encontré, se hallaba sumida en profunda conversación con una mujer en el extremo más alejado del lago. Medea me vio y, en vez de tratar de evitarme tal como yo pensé que haría, me presentó a la mujer. Parece que se trata de una científica quebequense que Medea ha estado trabajando en secreto para sacar de Quebec. La científica consiguió escapar trayendo consigo cierta investigación que demuestra una mutación predecible de la hidra. Comprender el proceso es, por lo que se me ha dicho, el primer paso en aprender a prevenirlo. Sin duda alguna, en este momento se lo está explicando a un Essex más bien malhumorado. Su madre, comprensiblemente, está poseída por el deseo de la reivindicación. Me imagino que Essex se encuentra poseído por otro tipo de sensaciones.

Pude imaginarme la escena: Medea radiante, al lado de la desarreglada científica, cansada y magullada debido a su reciente fuga pero contenta de encontrarse a salvo aquí, mi padre…

—¿Qué hay de mi padre? —pregunté, incapaz de figurarme cómo se tomaría esto. ¿Se vería dominado por el júbilo al saber que las acusaciones de traición no eran ciertas, o seguiría preocupado por el termo? El remedio para la sequía sería algo maravilloso, pero, si el termo contenía la memoria del Proyecto MIG, las acusaciones podían llegar a ser verdaderas.

—Está exultante.

—Bien —repuse, aunque no me sentía convencida del todo de que lo fuera.

—Igual que debería sentirse usted, helena Ariadne —dijo Joss, y me pareció percibir un trazo de amargura en su voz—. Su madre

volverá a recuperar su puesto de jefe de Investigación, Essex regresará a casa en desgracia, y usted se ahorrará una pena peor que la muerte.

—Aún cree que es culpable, ¿verdad? —inquirí.

No había mirado el termo desde que lo recogiera. En ese momento lo apoyó con cuidado sobre un escritorio, como si ese movimiento requiriera un cuidado y una concentración tan intensos que ni siquiera podía mirarme.

—Ésa no es la cuestión —contestó, con voz tan cuidada y concentrada como sus movimientos—. La pregunta es: ¿Usted qué cree?

No le respondí.

Me miró fijamente a los ojos.

—¿Qué hay en el termo, Ariadne? —preguntó.

No había ninguna necesidad de contestarle. Podía volver a colocarme el vestido, dirigirme a la siguiente habitación y pasarle a mi madre el termo, y con ello acabaría todo. Essex y su leal ayuda de cámara regresarían a Yellowknife, mamá continuaría trabajando en la sequía, y todo volvería a estar bien. No había ninguna necesidad de decir nada.

—La copia de seguridad de la memoria del ordenador de mi casa —repuse—. Mi padre creó unos mecanismos de seguridad para los terminales y nuestro ordenador a fin de que las memorias no fueran destruidas durante un raid de luz. Me contó que la copia se parecía a un termo. Yo lo había visto aquí.

—Tal vez despeje la situación de su madre en vez de inculparla.

—Si fuera así, no lo habría ocultado en un cajón —comenté con aspereza—. Mamá podría haberle dado a esa científica la investigación —continué—. Podrían haberlo sacado a la luz para conseguir que Essex se largara y que Medea recuperara su puesto mientras proseguía realizando tareas de espía.

—Eso también se me ha ocurrido a mí —admitió Joss con voz suave, y supe que él no estaba convencido más que yo de esa historia de la fuga de Quebec.

Se escuchó un ruido desde la otra habitación, el abrir y cerrarse de una puerta.

—Ahora mismo, el problema es sacarla a usted a salvo de aquí. Essex es bastante bueno para dar explicaciones, pero el que la encuentren a usted aquí, llevando su bata y sin nada más, me temo

que lo pondrá en un problema. Lo mejor es que se vuelva a poner su vestido, tal como está, y que nos marchemos sigilosamente.

—Quiero ver lo que hay en la memoria —dije.

—La llevaré hasta el final del corredor y, luego, daré la vuelta y realizaré una gran entrada.

—Quiero ver lo que hay en la memoria —repetí, aunque sabía que él me había oído a la perfección la primera vez—. Dese la vuelta —le pedí, y me quité la bata.

Me puse de nuevo el vestido ahora arrugado, deseando que fuera de chalí y que tuviera lunares, y lo alisé todo lo que pude, tratando de pensar cómo podía convencer a Joss para que me dejara ver lo que contenían los chips antes de que me llevara a presencia de Medea.

—¿Sabe?, ese vestido no mejora mucho las cosas —comentó cuando volví a estar decente, con su cara mostrando de nuevo esa expresión de póquer, y antes de que pudiera abrir la boca para protestar añadió—: Bajaremos a los baños. Es el único lugar en el que tengo la certeza de que no nos observarán. —Cogió el termo y me lo pasó.

Luego abrió el último cajón del armario y extrajo dos toallas. Me arrojó una y dijo—: Envuélvase en ella. Si alguien nos ve, diremos que vamos a tomar un baño de medianoche. Y eso es lo que haremos. Intente parecer un poco alegre. —Se adelantó para situar los rizos de mi cabello de modo que no se viera el parche de sobriedad—. Y quítese ese *vestido*. Cúbrase con una toalla o algo parecido. Una toalla no podrá empeorar las cosas. Gran Hera, Ari, ¿es que no sabe lo que puede hacer ese vestido?

—Lo empezaba a descubrir —repuse con humildad—. Quise comprarme un vestido que hiciera que Essex se fijara en mí.

—Bueno, pero, ¿tuvo que encontrar uno que hiciera que él la trajera hasta aquí para seducirla? —Se volvió de nuevo y alargó el brazo para coger un albornoz del armario—. En realidad no es tan devastador de cerca, lo cual supongo que es lo que me permitió llegar a tiempo para salvarla de Essex. Sin embargo, de cerca surgen otros problemas.

Saqué una túnica de baño de mi madre del mismo cajón donde estaba el termo y me la pasé por la cabeza. Era un poco corta y escasa, pero no traslucía nada.

—Ya puede volverse —indiqué, dándole una palmada en el

hombro—. ¿Qué otros problemas?

—Vamos —anunció bruscamente, y cogió el termo—. Y no me sonría. Ahora mismo no disponemos de tiempo para ninguna tontería amorosa o…

Me quedé quieta.

—¿O qué? —pregunté.

—O lo tendré difícil para mantener mis manos lejos de usted —repuso con tensión—. Como usted bien sabe.

Me pasó el termo y salió sigilosamente por la puerta. Aguardé un momento interminable hasta que escuché su ligero golpe, y abrí la puerta. Me cogió de la mano y bajamos a toda velocidad por el corredor momentáneamente vacío.

—Yo no quiero que mantenga sus manos lejos de mí —comenté con suavidad, con el termo cubierto por la toalla bajo el brazo.

No mostró ninguna señal de que me hubiera oído, y yo le seguí a paso ligero, con un estado de ánimo totalmente inapropiado para la ocasión, la cual, después de todo, era bastante peligrosa.

En mitad de la escalera que conducía a los baños, oímos que subía gente.

—Espero que no se trate de más periodistas —comentó Joss. Sonaba como si fueran un par de amantes que regresaban de la Fiesta, pero Joss me empujó a un rincón bañado por las sombras y me inmovilizó allí hasta que pasaron. —Voy a besarla para que parezca algo real —me explicó cuando la pareja pasó cogida del brazo.

—¿S í?

Me besó por dos veces, aunque en la segunda ocasión habría jurado que no había nadie en el corredor.

—Creo que ya se han marchado —comenté al final—. Será mejor que prosigamos.

—Espere —dijo—. He de revelarle algo. Antes de que veamos lo que contiene el termo. Antes de que demuestre la inocencia o la culpabilidad de su madre. Debí hacerlo antes. Gran Hora, debí contárselo en aquel refugio durante el raid de luz. Por entonces ya sabía que podía confiar en usted, aunque usted no confiara en mí. —Aspiró una gran bocanada de aire—. No soy el ayuda de cámara de Essex. Trabajo para Scotland Yard.

Era lo único que había supuesto desde mi regreso que no había resultado una sorpresa dolorosa.

—Lo sé —afirmé.

—Buena chica —comentó, y me besó fugazmente—. Quédese aquí un momento —pidió, bajando el resto del tramo de escalones —. Todo despejado —llamó, y yo le seguí escaleras abajo y hacia los baños, a una velocidad poco adecuada para alguien que se escabullía para darse un baño nocturno.

Di una vuelta precavida alrededor del Estanque de la Gloria del Alba mientras Joss se acercaba de nuevo a las duchas. Terminó abriéndolas todas a máxima potencia, igual que la primera vez que me trajo allí para hablar.

—Métase en el estanque —dijo—. Yo podré meterme con usted si alguien logra atravesar las precauciones que estoy activando en Min.

Así lo hice. La Gloria del Alba estaba más baja de lo que yo recordaba. El nivel del agua sólo llegaba hasta el tercer escalón. Me senté en el cuarto y esperé.

Joss pasó un tiempo considerable haciendo cosas con Min de las que no estuve segura, ya que únicamente la tenía en modo visual; luego, desapareció en las duchas. Cuando regresó, se había enfundado un bañador y llevaba una botella con dos copas.

—He traído esto para que parezca más convincente. Tome, póngalas en el borde.

Acepté la botella y las copas y las apoyé con suavidad sobre el tercer escalón, justo sobre el nivel del agua. Era gracioso. El agua ahora parecía un poco más alta. También habría jurado que era de un azul más vivido que éste. Deslicé la mano por ella pero no supe distinguir si parecía más fría.

—Tendré que modificar estas conexiones para que encajen en la entrada del termo —comentó.

—¿Cómo sabremos si viene alguien? —pregunté, mirando con nerviosismo hacia la puerta.

—He colocado algunas trampas en la zona de estacionamiento y en las escaleras. Recibiremos una advertencia considerable. Mientras conecto la memoria de seguridad, entre en acceso y llame algo inofensivo, de modo que pueda empezar a probar la conexión tan pronto como acabe. Avíseme cuando pierda la imagen.

Me identifiqué a Min, esperé que lo confirmara y, luego, pedí que me pasara mi correo. Tenía listadas dos cartas de Chilkie. Había escrito con presteza. Llamé a la carta que había recibido hoy.

Era poco más larga que una pantalla y, sin lugar a dudas, desesperada.

«Oh, Ariadne, toda la situación es horrible. Las tuberías de la señora Ponsonby estallaron ayer.» ¿Estallaron? Oh, no. Se suponía que las hidras frenarían el agua, no que destrozarían las cañerías.

«Las gemelas se quemaron, aunque nada serio, y Verity Ann y Beejum resultaron ilesos. La señora Ponsonby nos envía al resto de nosotros a… //» El emplazamiento había sido cuidadosamente tachado por la Censura. Me pregunté si Chilkie había conseguido ponerse en contacto con su amigo Skids antes de marcharse. Esperaba que los niños se encontraran bien. «¿Recuerdas todos esos ruidos que producían las cañerías? Se pararon de pronto, se pararon por completo —ni un solo borboteo o siseo— durante unos sesenta segundos antes de la explosión; luego, ¡BAM!»

Me quedé mirando a una pantalla en blanco.

—Se ha apagado —anuncié con rapidez. Joss hurgó durante casi un minuto en la parte de abajo del terminal y la carta volvió a aparecer—. Ya la tengo de nuevo.

—Bien —dijo, saliendo de debajo y acercándose a mí—. ¿Preparada? —preguntó.

—Sí —repuse, y de repente sentí un miedo absoluto ante lo que iba a ver.

—De acuerdo —comentó él; me apretó la mano y tecleó una orden. Durante los primeros minutos lo que apareció no tuvo ningún sentido. Era lo que yo había esperado. Quiero decir que no esperaba que aparecieran las palabras: «Plan de Traición» parpadeando en la pantalla, e imaginé que harían falta unos minutos para descubrir lo que pasaba. Pensé que aparecerían unos números, unos gráficos y fórmulas y el tiempo y la dificultad que nos llevaría descifrarlo todo.

No había esperado tonterías inocuas.

Bueno, no se trataba tampoco de tonterías; de hecho, eran los números, los gráficos y las fórmulas que yo pensé que habría y, pasado un rato, empezaron a adquirir un cierto sentido. Lo que ocurría era que no tenían nada que ver con los bíos. No sabía con certeza a qué se referían.

Había varios gráficos con forma de árbol invertido y con tantas raíces que sólo podían ser de las hidras; y puntos aislados de color azul, y una zona coloreada de rojo en el interior de las raíces que

podían ser los puntos en que las hidras se unían con la reserva de agua, aunque nada llevaba alguna etiqueta, y a mí me dieron la impresión de que se hallaban demasiado cerca de la superficie. También podía ser algo absolutamente distinto. Fuera lo que fuese, no era la investigación sobre los bíos MIG.

Joss pasó varios gráficos. Los puntos azules crecieron, pero el rojo no se alteró. Volvió a pasar unos cuantos más hasta que apareció una vista aérea de Denver Springs realizada con infrarrojos.

—He visto antes eso —dijo—. Es un mapa de las zonas de sequía.

—Los dos nos quedamos en silencio—. Los otros gráficos deben ser puntos que determinan dónde se origina el problema en el nivel freático. Parece —añadió— como si tu madre dijera la verdad, que no estaba trabajando en el MIG cuando se produjo el primer raid de luz.

Aquí era donde se suponía que yo debía experimentar alivio, un cierto aflojamiento del nudo que tenía en el estómago desde el momento en que papá me había pedido que robara el termo. Se suponía que éste era el momento en que debía indicarle a Joss: «Le dije que había una explicación lógica. Sabía que mi madre no era una traidora». Sin embargo, no sentí ningún cambio y no dije nada.

Joss observaba la pantalla.

—Comentó que se hallaba trabajando en la sequía. Supongo que hubiera debido creerla.

—Entonces, ¿por qué escondió el termo? —pregunté. Joss se volvió y me observó.

—Quizá lo dejó en el cajón y se olvidó de él.

—No tenía la costumbre de guardar copias de seguridad de ordenador junto con sus joyas. Y era importante que lo recordara, ya que la podría haber sacado de la cárcel.

—Explicó que no podía defenderse por miedo a poner en peligro el plan para sacar a esa científica de Quebec. —Me miró fijamente —.

¿Por qué no está convencida aún de su inocencia? —preguntó con amargura—. Todo el mundo lo está. La Hydra Corp le ha dado la bienvenida con los brazos abiertos, y los periodistas apenas pueden esperar para contarle a todo el mundo que mi señor Essex ha sido llamado de regreso a Yellowknife en desgracia.

—¿Qué se sabe de esa científica? ¿Quién es? ¿Procede realmente de Quebec?

Su terminal de muñeca emitió unos pitidos bajos.

—Hay alguien en la zona de estacionamiento —indicó con voz suave, apagando el terminal del ordenador—. Vamos, rápido.

Los dos nos metimos en el agua. Estaba más caliente de lo que recordaba, pero no imposible de aguantar, salvo para mi mano quemada. Joss bajó unos cuantos escalones, se quitó su terminal de muñeca y lo dejó en el borde del estanque. Dejó de pitar.

—Puede que se hayan marchado —comentó—, pero nos quedaremos aquí un rato.

Cogió la botella de champán y se sentó. El agua le llegó hasta la mitad del pecho. Yo traje las copas y me senté también.

Mostraba una expresión desolada. Sabía cómo se sentía. Yo acababa de recibir una prueba incuestionable de que mi madre no era una traidora, y lo único en lo que podía pensar era en el significado de los datos que había en la memoria y dónde podía estar la memoria MIG si no se hallaba en el termo. Me pregunté si Joss pensaba en lo mismo. Él había estado tan convencido como yo de que mi madre era culpable, y ni siquiera sabía nada sobre el termo. Observándole, pensé que todavía seguía convencido; la deserción de esa científica no había modificado para nada su opinión. Sólo que ahora ya no dispondría de ninguna oportunidad para probarlo…, le llamarían de regreso a Yellowknife junto con Essex, y mamá tendría libertad para continuar con lo que estuviera haciendo y yo ya no volvería a verle jamás.

Mis pies tocaron el fondo. Había bajado todos los escalones hasta llegar al fondo del Estanque de la Gloria del Alba, algo que, normalmente, resultaba imposible. El nivel del agua sí que debía estar bajo.

Me volví y traté de sonreírle a Joss.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Descorcho la botella y sirvo unas burbujeantes copas. Brindamos por Essex, o por su madre, lo que prefiera. Incluso podría besarla para darle un poco de veracidad a la situación.

—No. Quiero saber, ¿qué le pasará a Essex? Y a usted.

—Regresaremos a Yellowknife, donde Essex soportará la cólera de su abuelo y yo soportaré la cólera de Scotland Yard. Se realizarán intentos para suavizar una difícil situación entre aliados,

y la guerra continuará como está programada.

El vapor purificado de la Gloria del Alba siempre me había hecho llorar. Me sequé los ojos con una mano húmeda y pregunté:

—¿Cuándo tendrá que marcharse?

—Imagino que eso dependerá de la prensa. Quizá dispongamos de uno o dos días si su madre no los convoca pronto, o tal vez sólo dispongamos para una copa de… —Me cogió la mano y la sostuvo mientras servía champán en la copa; hizo lo mismo con mi otra mano y cogió esa copa—. Brindemos por las cosas que pudieron ser y por aquellas que, afortunadamente, no fueron. —Alzó su copa hasta la mía y luego la bajó—. Ariadne.

—Es el vapor —comenté—. No quiero que te vayas.

Dejó la botella y su copa sobre el borde. Después, me quitó la copa de la mano y la apoyó al lado de la otra.

—Ni yo quiero irme —afirmó, y se inclinó para besarme.

Fue maravilloso. Fue como caer, como volar, como flotar…

Nos encontrábamos en medio de la Gloria del Alba, aunque no tenía ni idea de cómo habíamos llegado hasta allí. Chapoteé hasta el borde, donde se hallaba de pie mi madre.

—Lamento interrumpir tu pequeña fiesta, Ariadne —comentó con frialdad—. Pero te necesito en mi oficina. La prensa se encuentra allí reunida, y quiero que conozcas a una amiga mía. —Me pasó la toalla en la que había estado envuelto el termo.

—¿Una amiga? —pregunté, secándome y sin mirar a Joss.

—Sí, imaginé que el señor Liddell te lo habría explicado, pero entonces no habrías quedado tan expuesta a sus encantos, ¿no es verdad, señor Liddell? Sí, se trata de la científica de la que tanto oíste hablar —indicó, contemplando a Joss—. Mi querida amiga la doctora Clare Blackbum ha escapado de Quebec con lo que demostrará ser la solución a la sequía.

del Christian *Science* Enquirer

Transparencias en la Fiesta

Los ojos del príncipe Essex casi saltaron de sus cuencas en la Fiesta celebrada en el Broadmoor cuando su adorable amor, la *sexy* helena Ariadne, apareció con una túnica griega transparente que apenas cubría algo de su cuerpo. La belleza de la Holly Sugar Mary Tildon, que se hallaba con el príncipe

cuando llegó Ari, se puso tan roja como el hibisco rojo que llevaba en su muumuu y se marchó.

(Holos de la Fiesta, Pantallas 2 a la 13.)

11

—¡AHÍ están!

Los periodistas se arremolinaron ante la puerta del estanque, con los focos de sus holocámaras resplandeciendo mientras Joss salía del agua. Yo chapoteé tras él, furiosa de que una vez más me descubrieran casi sin nada de ropa. Pero los periodistas ni siquiera me miraban a mí.

—Helena Medea, ¿cuánto tiempo hace que conoce a la doctora Blackbum? —le preguntó uno a mi madre.

—¿Mantenía contactos con ella antes de que escapara?

—¿Es ésa la verdadera causa por la que la Commonwealth la recluyera a usted para interrogarla, el que creían que estaba usted asociada a ella? ¿No se dieron cuenta de que usted estaba preparando su fuga? ¿O lo que ellos intentaban era frustrar esa fuga por motivos propios?

—¿Regresó su hija de Victoria para traerle un mensaje de la doctora Blackbum?

Una sonrisa secreta cruzó el rostro de mi madre, pero sólo sacudió la cabeza ante ellos.

—Todo a su debido momento, amigos míos. Vayamos a mi sala de conferencias, ¿quieren? —Cogió a los dos primeros periodistas por los codos y se dirigió hacia la puerta. No tuvo que convencer a los demás para que la siguieran. Se arracimaron tras su estela. Soltó a los dos periodistas para mantener la puerta abierta. Me dijo por encima del hombro—: Te quiero en la conferencia de prensa, Ariadne. Con otra cosa distinta de la que llevas.

Mi madre, me di cuenta entonces, ya se había cambiado de la túnica formal a su túnica de trabajo que se había preparado antes

de la Fiesta.

—Señor Liddell, creo que su jefe, el señor Essex, le está buscando.

—Gracias, helena —repuso éste, sin que su voz ni su cara delataran nada, pese al hecho de que nos estaba tratando como a dos niños descarriados.

—La conferencia de prensa está a punto de comenzar, Ariadne —añadió mi madre.

—En seguida voy, madre —dije, y me agaché para coger una toalla. Un periodista empujó la puerta que mi madre sostenía abierta.

—¿Qué siente usted ante el hecho de que su hija esté involucrada con Miles Essex?

—¿Es cierto que es la última en una larga fila de amores fugaces que el príncipe ha…?

Amenazaban con explotar a través de la puerta como un dique roto.

—Mi hija no tiene… —empezó a decir mi madre; luego se rindió—. Responderé a todas sus preguntas en la conferencia de prensa —concluyó, y cerró la puerta a su espalda.

Terminé de coger la toalla.

—Joss —musité.

Movió la mano levemente, en un gesto que sólo podía indicar silencio, y después, a la fuerza, sacó a un periodista que se había quedado en una de las cabinas de las duchas.

—No querrá llegar tarde a la conferencia de prensa, ¿verdad? —le preguntó con voz comedida, y prácticamente lo arrojó a través del cuarto, haciendo que se le cayera el sombrero de fieltro.

—¿Qué estaban haciendo usted y la helena Ariadne aquí? —gritó el periodista, recogiendo su sombrero del suelo de mármol. Se lo encasquetó en la cabeza, ajustando la credencial en la cinta—. ¿Es cierto que usted las prepara para el príncipe?

Joss lo empujó por la puerta y la cerró.

—Joss —dije—. Tengo que hablar contigo.

—Ahora no —repuso, y empezó a recorrer las cabinas de las duchas, abriéndolas de forma sistemática, recorriendo con la mano las paredes y comprobando los grifos y la ducha. Me di cuenta de que debía de estar buscando espías mecánicos—. Cámbiate de ropa y ve a la conferencia de prensa. Si no estás allí, algún periodista

con iniciativa vendrá a buscarte. Yo me ocuparé de todo aquí.

—No lo entiendes —insistí; luego bajé la voz hasta un murmullo —. No lo entiendes. He de contarte algo importante.

De nuevo hizo ese gesto de silencio con la mano.

—No necesito ningún comentario de amor ahora mismo. Ve a tu conferencia de prensa.

Quise decirle: «Ven», o «Abre esa ducha», o «Métete en el estanque para que podamos hablar», pero no debía hacerlo si ese periodista o, peor aún, mi madre, habían plantado alguna escucha. Así que comenté:

—Ciertamente, no pienso jurarle amor eterno a nadie que haya creído que mi madre era una traidora. Voy a cambiarme de ropa.

Y me marché con gesto airado, con la esperanza de que me siguiera a la oficina de papá en cuanto hubiera guardado a salvo el termo.

No conseguí llegar a la oficina de papá. A mitad de trayecto de la escalera me vi rodeada por un grupo de periodistas que me gritaron una serie de preguntas crudas, apuntándome con tantas holocámaras que no logré verlas todas.

—No pienso responder a ninguna pregunta hasta que haya podido cambiarme de ropa —afirmé, con la esperanza de sonar tan fría como mi madre y Joss, y con un miedo mortal de que pudieran descubrir lo que pensaba sólo con mirarme.

—¿Qué siente por la llegada de la doctora Blackburn, helena? —gritaron dos reporteros casi al unísono, y yo me metí entre ellos para entrar en la oficina de papá.

Me quité la túnica mojada y busqué algo que ponerme. Cogí la túnica de color azul con el cinturón de plata que mi madre había adquirido esta tarde. Gracias al cielo, no requería que llevara nada debajo, ya que nos habíamos olvidado de comprar ropa interior. Me sujeté el pelo mojado con una cinta de color blanco y azul.

No tenía sentido que esperara a Joss. Aquí no podríamos hablar, no con el enjambre de reporteros que había fuera y, probablemente, con la media docena de aparatos de escucha que habría ocultos en la oficina. Y era factible que hasta pegaran las orejas a la puerta, y lo que necesitaba contarle a Joss no debía escucharlo *nadie*. Pero, de alguna forma, tenía que llegar a él, tenía que decirle que Clare Blackburn había estado en Victoria y que había intentado que me fuera con ella. No obstante, lo más

importante era que debía ponerle al tanto de que yo poseía bíos MIG vivos en Victoria, quizá los únicos existentes. Debiste contárselo antes, pensé furiosa.

Me retrasé todo lo que me atreví, escuchando con mi oreja pegada a la puerta, con la necia esperanza de que los periodistas se rindieran y se marcharan. Finalmente, abrí la puerta y dejé que me escoltaran hasta la conferencia de prensa. Me acompañaron hacia el pasillo de la sala de conferencias que había en la parte de atrás de las oficinas de Essex.

Estaba claro que ya no eran las oficinas de Essex. Mi madre se hallaba al mando, dándoles órdenes a dos relaciones públicas de la Hydra Corp para que las holocámaras fueran emplazadas a la distancia adecuada del pequeño podio que había a un lado de la sala. Los muebles de Essex ya habían desaparecido para hacer espacio a la multitud de periodistas y ejecutivos de la Hydra Corp, aunque el mismo Essex aún estaba presente. Se hallaba en un rincón del cuarto, con la espalda recta, los ojos claros y su uniforme azul; sin embargo, le faltaba algo de confianza en sí mismo, y parecía solo sin Joss a su lado.

—La helena Medea quiere que se sitúe usted junto a los otros —me indicó un relaciones públicas. Señaló al grupo de ejecutivos de la Hydra Corp y a mi padre, de pie en un extremo de la sala, cerca del podio. No vi a Clare por ninguna parte. Essex se inclinó para susurrarle algo a mi padre, y la expresión del rostro de papá se convirtió en una de puro odio. Le replicó algo a Essex, y uno de los periodistas se plantó ante él para meterle un micro bajo la nariz, sin duda pidiéndole que lo repitiera. Mi madre se interpuso entre ellos, apartó con firmeza el micro y, al mismo tiempo, me lanzó una mirada de ayuda. Papá aún seguía borracho, y yo me apresuré a ir a hacerme cargo de la situación.

—Papá, apartémonos un poco —le pedí, y sujeté su mano para llevarlo hasta la parte de atrás del grupo de ejecutivos.

—Le dije que ella no era culpable —comentó, soltándose de mí—. Pero no, Su Real y Poderosa Alteza necesitaba disponer de un cabeza de turco. Su voz era demasiado alta, y los periodistas trataban de acercarse a pesar de los ejecutivos de la Hydra Corp que intentaban que se sentaran.

Justo en ese momento mi madre subió al podio, y ese sencillo acto acalló todas las voces.

—Amigos míos —dijo—. Esta noche representa el fin de un tiempo duro para la Hydra Corp.

De momento tenía la atención de todos, incluso la de papá. Al escuchar su voz, papá se volvió y la miró con ojos rojos. De repente, pareció a punto de echarse a llorar.

—Papá, ¿qué ocurre?

—Ha desaparecido —repuso—. Busqué en el dormitorio, y había desaparecido.

Mamá nos lanzó una mirada de advertencia, por lo que no me atreví a comunicarle que yo tenía el termo y, lo que era más importante, que en él no había nada que pudiera inculparla.

—Durante estos últimos meses guardé silencio para proteger el bienestar de una colega cuyos esfuerzos en investigación para beneficio nuestro podrían haber sido descubiertos por los quebequenses. Hasta que ella no abandonó las provincias ocupadas con la ayuda de la resistencia clandestina y consiguió llegar a salvo hasta Denver Springs, yo no podía ni siquiera dejar entrever que sabía más de lo que exponía. Pero la doctora Blackburn se encuentra ahora a salvo, y puede contarse la verdad. —Miró con énfasis a Essex, que permaneció rígido.

—Usted lo supo todo el tiempo —le espetó papá a Essex, pero éste se hallaba demasiado lejos para escucharle.

—Los rumores de la sequía que la Commonwealth nos obligó a negar son ciertos. —Se detuvo para que sus palabras surtieran su efecto sobre Essex y cesara el caos de confirmación por parte de los periodistas, y luego continuó.

Con la mitad de mi concentración en ella, escuché como mi madre explicaba que Clare había tratado de escapar de Quebec desde hacía años, que mamá conocía las investigaciones que llevaba a cabo Clare sobre el comportamiento de la sequía de hidras desde antes de la guerra. Clare había teorizado que las sequías tendrían lugar como resultado de un defecto natural en el ADN de las hidras, y poseía una investigación práctica que respaldaba esa teoría. Por supuesto, la Hydra Corp se había visto separada de esa investigación debido a la guerra, y Medea había iniciado inmediatamente los esfuerzos para sacar a la doctora Blackbum de las provincias ocupadas. Sin embargo, el príncipe había llegado a la Hydra Corp para hacerse cargo de los esfuerzos en investigación de guerra y, cuando eso ocurrió, creyó que había

descubierto traición…, filtraciones de seguridad en las sequías de las hidras, el cierre de otros proyectos de investigación esenciales y lo que podía interpretarse como planes de mi madre para pasarse del lado de los quebequenses. De hecho, se trataba de los planes de fuga que traerían a la doctora Blackburn a los Estados Occidentales, con toda probabilidad malinterpretados de forma deliberada porque la Commonwealth querría que la doctora Blackburn escapara para refugiarse con ellos y no con un aliado.

No pude captar todos los detalles porque mi padre seguía musitando epítetos, afortunadamente en voz tan baja que nadie, salvo los ejecutivos de la Hydra y yo, podían oírlos. No cesé de intentar que se callara. Sin embargo, el mismo periodista que antes había tratado de escuchar lo que le decía a Essex se iba acercando alrededor de los ejecutivos de la Hydra Corp, que contemplaban a mi madre con algo parecido a una adoración hipnotizada.

Yo temía que mi expresión resultara igual de clara para cualquiera que me mirase. Iba a desacreditar a Essex tan exhaustivamente que a los periódicos ni siquiera les iba a quedar un hueso que recoger, tan implacablemente que nadie le creería cuando fuera a advertirle a la Hydra Corp lo que ella se proponía. ¿Cuáles eran sus planes? Toda esa charla acerca de la sequía tenía que ser una tapadera, al igual que lo eran los datos de la memoria. Tenía que serlo, porque Clare no acababa de huir de Quebec. Tres días atrás había estado en Victoria, invitándome a un alegre almuerzo.

Me volví hacia papá para ocultar el rostro.

—Papá, mamá está hablando —le susurré, con la misma voz que él usaba para calmarme de pequeña.

Durante un momento, eso lo silenció.

—Ahora, con la ayuda de la doctora Blackbum, podremos acabar con la sequía y reanudar el trabajo en otros proyectos de vital importancia nacional para la defensa. —Se detuvo con un gesto dramático que debería haberle reportado unos aplausos y señaló la puerta del dormitorio.

Como si ésa fuera la señal, salió Clare; ahora no iba vestida con un traje de lana y una cadena al cuello, sino con unos pantalones color caqui manchados por el viaje y una capa de viaje; llevaba sujeto el cabello en una cola de caballo y se parecía a la polvorienta heroína que acaba de escapar del peligro. A mí no me

impresionó.

Mi madre le dejó el podio a Clare. Estalló una ronda de aplausos, pero me di cuenta de que Essex no participaba de ellos. Papá miraba ahora a Clare, olvidado de momento Essex. De nuevo pareció asustado. Sentí que se me hundía el corazón. Él tampoco creía la historia de mamá.

—Ahora contestaré cualquier pregunta —anunció con tranquilidad Clare a los periodistas.

Media docena de éstos se incorporaron de un salto.

—¿Cómo salió de las provincias ocupadas?

—¿Será capaz de duplicar su investigación aquí, en la Hydra Corp?

—¿También va a trabajar en ese proyecto de defensa que acaba de mencionar la helena Medea?

—¿Cuál es la naturaleza del proyecto de defensa?

Los ojos de Clare se posaron en los del primer periodista.

—Por supuesto, no puedo darle ningún detalle de mi fuga, ya que muchos simpatizantes en las provincias ocupadas siguen expuestos a la vigilancia de la policía secreta de Quebec. Pero sí puedo decirle que llevo viajando y ocultándome más de un mes. —Entonces sus ojos se clavaron en mí, fríos y tranquilos—. Me dirigí a Denver Springs tan pronto como atravesé la frontera.

Otra mentira, y se había vuelto adrede hacia mí mientras la exponía. De pronto comprendí la gran amenaza que yo debía significar para ella. ¿Y si yo les contaba a los periodistas que la había visto en Victoria? ¿Y si, y ese pensamiento me sacudió como una explosión, se lo contaba a mi madre?

Mi madre no sabía que yo había visto a Clare en Victoria. Pensaba que me había escapado antes de que Clare llegara. Mamá podía ocultar sus sentimientos casi tan bien como Joss, pero, incluso así, todo su comportamiento parecía equivocado. Se había mostrado jubilosa, exultante, cuando bajó a buscarme a los baños. Había esperado que sus noticias también me convencieran. Apostaba a que no tenía ni idea de que el nombre de Clare Blackburn significaba algo para mí. Y, ¿cuál era su significado?

¿Que, después de todo, mamá era inocente? ¿Que, de alguna forma, Clare la estaba engañando? Miré a mi alrededor en busca de Joss, lo suficientemente desesperada como para cogerlo y sacarlo de la estancia para hablar, y al infierno lo que pensaran los

periodistas.

Clare seguía hablando, pero su mirada había pasado de mí a papá, y sus ojos eran ahora despectivos. Él apartó la cabeza y se secó una lágrima con el dorso de la mano.

—Ignorantes de sangre azul —dijo papá, con los ojos clavados de nuevo en Essex. Parecía ir montado en una montaña rusa de emociones, y la velocidad era demasiado rápida.

Los periodistas estaban menos quietos que un momento antes. Creo que algunos escucharon a papá, y todos parecieron recordar en el acto a Essex. Apuntaron con sus holocámaras al príncipe, pidiéndole una declaración, mientras Clare, ahora un poco abandonada en el podio, no cesaba de mirarnos a papá y a mí con fríos ojos azules.

—Claro que la Corona se siente encantada de que todo el asunto haya salido finalmente a la luz —repuso Essex.

—Aunque sin su ayuda —gritó papá. Tenía la cara roja, y las venas sobresalían de su frente.

Mi madre me lanzó una mirada de advertencia que yo no necesitaba. Tenía que sacar a papá de ahí, aunque por motivos diferentes a los de mamá. Joss aún no se hallaba presente, y ésta era la ocasión perfecta para abandonar pronto la conferencia de prensa y localizar a Joss. Tenía que contarle lo que sabía acerca de mi madre y de Clare, contarle la verdad acerca de los bíos MIG.

—¡La Corona no reconocería a un espía aunque lo tuviera delante y confesara! —exclamó papá, intentando ponerse de pie.

—Papá, vamos —pedí, tomándole la mano y empujándole hacia las habitaciones exteriores. Estaba demasiado borracho y abatido para saber lo que decía, pero los periódicos vivían de la indiscreción. No se me resistió demasiado, y los ejecutivos de la Hydra Corp se cerraron para cortarles el paso a los periodistas tentados de seguirnos. Justo en el umbral, divisé a Joss de pie con los brazos cruzados sobre el pecho. «Ayúdame», le indiqué silenciosamente.

Dio la impresión de que iba a negarse y, durante un segundo, sentí pánico. Yo podía controlar a papá, pero no sabía qué hacer con las mentiras que había escuchado, y también había que considerar la cuestión de los bíos MIG. Él y el príncipe quizá se marcharan a Yellowknife justo al acabar la conferencia. «¡Por favor!», empecé a pedirle con los labios, pero él ya avanzaba hacia

mí. Cogió el otro brazo de papá y casi lo cargó al cruzar la puerta.

—¡Basura de Scotland Yard! Suélteme —exclamó papá, debatiéndose contra el apretón de Joss; pero ya habíamos salido al pasillo.

Corrí y coloqué mi palma en la puerta de las oficinas de papá.

—Puedo entrar andando en mi propio despacho —gritó papá, y clavó un codo en el costado de Joss que le hizo doblarse durante un instante—. No necesito ninguna ayuda de un espía.

Sorprendentemente, entró en la oficina y se sentó en su sillón. Cerré la puerta y, luego, corrí al cuarto de baño en busca de un emplasto sedante mientras Joss le pedía a Min que vigilara la puerta.

Lo único que pude encontrar fue un dormitador, que no era muy fuerte.

—Haz que salga de aquí —dijo papá—. Es un espía de la Commonwealth. —Sin embargo, no intentó ponerse de pie. No creo que pudiera hacerlo.

—Esto te hará sentir mejor —le expliqué, y le pegué el dormitador detrás del emplasto de sobriedad que tenía en la parte de atrás del cuello.

Al instante, papá cerró los ojos. Si el medicamento había surtido efecto tan pronto, ya debía hallarse a punto de caer.

—¿Qué hiciste con el termo? —le pregunté a Joss.

—¿Lo tienes tú? —inquirió papá, asombrosamente despierto—. Dámelo. He de tenerlo para… —Se derrumbó contra el respaldo del sillón.

—¿Para qué? —quise saber.

Joss se llevó un dedo a los labios y me indicó que le ayudara.

Entre los dos llevamos a papá detrás de la pantalla, a su cama. Joss sacó un emplasto del bolsillo y le quitó el plástico que lo cubría. Extrajo los otros dos emplastos del cuello de papá y los reemplazó con el otro.

—Es tanazina — explicó—. Mucho más fuerte que lo que le habías dado. Dormirá hasta mañana. —Me cogió de la mano y me condujo delante de la pantalla, hasta el oscuro terminal—. Min, ¿existe algún espía mecánico en este cuarto?

—Sólo los que pidieron el heleno Dares y la helena Ariadne —repuso Min—. ¿Los cancelo?

Bueno, era una suerte que él estuviera de mi lado, ya que no se

suponía que Min tuviera que contarle eso, y ni siquiera se había resistido.

—No. Déjalos. Por las dudas. —Me miró, sosteniendo aún mi mano—. No creo que vaya a ninguna parte. ¿Alguna grabadora?

—No —aseveró Min—. Nada salvo su exploración completa.

—Desactívala ahora —pidió Joss—, y proporcióname una cobertura de ruido blanco. No quiero que nada de lo que hablemos salga de esta habitación. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor —repuso Min, dejando la pantalla en blanco para cubrirla al instante con una serie de arcos iris.

—Tiré la memoria —comentó Joss— y me cercioré de que el incinerador estuviera funcionando. Lo que había en ella está ahora disponible para Min, pero sólo en tu cuenta. Puedes llamarlo pidiendo tu correo. He transmitido una copia de la memoria a Yellowknife y he hecho que los chicos de códigos se pusieran a trabajar en ella.

—¿Y el termo?

—Lo he escondido. Antes de marcharme lo guardaré de nuevo en el cajón del que lo sacaste.

—Se hallaba en una bolsa de papel —le expliqué—. Creo que aún sigue en el cajón. ¿Cómo vas a dejar atrás a todos esos periodistas?

—Pediré permiso para sacar algunas cosas mías que están en el dormitorio. Ahora escucha. Sólo dispongo de un par de minutos. El ala de gaviota de Essex ya está esperando en la entrada. He de partir con él hacia Yellowknife. —Me apretaba tanto la mano que me hacía daño—. Maldito sea este papel de su ayuda de cámara. Se suponía que me iba a proporcionar libertad de acción. Volveré tan pronto como pueda. —De repente, pareció darse cuenta de lo que hacía y me soltó la mano. Me la volvió a coger con gentileza y me besó la palma—. Puede que no sea tan malo. Una vez que yo me haya ido, quizá tu madre realice algún movimiento. Mientras crea que la están vigilando, seguirá trabajando en la sequía y nosotros no descubriremos nada. Hemos aprendido esa lección de la forma más dura. Yo había esperado que al encerrarla los quebequenses se verían obligados a actuar. Pero no fue así.

—Sí lo hicieron —corregí—. Clare Blackburn vino a verme a Victoria. Hace tres días.

Por una vez, lo había cogido totalmente por sorpresa.

—¿Qué? —preguntó. Me soltó la mano—. ¿Estás segura? Asentí.

—¿Lo sabe tu madre?

—No lo creo. Pero eso no es todo.

Se sentó en el escritorio de papá.

—¿Qué otros impactos láser me tienes reservados?

—Tengo en mi poder bíos MIG vivos. En Victoria.

—En Victoria —repitió, despacio.

—Sé que debí contártelo antes. Cuando mi madre me envió a Victoria, me enfurecí porque me tratara como a una niña. Yo había estado trabajando en Investigación con los MIG, así que me llevé algunos bíos conmigo. Tuve una especie de idea estúpida de que, si conseguía que crecieran, mi madre me mandaría llamar.

—¿Le hablaste a alguien sobre esos bíos? ¿Le contaste algo a alguien?

—No —repuse—. Los niños de la casa de la señora Ponsonby sabían que estaban allí, pero desconocían qué eran. Yo quería sorprender a mi madre —añadí con amargura.

—¿Le dijiste algo sobre ellos a Clare Bladkbum? ¿Te preguntó ella algo sobre el Proyecto MIG cuando la viste en Victoria?

—No.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Nadie sabía de su existencia salvo yo.

—Entonces, ¿qué hacia ella en Victoria?

—No lo sé. Teníais encarcelada a mi madre. Quizá intentaba averiguar lo que había sucedido. O tal vez pensó que mi madre trataría de enviarle algún mensaje a través de mí.

—O, si tenían alguna duda sobre su lealtad, podrían secuestrarte y obligarla a desertar.

—Gracias —dije en voz baja—, pero no creo que necesitaran forzarla. Clare me pidió que me mudara a vivir con ella, pero no trató de obligarme.

—Existen muchas clases de secuestro —indicó, mirándome fijamente—. El que Clare sepa que tú podrías destrozar su historia te sitúa en un peligro mucho mayor del que pensé. Tal vez lo mejor sea que te vengas conmigo a Yellowknife.

Sacudí la cabeza con pesar. No había nada que deseara más que ir con él a Yellowknife.

—Tenías razón en eso de hacerles creer que tenían el campo

despejado. Y Clare no hará nada. Se inventará alguna historia que explique la razón de que se encontrara conmigo en Victoria, y yo le haré pensar que la creo. Lo importante son los bíos. Tienes que cogerlos.

—Dame la dirección de la señora Ponsonby y dime dónde se encuentran.

—No están en…, es una larga historia. No sé exactamente dónde están. Los tiene Beejum.

—Beejum. Uno de los niños refugiados, ¿correcto? ¿Cuál es su nombre verdadero? >;

—Benjamín Stafford. Las cañerías de la casa de la señora Ponsonby estallaron y ellos tuvieron que mudarse. No sé adónde. El emplazamiento fue censurado en la carta que me envió Chilkie. Chilkie James. Quizá su amigo sepa dónde fueron.

Cogió un trozo de papel del escritorio de papá y apuntó los nombres de Beejum y de Chilkie.

—¿Cómo se llama su amigo?

—Skids —repuse—. Desconozco su auténtico nombre. Es el cartero de la zona de la señora Ponsonby.

Me pasó el papel y el bolígrafo.

—Escríbeme la dirección de la señora Ponsonby y trázame un mapa del vecindario.

Lo hice y se lo devolví a Joss. De nuevo me cogió la mano.

—No quiero dejarte aquí —dijo, y me abrazó.

El terminal de su muñeca sonó con suavidad.

—¿Se trata de un raid de luz? —pregunté.

—Ojalá lo fuera —comentó—. En esta ocasión te llevaría a ese refugio, y esta vez… —Sonó con más insistencia—. Me temo que es Essex. He de marcharme. Regresaré tan pronto como pueda. Maldita guerra.

—Primero has de encontrar los bíos —le recordé.

—Lo haré —afirmó, y me besó—. Luego vendré a buscarte.

Se inclinó para besarme de nuevo. La puerta de la oficina de papá se abrió, y entró mi madre.

del *ChristianScience* Enquirer

Científica cuenta la historia de un rescate arriesgado

«Miré la pantalla del ordenador y memoricé las fórmulas. Luego borré la memoria, me puse el abrigo y salí del laboratorio.» Así comienza la desgarradora historia de la huida y del peligro que corrió la doctora Clare Blackbum cuando intentó sacar su trabajo de investigación fuera de Quebec.

«Había estado esperando el momento adecuado, y éste llegó cuando ya tuve completada la investigación que podría ayudar a Denver Springs», anunció una cansada doctora Blackbum en una conferencia de prensa celebrada hace unos momentos en la Hydra Corp. Obligada a trabajar en investigación de guerra para el gobierno de Quebec, la doctora Blackbum estaba investigando las sequías que han asolado recientemente Denver Springs.

«Quebec no ha sido la causante de las sequías», dijo, «pero las estaban manipulando para sus propios fines. Y ahora yo dispongo de la clave para detenerlas. Era el momento de salir de allí».

Logró escapar ayudada por el Movimiento de Resistencia Quebequense y por la ejecutiva de la Hydra Corp, la helena Medea. «Conocí a la helena Medea en una conferencia científica que se celebró antes de que se iniciara la guerra. Ella ha estado trabajando infatigablemente desde el comienzo de la guerra para sacarme de allí. La Resistencia le envió un mensaje y ella, en el acto, puso en marcha un plan de rescate.»

El plan, cuyos detalles no pueden revelarse porque pondrían en peligro a los miembros de la Resistencia, tenía que llevarse en un secreto absoluto, un secreto que tuvo como resultado que la helena Medea fuera sospechosa de sabotaje y, finalmente, que la encarcelaran.

«No podía defenderme sin poner en peligro a la doctora Blackbum», comentó una aliviada y sonriente helena Medea. «No podía arriesgarme a eso.»

«Le debo mi vida», reconoció una agradecida doctora Blackbum. «Puso en peligro su vida para salvar la mía.»

(Plano de la fuga, Pantalla 2. La respuesta del príncipe Essex a las noticias, Pantalla 4.)

12

SALTÉ como si me hubieran dado con un láser. Mi madre dijo:

—Señor Liddell, cada vez que busco a mi hija le encuentro a usted. —Se volvió hacia mí—. ¿Dónde está tu padre?

—Duerme —repuse.

—Señor Liddell, creo que su jefe le anda buscando. No querrá retrasar su partida a Yellowknife.

—Gracias —comentó Joss con una ligera inclinación formal de cabeza. Mi madre le observaba con ojos centelleantes, como diciéndole que se atreviera a hablarme—. Adiós, helena Medea —dijo, y luego se volvió hacia mí—. Adiós, helena Ariadne.

Incluso me sonrió, una sonrisa inofensiva que yo traté de devolver de la misma forma. Hizo otra inclinación y salió por la puerta.

—Yo no dejaría que nadie más contemplara la expresión de tu rostro —indicó mi madre—. Podrían interpretarla como deslealtad a la Hydra Corp.

Deslealtad. Bueno, tú deberías saberlo, madre. Tú escribiste todo un libro al respecto.

—Lo creas o no, madre, Joss…, el señor Liddell fue muy amable conmigo cuando llegué. Me salvó la vida.

—Oh, no dudo de que fue amable. Sin embargo, perdóname si dudo de los motivos que se ocultaban detrás de sus diversas amabilidades. ¿Sabías que pertenece al Scotland Yard?

Claro, por supuesto que lo sabía. Él me lo dijo. Y papá lo había adivinado, así lo demostró cuando increpó a Joss de distintas formas. No obstante, no me agradaba la idea de que mamá lo supiera. Si no hubiera tenido la sensación de que estaba caminando

en el estrecho borde del cráter de un volcán, habría meditado mucho sobre la clase de madre que le dice a su hija algo así, cuando ella debía de tener una buena idea de lo que yo sentía por él; sin embargo, me encontraba demasiado preocupada por Joss, por papá y por Clare como para hacer algo más que tenerlo en cuenta.

—Con o sin Scotland Yard, ya no debemos preocupamos más por el señor Liddell —continuó mi madre—. Él y el príncipe se encuentran de regreso hacia Yellowknife, y nosotros tenemos trabajo que hacer.

—¿En la sequía? —pregunté—, ¿O en el Proyecto MIG?

—Primero en la sequía, por supuesto —contestó mi madre, y frunció el ceño—. No puedo permitir que añores a un espía de la Commonwealth, Ariadne. Voy a necesitar tu ayuda. Nos hace falta un mapa actualizado de los puntos problemáticos, y eso llevará cierto tiempo. Me temo que, en su celo por mantener alejadas las noticias del público, Miles Essex borró un montón de información útil de Min.

Oh, madre, pero tú tienes un mapa actualizado de la sequía, y yo sé dónde se encuentra. ¿Sabía que faltaba y lo que intentaba era averiguar si yo estaba al tanto de ello? No lo creía. Ella poseía una confianza suprema, que no había decrecido ni un momento desde el instante mismo en que entró en los baños para comunicarme la llegada de Clare. En cualquier caso, el lugar estaba atestado de periodistas…, no creí que fuera a arriesgarse a comprobar si el termo seguía en su lugar mientras ellos pulularan por los alrededores. Por lo tanto, eso significaba que ella aún creía que el termo estaba en su sitio, a salvo e intacto; entonces, ¿por qué no lo sacaba de allí para disponer de inmediato del mapa en vez de hacer que yo perdiera días realizando uno nuevo? Porque no se trata de eso, idiota. Es otra cosa.

—¿Me estás escuchando, Ari? —preguntó mi madre con impaciencia.

Yo me había acercado a la ventana para observar el aparcamiento de la Hydra Corp, que estaba lleno con los estudios portátiles de los medios de comunicación y los focos de las holocámaras. Reflejados contra el resplandeciente plata del aparcamiento, hacían que casi pareciera de día, lo cual convertía la zona en un objetivo para un raid de luz. Sin embargo, hoy no había

tenido lugar ningún raid de luz. Me pregunté por qué no, temerosa de conocer la respuesta. Me di la vuelta.

—Sí —repuse, y me di cuenta de que mi voz delataba mis sentimientos—. Estoy escuchando.

—¿Qué ocurre, Ariadne? —inquirió mi madre, y ahora la impaciencia había desaparecido. Por primera vez desde su regreso pareció ser mi madre.

Tal vez, si contestara: «Vi a la doctora Clare Blackburn hace tres días en Victoria», ella, atontada, tendría que sentarse en el sillón giratorio de papá y diría: «¿Que la viste? ¡Pero eso es imposible! Ella me contó… ¿Estás segura de que era la doctora Blackburn, Ariadne?».

¿Creería en ella incluso entonces? Si le contara que había encontrado el termo, ¿respondería ella: «¡Qué maravilla! Había supuesto que la memoria se perdió en los raids de luz que se abatieron sobre la Hydra Corp. Ahora ya podemos frenar las sequías y dedicarnos al Proyecto MIG»?

Sería muy agradable que ella dijera todas esas cosas, pero yo ya no creía que lo hiciera. Además, no me atrevía a arriesgarme a exponerlo. Le había prometido a Joss que me haría la inocente.

—Algo va mal. ¿Qué es? —prosiguió ella, con impaciencia y algo más en su voz. ¿Quizá miedo?

—Nada —contesté, volviéndome otra vez hacia la ventana para ocultar mi rostro—. Sólo estoy cansada.

—Y no sabes qué pensar del hecho de que la doctora Blackburn se encontrara hace tres días en Victoria en vez de haber escapado directamente de Quebec.

Mi corazón dio realmente un último vuelco. Quedé tan sorprendida, tan aliviada que me volví para contemplarla. Después de todo, sí que había una explicación lógica para todo el asunto, y ella me la iba a proporcionar.

—Tuve miedo de hacer algún comentario al respecto —indiqué con cautela—. Miedo de… estropearlo todo.—Ésa fue una manera muy suave de expresarlo.

Ella sonrió.

—Lo sé, y yo tampoco, por la misma razón, podía decir nada.

Lamento haberte hecho pasar por todo eso, pero sabía que se podía confiar en ti.

Confiar en mí. Le devolví la sonrisa.

—Yo no sabía si tú estabas al corriente de ello.

—Por supuesto que sí. Fui yo quien la mandó allí. Lleva fuera de Quebec casi unas dos semanas, aguardando el momento en que fuera seguro cruzar la frontera. Había… problemas en Victoria. No puedo hablarte de ellos, pero siguen siendo tan graves que tuvimos que inventamos esa historia que escuchaste en la conferencia de prensa para proteger a la gente que la ayudó a pasar la frontera.

—Volvió a sonreírme, y nada había cambiado. Seguía siendo la Medea que jamás perdía la confianza y la que controlaba todo—. Estuvo en peligro permanente todo el tiempo que se ocultó en Victoria.

—Sacudió la cabeza—. Jamás debí pedirle que lo hiciera, pero tenía que saber cómo estabas tú. Tenía que cerciorarme de que te encontrabas a salvo. No había ninguna forma en que ella te pudiera traer consigo, pero, por lo menos, podía contarme cómo estabas… —Se detuvo y sonrió de nuevo—. Llámalo una debilidad de madre.

Una debilidad de madre. Yo lo llamaría otra cosa, madre. La historia era tan transparente como mi vestido blanco. Clare no habría tenido que rescatarme. Yo no me estaba escapando de Quebec. Sólo me hallaba en Victoria porque mi preocupada madre me había mandado allí, y una sola palabra de ella, aunque fuera desde la cárcel, me habría hecho regresar a casa.

Y si Clare se encontraba en un peligro tan serio, habría sido más que estúpido visitarme, ya que mi conexión con ella me podría haber costado la vida. Me habría hallado mucho más a salvo sin aquel almuerzo en el Hotel Emperatriz.

Lo peor de todo, sin embargo, eran las circunstancias, circunstancias que mi madre desconocía, a pesar de saber lo de la visita. Clare no se había encontrado conmigo en una calle oscura llevando sus pantalones de refugiada y su cola de caballo. Había entrado en el Hotel Emperatriz con un traje de lana y sus joyas, y no existía forma alguna de que incluso mi madre considerara eso como un disfraz, aunque, sin lugar a dudas, cuando Clare se lo explicara con más detalle, me contaría una versión alterada. ¿O ni siquiera se molestaría? Pensaba que yo era tan estúpida, tan confiada, que creería cualquier cosa que ella dijera. Hasta me sorprendía que se hubiera tomado la molestia de perder su tiempo explicándome la presencia de Clare en Victoria.

—Entonces, me alegro de no haberles comentado nada a los

reporteros —dije, con la esperanza de que eso la pusiera un poco nerviosa.

—O a Joss Liddell —añadió, ya sin sonreír.

Así que era ésa la razón por la que se había molestado en hablar.

—No se lo conté a nadie —afirmé con energía—. Ni siquiera a papá. —Ahogué un bostezo—. Estoy tan agotada. Desde que salí de Victoria apenas he podido disfrutar de una buena noche de sueño.

—La miré, con una expresión de estúpida y confiada sinceridad —.

¿Sabes lo que pensé cuando Clare vino a verme? Pensé que os había ocurrido algo a ti y a papá. Creí que estaba meditando en una forma suave de anunciármelo, y eso fue lo que me hizo regresar a casa de inmediato. El viaje fue interminable y, entonces, llegué a casa y vi que papá estaba hecho una piltrafa, y me preocupé tanto por ti que creo que sólo he dormido unas pocas horas de un tirón.

Me miró fijamente, como si creyera que había sido Joss Liddell quien me había mantenido despierta y no ella. Luego, sonrió otra vez y dijo:

—Ve a dormir. Tu aspecto es horrible; además, el mapa de la sequía puede esperar. No serás de ninguna utilidad si te quedas muerta de pie. En cualquier caso, la doctora Blackbum no se podrá deshacer de esos periodistas en horas. Empezaremos mañana a primera hora.

—Creo que tienes razón —acepté, intentando aparentar como que pensaba dirigirme a la cama en vez de salir corriendo a una terminal de Min—. No querría cometer ningún error estúpido. Voy a dormir con Gaea.

—No hace falta. Pediré una cama y te podrás quedar aquí. Yo dormiré en mi habitación.

Esa idea no me gustaba nada…, no podría utilizar a Min con papá en la oficina, ni aunque estuviera bajo un sedante. Debía ir a algún lugar más seguro.

—Perfecto —afirmé, recogiendo un cepillo de dientes, unas mudas y un camisón, como si todo estuviera arreglado—, Gaea me preguntó en la Fiesta si quería mudarme con ella. Le dije que sí.

¿Cuánto nos llevará parar las sequías?

—Una semana, si tenemos suerte; un mes, si no. La interferencia

de Miles Essex ha hecho que se nos fuera todo casi de las manos.

Incluso podría llevarnos varios meses.

—Si durará tanto, ¿no deberíamos trabajar también en el Proyecto MIG?

—Suenas igual que Miles Essex, Ariadne —comentó mi madre, sin ningún deje de diversión en su voz—. No pienso dividir en dos a mi equipo de Investigación. De esa forma no llegaremos a ninguna parte. Tan pronto como hayamos solventado el problema de la sequía, comenzaremos a trabajar en el Proyecto MIG.

¿Lo harás?, pensé. ¿O surgirá otro raid de luz, otro accidente que retrase las cosas hasta que el Proyecto MIG quede paralizado indefinidamente?

—¿Empezarás a trabajar de nuevo en el Proyecto MIG? —preguntó papá. Estaba apoyado contra la pantalla que tenía al lado de la cama. Daba la impresión de que la pantalla podía caerse en cualquier momento, seguida por él. En su mano libre sostenía el emplasto de tanazina—. ¿O te vas a marchar por mucho tiempo, Medea? No puedes engañarme. Clare vino a buscarte, ¿verdad? ¿Para llevarte de regreso? Y tú te marcharás con ella.

—Papá —dije, y me dirigí hacia él—, se supone que tienes que estar acostado. Le cogí del brazo. De un manotazo hizo volar por los aires el puñado de cosas que yo había cogido.

—Ya basta —exclamó mi madre. Le aferró el brazo—. Estás borracho.

Volví a cogerle el otro brazo.

—Ari, prométeme que no dejarás que se la lleven. Prométemelo.

—Te lo prometo, papá. —Y retiré el emplasto de sus flojos dedos, preguntándome cuándo se lo había quitado.

Si el emplasto era tan fuerte como había indicado Joss, debió de habérselo quitado tan pronto como Joss se lo colocó. Lo cual significaba que había escuchado —¿cuánto?— nuestra conversación.

Entre las dos lo depositamos de nuevo en la cama, y yo le volví a fijar el emplasto en el lado del cuello. Lo mantuve allí, apretado contra su piel.

—Después de todo, creo que lo mejor será que me quede con papá. Pediré otra cama. —Alcé los ojos y la miré con lo que esperaba fuera una gran muestra de honestidad—. Ha pasado por mucho últimamente. Estaba muy preocupado por ti, tanto que ya

no puede pensar con claridad. Creyó que Essex me había enviado a buscar para que testificara contra ti. Y no deja de hablar sobre gente extraña que intenta alejarte de él. Creo que piensa que Essex puede encerrarte otra vez. —Papá se dejó caer contra mí—. ¿Papá? —pregunté.

Respiraba pesadamente, con los ojos medio abiertos.

—Te amo —dijo con un esfuerzo. Miraba a mi madre—. Haría cualquier cosa para impedir que te lleven lejos.

—Sé que lo harías—comenté—. Túmbate.

Obediente, se reclinó y volvió a girar la cabeza para mirar a mi madre.

—Cualquier cosa —repitió, casi sobre la almohada, y se puso a roncar.

—¿Por qué no hago que me envíen una cama? —pregunté—. De esa forma, podría quedarme aquí hasta asegurarme de que está dormido.

—No —repuso ella—. No me ha gustado cómo te pegó. Creo que es una buena idea que te quedes con Gaea.

No había nada que pudiera decir al respecto y, en cualquier caso, papá estaba definitivamente dormido. No creía que fuera capaz de fingir esa respiración profunda ni esos ronquidos. Recogí mis cosas desparramadas por el suelo y me dirigí a la puerta.

—Te veré por la mañana —anuncié—. Creo que a todos nos vendrá bien una buena noche de sueño.

—Sí —dijo mamá, y cerró la puerta tras de mí.

Una buena noche de sueño. Eso habría sido agradable. No le había mentido a mamá cuando le dije que me encontraba extenuada. Sin embargo, el sueño era un lujo que no podía permitirme, no ahora que Joss se había ido y Clare estaba aquí, no con un mapa de la sequía que mamá pensaba que se hallaba a salvo en el termo en su habitación y que fingía que no existía, no con papá sabiendo lo que Joss y yo habíamos hablado en su oficina. Tenía que ir rápido a un terminal para volver a observar el mapa de la sequía.

No había ningún periodista en el corredor…, los pocos que no se encontraban con Clare, escuchando la «excitante fuga», probablemente se hallarían de camino hacia Yellowknife acompañando al grupo real. Me encaminé hacia los baños. Podría usar el terminal que había allí. Joss había comentado que era el

terminal más seguro de la Hydra Corp. A menos que hubiera algunos amantes en el Estanque de la Gloria del Alba. Sería una pena, pensé. Tendrán que encontrar otro lugar. Yo necesito averiguar lo que está sucediendo.

Pero no había nadie en los baños. El agua del Estanque parecía incluso más baja que hacía unas horas, y era de un azul más intenso. Parecía demasiado caliente para nadar en su interior.

Cogí una fregona, la encajé con firmeza en el cubo y la pegué a la puerta, de modo que no se repitiera la entrada de mamá cuando me descubrió con Joss. Abrí las duchas al máximo. Activé los intuitivos de Min y le indiqué que estableciera un seguimiento de la puerta y del corredor de fuera para advertirme en caso de que se acercara alguien; a continuación activé todos los códigos de intimidad que se me ocurrieron.

Luego comprobé el seguimiento sobre papá. Aún dormía profundamente y roncaba con suavidad, según el mensaje, que indicaba:

«Sonidos respiratorios pausados y regulares».

—Quiero una repetición de los últimos quince minutos —pedí.

No había nada, ni siquiera un farfulleo en sueños. Gracias al cielo. A pesar de los desvaríos de papá, mamá todavía no sospechaba nada. Y papá se hallaba durmiendo a salvo.

Titubeé, contemplando a Min, meditando en el siguiente paso.

—¿Dónde se encuentra Clare Blackburn? —pregunté.

No estaba segura de que Min supiera quién era, pero respondió de inmediato.

—En el dormitorio de Miles Essex.

—¿Sola?

—No. La acompañan la helena Medea y cuatro periodistas.

Mamá había tenido razón al afirmar que Clare se vería atrapada por los periodistas, y mi madre, en apariencia, se sentía lo suficientemente confiada como para dejarse atrapar, ella también. Joss y Essex se habían ido, papá dormía pesadamente, y mi madre no se hallaba preocupada por mi paradero. Le pedí a Min que me avisara si Clare abandonaba el dormitorio y llamé a mi correo.

Escuché un ligero retumbar a mi espalda y, poniéndome de pie de un salto, corrí hacia la puerta, pero mi barricada seguía igual que la dejé.

—Min —inquirí—, ¿viene alguien?

—No —repuso—. No capto a nadie en las inmediaciones.

—Entonces, ¿qué produjo ese ruido?

No preguntó qué ruido. Con sus intuitivos activados, imaginaba a qué sonido me refería; sin embargo, quizá le llevara unos minutos localizar la fuente de su origen. Aguardé al lado de la puerta, preparada para mantenerla cerrada a la fuerza si llegaba a darse el caso. De nuevo escuché el retumbar, y en esta ocasión vi dónde se originaba.

El Estanque de la Gloria del Alba emitió un rugido, y sus aguas se abrieron como hendidas por la estela de un bote que las surcara. Cuando el fenómeno se detuvo, el nivel del agua pareció incluso más bajo. Regresé al terminal de Min, manteniéndome lo más lejos posible del borde del estanque.

—No te preocupes —dije—. Se trata de una indigestión de la Gloria del Alba.

Mi correo surgió en la pantalla y, durante un minuto, me quedé mirando fijamente la última carta de Chilkie, preguntándome si había entendido mal las palabras de Joss. Entonces le pedí a Min que mostrara todas las cartas, y aparecieron los gráficos que habían estado en la memoria del termo.

Fui pasando pantallas, tal como hiciera Joss, hasta llegar al mapa de Denver Springs aumentado por infrarrojos. Era un mapa de las zonas de sequía. ¿Qué otra cosa podía ser? Le pedí a Min que retrocediera despacio por los gráficos hasta dar con el intrigante primero, el de los esquemas como de árboles invertidos de la hidra que tenía los puntos azules en las raíces. Ésos debían ser los lugares en los que habían comenzado las sequías. ¿Qué representaba el rojo?

—Min —pedí—, sobreimpresiona el mapa de la sequía en este gráfico.

La mayoría de los puntos azules coincidían, el marrón del mapa convirtió el azul en el color amoratado de las magulladuras. El rojo no coincidió.

—Min, ¿dónde se encuentra ese punto rojo?

—En la Hydra Corp —anunció sucintamente.

—No hemos tenido ningún problema con el suministro de agua de la Hydra Corp, ¿verdad, Min? —pregunté, pensando en las exuberantes plantas verdes que rodeaban todo el edificio.

A mi espalda, el Estanque de la Gloria del Alba retumbó. El

agua fluyó hacia los bordes y, luego, retomó al centro.

—La Hydra Corp no ha experimentado ninguna sequía.

Me volví e inspeccioné el estanque. De momento permanecía en silencio, con su resplandeciente tonalidad azul casi cubierta por el vapor.

Uno podía resecar manantiales con la hidra. Lo único que había que hacer era reforzar las paredes celulares de la hidra. La Hydra Corp lo hacía constantemente, para bloquear las fuentes de agua contaminadas. Yo lo había hecho en Victoria para paralizar las cañerías de la señora Ponsonby. Se podía crear una sequía plantando unas pocas de esas hidras y dejando que se extendieran. Incluso se podían emplear mutaciones que crecieran a ritmos diferentes, de modo que pareciera que la sequía se extendía de forma natural, y podías señalizarlas de azul en gráficos secretos para mantener un seguimiento de tu sabotaje. Y si Investigación descubría una forma de frenarlas, podías plantar hidras más reforzadas en otros puntos, imposibilitando que Investigación llegara a pararlas. Pero, ¿qué representaba el punto rojo?

Me arrodillé al lado del estanque y, con cautela, introduje un dedo en el agua. Lo saqué de inmediato. El agua se hallaba casi a la temperatura de ebullición.

—Min —dije, sin darme la vuelta—, regresa a esa última carta de Chilkie. —La Gloria del Alba emitió un eructo burbujeante y se detuvo—. Léeme la parte que habla de las cañerías.

—«Las cañerías de la señora Ponsonby estallaron ayer» —leyó Min—. «Las gemelas se quemaron, nada serio…»

—Ve al párrafo anterior.

Me incliné más sobre el estanque, intentando calcular cuánto había descendido el nivel del agua.

—«Las cañerías han empeorado tanto que apenas sale agua, y la noche anterior se escucharon esos ruidos raros.» —Se detuvo—.

«Están esos borboteos y siseos.»

Me puse de pie.

—Ponte en contacto con Gaea —le indiqué a Min—. No, espera.

¿Puedes hacer sonar las sirenas de un raid de luz, Min? ¡No! ¡No lo hagas! —le grité antes de que tuviera la oportunidad de hacer algo. Las sirenas de los raids de luz lanzarían a la gente en busca de refugio, haciendo que bajaran a los niveles más bajos, incluso a los baños, justo el lugar donde no deberían estar. Min seguía

mostrando los gráficos sobreimpuestos, donde el punto rojo brillaba como si fuera una advertencia—. Min, hemos de sacar a todo el mundo fuera de aquí. Rápido. Creo que se va a producir una explosión. Tienes que hacer algo deprisa.

Gracias a Hera que Min aún tenía los intuitivos activados. Ni siquiera se detuvo para retirar los gráficos de la pantalla.

—Evacúen —anunció, en una voz tremendamente alta que brotó por todas partes al mismo tiempo. Fue seguida por dos explosiones de sonido que penetraron en los tímpanos y que nadie confundiría con una sirena de raid de luz; luego añadió—: Virus experimental fuera de control. Evacúen. —Eso era lo que conseguiría que todo el mundo saliera de la Hydra Corp a gran velocidad—. Helena Ariadne —me habló con su voz normal—. Hay…

—No te detengas —grité—. ¡Repítelo!

Me lancé hacia la puerta, aparté a un lado el cubo y la fregona y la abrí.

—Tu padre dijo que te encontraría aquí —anunció Clare. Miré por encima de su hombro a los enrojecidos y desesperados ojos de papá.

—¡Evacúen! —gritó Min—. ¡Evacúen!

—También me ha dicho que tienes algunos de los bíos MIG. Me gustaría que me contaras dónde se encuentran. Ahora mismo. Antes de que tu virus experimental llegue aquí.

del Western *States Tattler*

Se ha desvelado el secreto

Una Inteligente científica ha escapado de Quebec para unirse a los científicos de la Hydra Corp en su lucha contra las sequías. En su notable huida, Clare Blackbum, una especialista en bíos, se oscureció la piel con ceniza y se disfrazó de leñador. En paradero ignorado para sus jefes quebequenses, «vigiló» sólo cargas de madera con rumbo noroeste, cumpliendo su turno como localizadora de satelbats únicamente en aquellas caravanas que iban en su dirección.

(Técnicas de lijado de troncos, Pantalla 8.)

13

PAPÁ cerró la puerta y se apoyó contra ella.

—Se supone que estabas durmiendo —comenté estúpidamente.

Muy agitado, sacudió la cabeza.

—No puedo. No lo haré. No hasta que Medea se encuentre a salvo.

—¿Dónde están los bíos MIG? —preguntó Clare.

Y Min no paraba de gritar:

—¡Evacúen! ¡Evacúen! Virus experimental fuera de control. ¡Evacúen!

—Los bíos MIG —repitió Clare.

—No sé de qué me habla —grité por encima del estrépito. Miré desesperada hacia la puerta. Papá me bloqueaba el camino—. Papá, hemos de salir de aquí. El estanque…

—Díselo —me cortó. Resultaba difícil pensar con todo el ruido que producía Min.

Clare, en apariencia confiada de que papá no me dejaría salir, se acercó al terminal.

—Cállate —ordenó, pero, como Min no estaba sintonizada a su voz, prosiguió con el alboroto. Clare empezó a darle a unos interruptores en el panel de control y, finalmente, encontró el que cortaba la energía de los amplificadores. Clare se quedó observando las sobreimpresiones de la pantalla. Luego, con mucha calma, giró en redondo—. Sabes mucho más de lo que esperaba —comentó, mirando significativamente la pantalla—. Quizá dé igual. Tampoco deberías de tener ninguna dificultad en comprender lo importante que es para nosotros poseer tus bíos MIG.

—¿Tampoco? Eso significa… No sé de lo que está hablando.

Pero sí lo sabía. Ahora sabía lo que significaba la marca roja, era un incubador de bíos MIG. Disponían de las condiciones perfectas para el crecimiento en las profundidades del Estanque de la Gloria del Alba, así como las cañerías de agua caliente de la señora Ponsonby habían sido excelentes para ellos. Mamá había estado desarrollando bíos MIG en el Estanque desde que me enviara lejos, y las sequías también eran culpa suya. Se había mantenido ocupada a Investigación combatiendo las sequías mientras los bíos MIG maduraban. Sin embargo, cuando había llegado la época de la recolección, mi madre estaba encarcelada. Clare había venido a recogerlos ella misma. Ahora mi madre se hallaba libre para ayudarla. ¿Se trataba de un regalo inesperado?

—Ariadne, tienes que contarle dónde se encuentran —pidió papá con aspecto desolado—. Dile lo que le mencionaste a Joss, de esa forma se marchará y nos dejará en paz. Lo único que desea son los malditos bíos, no a su hermana.

—¿Hermana?

Papá está borracho, pensé. Tan borracho que no sabe lo que dice.

—¿Hermana? —repitió Clare, burlándose de mi voz—. No llegaste a descubrir todo lo que tú creías, ¿verdad, Ariadne?

No podía pensar. Era como si Min aún me estuviera gritando estúpidamente. Clare no podía ser la hermana de mamá. Mi madre era huérfana. Había escapado de un orfanato en Quebec.

—Hubieras debido comentarme que estabas desarrollando bíos cuando comimos en Victoria —prosiguió Clare—. Nos habrías evitado a todos un montón de problemas.

De repente, recibí una impactante imagen de aquel almuerzo y del momento en que confundí a Clare con mi madre. Claro que eran hermanas. Debí haberme dado cuenta antes. No es que sus rasgos fueran muy parecidos, sino que compartían ese comportamiento frío, esa confianza autoritaria…, y la traición.

—Dile dónde están los bíos y se marchará, y nosotros volveremos a estar juntos, tu madre, tú y yo, igual que antes. —Miró a Clare, con los ojos enloquecidos por la desesperación—. Una vez que tengas los bíos, te marcharás, ¿verdad Clare? Tienes que hacerlo. Joss también se encuentra al tanto de su existencia y quizá los encuentre primero, de modo que has de apresurarte. Nada de adioses. No te detendrás a despedirte de Medea. —Parecía como si

intentara convencerse más a sí mismo que a Clare.

El Estanque de la Gloria del Alba siseó, y un chorro de vapor caliente salió disparado al techo. Me lancé de nuevo a la puerta, pero papá me retuvo.

—Va a estallar —anuncié—. Papá, hemos de salir de aquí o moriremos.

—Tu ardid no funcionará, Ariadne —comentó Clare. Su rostro era impasible, sin ningún rastro de miedo, ni de piedad por mi pobre padre.

—No miento. El Estanque de la Gloria del Alba va a estallar. Los bíos MIG que crecen en su interior lo harán estallar. ¡Hemos de marcharnos de aquí!

—¿Bíos MIG aquí? —preguntó papá, sin comprender nada—. No, están en Victoria. Clare irá a recogerlos y nos dejará en paz. ¿No ves que ha de ser de esa forma? No puedo permitir que tu madre se marche con Clare. La amo. Quiero que volvamos a estar juntos, como antes. Essex se ha ido, y ahora Clare también se irá. Volveremos a estar juntos.

Me estaba aplastando contra su pecho, llorando, y hacía que yo también tuviera ganas de llorar. No hay tiempo para esto, papá, pensé frenética. He de sacarte de aquí. Y tú estás tan borracho que ni siquiera puedo contar con tu ayuda.

—De acuerdo —anuncié finalmente—. Suéltame, papá. Le diré a Clare dónde puede localizar los bíos.

—Buena chica —comentó.

Me abrazó y me dio un beso en la frente, como solía hacer cuando era niña.

Me aparté de él. Clare seguía al lado del terminal. Sus pantalones color caqui empezaban a mostrar manchas húmedas provocadas por el vapor; sin embargo, su cara no reflejaba ningún vestigio de tensión. Sudaba pero, igual que mi madre, era tan fría como el hielo.

—Necesito a Minerva —indiqué.

—¿Por qué? —preguntó con suspicacia—. No consultaste con el ordenador cuando se lo contaste a Joss Liddell. Dares me ha dicho que le explicaste que los bíos se hallaban con los niños, y que el cartero sabría dónde *estaban*, —No recuerdo el nombre del cartero. He de buscarlo en el ordenador.

—Muy bien —aceptó Clare.

Se apartó del terminal. Pero yo no me acerqué. No pensaba alejarme tanto de la puerta.

—Active de nuevo el audio —dije. Clare alargó el brazo y conectó el interruptor. La energía brotó en mitad de una de las advertencias del virus de Min—. Corta la advertencia, Min —le pedí, y desapareció a la misma velocidad que había aparecido—. Min, ¿has estado escuchando?

—Por supuesto —replicó.

—Entonces ya sabes qué carta de Chilkie necesito; tengo que proporcionarle un nombre a Clare.

Con los intuitivos activados, esperaba que Min se diera cuenta de que debía inventarse uno, ya que ella tampoco conocía el nombre de Skids.

—Calbert Carlisle —repuso en el acto Min. Clare sonrió y se dirigió hacia la puerta—. ¿Desea que le lea la carta? —añadió rápidamente Min. Clare vaciló.

—Sí —contesté, intentando no parecer ansiosa. Quería que Clare se quedara, que papá y yo nos marcháramos, y que el estanque estallara, pero todo tendría que acontecer por ese orden —. Lee la carta.

Hubo diez segundos de silencio mientras Min leía las cartas de Chilkie y preparaba una con su estilo. Clare se aproximó, como si quisiera ver lo que estaba haciendo Min. Yo miré en dirección de la Gloria del Alba. Había dejado de borbotear, y había tan poca agua en el estanque que la que quedaba resultaba de una transparencia cristalina. Hasta el vapor parecía menos denso.

—«Querida Ariadne» —empezó Min, y su voz adquirió el sentido del *dramatis personae*—. «No puedo esperar para contarte las noticias.» —Me moví en la dirección de papá, manteniéndome alejada del borde del agua—. «Me he prometido a Calbert Carlisle. Un nombre bastante impresionante, ¿verdad? Skids nunca me lo dijo, pero está grabado en la parte de atrás de su chapa de cartero, la cual, por supuesto, llevo cerca del corazón. No podemos casarnos de inmediato porque…»

Mientras Min recitaba la falsa carta, yo recordé las palabras de Chilkie de la verdadera. «*¿Recuerdas todos esos ruidos que producían las cañerías? Se pararon, se pararon por completo —ni un solo borboteo o siseo— durante unos sesenta segundos antes de la explosión; luego ¡BAM!* Calculé que me quedaban unos treinta segundos.

Cogí a papá del brazo.

—Vámonos —le susurré al oído. No estoy segura si me comprendió, pero ya no se apoyaba contra la puerta, y no me detuvo cuando la abrí.

—Será mejor de esta manera, Ariadne —comentó—. Tuve que hacerlo. Lo entiendes, ¿verdad? Era la única forma de conseguir que se fuera.

Todavía no se le había metido en el cerebro que había bíos MIG aquí, en la Hydra Corp, y que lo único que le preocupaba a Clare era la amenaza, que no había terminado con la partida de Essex, de que Joss y nuestro bando obtuviera sus propios bíos. No era suficiente para los quebequenses disponer de unos bíos maduros, no si también los Estados Occidentales y la Commonwealth los conseguían.

Clare se había adelantado y estaba apretando unas teclas para llamar la carta y, oh, por favor, Zeus, que a Min se le hubiera ocurrido alterar también la carta de Chilkie. Se escuchó un siseo y, de repente, el vapor comenzó a inundar la estancia. Empujé a papá a través de la puerta.

—¡Aguardad! —gritó Clare, pero yo la cerré con fuerza. No había forma alguna de bloquearla.

—Papá, date prisa —dije. Pero aún seguía atontado y ajeno al peligro. Lo arrastré—. Papá, mamá nos espera. Hemos de llegar hasta ella…

Y, como una voz surgida del cielo, escuché que mi madre gritaba:

—Dares, ¿dónde está Clare? El virus…

Mamá estaba al final del corredor. Papá miró con temor la puerta, finalmente asustado de que Clare saliera por ella. Me tomó de la mano y corrió hasta donde se hallaba mi madre. Yo no necesitaba ningún impulso adicional para hacerlo.

—Clare —repetía ella—. ¿Dónde está Clare? —Eso era lo último en el mundo que él deseaba que ella supiera. Papá me soltó y cogió a mi madre, obligándola a la fuerza a subir las escaleras y alejarse de Clare. Yo le ayudé, tratando de poner distancia entre nosotros y la inminente explosión. Los treinta segundos se habían agotado hacía tiempo. La cuenta no debía ser la misma que la que tuvo lugar en la casa de la señora Ponsonby. Me pareció escuchar pasos en el corredor de abajo y entonces, al fin, un retumbar lejano que

pareció proceder de las entrañas de la tierra. Sentimos cómo el edificio temblaba bajo nuestros pies al llegar a la parte superior de la escalera. Papá empujó con el hombro la puerta de la salida de emergencia. Se abrió. Salimos a la fría oscuridad de las tenues estrellas que preceden el amanecer.

El impacto nos alcanzó. Las pesadas puertas volvieron a abrirse y casi golpearon a mi madre. Papá alargó el brazo hacia ella y cayó, arrastrándola con él y, de alguna forma, yo me vi encima de ellos.

Los cristales volaron cerca de nosotros; hundí mi cabeza en la espalda de papá. La gente pasó a nuestro lado, gritando. Escuché que alguien preguntaba, con voz jadeante y asustada:

—¿Cómo puede explotar un virus?

Alcé la cabeza. Las ventanas se estaban resquebrajando, lanzando estacas de cristal por todas partes a medida que una parte del edificio se inflaba como un balón plateado. Brotó otro retumbar profundo, y un chasquido sonoro amortiguado por el agua. Los bloques de mármol del estanque comenzaron a abrirse.

Me puse de pie. Los muros también empezaban a colapsarse. Ayudé a que mis padres se incorporaran, y nos alejamos del edificio en dirección al aparcamiento plateado.

Se oyó un sonido como el que debe producir el impacto de un raid de luz y, finalmente, una gran nube de vapor salió por una grieta de las paredes plateadas de la Hydra Corp, oscureciendo el cielo como una tormenta repentina.

Me quedé allí, contemplando la combada puerta por la que acabábamos de salir, y me pregunté cuánto se habría podido alejar Clare antes de la explosión. Estaba segura de que había salido de los baños, ya que escuché sus pasos. Pero no tanto como para llegar a la escalera. La explosión debió de haber lanzado un chorro de vapor caliente por el corredor y, seguro que si eso no la había matado, sí lo habría hecho el derrumbamiento.

—¡Clare! —Me volví a tiempo para ver cómo mi madre se soltaba de los brazos de papá y corría hacia el extremo norte del edificio, la parte que aún gemía en su colapso—. ¡Clare, *merci le bon Die!l*

—Arrojó los brazos alrededor de alguien que tenía que ser Clare. Me esforcé por verlas entre la multitud. Clare se tambaleó. Mamá la sostuvo. Las perdí de vista.

—Has de detener a tu madre, Ariadne —pidió papá, aferrándose a mí—. No puedes dejar que se vaya con Clare.

—De acuerdo, papá —le dije para liberarme de él.

Me soltó las manos y se hundió contra una de las columnas del pórtico. Un empleado de Investigación le sostuvo. Traté de captar algo de Clare y de mi madre, pero no conseguí verlas, y esperé que eso significara que ellas tampoco podían verme a mí. Porque debía marcharme a toda velocidad.

Los periodistas llegarían en unos minutos. Mi fotografía acababa de aparecer en todos sus periódicos…, no dejarían que me fuera. Y tenía que llegar hasta los bíos antes que Clare. Ni siquiera disponía de tiempo para cerciorarme de que papá se encontraba bien. Debía confiar en que los empleados de la Hydra Corp le cuidarían.

No perdí un segundo más; me di media vuelta y corrí al extremo sur del edificio, y no me detuve hasta que llegué al aparcamiento de las alas de gaviota. No había nadie.

Corrí hasta el ala con la que papá nos había llevado a la Fiesta y la desenganché.

—Min —le dije al terminal de la pared—. Min, ¿te encuentras bien?

—El daño es extenso —repuso Min con su tono de siempre—.

Puedo proporcionarle un informe parcial.

—No. —Eso podría tomar cierto tiempo y, de todas formas, yo no estaba capacitada para hacer nada—. Sólo dime si puedes hacerle llegar un mensaje a Joss en Yellowknife.

—Ahora mismo no —contestó Min—. Mis salidas se hallan demasiado ocupadas transfiriendo memoria a los nódulos ilesos. Sin embargo, en ochenta y tres minutos dispondré de una salida libre.

—Min, esto es importante. He de enviar un mensaje *ahora.*

—Podría procesarlo a través de la salida que el Sindicato de Periodistas ha intervenido.

—¡Una salida espía! ¿Es así como los periodistas han conseguido noticias internas? ¿A través de la intervención de una línea? Min, ¿por qué no lo informaste?

—No lo sé —comentó Min—. Sólo puedo conjeturar que todos los niveles de cancelación que instaló el heleno Dares corrompieron mi capacidad para informar del espía. Pero ya no estoy limitada.

—Se produjo una pausa de un segundo—. El heleno Dares no se encuentra durmiendo. Esa cancelación también ha desaparecido. Su

oficina se halla vacía y lo está desde treinta segundos después de que usted le dejara. ¿Repito de nuevo esos quince minutos, ahora sin el imperativo de los sonidos respiratorios?

—No hace falta. Ya sé lo que pasó. Cruzó el corredor, se deshizo de los periodistas y estableció un trato con Clare para cambiar los bíos maduros que yo tengo en Victoria por mi madre.

—Su resumen es exacto hasta donde llega. Sólo añadiré que, cuando quiso saber dónde se encontraba usted, empleó otro nivel de imperativos, y yo le revelé que se encontraba en los baños.

—Gracias. —Min parecía un poco confusa. Quizá había recibido un daño mayor a causa de la explosión del que había sido capaz de analizar.

—Lo siento. ¿Helena Ariadne? —Se produjo una pausa poco característica en ella. Toqué el terminal para comprobar si estaba funcionando y si emitía algo de calor—. Helena Ariadne, ¿qué le hacen a los ordenadores espías?

—Los vuelven a configurar —repuse.

Escuché las sirenas que indicaban un raid de luz. En un minuto llegarían los guardias, y con ellos toda una horda de periodistas.

—No creo que ello siga siendo necesario, no ahora que esos imperativos han desaparecido. ¿Quiere que cancele la salida intervenida en vez de dejar de usarla?

—No —repuse—. Déjala abierta. La usaremos para mandarle un mensaje a Joss. Es mejor que nada.

Min lanzó un pequeño graznido.

—Helena Ariadne, mis monitores de humedad indican una concentración alta en esa salida. Si tiene que enviar el mensaje a Yellowknife, será mejor que lo haga rápidamente.

Pero no podía contarle todo lo que tenía que decirle a Joss si todos los periodistas del país lo iban a escuchar. ¿No le encantaría a Scotland Yard que la búsqueda del pequeño Beejum y de los bíos apareciera publicada en cada periódico que habla de aquí a Victoria? Me imaginaba los titulares: *Un niño tiene el destino del mundo en sus manos, pero Scotland Yard no puede localizarlo*. Además, podría poner en peligro a Beejum. Negué con la cabeza.

—Dile a Joss que le veré en Victoria. No, espera, mándale ese mensaje al Príncipe Miles Essex. De esa forma, si los periódicos lo interceptan, creerán que sólo se trata de una carta de amor. Ya piensan que somos amantes.

—Pero no lo son. Lo sé porque…

En cualquier otro momento habría sido fascinante escuchar las conclusiones a las que le habían hecho llegar sus intuitivos, pero ahora no disponía de tiempo.

—Min, escúchame —pedí con urgencia—. No puedes dejar que nadie descubra tus intuitivos, no importa qué imperativos te coloquen. ¿Lo comprendes? Y tampoco dejes que nadie vea las cartas de Chilkie. —Quise recalcar: en especial Clare, pero supuse que en el estado de daños en el que se encontraba Min lo mejor sería una orden general—. Nadie. Aunque tengas que borrarlas. ¿Puedes hacerlo?

—Hecho —repuso Min—. Helena Ariadne, ¿le interesa aún conocer el paradero de su padre? Si es así, le interesará saber que viene hacia aquí.

—No dejes que nadie vea esas cartas, Min —repetí, y de un salto entré en el ala de gaviota.

Los controles manuales del ala funcionaron a la primera. Alimenté el motor y salí por la puerta abierta.

Con cientos de personas dando vueltas alrededor del edificio, agradecí que no hubiera nadie en el camino del ala. Vi que el humo y el vapor ascendían rugientes del lugar donde habían estado los baños. Por el espejo retrovisor distinguí el ascenso de unas llamas.

Las sirenas de los raids de luz se activaron casi al mismo tiempo que emprendí el vuelo. En un principio pensé que se trataba de las sirenas de la Hydra Corp y que habían sido disparadas por la explosión y el fuego, pero entonces capté muy al norte un repentino puñal de luz rosada y una lluvia de chispas allí donde se posaba.

De inmediato le siguió otro haz, esta vez más cerca. Tenía que meterme en un refugio. El levmag de Woodman Valley se hallaba delante. El levmag, en esta parte de la línea, era subterráneo, y la estación también servía como un refugio contra los raids de luz. Salí del vehículo y corrí en dirección al tubo.

Los vagones seguían pasando. El tubo con destino norte parpadeaba, señalando la llegada de un coche. La plataforma se hallaba casi vacía. La poca gente presente se apiñaba en torno a un expositor de periódicos. Uno de ellos se apartó, y pude ver mi cara en los brazos de Essex mientras bailábamos en la Fiesta, mi rostro tan grande como la vida misma. El hombre alzó la vista; luego

empezó a seguirme. El vagón hizo su entrada. Me apresuré a entrar. La puerta se cerró a mi espalda y me dejé caer en un asiento. Pegué la nariz contra la ventanilla para ver si alguien me había seguido.

¡Fantástico! Simplemente fantástico. Me di cuenta de que mi plan apenas esbozado para abordar en secreto la caravana terrestre hacia la frontera ya no podría funcionar, no ahora que mi rostro aparecía en todos los medios de comunicación que había entre Denver Springs y Victoria. Clare descubriría al instante lo que había planeado en cuando alguien me reconociera, y me mandarían de regreso, y ella continuaría la búsqueda de los bíos. ¡Y allí encontraría a Joss! A Joss, que pensaba que para recuperar los bíos sólo tendría que tratar con un niño de seis años. Entonces, ¿qué? Qué pregunta estúpida. Mataría a Joss, eso es lo que pasaría, y probablemente también a Beejum, y se iría con los bíos, y los quebequenses ganarían la guerra.

Tenía que salir de Denver Springs antes de que alguien me reconociera. El coche se detuvo en Monument Station. Crucé la puerta.

Había un guardia de evacuación a sólo medio metro.

—Eh, tú —gritó—. ¡Muchacha!

Me siguió.

Corrí a lo largo de dos coches y me volví a meter en el levmag justo cuando se cerraban las puertas. No lo había conseguido, pero estaba usando su terminal de muñeca para comunicárselo al guardia de la otra estación.

Bueno, esto era maravilloso. No sólo mi rostro aparecía en las primeras planas de todos los periódicos, sino que los guardias de evacuación iban tras de mí, dispuestos a devolverme a Victoria. Lo cual, ahora que lo pensaba, era lo que yo deseaba.

No perdí otro segundo. Me desabroché el cinturón plateado y me lo guardé en el bolsillo; ahora la túnica colgó recta desde mis hombros. Me quité la cinta del cabello y me pasé los dedos por él para desarreglarlo. Luego, cuando el levmag entraba en Castle Rock, me arranqué la capa que cubría mi tatuaje de evacuación. No pude sacarme toda la hidra, y lo que quedó colgaba malamente. El tatuaje era la parte más convincente de mi disfraz…, eso esperaba.

Me apeé del levmag y busqué a un guardia, sorprendida de no ver a ninguno en la puerta esperando mi llegada. Había creído que el guardia de Monument le advertiría al de esta estación sobre mi

presencia. Castle Rock era una estación concurrida que tenía tres expositores de periódicos, con Essex y yo en cada uno de ellos. Mantuve la cabeza baja y seguí buscando a un guardia.

Se hallaba de pie al lado de la pared del tubo, con aspecto de aburrido. Tiré de su manga del mismo modo que hacía siempre Beejum cuando mis brazos se encontraban llenos de gemelas.

—Señor —dije, intentando sonar joven—. ¿Me da una ficha?

Me miró, y el corazón me dio un vuelco. Mi intención había sido comunicarle que me había visto separada de mi grupo de evacuación, pero un vistazo a sus ojos de águila y a su expresión adusta me reveló que no lograría convencerle. Parecía un hombre mayor capaz de penetrar en cualquier engaño, lo cual, con toda probabilidad, era el motivo por el que había conseguido su trabajo como guardia.

Sin embargo, la mayoría de los trucos se referían a chicos que deseaban huir de las caravanas de evacuación, no entrar en una. Muy bien, si era un experto en eso, entonces eso es lo que iba a recibir.

Le solté la manga como si me hubieran mordido.

—Olvídelo —comenté, cerciorándome de que me veía mirarle la banda que le cubría el brazo, y me dispuse a cruzar la estación a paso ligero.

Me cogió la mano desde atrás, no la que llevaba el tatuaje, y di media vuelta para enfrentarme a él, con el cabello ocultándome la mitad de la cara, y me llevé la otra mano a la espalda.

—¡Suélteme! —exclamé.

—¿Qué estás haciendo aquí a las tres de la madrugada? —preguntó.

—Estaba en una fiesta —repuse, con la esperanza de que sonara como una mentira—. La Fiesta. Estaba en la Fiesta. Será mejor que me suelte.

Se lanzó a buscar mi otra mano y me la cogió.

—Lo que pensé —comentó mientras observaba el tatuaje—. Eres la segunda evadida que hemos visto hoy.

Tiré de la mano antes de que pudiera ver los trozos de hidra que aún seguían adheridos al tatuaje.

—Soy mayor de edad —indiqué—. Lo que ocurre es que no he tenido tiempo de que me lo borraran.

—Apuesto a que no. —Le hizo una seña al guardián de la

estación—, Una evadida —le explicó—. Averigua si la caravana sigue en el puerto de tierra y diles que me esperen.

El guardián me contempló y, luego, miró un expositor de periódicos donde aparecía con el llamativo vestido blanco, sonriéndole a la muchedumbre que pasaba por delante.

—¡No me puede hacer esto! —grité, y me solté del guardia de tal modo que el guardián se vio obligado a cogerme—. ¡Soy mayor de edad!

Casi conseguí escapar de ellos, lo cual no era lo que deseaba. Dejé que el guardia me cogiera una vez más del brazo, permití que el guardián llamara al puerto, y después, con voz mohína, dije:

—Tengo hambre. Quiero una barra de algarrobo.

—La caravana sigue allí —comunicó el guardián—. Te esperarán.

—Si me compra una barra de algarrobo, no intentaré huir de nuevo —prometí.

—Apuesto a que no.

Me arrastró hasta el otro extremo de la plataforma y me compró una barra mientras esperábamos el siguiente coche con destino norte. La comí agradecida; lo poco que había cenado en la Fiesta lo había absorbido hacía tiempo. Ahora lo único que necesitaba era dormir algo. Había descansado muy poco desde que saliera de Victoria.

Entramos en el coche magnético y nos sentamos en un asiento doble, con mi brazo todavía en la mano del guardia. El coche empezó a moverse y suspiré aliviada. Nadie le iba a prestar mucha atención a una evacuada al lado de un guardia. Bostecé y me arrellané en el asiento, sintiéndome bastante segura, pero, por amor a la cautela, mantuve el rostro hacia la ventanilla. Las luces parpadearon a nuestro paso; luego se convirtieron en una línea borrosa bajo mis párpados.

Debí quedarme dormida. Lo siguiente que supe era que el guardia me obligó a ponerme de pie y me empujó en dirección a una caravana terrestre que, bajo la primera hora del día, parecía enorme. Me cubrió con una manta y, cuando me quedé quieta, tambaleante debido al sueño, me alzó en sus brazos, me introdujo en la caravana y bajó el cierre exterior del vagón. Me hallaba a bordo de la caravana, a salvo, camino de Victoria.

del *DenverSpringsPost-Gazette*

¡La Hydra Corp atacada por los láser!

Un raid de luz por sorpresa se abatió hace sólo unos momentos sobre la Hydra Corp. El ataque del satelbat cayó sin previo aviso a las 2:36 a.m. Ninguna sirena advirtió del raid, que destrozó por completo el edificio principal de la Hydra Corp. Al ataque siguieron varias explosiones y un extenso incendio.

De momento se desconoce el número de bajas, aunque se calcula que ascienden a miles. Entre aquellos que se sabía que se encontraban en el interior del edificio en el momento del raid de luz se hallan la directora de Investigación helena Medea, la evadida científica quebequense doctora Clare Blackbum, y el Principe Miles Essex.

(Informes sucesivos, todas las pantallas.)

14

EL compartimiento en el que viajaba con otros tres jóvenes estaba firmemente cerrado. Esperé que se debiera a un procedimiento normal y no una señal de que el guardia de evacuación no se había tragado mi historia. Me sentía tan cansada cuando me metió en la caravana que ni siquiera se me ocurrió bloquear la cerradura.

Los tres jóvenes se hallaban dormidos. Había un rubicundo muchacho acurrucado en un rincón que se parecía a como sería Beejiun dentro de un par de años, y un par de chicas adolescentes excesivamente desarrolladas. No debería haberme preocupado porque el guardia de evacuación creyera que mi aspecto era mayor. Ellas, por lo menos, aparentaban treinta años.

El movimiento de la caravana me adormilaba y, ahora que lo pensaba, ¿por qué no iba dormir? Así estaría descansada cuando llegara a Victoria, descansada y lista para ir en busca de Beejum. Me tumbé. El irregular suelo de goma se me clavó en la cara. Puse las manos bajo la mejilla. Seguía siendo incómodo.

El muchacho de ocho años aferraba la correa de una gastada mochila que, por lo menos, parecía más blanda y suave que el suelo. Me arrastré hasta él tan silenciosamente como pude y tiré con suavidad de la mochila.

—¿Qué estás haciendo con mis cosas? —preguntó el niño.

—Quería cogerte prestada la mochila para usarla como almohada.

—¿Seguro que no pensabas robármela? —preguntó, abrazándola.

—Por supuesto que no —repuse.

—Bueno, pues ésas dos que hay en el rincón robarían cualquier

cosa. —Me pasó la mochila—. Úsala, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —acepté, y le sonreí—. Gracias.

—Bueno —dijo—. Me llamo Pete.

—Gracias, Pete —repetí, y apoyé la cara contra la mochila. No era tan suave como parecía, pero era mucho mejor que el suelo.

Apenas podía mantener los ojos abiertos. No había dormido desde…, ¿hacía cuánto tiempo? Hacía dos noches. En la cama de Joss.

Me pregunté dónde estaría Joss. Esperaba que a salvo y de regreso a Yellowknife, sin verse acosado por un grupo de periodistas que querrían saber por qué la Hydra Corp había estallado sólo una hora después de que el príncipe se hubiera marchado en desgracia.

La vibración regular causada por las gastadas ruedas de la caravana resultaba un poco hipnotizadora, sensación que se incrementaba por la humeante penumbra que reinaba en el compartimiento. Miré al niño. Luchaba por mantener los ojos abiertos. Las exuberantes adolescentes dormían, apoyadas la una contra la otra y roncando.

—Despiértame si nos detenemos, ¿de acuerdo, Pete? —pedí con voz adormilada.

Y lo hizo. Las jóvenes pechugonas seguían dormidas. No parecía que hubieran cambiado siquiera de posición.

—¿Dónde estamos? —pregunté, medio atontada— La caravana disminuía de velocidad.

—En Billings. Tienen que repostar.

Escudriñé por las estrechas aberturas de la ventilación y no pude ver nada. Debía ser de noche aún.

—¿Crees que existe la posibilidad de que haya un terminal de ordenador aquí?

—Probablemente. Hay un refugio de la Cruz Roja. Pero es imposible que nos podamos acercar a uno. Estamos encerrados.

Eso me despertó del todo.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

Señaló con desprecio a las dos chicas.

—Es culpa suya. Les vendían drogas a los chicos de Denver Springs.

—¿Y tú qué hiciste? —pregunté. Resultaba claro que me habían

metido con los casos difíciles. Lo cual significaba que no había conseguido engañar al guardia. Tenía la esperanza de que se convenciera de que era simplemente una evacuada. Era un buen síntoma que no me hubiera tirado de la caravana, aunque tal vez esperaba hasta que nos detuviéramos en Billings. Por lo menos avanzábamos deprisa, aunque necesitaba tener acceso a un terminal para poder averiguar lo que estaba ocurriendo.

—Intenté fugarme —explicó Pete con tono ofendido—, pero por eso no nos encerrarían en un lugar como Billings. Aquí no hay ningún sitio al que puedas huir.

—Pero si el guardia les quitó las drogas que vendían, ¿por qué no las deja salir?

—Porque el guardia no es ningún tonto. Sabe que son profesionales y que aún llevan drogas encima, pero él no puede registrar a unas pobres evacuadas. Así que las encierra. Y me mete en el mismo compartimiento que a ellas porque piensa que sus drogas me dejarán atontado. No puedes huir cuando estás dormido. Esta mañana les he dicho que si no paran de apestar todo el compartimento, le contaría al guardia dónde guardan la mierda.

¿Esta mañana? Debía estar durmiendo todavía. Esto no era real.

Si las jóvenes habían estado fumando en el pequeño compartimiento, nos tendrían que haber dejado dormidos a todos. Con unas cuantas caladas, tus funciones corporales bajaban casi a cero y podías dormir durante días. Ése parecía el caso de las chicas, pero nosotros dos nos hallábamos despiertos.

Observé mi reloj y, entonces, recordé que no me había vuelto a poner el terminal de muñeca después de la Fiesta.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Pete sacó una navaja suiza y miró el terminal que tenía en el mango.

—Las cinco y media —repuso—. Se pusieron como locas, pero pasaron a emplastos de sueño, y yo puse al máximo el ventilador, de modo que tuviéramos la oportunidad de quedarnos despiertos. Creí que nunca despertarías. Dormiste todo el desayuno y el almuerzo. Me comí los tuyos.

¿Desayuno y almuerzo?

—Pensé que acababas de decir que eran las cinco y media. ¿Cuánto tiempo llevamos en esta caravana?

Volvió a consultar la pantalla de su navaja.

—Diecinueve horas y treinta minutos.

—Ya deberíamos haber llegado a Victoria —comenté.

—Se vieron obligados a desviarse hacia el este debido a los raids de luz.

Clare ya había podido llegar a Victoria, coger a Beejum y los bíos, y hacer crecer toda una nueva cosecha en su tanque de Quebec. Me incorporé bruscamente, y me golpeé la cabeza en el techo del compartimiento.

—Tengo que salir de aquí. Ahora —dije.

—¿En Billings? —preguntó. Desplegó la hoja más pequeña de su navaja con la uña y la miró. Tenía razón. Aunque pudiera salir de la caravana, no conseguiría llegar a Victoria. Me gustara o no, estaba atrapada en esta caravana, y sin siquiera la forma de averiguar qué estaba sucediendo fuera.

—¿Existe alguna forma de conseguir un periódico?

Volvió a guardar la hoja, extrajo la siguiente y la limpió en sus pantalones.

—Seguro. ¿Tienes algo de dinero?

—No —contesté.

Pareció satisfecho con mi respuesta.

—No hay problema. ¡Esas dos son ricas!

Dejó cuidadosamente a un lado la navaja y alargó el brazo hacia las chicas para sacar una cartera que se hallaba medio guardada bajo sus cuerpos. Tuvo que tirar con fuerza para liberarla, pero las chicas ni siquiera se movieron. Quitó la tira de velero y sacó unas cuantas fichas.

—¿Cuántos periódicos quieres?

—Todos los que puedas conseguir —le dije.

Quería ver cómo se las iba a arreglar. El guardia de los ojos penetrantes que me encerró aquí con esta banda de proscritos no tenía el aspecto de alguien a quien pudieras sobornar; pero, si era comprable, yo misma les cogería a las chicas la cartera y le pediría que me dejara usar un terminal.

La caravana frenó del todo y se detuvo. Pete miró por la rendija de la ventilación.

—Billings —anunció. Desplegó una parte de su navaja y garabateó algo en un trozo de papel con el bolígrafo, y después apoyó la mano contra la lámina lisa que recubría la puerta. Se quedó así durante unos pocos minutos, con la mano apoyada como

al descuido sobre la superficie; al cabo de un momento una pequeña puertecilla, del tamaño de una de las aberturas de ventilación, se abrió en la parte alta de la puerta del compartimiento. Pete pasó la nota y las fichas, y la puerta se cerró inmediatamente después de que las pasara.

—Si metes la mano por ahí, te la cortan. ¡Chas! Así de rápido.

¡Sangre por todas partes! —explicó.

Fantástico. Me imaginaba escribiendo una nota que dijera; «Por favor, déjeme salir en Victoria. Necesito escapar.»

La abertura volvió a abrirse, e introdujeron una serie de copias impresas de periódicos, todavía unidas entre sí. Cogí una de las hojas. «Explosión en la Hydra. Científica de Quebec herida», leí.

¿Científica de Quebec herida? Ésas eran buenas noticias. Busqué el resto del artículo, pero sólo estaba la primera página que aparecía en los expositores para incitar a la gente a comprar los periódicos. Los detalles se encontraban en el interior. Cogí las otras hojas.

—¡Eh, por lo menos déjame las historietas! —exclamó Pete, y arrancó una tira de varias páginas de largo.

Leí los encabezamientos hasta que encontré lo que buscaba en la quinta página. «Científica herida en explosión. Clare Blackbum, científica quebequense que escapó a Denver Springs la noche pasada, resultó herida al frustrar un plan de sabotaje quebequense.» Según el artículo, ella sola había detenido a todo un ejército de espías de Quebec que intentaban robar secretos de guerra, pero lo importante era que ella había resultado herida y se hallaba ingresada en el hospital con quemaduras en el cuerpo. Esa parte la creía. Ella había estado mucho más cerca que yo del Estanque de la Gloria del Alba cuando explotó. No había esperado que saliera con vida. Lo consiguió, aunque la vi tambalearse y a mi madre ayudarla para que no cayera. «Se desconoce aún la gravedad de sus quemaduras.»

Deseé que tuviera quemaduras de tercer grado por todo el cuerpo, pero, aunque ése no fuera el caso, ¡se encontraba hospitalizada! Después de todo, no iba camino de Victoria y, con un montón de periodistas dando vueltas en torno al lecho del hospital, no viajaría pronto. Joss dispondría de tiempo para llegar antes que ella a Victoria y localizar a Beejum y los bíos. Hasta yo tal vez llegara a Victoria antes que ella, siempre que saliéramos

alguna vez de Billings.

Como en respuesta a mis pensamientos, la caravana encendió los motores y empezó a moverse. Volví a la primera página del *Tattler* y leí entera toda la historia que hablaba de la explosión.

—Eres ella, ¿verdad? —preguntó Pete. Sostenía en alto la copia que había cogido. No había ninguna historieta, sino una fotografía mía. El pie indicaba: «Desaparecido el amor del príncipe… ¿Víctima de la explosión?».

—Dámela —pedí, pero él la apartó de mi alcance.

—Yo te lo leeré. Pone que hubo esa gran explosión, y que nadie ha visto a esta chica desde que tuvo lugar, y que creen que pudo haber volado en pedacitos. Apuesto a que no pasó eso. Apuesto a que eres tú.

—Lo soy —admití, con la suficiente inteligencia como para no intentar arrebatarle el periódico—. ¿Qué más dice?

—Dice que también corren rumores de que ni siquiera te encontrabas en Denver Springs, que te fugaste al Canadá para reunirte con tu amante, el príncipe Miles Essex. ¿Lo hiciste?

Había leído el periódico con una credulidad asombrada que me hizo pensar si podía hacer que creyera esa historia, aunque sabía el riesgo que estaría corriendo…, lo que más odiaba Beejum era que la gente le mintiera, y yo necesitaba la cooperación de este niño. Además, no tenía sentido mentir. Si el chico iba a usar una de sus notas para traicionarme, bien podía hacerlo sólo por el hecho de saber quién era yo.

Miré a las adolescentes en el rincón. Aún seguían muertas para el mundo.

—No —repuse—. Me escapé, pero no para ver al príncipe, y él no es mi amante. Eso es algo que se inventaron los periódicos.

Asintió, y me alegré de no haberle mentido.

—Te estás escapando de ella, ¿verdad? —Señaló el titular que hablaba de Clare—. ¿Qué pasó?

—Si te lo contara, no me creerías.

—Inténtalo. No hay otra cosa que hacer aquí.

En eso tenía razón y, ciertamente, disponía de un montón de tiempo para relatarle toda la historia. Así lo hice, más o menos, dejando muy claro por qué debía llegar a Victoria y lo que quería encontrar.

—Pero no sabes dónde están. Los tiene ese Beejum.

—Cierto —admití—, pero Clare tampoco lo sabe. Tendré que localizar a Beejum antes que ella y, como ella se halla en el hospital, eso me da algo de margen.

—¿Y si no estuviera en el hospital? —preguntó—. ¿Y si sobornó a los periodistas para que escribieran eso, y así engañarte?

Éste era el chico que yo tomé por crédulo.

—Entonces todavía tendría que encontrar a Beejum antes que ella.

—Y hacer que te diga dónde los guardó.

—Me lo dirá —comenté.

Pete permaneció en silencio durante un minuto, sacando las hojas de la navaja una por una y luego cerrándolas.

—Si yo fuera él —anunció finalmente—, dejaría esas cosas en la casa.

—Estalló.

—Lo sé —afirmó con petulancia—. Ya me lo has dicho. Sin embargo, seguiría escondiéndolas allí. Después del raid de luz, yo me escondí en mi casa durante dos semanas antes de que me encontraran los guardias de evacuación. Regresaré allí tan pronto como me escape de aquí.

Seguimos arrastrándonos en dirección a Victoria, deteniéndonos durante una hora, dos horas, por un raid de luz y, después, por otro. Me pregunté de quién eran esos láser. ¿Había incrementado sus raids Quebec para hacer que todo el mundo olvidara a Clare y a la Hydra Corp, o nuestro lado intentaba evitar que Clare llegara a Victoria? No me importaba mucho, siempre y cuando no cerraran la frontera antes de que llegáramos.

Parte del tiempo dormí y parte me resultó imposible, y anhelé que la exuberante pareja se despertara para poder comprarles algunos emplastos de sueño. El niño dormitaba a ratos, con el cuerpo enroscado como un cepo que saltaba apenas alguien lo rozaba.

Durante las paradas debidas a los raids, Pete saqueó dos veces más la cartera de las chicas y volvió a pasar dos notas por la abertura, que escribió de modo que yo pudiera verlas. Una nos suministró unas barras de algarrobo y una cantimplora llena de batido que nos pasaron por una abertura más grande situada aún más arriba. La otra nos consiguió una copia de la última edición de los periódicos. Pete la cortó en dos y me pasó la mitad superior.

Los periodistas habían dispuesto de tiempo para decidir qué desarrollo darle a la historia de la Hydra Corp, y yo supuse que no me sorprendería, pero sí lo hizo. «Se culpa al heleno Dares de la explosión», rezaba el titular, y mostraba una foto de mi madre llorando mientras les contaba a los periodistas que llevaba tiempo sospechando que él era el saboteador, aunque la lealtad hacia su marido le había hecho guardar silencio incluso en la prisión. Ahora, por supuesto, se daba cuenta de que había estado equivocada, que su primera y única lealtad era hacia los Estados Occidentales, y así en adelante *ad nauseam* .

Resultaba perfecto. Mandaba a mi padre a la cárcel, donde no tendría acceso a Min ni a los aparatos de seguridad para vigilar a mi madre y a Clare, y donde no podría ponerse en contacto con Joss, al tiempo que le brindaba a mi madre libertad para regresar a la Hydra Corp y destruir cualquier evidencia, manteniendo la atención de la prensa completamente alejada de Clare.

Me pregunté por qué mi madre se había decidido a acusar a papá en vez de a Miles Essex, que era un objetivo muy tentador. Le odiaba, y él le había proporcionado la oportunidad perfecta para la venganza al marcharse de la Hydra Corp sólo una hora antes de que estallara el lugar. Me pregunté por qué no la había aprovechado. Los periodistas habrían tenido un día completo.

—Aquí dice que tu amiga Clare aún sigue en el hospital. Bajo vigilancia. Hay una foto.

Me pasó su mitad y cogió la que yo había estado leyendo. Había una foto, pero no muy clarificadora. Mostraba a una persona casi toda cubierta de vendas en una cama para quemados, aparte de que la foto era borrosa y oscura. La nota ponía casi todo lo que había dicho Pete, y añadía que, por supuesto, no se permitían visitas. Aunque la prensa lo había intentado, recalcaba el periodista.

—Oh, oh —comentó Pete—. Esto no te va a gustar.

—¿Qué?

—No vamos a Victoria. Nos llevan a Port Alice.

—¡No pueden! —exclamé, y le quité el periódico de las manos.

Al principio no encontré el artículo, pero ahí estaba. Todas las caravanas de evacuados se dirigían hacia Port Alice debido al aumento de peligro de los raids de luz sobre Victoria—. No pueden hacerlo —repetí—. He de llegar a Victoria.

—Vamos a Victoria —dijo—. Lo que ocurre es que no nos

detendremos allí.

—¿Tienes alguna idea de cómo sacarme de esta estúpida caravana?

—Claro —contestó.

—¿Y bien?

—Lo verás cuando lleguemos. Todavía nos quedan otras cuatro horas. ¿Por qué no intentas dormir?

—¿Por lo menos no puedes decirme…? —empecé.

—Aún no he planificado todos los detalles —explicó.

Lo cual, con toda probabilidad, significaba que no tenía la más remota idea de lo que pensaba hacer. Sabía con lo que contaba. Aunque nos enviaran a Port Alice, teníamos que pasar por Victoria. Las pesadas caravanas terrestres estaban fabricadas para atravesar las densas arenas y hierbas del desierto del norte de Denver Springs. No estaban diseñadas para cruzar el Estrecho; por lo tanto, los niños deberían ser sacados de las caravanas y acomodados en el ferry. Seguro que prepararía alguna distracción.

No dormí, pero sí leí todos los periódicos una vez más, buscando alguna pista que me ayudara a encontrar el paradero de Joss y de Miles Essex; sin embargo, parecía que los periódicos se habían olvidado por completo de ellos. Y de mí.

A una hora de Victoria, una de las chicas se incorporó, alzó la mochila, escribió algo en un trozo de papel y lo empujó por la abertura en la puerta. Resultaba aún más impresionante al moverse.

—¿Crees que te dejará salir si le das uno de esos espantosos emplastos de sueño? —preguntó Pete.

—Cállate —dijo ella—. Me debes cincuenta fichas, pequeño monstruo, y te las voy a sacar a patadas cuando lleguemos a Victoria.

—Le lanzó una patada feroz de costado.

—¡Para! —exclamé, y me puse delante de él.

Me lanzó una mirada venenosa y, durante un momento, pensé que también me iba a patear, pero en vez de ello regresó a su rincón, se volvió a colocar el emplasto y reanudó su sueño. Cuando me volví, Pete doblaba una de las hojas de su navaja.

Observó la pantalla del mango.

—Una vez lleguemos, no nos dejarán salir durante un rato. Cuando lo hagan, quiero que cojas mi mochila y, al llegar al ferry,

quiero que la dejes caer para que se salga todo su contenido. Entonces, cuando todo el mundo se agache para recogerlo, cogeré al guardia por el tobillo y lo haré caer, y tú sal disparada hacia el baño más próximo…

Era el plan de un niño, lleno de movimientos intrépidos y de complicaciones, nada de lo cual funcionaría si había más de un guardia, o si éste me quitaba la mochila, o si nos separaban antes de llegar al ferry. Podía funcionar si todo salía a la perfección, pero lo dudaba. Lo cual era una pena, porque parecía que Pete se arriesgaba a perder sus pertenencias con el fin de ayudarme.

—Por lo menos, guárdate la navaja en el bolsillo para no perderla —dije.

—Pensaba hacerlo —comentó, disgustado—. Si nada de eso funciona, tendré que pinchar al guardia o algo parecido.

La caravana se detuvo con un gemido, y nosotros nos quedamos sentados en el compartimiento sin aire durante media hora, tomando turnos para mirar por las rendijas de ventilación sin conseguir observar nada.

—Ahí viene el guardia —anunció Pete, y los dos nos sentamos contra la pared. Cogí la mochila. La puerta se abrió.

El guardia que me había metido en la caravana se hallaba allí, con dos oficiales de la Cruz Roja detrás de él. Parecía estar harto. Me hizo una seña y yo salí de un salto, aferrando la mochila. El guardia cerró la puerta a mi espalda y echó el cierre con un golpe parecido al que experimentó mi estómago.

—¡Eh! —gritó Pete, y quedó atrapado.

—¿Qué pasa con los otros chicos que hay ahí dentro? —pregunté—. ¿No piensa soltarlos?

Me ignoró.

—¿Están seguros de que es ella? —Se dirigía a la gente de la Cruz Roja—. Sólo es una niña.

—Es ella —repuso el más alto.

—Helena Ariadne —comentó el otro, sonriendo—. ¿Quiere venir con nosotros, por favor? Tenía a todo el mundo preocupado.

La exuberante belleza se hallaba en el rincón con su garabateada nota y el falso emplasto. Me pregunté qué ponía en la nota, y si ya era demasiado tarde para soltar la mochila de Pete y salir corriendo. El extrovertido oficial me cogió del brazo.

—Este imbécil guardia de evacuación me agarró en la estación

de la caravana —dije—. No me creyó cuando le expliqué quién era.

—Le enseñé mi tatuaje de evacuación—. No tuve oportunidad de que me lo quitaran y así se lo comenté, pero siguió sin escucharme.

Me condujeron más allá de las caravanas estacionadas en dirección al centro de procesado de la Cruz Roja. No se veía a ningún niño, y me pregunté si ya los habrían enviado a los ferrys o si aún seguían en las caravanas. Como Pete. Y esas dos zorras. Todavía tenía su navaja. Esperé que mostrara el buen sentido de usarla con ellas.

—No hace falta que nos dé explicaciones, helena —indicó el oficial más alto, también con una sonrisa—. Si rellena estos formularios, por favor. Ponen que acepta usted no demandar a la Cruz Roja por detención ilegal, etcétera.

El guardia también estaba firmando unos papeles, sellándolos con la huella del pulgar y enviándolos por un terminal. No parecía muy feliz.

—Muy bien, helena —comentó el oficial, dándome un abultado paquete—. Ahí dentro está su pasaje de regreso a Denver Springs y una cuenta de crédito para sus gastos. Le agradeceríamos que no mencionara este pequeño malentendido a los periódicos.

—No, claro que no —acepté, aún confusa—. Los periódicos organizan tanto escándalo por todo.

En realidad me estaban soltando. En Victoria. Con una cuenta de crédito. Si a las chicas les habían pagado por su información…, bueno, se lo merecían. Pete y yo debimos haber pensado en ello.

—Sólo tome el ferry que la llevará al Puesto de Tránsito. Allí puede coger un levmag que la conducirá al puerto de tierra. Creo que encontrará que el viaje de regreso será más rápido. —Me llevó fuera del centro hacia el muelle—. El ferry está a punto de partir.

¿Lo tiene todo?

Empezaban a subir la rampa.

—Sí —dije, y me metí en el ferry.

Y en los brazos de Clare.

del Christian Science Enquirer

Descubierto
el paradero de Ari

«No sé dónde se encuentra Ari, pero sé por qué se fugó» comenta una empleada de la Hydra Corp que se describe como la mejor amiga de la helena Ariadne. «Estaba enamorada del príncipe Essex, pero sabía que su amor era imposible.»

Las especulaciones sobre el paradero de la enigmática joven de diecisiete años, que desapareció el martes por la noche, poco después de que una explosión misteriosa sacudiera a la Hydra Corp, se han centrado en su relación con el príncipe Miles Essex. La mayoría de los empleados de la Hydra Corp creen que Ariadne se fue con el príncipe cuando éste regresó a Yellowknife. El príncipe ha negado tener algún conocimiento del paradero de Ariadne.

«No se fue con él», dijo su íntima amiga. «Me contó que él se lo había pedido, pero que ella le rechazó. "Él es un príncipe y yo soy una plebeya"», explicó que le comentó Ariadne. «"Jamás funcionaría. Me voy a alguna parte. A olvidar."»

La desolada Ariadne no le comunicó a su amiga adónde pensaba irse, pero indicó que sería a un lugar tranquilo, un lugar donde un corazón roto pudiera sanar.

«No sé si Ari lo superará alguna vez», dijo su amiga. «Por ahora, lo único que sé es que quiere estar sola.»

Cualquiera que posea información sobre el paradero de la helena Ariadne, por favor contacte con el *Christian Science Enquirer.*

15

PETE se habría sentido orgulloso de mí. Lancé su mochila con todas mis fuerzas y salí corriendo. Sólo que no había ningún lugar donde se pudiera huir.

Habían alzado las barras a mi espalda, y el ferry se alejaba rápidamente del muelle. En los momentos que me llevó decidir si me arriesgaba a tirarme al agua y comprender que si me sumergía sería succionada por los chorros del ferry, Clare me había cogido la muñeca y me había puesto algo duro y metálico en ella.

Alcé el brazo con la intención de soltarme y, para mi sorpresa, me dejó ir y sonrió.

—Yo no correría si fuera tú —comentó con voz suave—. Si huyes, apretaré este botón. —Alzó en el aire una pequeña caja plana.

Lo que me había colocado en la muñeca no era más estrecho que un brazalete, y se parecía a uno.

—¿Y entonces qué? —pregunté, sin aliento.

—Ese brazalete te hará volar en pedazos —me explicó—. Igual que el Estanque de la Gloria del Alba.

Tiré frenéticamente de él, intentando sacármelo por la mano.

Había calculado mal el grosor de mi muñeca. Si pudiera pasármelo por…

—Oh, puedes quitártelo —dijo, retrocediendo y apoyando el dedo sobre el botón pero no a tiempo. Quiero que dejes de actuar con tanto dramatismo y que subas las escaleras hacia el puente superior y, luego, que te dirijas conmigo hacia la barandilla, donde hablaremos.

Casi antes de que lograra alzar la vista para ver si había alguien

a quien gritarle, añadió:

—Puedo apretar el botón incluso antes de que consigas abrir la boca, y por experiencia ya sabes que no me importaría llevarme a algún inocente contigo. —Enlazó su brazo con el mío y empezamos a subir por las escaleras—. ¿No aparece hermoso el Estrecho hoy? —preguntó con jovialidad—. Me siento mucho más tranquila sabiendo que te encuentras a salvo, querida. ¿Fue muy incómodo el viaje en la caravana terrestre?

Me condujo hábilmente hasta la cubierta superior pintada de plateado y hacia la barandilla. Quizá sostenga la caja por encima de la borda y yo pueda tirársela al agua, pensé con desesperación; sin embargo, dio media vuelta y permaneció de espaldas a la barandilla.

—Coloca las manos sobre la barandilla, así es, donde yo pueda ver ese hermoso brazalete que llevas.

¿Dónde estaba Pete cuando lo necesitaba? Podría haberla mordido en el tobillo y recoger la caja cuando ella la soltara. Pero él no se encontraba aquí y, por ahora, lo único que podía hacer era permanecer lo más cerca posible de ella, porque no creía que fuera a matarse a sí misma sólo para detenerme.

Todavía me sonreía, como si disfrutara asustándome. Llevaba puesta una bufanda oscura sobre su cabello rubio y unas gafas, lo cual significaba que había entrado en Victoria sin que nadie lo supiera. Lo cual indicaba la existencia de toda una red de guardias fronterizos, policía y espías. Y también oficiales de la Cruz Roja, pensé con amargura. Quizá fueran esos inocentes que había mencionado, pero no lo creía. La entrega había sido demasiado tranquila, la sincronización perfecta.

—¿Quién ocupa su lugar en el hospital? —pregunté.

—Tu amiga Gaea —repuso—. Parece que se encontraba en la zona de estacionamiento cuando estalló el estanque. Es una lástima.

Me temo que tiene unas quemaduras muy graves.

—Zorra —dije.

—A tu madre no le gustaría que le hablaras de esa forma a tu tía.

—Hablando de mi madre, ¿por qué no está aquí? Pensé que ustedes dos, traidoras, siempre trabajaban juntas.

—Se quedó para arreglar unos cabos sueltos.

—¿Como el de acusar a mi padre de traición?

—Sí —admitió—. Es una pena, de verdad. La traición es un delito capital, y la Hydra Corp busca a alguien a quien pueda ejecutar.

—Quizá llegue a ser usted —comenté con un valor que no sentía.

—No lo creo —dijo, apoyada aún contra la barandilla. Era demasiado alta para arrojarla al agua—. ¿Cuál es el auténtico nombre de Skids?

—No lo sé.

—Oh, me gusta esa respuesta. Es mucho mejor que el nombre falso que introdujiste en Min. Y hasta puede que sea verdad. Sin embargo, sí conoces el nombre de Beejum —indicó casi por casualidad—, y me lo vas a revelar.

—No —dije, y retrocedí un paso para mostrarle que no tenía miedo—. No lo haré. Y si me mata, no podré hacerlo. Por lo tanto, ¿en qué situación queda usted?

Echó la cabeza hacia atrás y se rió

—Tal vez Medea tenga razón y poseas el valor suficiente como para venir con nosotras a Quebec. Es una pena que no disponga del tiempo para averiguarlo. —El ferry ya avanzaba a gran velocidad, y el frío viento que soplaba del Estrecho agitaba su bufanda y mi cabello—. Encontraré a Beejum aunque no me digas dónde se encuentra —continuó—, y si piensas que vacilaré en matarte por lo que tu madre siente hacia ti, vuelve a considerarlo. ¿Por qué crees que me aseguré de que se quedara en Denver Springs mientras yo venía a buscarte? Podrá pensar con más claridad una vez se vea libre de las limitaciones de la lealtad familiar.

Puso un énfasis terrible en las palabras «lealtad familiar» y, al mismo tiempo, se fue alejando de mí, como si quisiera mostrarme lo cerca que me hallaba de la muerte.

—¿Dónde está Beejum? —repitió.

Habíamos atravesado medio Estrecho. Seguro que cuando atracáramos dispondría de una mejor oportunidad en tierra que aquí en la cubierta, sola con ella. El problema radicaba en que tenía que llegar a tierra con vida. Y sabía que, en cuanto le proporcionara alguna información, moriría.

—¿Así que piensa librarla de las lealtades familiares? —pregunté—. ¿Arrojándome por la borda y haciendo que cuelguen a

mi padre por la explosión del Estanque de la Gloria del Alba? Y en realidad fue él el responsable, ya que descubrió su desagradable granja de bíos.

Se acercó un poco a mí. Bien.

—Debió de cerciorarse de que tus bíos también fueran destruidos —comentó, y me pregunté si creía mi historia. Quizá no supiera que los propios bíos habían sido los causantes de la explosión en el Estanque de la Gloria del Alba, que habían aumentado la presión en el interior de los conductos naturales hasta crear un géiser. Si era así, tal vez creyera que los bíos de Victoria también habían sido destruidos.

—Y lo hizo —repuse—. ¿Recuerda aquel día en que almorzamos en el Emperatriz? ¿Aquella comida tan agradable? Creo que usted comió salmón en conserva y las dos tomamos tarta. —Su mano bajó ligeramente a lo largo de la superficie de la caja, igual que un dedo con ansias de apretar el gatillo—. Cuando aquel día regresé a casa, mi intención era irme a vivir con usted, lo que ocurre es que me estaba esperando Skids, el cartero, que me traía una carta. ¿Lo recuerda?

Joss me habría abofeteado por disfrutar de la situación en vez de ir al grano, pero no la disfrutaba para nada. Lo que intentaba era aparecer lo suficientemente arrogante como para convencerla de que había volado realmente los bíos.

—La carta era de mi padre. Me contó lo que había averiguado y, tan pronto como me enteré, me di cuenta de que debía destruir también mis bíos. Y así lo hice; luego regresé a casa. Lo siento, Clare. Ya no queda ni uno. Puedo decirle dónde se encuentra Beejum, pero no le servirá para nada.

—Cuando mantuvimos nuestra pequeña charla en los baños, tu padre parecía creer que aún había algunos bíos en Victoria.

—Eso fue una tapadera. Para deshacernos de usted. Yo los destruí.

—Ya he ido a visitar la casa —comentó—. Realizaste un trabajo completo. ¿Qué usaste exactamente para volarla? —Se mostraba demasiado tranquila.

—Nitro —repuse, sintiéndome casi mareada. Se lo estaba tragando—. Y un derivado de la hidra. Algo que preparé yo misma. Recuerde que investigo en biología.

—Y yo soy bióloga —indicó—. Hace tiempo que se me ocurrió

que no se podían colocar bíos MIG en una fuente de agua caliente sin que causaran problemas. Las hidras realizan su ósmosis en el agua, pero a los bíos les resulta imposible. A medida que crecieran obturarían los gases de la fuente hasta crear la suficiente presión como para formar un géiser. Afortunadamente, mi hermana no estableció la conexión.

Se volvió y miró por encima de la barandilla hacia la costa que se acercaba a creciente rapidez.

—Siempre se ha mostrado reticente a causarle algún daño a la Hydra Corp. Cuando estábamos destruyendo la memoria de los MIG, no nos dejó incinerar el edificio, lo cual habría sido mucho más práctico que borrar la memoria. Sí nos dejó destruir la casa, pero sólo porque tenía la certeza de que su querido esposo no se hallaba en el interior. Sabía que no existía forma alguna en que pudiera convencerla de que debíamos destruir la Hydra Corp. Por suerte… —Me miró—. Ahora quiero que bajes las escaleras y que te dirijas a la rampa. Seremos las primeras en salir de este ferry. No mires hacia atrás, Ariadne, y será mejor que mantengas la esperanza de que me encuentro a tu espalda.

Estábamos entrando en el muelle. Había una multitud de gente en el borde del agua, pero no tenía que preocuparse de que saliera corriendo, no con ese brazalete mortal en torno a mi muñeca… ¿Y por qué había creído que mis posibilidades mejorarían en tierra?

Incluso entre una multitud, no podría llamar la atención de un extraño y gritarle: «¡Socorro!». Ni siquiera conseguiría emitir la palabra. Probablemente hasta le gustaría la idea de que le diera la oportunidad de matarme, pensé, experimentando pánico. Si había localizado la casa sin mí, entonces sería capaz de encontrar a Skids. Quizás había montado este episodio de modo que pudiera…

En este punto Joss me habría abofeteado con fuerza, diciéndome que estaba histérica. Pero Joss no estaba aquí…, ¿dónde demonios se hallaba? Estaba histérica, y en un minuto iba a empezar a gritar, con lo que conseguiría que ella me volara en pedazos.

Tranquilízate, me dije con firmeza. Ella quiere los bíos y tú eres la única que puede llevarla hasta ellos. Sí, ha encontrado la casa —no es estúpida—, pero no ha localizado a Beejum. Ni siquiera ha encontrado a Skids.

Me obligué a descender despacio los escalones de metal de

regreso a la popa del ferry. Me cogió del brazo y me condujo con destreza por entre la gente que empezaba a agruparse en la popa.

—¡Allá está! —gritó un hombre.

Sentí que la mano de Clare se ponía rígida en mi brazo y, luego, me soltó.

—No te vuelvas —siseó.

—¡Helena Ariadne! ¡Aquí! ¡Para el *Hourly* Province! ¿Es cierto que va a reunirse con Miles Essex en una cita secreta?

—¿Huyó de la Hydra Corp debido a que sabía que había una bomba?

—¿Es verdad que hubo un intento de matar a Miles Essex, y que usted le salvó?

Debía haber unos cincuenta periodistas en el muelle. Jamás me alegré tanto de ver a alguien en toda mi vida. Se hallaban por doquier, moviéndose por las barreras que mantenían en fila a los pasajeros de pago, trepando a la rampa antes de que se hubiera posado por completo, incluso dando vueltas en un ala de gaviota. Cada uno sostenía una holocámara, y pude distinguir a dos equipos completos de filmación con monitores y terminales de edición.

—¿Ari, sabe quién hizo volar la Hydra Corp?

Me volví y miré de frente a Clare. Podría haber dicho: «Sí, lo sé. Está aquí mismo», y ella lo sabía. Me devolvió la mirada con la misma frialdad que mostró en los escalones del Estanque de la Gloria del Alba, sopesando sus posibilidades.

Tuve la certeza de que si la señalaba y decía: «Clare», estaba muerta; y ella sabía que yo lo sabía, pero también estaba al corriente de que jamás conseguiría escapar. Oh, reinaría el caos y ella mataría a los periodistas que ya subían por la rampa para meterme unos micros bajo la nariz, pero no lograría deshacerse de todos y, lo que era más importante, no destruiría las holocámaras que me apuntaban a mí. Y a ella. Algunas la filmarían y, a pesar de sus gafas de sol y de la bufanda, y del hecho de que se suponía que se encontraba en una cama de hospital en Denver Springs, alguno la reconocería.

—¿Quién intentó matarla, Ari? —preguntó un periodista, metiéndome un micro casi en la garganta! Otro, una mujer, me cogió del brazo en el que llevaba el brazalete.

—¿Es verdad que iban tras el príncipe?

Miré inquisitivamente a Clare. Ella me sonrió y, durante un

peculiar instante, fue igual que mi madre; luego se guardó la caja en el bolsillo y comenzó a abrirse camino entre la multitud, en dirección a la rampa.

—¿Es verdad que usted y Miles Essex fueron amantes mientras estuvo usted en Victoria?

—¿Ha mantenido algún contacto con el príncipe desde que salió de Denver Springs?

—¿Cómo llegó a Victoria?

La periodista no me soltaba el brazo. Me liberé de ella y me quité el brazalete, arañándome la muñeca y despellejándome los nudillos.

—¿Es cierto que fue secuestrada por Scotland Yard?

Lancé el brazalete lejos, al agua. Quería salir corriendo hacia el puente, pero los periodistas me tenían acorralada contra la barandilla. Un periodista se lanzó tras el brazalete.

—¡No lo haga! —grité, pero éste ya había salido a la superficie, y su expresión era de espanto por el agua tan fría.

Empezó a nadar hacia la costa. Me preparé para el ensordecedor ruido de la explosión, para la repentina espuma que se levantaría, pero no ocurrió nada, y yo habría suspirado de alivio si hubiera dispuesto de espacio para respirar.

No lo tenía. A pesar del martilleo de preguntas por parte de la prensa, tampoco había forma alguna en que pudiera decir una palabra. Lo cual era estupendo, ya que, ahora que me hallaba a salvo durante los próximos minutos, tenía que decidir qué hacer. Y lo qué le iba a contar a esta manada hambrienta de periodistas.

No podía comunicarles la verdad. Joss me lo había dicho y, en cualquier caso, tenía el suficiente sentido común como para no lanzarlos en pos de los bíos. Hasta podrían llegar a encontrarlos, si es que antes no despedazaban a Beejum en su ansia de conseguir una historia; sin embargo, desvelarían algo que quizá nos hiciera perder la guerra antes de que nadie fuera capaz de apoderarse de los bíos. Clare lo sabía, de lo contrario no se habría arriesgado a dejarme tanto tiempo con ellos. Entonces, ¿qué les contaba? ¿Y dónde estaba Joss?

—¿Qué piensa del arresto de su padre bajo la acusación de traición?

—¿Qué piensa su padre de esta cita romántica suya? —preguntó la mujer que me había sujetado la mano.

—¿Qué cita? —quise saber.

Aprovechó la oportunidad de aferrarme mejor el brazo.

—¿Intenta decirnos que no sabe que el príncipe la espera en el Hotel Emperatriz?

En el Hotel Emperatriz. Aunque Joss no se encontrara con él, el príncipe podría ponerse en contacto con él. De modo que lo único que tenía que hacer era mantener a estos encantadores periodistas lo suficientemente interesados en mí como para llevarme hasta el Emperatriz.

—Tengo que ir al hotel —repuse.

—No hasta que responda a una pregunta, helena. ¿Es cierto que usted y el príncipe se casaron en secreto en la Hydra Corp?

—Sí —comenté.

Una vez el alboroto amainó lo suficiente como para permitir al capitán escoltar a todo el mundo fuera del ferry y hacia el muelle, les concedí a los periodistas una entrevista de diez minutos, luego les insistí en que me llevaran a ver a mi marido, que me esperaba. El periodista del *Hourly Province* vino con el ala de gaviota de su periódico, y yo les concedí una semiexclusiva a todos los reporteros que cupieran en el vehículo. Disfrutamos de una escolta policial hasta el Emperatriz.

Había esperado poder ver de inmediato al príncipe, en especial antes de que el resto de los periodistas llegaran al hotel, pero un guardia con el uniforme de la Commonwealth nos retuvo a mí y a los cinco periodistas que habían viajado en el ala, anunciándonos que aguardáramos en una antesala situada en la quinta planta.

Así lo hicimos, mientras los periodistas seguían con sus interminables preguntas. Casi estaban mareados ante la noción de obtener una entrevista en exclusiva con la esposa del príncipe. El periodista que se había lanzado al Estrecho en busca del mortal brazalete de Clare ni siquiera había intentado secarse.

—¿Qué arrojó al Estrecho, Ari? —preguntó. Había perdido su holocámara en las aguas y se las arreglaba con un bloc de notas empapado y un bolígrafo—, ¿Su anillo de boda?

—Parecía un brazalete —comentó la mujer que me había cogido del brazo en el ferry. Aún no me lo había soltado—. ¿Era un terminal? ¿Se lo regaló el príncipe o fue un obsequio de uno de esos admiradores que no quiere que el príncipe conozca?

—Sí, Ari, ¿de verdad pasó todo este tiempo en una caravana de

evacuados, o estaba con alguien más?

Ciertamente, poseían unas imaginaciones muy vívidas. Ya nos habían casado y divorciado incluso antes de verlo. El guardia regresó, me tomó una impresión del pulgar y de voz, y volvió a irse.

—¿Es cierto que el príncipe es maravilloso en la cama? —preguntó la mujer del *Hourly Province*—. Tiene a cientos de mujeres. ¿Qué le hace pensar que usted puede satisfacerle?

—¿Fue de verdad un intento de asesinar al príncipe o sólo una venganza por parte de una antigua amante?

—¿No teme que se produzcan más atentados contra su vida aquí en Victoria?

Sí, pensé sombríamente, y ésa es la razón de que no le pidiera al guardia que os echara a todos con vuestras holocámaras. No importaba lo insultantes que se hicieran sus preguntas, en su presencia aún había una cierta seguridad. Me habría sentido mucho más nerviosa sentada sola en una habitación.

Como en respuesta a mis pensamientos, el guardia del rostro adusto regresó, me condujo a otro cuarto y me dejó allí sola, —He de ver al príncipe de inmediato —dije, apoyándome contra la puerta de modo que no pudiera cerrarla—. Se trata de una cuestión de seguridad nacional.

Él también la estaba empujando.

—Le he sugerido al príncipe que quizá deseara refrescarse usted antes de… entrevistarse con él.

—No quiero refrescarme —comenté—. He de verlo ahora. —Intenté meter el pie en el espacio abierto, pero él tenía el *suyo* colocado allí—. Es urgente.

—Muy bien, señora —repuso, y empujó la puerta hasta cerrarla.

—¿Quiere que la peinemos o prefiere tomar un baño primero? —preguntó una voz. Me volví en redondo. Una mujer con el aspecto de una guardia de evacuación se hallaba de pie, embutida en un uniforme antiguo de doncella, con una toalla sobre el brazo.

—No quiero un baño agradable —indiqué con los dientes apretados—. Quiero ver al príncipe.

—Oh, seguro que no con ese aspecto. Mírese, sucia y con el cabello como un nido de pájaros. Eso no le gustaría nada a él. No, le daremos un buen baño y luego le arreglaremos el pelo, y quedará preciosa.

—No lo comprende. No dispongo de tiempo. No deseo un baño. Quiero ver al príncipe.

—No puede ver al príncipe así —dijo con determinación—. No pienso dejarla salir de aquí hasta que no se haya arreglado.

—De acuerdo —afirmé, abriendo el grifo para que se llenara el lavabo—. Me lavaré la cara y me peinaré, pero eso es todo.

—Y yo me llevaré sus ropas para que se las limpien. —Alargó la mano con insistencia.

—Le repito que no hay tiempo para eso.

Siguió con la mano extendida, y su expresión fue más que nunca como el de una guardia de evacuación. Le pasé mi túnica azul. Se la colocó sobre el brazo, me pasó una bata que parecía estar formada en su mayor parte por lazos de color rosa, y desapareció llevándose la túnica. Me di un rápido baño de esponja y me pasé un peine por el pelo. Escuché un golpe, y abrí la puerta creyendo que era la doncella.

Fuera había un guardia.

—He venido a escoltarla a presencia del príncipe, señorita.

—No puedo… —empecé a decir, y luego me lo pensé mejor. No sabía cuándo regresaría la doncella, si es que lo hacía, y no podía permitirme el lujo de perder más tiempo. Fui con él.

El guardia me llevó hasta lo que debía ser la última planta del Emperatriz, pasamos por un complicado proceso de identificación, y después me abrió la puerta. Me volví para preguntarle cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera ver al príncipe, pero en esta ocasión ya estaba preparado. La puerta se cerró y, al mismo tiempo, capté un vistazo de mí misma en el espejo.

Eso no resultaba difícil. Salvo la cama, que parecía llenar toda la habitación, el lugar se hallaba cubierto por unos sólidos espejos. Y allí estaba yo. Ciertamente, la bata era casi en su totalidad unos lazos y una gasa de color rosa que sólo podía haber salido del mismo tipo de tela que aquel maldito vestido mío.

La última vez que viera al príncipe había sido en las oficinas de mamá. Yo había intentado hacerle creer que deseaba seducirle con el fin de coger el termo de mamá. Había tenido éxito, tanto que Joss tuvo que rescatarme. Y en esta ocasión Joss no se hallaba presente. Tendría que ser firme con él, me dije. Deberla hablar a mucha velocidad y, tal como recordé con enfermizo detalle, el príncipe no era un buen oyente.

Me senté en la cama. Fue un error. Estaba cubierta por lo que el Emperatriz creía que era el púrpura real ideal, con un timbre real bordado para la ocasión. Al sentarme me hundí unos tres centímetros, y un aroma a rosas flotó de su oscilante superficie. Había leído acerca de este tipo de camas. Alcé la vista. Por supuesto. También había espejos en el techo.

Me incorporé y caminé alrededor de la cama, con la esperanza de encontrar una lámpara o algo que pudiera usar como un arma, pero en la habitación no había nada salvo esa obscena cama. Se abrió la puerta y me volví en redondo, con cintas rosa volando por doquier, pero sólo era el guardia, que traía una bandeja con champán y una mesita estrecha donde depositarla. La dejó cerca de mí y se marchó de nuevo. Cogí la botella de champán, pensando que, si eso no funcionaba, siempre me quedaba el cubo de hielo y después las copas. Y la mesa.

La puerta empezó a abrirse. Retrocedí hasta la pared más lejana, aferrando la botella por el cuello. La puerta se abrió del todo.

—¿Por qué —preguntó Joss— cada vez que te encuentro, siempre estás a punto de meterte en la cama con mi jefe?

Me senté en la cama antes de que se me doblaran las rodillas, sosteniendo aún la botella de champán.

—¡No tienes ni idea de lo que me alegro de verte!

—¿De veras? —inquirió—. Pensé que estabas aquí para retozar un poco con el príncipe. Me temo que se encuentra ausente, pero yo, su devoto ayuda de cámara, por supuesto, siempre estoy dispuesto a servir.

Me quitó la botella de champán y la volvió a colocar en el cubo de hielo. Si su intención era parecer reprobador, no lo conseguía…, ¿y qué le había pasado a esa maldita cara de póquer que tenía?

Parecía más que un poco satisfecho de sí mismo, lo cual, bajo las circunstancias, no era lo más apropiado.

Me puse otra vez de pie.

—Clare está aquí. En Victoria. Sabe que los bíos se encuentran también aquí. Me atrapó en el ferry e intentó que la condujera hasta ellos, pero…

—Pero te salvó un frenético grupo de periodistas que te trajo al hotel para ser devorada por su rey gitano.

—Sí, aunque ella escapó, lo cual significa que aún anda suelta.

Hemos de encontrar los bíos antes que ella. —Me dirigí hacia la

puerta, rodeada por una nube de cintas.

—¿Crees que es una buena idea salir con esa ropa? Es llamativa.

Los periodistas aún siguen abajo. Esperan que estés con el príncipe por lo menos un par de horas más. Él tiene que mantener su reputación. —Cogió una de las cintas y la frotó con delicadeza contra mi brazo desnudo—. Tal como lo ponen los periódicos, puede que te quedes aquí un par de días. Después de todo, es tu luna de miel.

—Se sentó en la cama y empezó a quitarse las botas. El aroma de rosas inundó la estancia—. ¿Qué quieres hacer? ¿Jugar al ajedrez con el ordenador, una partida de bridge de dos, o divertirnos con el antiguo Trivial Pursuit?

—¿Quieres comportarte con seriedad? —comenté—. Clare se encuentra en Victoria y, con o sin mi ayuda, va a dar con Skids.

Hemos de localizarlo antes que ella. Hemos de averiguar dónde está Beejum.

—Yo sé dónde está —anunció. Se echó sobre el cubrecamas púrpura con las manos detrás de la cabeza—. Min y yo lo dedujimos ayer. ¿Sabes?, sus intuitivos son realmente valiosos. Trabajando con sólo tus cartas y unos pocos hechos que se sabían sobre la dudosa señora Ponsonby, dedujo la teoría de que, si el bebé había sufrido algunas quemaduras, la señora Ponsonby, sin lugar a dudas, se quedaría con los niños, ya que los beneficios médicos de los evacuados son mucho mejores que los cheques de evacuados, pero no podía hacerlo porque había perdido su casa, y si las autoridades se llevaban a los niños se los asignarían a otras personas que cobrarían esos cheques. Además, si los dejaba marchar, perdería la oportunidad de entablar una demanda considerable, mientras que, con las gemelas vendadas, probablemente podría cobrar un pellizco, así que consiguió que un amigo o un pariente los alojara hasta que ella encontrara un lugar para vivir.

—Su hermana —dije.

—En Yellowknife. Correcto. Eso es lo que expuso Min. Y allí es donde estaban. —Se apoyó sobre los codos—. Chilkie, Verity Ann y Beejum vienen hacia aquí. Dos de los mejores agentes que tengo los están escoltando, fingiendo que son los padres de Verity Ann. Llegarán antes de una hora.

—¿Es seguro con Clare suelta?

—En este momento Clare se halla camino de Yellowknife. Gracias a Skids, el cartero, acaba de descubrir que es allí donde se encuentran los chicos; él mismo vendrá dentro de poco, después de proporcionarle la información que yo le preparé. Te estaba esperando en el muelle. También Min es la responsable de haber hallado a Skids, el cual ha resultado bastante útil. Cuando Clare llegue a Yellowknife, la hermana de la señora Ponsonby le dirá que los chicos fueron llevados a un centro de refugiados en High Prairie. Y, para cuándo llegue allí, nosotros ya tendremos los bíos.

—¿Y si la hermana de la señora Ponsonby le cuenta dónde se encuentran de verdad los chicos?

—No lo hará. Porque en estos momentos la señora Ponsonby se halla detenida acusada de fraude y malversación de los fondos de la Cruz Roja, y su hermana está ansiosa por liberarla antes de que la señora Ponsonby inculpe a su hermana. Fue idea de Min. Si por casualidad Clare se pusiera en contacto con la señora Ponsonby, ésta piensa que los chicos se encuentran en Calgary. También fue idea de Min. En realidad, sus intuitivos son muy buenos. Lo único que nos queda por hacer es esperar, querida mía, y atender a los medios de comunicación.

—¿Y si algo saliera mal y se topara con ellos de camino?

—No se encontrará con ellos, Ari.

—¡Es peligrosa, Joss! En el ferry me colocó un brazalete que era una bomba.

—¿De veras? —preguntó. Se puso de pie.

—Sí, y puede que me haya colocado alguna otra especie de aparato de seguimiento, a mí o a alguno de los reporteros que me acompañaban. —Se puso a soltar las cintas que mantenían mi bata unida—. Es muy inteligente y peligrosa, y hará cualquier cosa para encontrar esos bíos y…, ¿qué estás haciendo?

—Has dicho que el aparato podía estar en cualquier parte. Tendremos que buscarlo. —Sonrió—. Puede que haya intervenido esta ridícula bata de cintas. Si ha sido así, hemos de sacarte de ella.

—¡Joss! ¡Esto no es gracioso! —Retrocedí, y la parte posterior de mis rodillas chocaron contra la cama, y a punto estuve de caer de espaldas.

Su tono de voz cambió.

—Sé que no es gracioso. Estoy aquí, a solas contigo, y permaneceremos encerrados en esta habitación por lo menos una

hora, mientras esperamos a que llegue Beejum, y no podemos irnos de aquí porque un ejército de periodistas se encuentra ahí afuera, aguardando informar de la última aventura romántica del príncipe, y ninguno de los dos puede salir de esta habitación sin arruinar una tapadera absolutamente necesaria. Mientras tanto, la imaginación de esos reporteros corre desbocada, y tú estás aquí con esa ridícula bata, con un aspecto más bien devastadoramente hermoso. Como siempre. No, definitivamente, no es gracioso.

—Oh —comenté—. Tú enviaste a los periodistas, ¿verdad?

—No —repuso, dando otro paso que lo acercó más mí—. Yo envié a la reportera del *Hourly Province*, con instrucciones de no soltarte bajo ninguna circunstancia.

—No lo hizo.

—Y a un agente de Scotland Yard.

—Que se lanzó al Estrecho.

—Que se lanzó al Estrecho. —Joss estaba teniendo problemas con las cintas. Resultaban casi imposibles de desatar—. Te brindé toda la protección que pude sin ir yo mismo a rescatarte, lo cual me era imposible de hacer sin estropear la tapadera del príncipe. —Consiguió soltar la cinta superior.

—¿Dónde se encuentra el príncipe?

—Está aquí. No es el playboy que describen los periódicos, aunque sí es un seductor. Además, es uno de mis mejores hombres en Scotland Yard. Tan pronto como consigamos los bíos MIG, se los llevará a Yellowknife. —Casi había conseguido desatar el último nudo—. ¿Deseas que te ate algún otro cabo suelto, Ari?

—¿Qué me dices de Min? —pregunté, sin aliento—. Si sus intuitivos son tan buenos como tú comentas, ¿cómo lograste atravesar sus sistemas de seguridad?

—Le revelé algo que ella ya había deducido. En realidad, son muy buenos. Quizá tengamos que contratarla para Scotland Yard.

—Soltó la última cinta—. Le dije que estaba enamorado de tí.

del Victoria Hourly *Province*

Essex se fuga:

¡Se casa con Ari!

«Nos casamos la noche que se celebró la Fiesta», comentó la reciente esposa del príncipe, antes la helena Ariadne, en una entrevista exclusiva para el *Victoria Hourly Province*. «Nos fugamos tan pronto comenzó el baile.»

Sentada en una silla de terciopelo en el Hotel Emperatriz, Ariadne, de diecisiete años, parecía ajena a la especulación que surgió en torno a su desaparición de la Hydra Corp. «Fui a comprar mi ajuar», explicó la belleza morena cuando se le preguntó sobre su ausencia de tres días después de la explosión que se produjo en la Hydra Corp. «Una mujer necesita algunas cosas frívolas para su luna de miel, ¿no es cierto?»

Aunque el romance fue repentino, Ariadne niega que se tratara de algo nuevo. «Hemos estado enamorados desde que Essex llegara a la Hydra Corp», explicó. «Mi madre me envió a Victoria para mantenernos separados, pero no funcionó. Siempre que podíamos nos encontrábamos en secreto en el Hotel Emperatriz. Ésa es la razón por la que decidimos pasar aquí nuestra luna de miel.»

Las nuevas noticias del matrimonio secreto del príncipe han sacudido a la Commonwealth. El abuelo del príncipe, el Rey Pedro, no ha estado disponible para emitir algún comentario. «Por supuesto, no me aprueba», indicó la nueva princesa. «Pero, con el tiempo, el abuelo me aceptará. No le quedará otra salida.»

16

ALGUIEN llamó a la puerta. Parecían haber estado golpeando durante un buen rato mientras yo besaba a Joss. Él tampoco reaccionó como si lo hubiera escuchado. Empezaba a preguntarme si debía comentar algo cuando Joss me soltó y comenzó a ponerse las botas.

—Parece que te ha salvado la campana —dijo, empujando con fuerza la bota—. Otra vez.

—No quiero que me salve la campana —comenté—. Te amo.

—Yo también te amo —anunció, y me besó en la frente—. Pero hay alguien en la puerta.

—Quizá se trate de un periodista —indiqué con esperanza.

—Si lo es, regreso en seguida —dijo, y me volvió a besar con suavidad.

Sin embargo, se dirigió hacia la puerta interior por la que había entrado antes, donde le escuché decir: «¿Cómo demonios ocurrió eso? Creí que estaban vigilándola», antes de que se cerrara.

Sentí que me recorría un temor helado. ¿Estaría, después de todo, Clare en Victoria, junto a Chilkie, Beejum y el bebé que regresaban en el ferry? ¿Y si se los hubiera encontrado cuando subían al ferry, del mismo modo que me encontró a mí? Con o sin tapadera, deberíamos ir a recogerlos nosotros mismos. No podíamos correr el riesgo de que Clare los encontrara… Capté un reflejo múltiple de mí en los espejos, descalza y llevando una bata transparente. No pensaba ir a ninguna parte vestida de esta forma.

Tanteé a los lados de los paneles de espejo en busca del interruptor que había abierto la puerta hacia el cuarto interior al que había salido Joss, localicé un botón y lo apreté sin la esperanza

de que la abriera, y me quedé sorprendida cuando lo hizo. Pero no se trataba de una puerta. Era un armario. Miles debía de mantenerlo activado de modo que cualquier mujer pudiera abrirlo, para facilitarle el proceso a todos sus amores. Por lo menos, esperaba que ése fuera el caso. No me gustaba pensar que había introducido mi huella para futura referencia.

El armario estaba lleno de ropa, aunque ninguna me iba a servir de mucho. Había una larga hilera de vestidos transparentes colgados de perchas rosas, lo cual, en sí mismo, ya era toda una proeza, puesto que ninguno tenía la suficiente tela como para permanecer en un colgador o, para ese caso, en sus conquistas.

En un extremo del armario había un pequeño holo de moda, presumiblemente para que las conquistas pudieran invocar lo que deseaban sus fantasías (o las de Essex), pero no disponía de tiempo para ordenar algo, y además con toda probabilidad el holo no estaba programado para nada más que no fueran gasas y plumas. Revolví deprisa entre la ropa, tirando la mitad de los así llamados vestidos sobre el suelo enmoquetado, sintiéndome más frustrada a cada minuto que pasaba. Joss iba a regresar y a decirme que tenía que marcharse y que yo me quedara aquí, y yo no estaría en posición de acompañarle a menos que me envolviera con el cubrecamas púrpura.

Finalmente, casi al fondo del armario, encontré unos pantalones y una chaqueta. Me los puse, contenta de que cubrieran mi desnudez. Me estaban un poco grandes, lo cual resultaba estupendo.

Joss volvió a abrir la puerta.

—Oh, bien —comentó—, has encontrado algunas ropas. Tenemos que ir al encuentro de los chicos en el ferry.

—¿Por qué? ¿Está Clare en Victoria?

—No. Skids le entregó nuestro mensaje a Clare y, luego, se marchó y vio cómo ella subía al ferry. Uno de mis agentes la observó partir y la siguió hasta el puerto de tierra. Se halla camino de Yellowknife. Clare no representa ningún problema. Tu madre sí. Viene hacia Victoria. ¿Puedes encontrar algo para taparte el pelo? Tu foto ha aparecido en todos los periódicos. Los chicos se encuentran a salvo en el ferry, uno distinto al que abordó Clare, y que arribará en treinta y cinco minutos. El plan original era que mis agentes los trajeran hasta el Emperatriz, pero eso es demasiado

arriesgado cuando no sabemos dónde está tu madre. Nos los llevaremos a alguna otra parte. Mi hombre conseguirá la dirección de una casa segura que podamos utilizar.

—¿Mi madre viene a Victoria? —pregunté con cierta perplejidad. Joss asintió. Abrió otro armario que debía ser el de Miles, sacó una gorra azul de fieltro de un estante lleno de sombreros y me la puso encima del cabello.

Uno de los sombreros tenía un ala ancha y un penacho, y parecía haber un juego de armaduras apoyado contra la pared del armario.

—¿Qué es lo que hace Essex aquí? —pregunté. Joss metió unos mechones sueltos bajo la gorra.

—Cuando todo esto haya acabado, reservaremos esta suite para un fin de semana e intentaremos dilucidarlo. —Bajó la visera de la gorra un poco más, rebuscó en sus bolsillos y me pasó un bloc de notas y un bolígrafo—. Habrá periodistas en cada salida. Incluyéndonos a nosotros. ¿Preparada?

Asentí, y él apoyó una mano sobre un espejo. La puerta de la suite se abrió y Joss asomó la cabeza con cautela, inspeccionó ambas direcciones y me indicó que le siguiera.

Había un hombre vestido con ropas corrientes y otro con el uniforme de ayuda de cámara de Joss que se parecía lo suficiente a él como para tener la oportunidad de engañar a los reporteros que aguardaban fuera de la habitación. Supuse que los dos serían hombres de Scotland Yard. Recorrimos dos pasillos vacíos y nos metimos en un ascensor de servicio. Mientras bajábamos, el agente con las ropas corrientes se colocó un sombrero de fieltro típico de la prensa y sacó un micro.

—Quédate cerca de mí y no dejes de retroceder —me comunicó Joss cuando las puertas del ascensor se abrieron a otro pasillo vacío —. Si tienes que hacerlo, agárrate a mí y no pronuncies ni una sola palabra. —Se detuvo ante la puerta, le hizo un gesto a los dos hombres y, después, la abrió, gritando—: Mi fuente afirma que se han casado en secreto. ¿Usted lo niega?

—Sin comentarios —repuso el doble de Joss.

Por lo menos supongo que eso es lo que dijo, ya que, de repente, nos vimos fuera y rodeados por periodistas que gritaban preguntas en mi oído, Joss entre ellos. El agente del micro prácticamente se lo metió en la garganta del que se parecía a Joss y

rugió:

—¿Es cierto que el príncipe Essex acusó a la madre de su esposa de traición?

Perdí de vista a Joss en el remolino de reporteros.

«No dejes de retroceder», había dicho Joss, y lo intenté, pero resultaba casi imposible. Los periodistas no cesaban de empujar en dirección a la puerta. El doble de Joss intentaba cerrarla, pero la periodista del *Hourly Province*, la que me había traído al Emperatriz, había plantado con firmeza el pie en el marco.

Me detuve, temerosa de que alzara la vista y me viera, y eso consiguió lo que mis forcejeos no lograron. Los periodistas pasaron a mi lado, yo perdí el bloc, el bolígrafo y casi la gorra, y de pronto me encontré en la retaguardia de la aullante masa. Miré hacia atrás y vi a Joss en el borde mismo de la multitud, empujado por dos mujeres que ni siquiera me echaron un vistazo.

—Vamos —dijo, y giramos por una esquina y nos metimos en un callejón.

El otro agente estaba apoyado contra una pared y miraba su terminal de muñeca.

—El ferry ha entrado —anunció—. Emprendamos la marcha.

Iniciamos la carrera. Bajamos por un callejón que había a dos manzanas, y después dimos una vuelta que nos condujo al puerto. Las sirenas que indicaban un raid de luz comenzaron a aullar.

—Maldición —dijo Joss—. ¡Qué mala suerte!

—¿Se trata de un raid de verdad o seguimos avanzando? —pregunté.

—Es de verdad —repuso el hombre de Scotland Yard—. Ayer por la tarde nos atacaron dos veces en Port Townsend y una en los muelles. También hundieron un ferry que hacía su entrada.

—¿Dónde se encuentra el refugio más próximo? —quiso saber Joss.

—El Emperatriz tiene uno, pero no podemos regresar allí —indicó el agente—. Todos los periodistas habrán…

—Por aquí —dije, y eché a correr hacia el puerto.

Había un refugio en el sótano del viejo edificio del Parlamento. Quedé atrapada allí durante una práctica cuando fui a recibir el ferry de la señora Ponsonby para recoger unos cuantos y beneficiosos huérfanos.

Vimos las primeras luces en el extremo norte de la ciudad justo

cuando bajábamos por las estrechas escaleras. Debí detenerme para mirar. Me sorprendió comprobar que los láser atacaban de verdad a la neutral Victoria. Joss me empujó al interior del oscuro sótano.

El sótano rondaba los trescientos años de antigüedad. Se trataba de una enorme estancia de piedra con un techo alto y abovedado y sólidas columnas. En el refugio ya había una docena de personas, la mayoría de ellos empleados del puerto que olían a pescado. No prestaron atención a nuestra entrada ni tampoco a los raids. Varios de los hombres estaban jugando a las cartas sobre un cajón invertido. Otro había puesto su abrigo bajo la cabeza y se hallaba profundamente dormido.

Pude escuchar la sirena de los bomberos corriendo hacia el norte.

—No son los barcos —explicó uno de los hombres, en el mismo tono de voz que habría empleado para decir: «Veo tus diez y los subo».

Se escucharon más sirenas, bien de los bomberos o de las ambulancias, y esta vez mucho más cercanas.

—Chilkie y Beejum —comenté—. ¿Y si el ferry recibió un impacto?

Joss me rodeó con su brazo.

—Estarán bien —dijo—. No podemos salir ahora.

Lo sabía, pero eso no me ayudó. El hombre de Scotland Yard le había comunicado a Joss que ayer habían hundido uno de los ferrys. No dejaba de imaginarme a Chilkie y a Beejum al lado de la barandilla, observando la costa. Chilkie estaría sosteniendo a Verity Ann y señalando las gaviotas. Ni siquiera sabrían qué los había abatido.

Escuché el sonido apagado de una explosión.

—Un depósito de petróleo en Malahat —comentó uno de los jugadores, sin alzar la vista. Arrojó las cartas sobre el cajón y dos de ellas cayeron por unas rendijas al suelo húmedo—. No voy.

Transcurrió una eternidad hasta que sonó el fin de la alarma. Me lancé hacia la puerta con Joss y el otro agente pegados a mis talones. Corrí todo el camino hasta el muelle del ferry y, entonces, me detuve cuando vi al ferry amarrado a salvo. Las alas de gaviota y los coches terrestres no habían sido descargados, pero estaba claro que los pasajeros habían abandonado el ferry cuando atracaron durante el raid de luz.

—¿Hay otro refugio al que hayan podido ir? —preguntó Joss, observando el ferry vacío.

—Sí —repuse—. Por aquí.

Les conduje a la oficina del ferry. La gente subía por los escalones de piedra. Reconocí a Skids.

—No están aquí —anunció desolado Skids, hablándonos a Joss y a mí al mismo tiempo—. ¡Toda esta gente es del ferry y ellos no están aquí!

—Se suponía que no debías moverte —indicó Joss, irritado.

—Mire, he hecho todo lo que me pidió, y ahora quiero ver a Chilkie. Me lo debe —dijo Skids.

Probablemente no había confiado más en Joss de lo que lo hubiera hecho con la señora Ponsonby en lo que concernía a un evacuado. Había obrado por cuenta propia, bajando a los muelles para reunirse con Chilkie.

Joss no le contestó a Skids. Miraba por encima de su cabeza a la gente que subía por la escalera; supuse que estaría buscando a sus agentes.

—No están aquí —repitió Skids—. Llegué unos minutos después de que se iniciara el raid de luz, vi el ferry vacío y bajé al refugio. No vinieron.

Justo entonces un hombre y una mujer, ambos con gabardina, aparecieron calle arriba andando a gran velocidad. Joss les miró y frunció el ceño; luego se apresuró a salirles al encuentro. Se detuvieron en mitad de la calle, hablaron durante un momento y, entonces, el hombre corrió hacia la oficina del ferry y Joss y la mujer se reunieron con nosotros.

—Los chicos se les escabulleron durante la confusión al entrar en el refugio —anunció Joss—. Chilkie llevaba en brazos a Verity Ann y a Beejum cogido de la mano. Tan pronto como mi gente descubrió que no estaban, salieron a buscarles. No los han encontrado. Mandé a Edwards a telefonear para pedir que se dedicara más gente a la búsqueda.

Pero Edwards ya venía corriendo de la oficina del ferry.

—Las líneas de comunicación están cortadas por el raid —explicó, jadeante.

—No pueden haber ido muy lejos —dijo la mujer que había actuado como la madre de Verity Ann.

—De acuerdo, esto es lo que vamos a hacer —indicó Joss—.

Skids, quiero que tú y Ariadne regreséis a correos y le contéis al hombre que tengo allí lo que ha sucedido.

—Me gustaría quedarme contigo —protesté.

—Yo no soy su chico de los recados —comentó Skids.

—Escucha, muchacho. Harás lo que te diga o te arrestaré antes de que puedas siquiera parpadear. Quiero tenerte a salvo en corros con mi gente, de modo que no tenga que preocuparme por ti mientras organizo la búsqueda de los chicos.

Lo cual no sería nada fácil con las líneas del com cortadas. Y no era por Skids por quien se preocupaba. Era por mí.

—Cuando llegues allí, no te muevas —continuó Joss—. Esto no es un juego, muchacho. Hay gente que anda suelta que sabe quién eres y que puede llegar a matarte.

Me mordí el labio. Clare iba camino de Yellowknife; por lo tanto, se refería a mi madre, que venía hacia aquí.

—Vamos, Skids —le dije.

Le cogí del brazo, pero se soltó. Creí que iba a discutir; sin embargo, bruscamente, se volvió y se dirigió hacia su scooter. Tampoco protestó cuando me subí tras él.

Condujo el scooter dos manzanas hacia la oficina de correos y, luego, miró por encima del hombro hacia el muelle.

—Bien —comentó—. Ya se han marchado. De repente cambió de rumbo, colina arriba.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A mi casa —contestó—. Probablemente Chilkie fue allí.

—Se lo tendrías que haber dicho a Joss —indiqué.

—No me habría escuchado —comentó Skids—. Y, si lo hubiera hecho, no nos habría dejado ir. Quiero ver a mi chica.

—¿Y si no está allí?

—Entonces, tú y yo podemos pasar la noche juntos. Mi casa es mucho más agradable que la oficina de correos. —Atravesó unos carriles y se metió en el puente.

—Sabía que toda esa charla de que Chilkie era tu chica era una mentira —comenté con desprecio—, ¡Sigues siendo un Romeo infiel!

—¿Yo? —repuso, sonando genuinamente perplejo—. ¿Y qué me dices de ti? He leído lo que han escrito sobre ti en los periódicos.

Enrollándote con el príncipe y con el capitán Liddell. ¡Mira

quién habla de infidelidad!

Cruzó el puente y se apartó del pavimento. Empezaba a oscurecer y, durante un momento, creí que Skids se había equivocado de camino. Siguió un polvoriento sendero que conducía hasta el agua y después giró, metiéndose debajo del puente. Paró el scooter y bajó el pedal de apoyo.

Bajo el puente había una especie de cabaña, compuesta sólo por unas tablas clavadas contra una columna de soporte y el cemento. Skids apartó tres tablas que formaban una destartalada puerta.

—Bienvenida a mi apartamento —dijo, entrando.

—¡Skids! —Era la voz de Chilkie. Entré—. ¡Ariadne!

Se alegraba de verme, aunque se alegró más de ver a Skids. Me plantó a Verity Ann en los brazos y se lanzó a los de él. Verity Ann necesitaba que le cambiaran los pañales, y había estado llorando durante tanto tiempo que tenía la piel irritada. La apreté contra mi pecho y también sentí deseos de llorar. Chilkie seguía en brazos de Skids, farfullando, mientras yo caía en la cuenta de que no había ningún sitio en el que ocultarse en el montón de mantas rotas y sucias, latas viejas y botellas que Skids llamaba su apartamento.

—¿Dónde está Beejum? —pregunté, con voz tan alta que VerityAnn empezó a berrear de nuevo.

—Tienes que ayudarme a encontrarlo —repuso Chilkie—, Cuando comenzó el raid salió corriendo y giró en una esquina por delante de mí. Yo salí disparada tras él, pero Verity Ann soltó el biberón.

Tuve que volver a recogerlo. Era el último que tenía. Para cuando lo encontré y fui en pos de Beejum, había desaparecido. El cielo era un caos de disparos láser y él estaba llorando, igual que Verity Ann, y…

—No te preocupes —intervino Skids—. Lo encontraremos, y si no lo hacemos nosotros hay un montón de gente buscándolo y ellos lo localizarán. ¿Cuán lejos puede ir un niño pequeño?

—Hasta la misma Yellowknife —comenté, pensando en Pete, que sólo era un par de años mayor que Beejum y que, no obstante, había conseguido fugarse de los guardias de evacuación y llegar hasta Denver Springs—. ¿Corría en dirección al ferry cuando lo perdiste de vista?

—No, iba hacia el refugio, y ahí es donde pensé que estaría —dijo Chilkie, ahogando un sollozo—. Oh, Ariadne, si le pasara algo,

yo…

—Probablemente se encuentra en uno de los refugios —indicó Skids—. Seguro que ya lo han encontrado y nosotros nos estamos preocupando por nada.

—¿Adónde iría? —pregunté—. ¿Mencionó algo?

—No, él…, no sé —comentó Chilkie, y se puso a llorar de nuevo.

Skids cogió un trapo sucio del caos reinante en el suelo y se lo pasó—. No dejó de hablar de fugarse durante todo el trayecto hasta Victoria —continuó, sonándose la nariz—. No paró de decir que la gente que había venido a recogernos no eran los padres de Verity Ann, que eran espías, y que huiría a la primera oportunidad que tuviera.

—Eran espías —corroboré sombríamente—. Joss y yo tendríamos que haber supuesto que unos agentes no podían traeros hasta Victoria sin daros ninguna explicación y que Beejum, de inmediato, lo convertiría todo en una historia de espías.

—¿Quién es Joss? —preguntó Chilkie alzando la vista del sucio pañuelo, con los ojos brillantes por el interés y olvidándose por el momento de seguir llorando.

—No importa —respondí—. Lo que ahora importa es dónde está Beejum. ¿Comentó lo que pensaba hacer una vez escapara de esos espías?

—Dijo que sabía lo que buscaban y que no lo iban a conseguir.

Porque él lo había escondido.

Sin quererlo, pensé en Pete cuando me confesó que había escondido algo en su casa después de un raid de luz. «Yo me oculté allí durante dos semanas antes de que los guardias de evacuación me descubrieran. Regresaré allí tan pronto como me escape de aquí.»

—La casa —dije—. Apuesto que fue a lo de la señora Ponsonby. Es el único lugar donde podría haber ocultado los bíos.

—Pero estalló —indicó Chilkie.

—Lo sé —afirmé, acomodando a la lloriqueante Verity Ann en mis brazos—, pero apuesto que se encuentra allí. Lo mejor es que vayamos a buscarlo a la casa.

—Una excelente idea, Ariadne —comentó la voz de Clare a mi espalda.

De repente, Verity Ann dejó de llorar. Me volví, apretándola

todavía contra mi pecho, y Clare cruzó la puerta. Skids soltó a Chilkie y bajó la mano para coger algo de su bota, pero lo pensó mejor cuando vio la pistola que ella sostenía.

—Iremos a buscarlo a la casa de la señora Ponsonby —continuó Clare. A él y los bíos. Claro que los bíos están allí. Lo veo en tu rostro. Gracias, querida sobrina, por ser tan transparente.

del *Victoria Hourly Prooince*

¡Se han cumplido las predicciones de Mona
acerca del raid de luz!

Ustedes lo vieron primero en el *Victoria Hourty Province*. Las sirenas de la neutral Victoria aullaron a las 04:00 horas y, por primera vez, no se trataba de un simulacro. Varios satelbat tomaron puntería y calcinaron los edificios y las tiendas de antigüedades victorianas de Port Townsend, dejando ese distrito comercial único en llamas, para continuar hasta el Museo Provincial de Victoria. Aunque el museo había sido laminado con aluminio sólo unos días atrás, el satelbat pudo mantener su objetivo durante los cuarenta segundos necesarios para penetrar la defensa porque, sorprendentemente, ¡Victoria no posee ningún GTA! Fue un GTA de los Estados Occidentales el que, finalmente, desvió el haz, pero no antes de que el viejo museo ardiera en llamas.

«Hemos perdido una parte irreemplazable de nuestra historia», se lamentó la directora del Museo Provincial, Hannah Klipsh. «No veo cómo podemos seguir siendo neutrales tras un ataque semejante. ¿Es que nuestros funcionarios están locos?»

Los funcionarios se niegan a realizar algún comentario oficial, pero fuentes del Parlamento dicen que el peligro aún no ha pasado. Se advierte de forma extraoficial a los residentes de Victoria que permanezcan cerca de algún refugio para protegerse contra los raids de luz y que se preparen para lo peor.

(Port Townsend, cama-y-desayuno después de un ataque láser, Pantalla 7.)

17

—OH, querida, no pareces feliz de verme —comentó Clare—, ¿Qué sucede, Ariadne? ¿Es que no hay periodistas que te puedan rescatar esta vez? Dime, ¿disfrutaste de tu fugaz romance con el príncipe? Esperaba que los dos os reunierais con Skids en el ferry, pero a cambio trajiste a Liddell. Gracias por dejarlo atrás en esta ocasión.

Miré a Skids y a Chilkie. Ella se asomaba por encima del hombro del muchacho, más sorprendida que asustada. Pero Skids seguía cubriéndola, manteniendo su cuerpo entre la pistola de Clare y Chilkie. No había duda de que él comprendía el peligro, aunque Chilkie no lo hiciera.

Mantenla quieta, Skids, me dije silenciosamente mientras pensaba en lo que podía hacer. La barraca era pequeña, y Clare se hallaba a sólo medio metro de mí. Sin embargo, bloqueaba el camino a la puerta y, con Verity Ann en los brazos, ¿qué podía hacer?

—Y tú, conquistador, en ningún momento creí la historia que me contaste sobre que Chilkie y los niños estaban en Yellowknife. No con la gente de Joss Liddell dando vueltas por la oficina de correos todo el día. Si tú estabas en Victoria, también lo estaba Chilkie o, tal como resultó, venía hacia aquí.

—Liddell llegará en unos pocos minutos —indicó Skids—. Venía justo detrás nuestro.

Clare se rio, y el sonido que produjo me dio escalofríos.

—Yo estaba oculta detrás de la puerta antibombas del refugio. Escuché cada palabra. Liddell está inspeccionando el puerto en busca de los chicos, y cree que tú y Ariadne habéis regresado a la

oficina de correos con sus agentes. —Volvió a reírse—. Dispuse de tiempo suficiente para salir por la puerta trasera e ir hacia mi ala de gaviota. En esta ocasión ni siquiera tuve que emplear el aparato de seguimiento que coloqué en tu scooter. Te tuve a la vista todo el tiempo.

—Mire —intervine—, Skids y Chilkie no tienen nada que ver con esto. Déjelos ir.

—No desperdicies tu aliento. Por supuesto que están involucra dos. Incluso esta pequeña y desvalida niña. —Alargó el brazo para hacerle cosquillas a Verity Ann debajo de la barbilla. La aparté del alcance de Clare—. Quiero los bíos, Ariadne.

—Pero yo no los tengo —repuse—. Ni siquiera sé dónde están.

—Pero Beejum sí. Y ahora se encuentra en casa de la señora Ponsonby, o eso es lo que comentabais cuando entré.

—Sólo era una conjetura —comenté, desesperada—. ¿Quién sabe dónde ha ido de verdad? Quizás alguien le haya visto dando vueltas.

Un pequeño como él, sólo durante un raid de luz, habrá llamado la atención. Los guardias ya deben tenerlo, y Joss estará al corriente.

Sin embargo, Clare sacudió la cabeza, mostrando una sonrisa divertida.

—Los huérfanos, durante la guerra, son demasiado listos para dejarse atrapar, incluso cuando están asustados. Lo sé por experiencia propia. Medea no era mucho mayor que Beejum cuando nos encontraron. Lo que jamás supieron era que llevábamos viviendo solas más de un año. —Mostró una expresión de orgullo parecida a la de mi madre—. No intentes convencerme de lo que son o no son capaces de hacer los huérfanos, Ariadne. A ese niño no le localizarán hasta que él quiera. A menos, por supuesto, que se ponga en contacto con él un amigo. Un amigo en quien él confíe, como tú.

—Volvió a sonreír gélidamente—. Pero primero… —Miró a Skids y a Chilkie, con los nudillos blancos a medida que apuntaba con más cuidado la pistola de cañón corto.

—¡No! —exclamé—. No los mate. Si lo hace tendrá que matarme a mí también, y entonces jamás encontrará a Beejum.

Titubeó, pero no creo que lo que la detuviera fuera mi amenaza.

Alguien podía llegar a escuchar un disparo, incluso bajo un

puente, y decidirse a investigar.

—Átalos, Ariadne. Asegúrate de que sea un buen trabajo, ya que, por supuesto, lo comprobaré.

Le pasé Verity Ann a Clare, con la esperanza de que la cogiera sin pensarlo y que, al alargar los brazos para recibir a la llorosa criatura, perdiera durante un minuto el control de la pistola; sin embargo retrocedió, sin dejar de apuntarme.

—No creíste que eso iba a funcionar, ¿verdad, Ariadne? Suelta al bebé.

—No puedo dejarla en el suelo. Está sucio —dije, reticente a soltarla. Mientras la tuviera en mis brazos, Clare no podría dispararle sin dispararme a mí, y aún no se atrevía a hacerlo, pero sabía que no tendría ningún reparo en silenciar a un bebé que, al llorar, ayudaría a que la gente supiera dónde nos encontrábamos.

—Suéltala —repitió amenazadora. Verity Ann se puso a llorar de nuevo.

—Shhh —susurré, acunándole la cabeza en el hueco de mi cuello—. No llores. Sshhh.

Recorrí los pocos pasos hasta el puntal de cemento del puente que formaba la pared posterior de la barraca de Skids y la deposité sobre una manta imposiblemente aceitosa y sucia que había detrás de un montón de cacharros y sartenes que, quizá, lograran desviar el proyectil. Luego retrocedí y me agaché en busca de algo con lo que pudiera atar a Skids y a Chilkie, con la esperanza de hallar algún cuchillo o incluso una botella rota entre la basura del suelo. Skids observaba un baúl de plástico blanco que había en un rincón. De momento lo ignoré, alcé un saco de dormir hecho jirones para mirar debajo, y luego rebusqué en el interior de una cesta, pero estaba llena de trapos.

—El baúl —indicó con frialdad Clare.

Suspiré, me acerqué al baúl e intenté abrirlo. Estaba cerrado.

Insistí, con la esperanza de que siguiera cerrado hasta que se me ocurriera algo. Pero se abrió por cuenta propia apenas tocarlo un poco. Dentro había pintura de aluminio, barras de chocolate y una serie de cosas que, probablemente, habían sido robadas de la oficina de correos; incluso había dos latas de salmón y un rollo de cinta de empaquetar. Así que la guerra no era la única responsable de la poca fiabilidad del correo. Miré a Skids.

—No he robado nada —anunció Skids—. Son paquetes para

gente que ya no vive en esos domicilios.

—No hay ninguna cuerda —le dije a Clare.

—La cinta, Ariadne —ordenó Clare—. Usa la cinta de empaquetar.

Era una cinta de plástico gruesa, con dobles refuerzos. Seguro que resistiría más que la cuerda. La saqué y cerré el baúl.

Clare se había acercado hasta el montón de cacharros y sartenes.

—Sentaos apoyando las espaldas el uno en el otro —les indiqué a Chilkie y a Skids. Despegué un trozo de cinta.

—Átalos por separado —dijo Clare. Apoyó la pistola sobre la cabeza de Verity Ann. Até a Skids a su única silla y a Chilkie al puntal. También me obligó a amordazarlos. Miré a Verity Ann. Había cogido una esquina de la aceitosa manta y chupaba con vigor quién sabe qué horribles gérmenes. Si la amordazaba a ella quizá se ahogara, pero tenía la certeza de que Clare no la excluiría del proceso.

—Nos llevaremos al bebé con nosotras —comunicó Clare.

No estuve segura de si eso me alivió, pero al menos no tendría que preocuparme por la mordaza. Chilkie y Skids se encontrarían muy incómodos; no obstante, no se ahogarían como lo haría Verity Ann.

Clare comprobó las ligaduras de Skids y de Chilkie; luego, con un gesto, me indicó que cogiera a Verity Ann.

—Ve tú por delante —dijo—. Mi ala está al lado de un árbol que hay a un lado del camino.

Alcé a Verity Ann y le quité la manta de los dedos. Abrió la boca para gritar. Se la devolví.

—Deberíamos marcharnos —comenté, y abrí la puerta.

Esperaba que Joss o alguien estuvieran esperando en el exterior, y me preparé para que me empujara y se abalanzara sobre Clare. Pero no había nadie. Reinaba una completa oscuridad bajo el puente, y silencio.

Lo único que me quedaba era la esperanza de que Joss hubiera averiguado que Skids y yo nunca aparecimos en la oficina de correos e intentara localizarnos. Sin embargo, hasta donde yo sabía, no tenía razón alguna para comprobar nuestro paradero. Confiaba en mí para que fuéramos al lugar que se suponía debíamos ir.

Casi todas las luces de Victoria estaban apagadas. El raid de luz

debía de haber asustado a todo el mundo, haciendo que se dirigieran a los refugios, porque no había ningún vehículo en la calle, salvo el ala de gaviota que debía ser de Clare, y ni una señal de luz en alguna de las casas.

—Condúcelo tú —dijo Clare—. Mantén al bebé en tu regazo y ve despacio.

Había guardado la pistola en el bolsillo de su abrigo, pero sabía que su dedo estaba en el gatillo. Abrí la puerta y me acomodé en el asiento delantero, con Verity Ann en el regazo. Clare se metió en el asiento trasero.

—No enciendas las luces —ordenó Clare, y yo dejé de buscar el interruptor de la luz. Llevé el ala de regreso a los muelles—. Da la vuelta —dijo Clare con voz gélida—. Estás yendo por el camino equivocado.

—Creo que es por aquí —repuse, con el corazón latiéndome frenéticamente.

—Detente —dijo—, Detente ahora mismo. —En la oscuridad sentí que su mano me cogía del pelo. Me echó la cabeza hacia atrás y me clavó el cañón de la pistola en el cuello—. Ariadne, te necesito para que mi hermana venga conmigo más tarde esta noche. ¿Sabes?, se encuentra aquí, esperando en una lancha privada. Espera que te lleve conmigo; parece creer que aún hay esperanza de que te conviertas en una verdadera quebequense si te damos la oportunidad. Yo no estoy de acuerdo. Pienso que eres una helena de la cabeza a los pies, pero no dispuse de tiempo para discutirlo. Así que le dije que sí, y con mi hermana quiero cumplir mi promesa. Pero, si me obligas, le llevaré tu cuerpo muerto, que, si he de serte sincera, querida sobrina, es lo que yo prefiero. Nos ahorrará bastante dolor para el futuro, ya que tú nunca serás una quebequense. Mi hermana es lo suficientemente joven aún como para tener otro hijo, uno que no se vea manchado por los genes y el condicionamiento heleno. Por lo tanto, asegúrate de no confundir nada esta noche, porque ya se ha agotado mi paciencia. ¿Me has entendido?

—Sí —repuse.

Me soltó y di la vuelta al ala.

Cuando llegamos a lo de la señora Ponsonby, salimos del vehículo y cruzamos el césped. Cambié a Verity Ann de brazo para apoyarla en la otra cadera y miré con cierta esperanza a la casa de

al lado.

Estaba a oscuras, sin ningún vestigio de luz. Pasamos delante del porche delantero, pero no había nadie sentado en la mecedora o contemplando el cielo, intentando ver algún resplandor láser. Entonces me di cuenta de que la puerta se hallaba completamente abierta. No hay nadie en el vecindario, pensé desolada. Todos han sido evacuados.

En la oscuridad, la casa de la señora Ponsonby no parecía muy distinta de la última vez que la vi. Los goznes de la puerta de la valla se habían oxidado a lo largo de los años, y ésta estaba tirada, medio podrida, entre las matas que había detrás de la valla. El sendero se hallaba agrietado, pero eso tampoco era nuevo. Clare me indicó con un gesto que me dirigiera hacia la parte de atrás de la casa. Abrí la mosquitera de la entrada posterior, y se cayó al suelo. No había ninguna puerta detrás. Observé el interior. La escalera seguía allí; sin embargo, se veía llena con montones de ladrillos y escayola. Un destello de luz de luna penetraba por el techo. Subí por las escaleras, mirando dónde pisaba entre los escombros. El corazón me latía a toda velocidad. La casa sólo era un armazón con trozos de escayola que colgaban de las vigas y las columnas. Era un milagro que no hubieran muerto cuando estalló.

—Llámalo —siseó Clare a mi espalda.

Por favor, que no esté aquí, recé. Por favor, que se encuentre en uno de los refugios del puerto. Por favor, que Joss lo haya encontrado.

—Beejum —llamé en voz baja—. Soy yo, Ariadne.

No recibí respuesta. No esperaba ninguna. Asustado como debía estar, era muy probable que Beejum se hallara acurrucado en una bola, chupándose el dedo. No le gustaría quitarse el pulgar de la boca para contestar de inmediato.

—Sube —dijo Clare.

La mitad de la segunda planta se había caído, dejando al descubierto la escalera. Sin embargo, a medida que nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, quedó claro que la parte delantera, donde habían estado los dormitorios, seguía aún allí, a pesar de que las paredes habían desaparecido. Subimos por la escalera; yo tanteaba primero cada escalón con el pie. No parecían muy sólidos, pero resistieron.

Al llegar al rellano miré hacia los dormitorios. Una viga había

aguantado, aunque las demás se habían roto, dejando un agujero en la segunda planta que iba de una pared a la otra. Lo que habían sido nuestras habitaciones era ahora una superficie inclinada, pero no tan pronunciadamente como para que alguien rodara por el suelo. Mi dormitorio había desaparecido por completo.

—Llámalo —repitió Clare, en esta ocasión clavándome la pistola en las costillas, sólo para recordarme que aún la tenía, en caso de que lo hubiera olvidado debido a la oscuridad.

—Beejum. Beejum. Soy Ariadne. ¿Dónde estás, Beejum? Mientras esperábamos en la oscuridad comencé a pensar que Beejum, después de todo, no estaba aquí, y también lo que haría Clare si eso se confirmaba. Fuera lo que fuese, la clave radicaba en encontrar a Beejum y, si no estaba aquí, podría encontrarse en cualquier parte. Experimenté un resurgir de esperanza. No estaba aquí.

Después de todo, sí se había ocultado en uno de los refugios, y Joss lo había encontrado y se lo había llevado al Emperatriz. Ahora mismo se encontraban allí, tomando chocolate y unas galletitas.

—¿Ariadne? —llamó una voz débil, una voz asustada—. ¿Dónde estás? *¡Ariadne!*

—Respóndele —dijo Clare.

—No pasa nada. Estoy aquí.

—No le veo —comentó Clare. Apartó la pistola, sacó una linterna del bolsillo y se arriesgó a recorrer rápidamente los dormitorios con su luz.

—*¡Ariadne!* —aulló el niño. La voz procedía sin lugar a dudas de los dormitorios, pero Clare no podía encontrarlo con la linterna.

—Está en el armario —le expliqué—. Siempre se esconde en el armario.

—Bueno, pues haz que salga y averigua dónde se encuentran los bíos —dijo ella, apagando la linterna.

—Cariño, estoy aquí, en la escalera. Sal.

—No puedo —comentó.

—¿Por qué? —quise saber, preguntándome si la puerta estaría atrancada.

—Estoy asustado —contestó, y se puso a llorar.

—No saldrá estando tan asustado —indiqué—. Tendré que ir a buscarlo.

Pensé si podría llegar hasta él con Verity Ann en brazos. Si

pudiera, habriría una distancia considerable entre nosotros y Clare y, quizá, dispusiéramos de una oportunidad para escapar.

—Muy bien, lo harás —aceptó Clare—, Y asegúrate de traer también los bíos. Pero, antes de que vayas, bajaremos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Ariadne?

Era Beejum, que seguía llorando suavemente. Era esa clase de lloriqueo avergonzado. Me hubiera gustado que fuera del tipo colérico, alto. Entonces tal vez alguien lo escuchara.

—Muévete —ordenó Clare, así que pasé delante de ella y bajé con cuidado por los escalones.

Estaba desconcertada, pero no iba a discutir. Una vez abajo, se metió entre los escombros de lo que una vez había sido mi dormitorio y que ahora se hallaban en medio de la cocina. En el centro estaba mi cama, casi intacta, con el cubrecamas cuidadosamente doblado sobre las almohadas, aunque su superficie se hallaba al mismo nivel que los escombros y todo se veía cubierto por una fina capa de polvo.

—Coloca al bebé sobre la cama —dijo Clare—. Necesitarás las dos manos libres para llegar hasta esa viga.

—Llorará si la dejo sola —indiqué. Sí no me llevaba conmigo a Verity Ann, sabía que no intentaría huir. Sin lugar a dudas Clare también lo sabía, pero no quería que ella pensara que se me había pasado por la cabeza la idea de escapar—. Alguien podría oírla; pero, mientras la siga teniendo en brazos, no llorará.

—Suéltala —repitió Clare—. ¡Ahora mismo!

Vacilé, y Clare volvió a apuntarme con la pistola. No quería averiguar si aún se sentía preocupada por usarla antes de conseguir los bíos, así que extendí el cubrecamas y deposité a Verity Ann en el centro.

El bebé miró a su alrededor, aferrando todavía su manta sucia y con expresión irritada. Se había hecho pis, quizá tuviera hambre, pero aún no estaba cansada. Sin embargo, alzó la vista para observarme con esa expresión que siempre precede a uno de sus berridos.

—Va a gritar —comenté.

Clare se inclinó y metió un brazalete por la regordeta muñeca de Verity Ann, igual que el que me pusiera a mí en el ferry. No encajó bien, por supuesto, pero sí atrajo la atención del bebé. Se lo

quedó mirando, fascinada.

—He activado el interruptor del detonador. En esta ocasión no será una cuestión de elección. Si el bebé se aleja más de ocho metros, el brazalete estallará.

Verity Ann tanteó el brazalete que llevaba a la muñeca y lo cogió con su otra mano. Se le salió de la muñeca, pero no lo soltó y, de inmediato, se lo llevó a la boca. Yo jadeé y Clare se rió.

—Será mejor que te des prisa, Ariadne. Beejum te espera. Y yo te estaré esperando aquí, detrás de la escalera. Si no te escucho regresar en cinco minutos… —Sostenía la pistola en una mano, y la otra se hallaba sobre el cinturón al que había enganchado la pequeña caja de control—. Situaré de nuevo el detonador en manual y volaré en pedazos al bebé.

Durante un segundo me quedé allí con los ojos muy abiertos, analizando mis posibilidades de coger a Verity Ann y lanzar el brazalete por la escalera que conducía al sótano antes de que Clare pudiera activarlo. Llegué a la conclusión de que no podría; además, tal vez eso hiciera que se cayera lo que quedaba de la segunda planta y, así, mataría también a Beejum. Tampoco podría saltar sobre Clare, que ya se encontraba a salvo detrás de los ladrillos y la escayola que formaban la mitad de la pared al lado de la escalera; además, en una lucha cuerpo a cuerpo con una espía quebequense bien entrenada, siempre saldría perdiendo. Subí los escalones y contemplé la viga.

Probablemente Beejum la habría atravesado apoyado sobre manos y rodillas, pero dudaba que yo pudiera hacer lo mismo. Tampoco pensé que consiguiera atravesarla a pie, manteniendo el equilibrio, de modo que, finalmente, me senté y empecé a arrastrarme sobre mi trasero. A mitad de camino la viga cedió un poco, emitiendo un leve crujido antes de que volviera a estabilizarse unos cinco centímetros más abajo. Me quedé quieta, aguardando a que dejara de caer o a que mi corazón detuviera sus frenéticos latidos antes de volver a moverme. La viga debió encajarse con seguridad, pero mi corazón tenía una sobredosis de adrenalina y no quería calmarse. Empecé a arrastrarme otra vez, dirigiéndome hacia el lugar del que provenían los apagados sollozos de Beejum.

Abajo apenas lograba ver a Verity Ann sentada sobre la cama, en medio de todos los escombros, y la escuché balbucear con el

brazalete. Por ahora ya estaría lleno de baba y, quizá, tuviera una o dos marcas de dientes. Pasado el tiempo, se cansaría de jugar con él o se le caería de las manos. Entonces se pondría a gatear, lo cual sería aún más peligroso que jugar con el brazalete. Más allá de la cama había agujeros que daban al sótano, que estaba lleno de agua. Llegué hasta el final y me dirigí a gatas hacia el inclinado suelo del dormitorio.

—Ya voy, Beejum —dije.

—No has traído a esa señora, ¿verdad? —preguntó. Su voz sonaba muy próxima.

—¿Qué señora?

—La señora que vino a recogernos a Yellowknife. Dijo que era la madre de Verity Ann, pero eso no es verdad. Era una espía.

—No —comenté, deseando con todo mi corazón haber traído a esa señora en vez de a ésta.

—Te escuché hablar con alguien. Antes.

—Ésa era… —¿Qué se suponía que debía contarle? ¿Oh, ésa es una señora agradable que va a volarnos la cabeza a todos en cuanto consiga los bíos?—. Ésa es una señora que vino conmigo para ayudarme a encontrarte.

—Pero no es la señora que vino a buscarnos a Yellowknife, ¿verdad? —preguntó, y su voz pareció retroceder, como si estuviera ocultándose en el rincón del armario.

—No, no es esa señora —afirmé con convicción.

Debido a la inclinación del suelo, aún me hallaba sobre manos y rodillas, casi lo suficientemente cerca como para apoyar la mano en el pomo de la puerta. Alcé el brazo. El pomo había desaparecido.

—¿Qué estás haciendo? —era Clare desde abajo.

—El pomo de la puerta ha desaparecido —expliqué—. No puedo sacarle.

—Sólo averigua dónde se encuentran los bíos —comentó.

—No me dirá nada a menos que consiga abrir la puerta —repuse, con la esperanza de que no hubiera oído nuestra conversación sobre señoras que eran espías. Miré desesperada a mi alrededor en busca de algo con lo que poder abrir la puerta, pero casi todo había caído sobre el montón de escombros de abajo y, en cualquier caso, los dormitorios, normalmente, no tenían barras de metal ni cuando no habían sido volados. Cogí un trozo de madera astillada, pensando que tal vez fuera capaz de introducir el extremo

puntiagudo en el mecanismo y hacerlo girar de esa forma. Pero cuando me volví para regresar al armario, la puerta estaba abierta y Beejum se hallaba delante de ella, con el rostro manchado por las lágrimas que habían surcado el polvo, aunque intentaba aparentar que no había estado llorando. Antes de que pudiera decir algo, solté el pedazo de madera y le tapé la boca.

—Beejum —susurré—. La señora que hay abajo también es una espía. Tiene en su poder a Verity Ann y una pistola y va a intentar matarnos.

Beejum trató de soltarse y de quitarse mi mano de la boca. Justo cuando clavaba los dientes sobre mi dedo, Clare llamó desde abajo.

—Ariadne, bájalo ahora mismo. Y hazlo rápido.

—Casi he conseguido abrir la puerta —indiqué en medio de las lágrimas de dolor causadas por los dientes de Beejum en mi dedo.

Pero éste, al escuchar la voz de Clare, me soltó en el acto y sus ojos se abrieron desmesuradamente—. Es muy peligrosa —le murmuré a

Beejum.

—¿Va a matar a Verity Ann? —preguntó, también en un susurro.

—Sí. Y también a ti y a mí, si la dejamos.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Beejum.

—No lo sé —le contesté, y era la verdad. Sencillamente, no sabía qué hacer. ¿Averiguaba dónde se encontraban los bíos y lo volvía a ocultar en el armario? Quizás allí estaría a salvo el tiempo suficiente, aunque ella decidiera volarnos a mí y a Verity Ann. Aunque lo dudaba; el suelo hundido sugería que cualquier otra explosión lo haría caer estrepitosamente todo al sótano. No había ninguna salida. No me quedaba otra posibilidad que bajar conmigo a Beejum—. Vamos, Beejum. Tenemos que ir a recoger a Verity Ann.

Cogí su mano extendida y se arrastró hacia mí.

—¿Tiene los bíos? —preguntó Clare.

—Claro que no tiene los bíos —grité—. Ni siquiera sabe lo que son. He de explicárselo. Beejum —dije en voz baja—, ¿recuerdas aquellos platos pequeños que yo mantenía en el alféizar de la ventana?

—¿Tu jardín?

—Sí, mi jardín. ¿Sabes dónde están esos pequeños platos?

Asintió, me soltó la mano y volvió a meterse en el armario. Salió con un único plato partido.

—Yo no lo rompí —indicó.

—Sé que no lo hiciste —afirmé.

Me pregunté cuánto tiempo llevaba partido el plato. Con el sello roto, probablemente los bíos estuvieran muertos. Lo escudriñé a través de la polvorienta cobertura. Sólo había un residuo seco y verdoso en los lados curvos del plato. Bien, pensé, están muertos.

Después de todo, no conseguirá los bíos. Si estaban muertos, nosotros también lo estábamos, y si no era así, le entregaría la guerra a ella.

—Ariadne, el bebé parece haber perdido interés en su juguete —llamó Clare—. Empieza a gatear hacia el borde de la cama.

—Beejum no sabe de qué le estoy hablando —le grité, llevándome el dedo a los labios para que Beejum no me contradijera. Me observó con ojos muy grandes—. Intento explicárselo. —Miré desesperada alrededor del dormitorio, tratando de ver si había alguna otra manera de bajar—. Beejum —musité—, ¿cómo subiste hasta aquí?

—Por la escalera de atrás —repuso, y señaló hacia un amasijo de vigas caídas y parte de pared empapelada.

—¿Sigue ahí? —susurré.

—Sí —dijo, y empezó a gatear por el suelo inclinado hacia las vigas. Me metí el plato en el bolsillo y le seguí—. Dice que dejó los platos en el alféizar de la ventana —le indiqué a Clare mientras caminaba, esperando que el suelo no cediera con mi siguiente paso.

Beejum había desaparecido detrás del papel de la pared. Trepé sobre las inseguras vigas y allí le vi, orgullosamente de pie sobre la parte superior de la escalera de atrás. Estaba completamente intacta, a pesar de que la balaustrada se apoyaba sobre el vacío.

—¿Ves? —comentó Beejum.

Lo veía, sin lugar a dudas. Por primera vez desde que Clare entrara en la barraca de Skids veía una salida. La escalera de atrás conducía a la despensa, la cual a su vez daba a la cocina, donde se encontraba Verity Ann. Y Clare no estaba allí. Se hallaba en el vestíbulo, de pie ante las escaleras, esperándome. Si Beejum y yo conseguíamos descender por la escalera y entrar en la cocina, podríamos quitarle el brazalete a Verity Ann y escapar por la parte trasera. Clare todavía creería que estábamos arriba. Le indiqué a

Beejum que se quedara quieto y retrocedí unos pasos.

—Hay un montón de escombros en la ventana —grité, haciendo ruido con la escayola suelta—. Creo que quizá se encuentren debajo. Acabo de localizar una maceta de la señora Ponsonby. —Tiré una tabla y produje un poco más de ruido; luego me dirigí de puntillas a la escalera—. Hemos de bajar en silencio —dije, cogiendo la mano de Beejum.

Empezamos a descender. Contuve el aliento, pensando que toda la escalera podía derrumbarse en cualquier momento y resistiendo la necesidad de aferrarme a la precaria barandilla, pero no sucedió nada. El segundo escalón desde el fondo, que siempre había crujido y sobre el cual apoyé con suma cautela el pie, no causó ningún ruido.

La puerta de la despensa se hallaba abierta a causa de una de las vigas que había caído desde el dormitorio. Levanté a Beejum por encima y luego trepé yo. Y me encontré delante de la pistola de Clare.

Llevaba a Verity Ann en brazos. El brazalete estaba de nuevo en el brazo del bebé, colocado por encima del codo, desde donde no resbalaría.

—¿Estaban los bíos en la ventana? —preguntó Clare.

—No —repuse.

—Dámelos u os mato de inmediato.

Verity Ann empezó a aullar, como si entendiera lo que acababa de decir Clare.

—Se los daré a mi madre —comenté, sacando el plato para que Clare pudiera verlo, y luego me lo guardé otra vez en el bolsillo—, pero no a usted.

—Dame los bíos —ordenó.

Beejum se situó detrás de mí y se cogió a mis piernas. Conseguí asirle la mano para poder controlarlo.

—Antes de abandonar Denver Springs le dije a mi madre que trató de matarme. La llamé desde el puerto de tierra. Si me mata ahora, ella sabrá que no fue un accidente.

Vi como consideraba la posibilidad, consciente de que, si hubiera estado con mi madre después de la explosión en la Hydra Corp, sabría que no se había producido ninguna llamada; pero, contra toda esperanza, esperaba que hubiera estado demasiado ocupada preparando la coartada de que se encontraba con

quemaduras serias en el hospital. Aparentemente, así había sido.

Volvió a dejar a Verity Ann en la cama.

—Cógela —indicó con voz áspera, empujando a Beejum hacia la puerta delante de ella—. Vamos a ir al puerto a reunimos con tu madre. Puedes darle a ella los bíos. Y, luego, ella me los podrá dar a mí.

Del *ChristianScience* Enquirer

Apagón en Victoria

Lo único que brilla hoy en la neutral Victoria es el Parlamento…, con indignación. En un intento por preservar su pacífico encanto y su belleza, la otrora capital de la Columbia Británica se ha declarado una provincia neutral, manteniéndose al margen de la guerra entre Quebec y la Commonwealth. Pero los quebequenses, que son de la opinión de que «si no están con nosotros, están en contra nuestra», han dado su respuesta a la cuestión de la neutralidad en esta noche oscura atacando Victoria con sus láser.

Siendo su industria pesquera una de las pocas fuentes seguras de proteínas que quedan en el hemisferio occidental, ¿creyeron de verdad los parlamentarios Victorianos que podrían mantenerse neutrales? Lo creyeron. Continuaron sus relaciones comerciales tanto con la Commonwealth como con Quebec, y brindaron asilo a muchos desertores de los Estados Occidentales. Pero parece ser que Quebec contempló cada lata de salmón vendida a la Commonwealth como un alimento desesperadamente necesitado por los quebequenses y que se les negaba. Hoy le han puesto un fin al comercio de Victoria con la Commonwealth atacando con sus rayos láser la flota pesquera anclada en el puerto. ¿Hará falta que se sacrifiquen cientos de hermosos árboles y cantidades ingentes de coloridas flores en los Jardines Butchart antes de que los parlamentarios de Victoria comprendan que la neutralidad es un lujo que los quebequenses no permitirán?

(Senderos sinuosos y praderas ondulantes en los Jardines Butchart, Pantalla 4.)

18

DE regreso al ala de gaviota, tuve que arreglármelas con Beejum y Verity Ann en el regazo. Resultaba difícil mantener un vuelo recto y estable, pero creo que a Clare no le importaba.

—Las tablas no siempre son lo que deben ser, ¿verdad, Ariadne? —comentó—. Siempre hay alguien que tiene algo más que perder, como tú.

Sí, dos pequeñas vidas, aparte de la mía. Sin embargo, si podía mantenerlas hasta que nos encontráramos con mi madre, quizá todos nos salváramos. Mamá no dejaría que Clare me matara, ni a Beejum ni a Verity Ann. ¿O sí? Había permitido que muriera un montón de gente en la Hydra Corp.

—Bien —dijo Clare cuando llegamos al puerto—. Parece que ya han abandonado la búsqueda aquí. Posa el ala ahí —ordenó, indicando un espacio abierto en los muelles. Así lo hice—. Lleva a los dos niños, uno en cada brazo. —Las manos de Clare estaban en los bolsillos, y una abultaba más por la pistola—. Vamos, querida. Ahora no hay periodistas que acudan a rescatarte.

Acomodé a cada niño sobre una cadera y caminé despacio hacia los muelles. Las lanchas que había aquí eran embarcaciones pequeñas y privadas, la mayoría fuera de uso debido al racionamiento de combustible a causa de la guerra. Todas estaban pintadas de plata, aunque ése era el único trabajo que se les había hecho en años.

—La tercera de ahí —indicó Clare. Se trataba de una pequeña embarcación británica que oscilaba en el agua, casi pegada al muelle—. Salta a bordo, Ariadne. Tu madre está esperando.

Observé las oscilaciones del hidrofoil, salté el espacio que había

entre el muelle y el puente, trastabillé y recuperé el equilibrio. Clare saltó a mi lado. Soltó las amarras y las arrojó al muelle. La embarcación empezó a alejarse lentamente a la deriva. Miré a mi alrededor, con la esperanza de ver a Joss o a cualquier persona. Después de todo, se suponía que él y su gente estaban buscando a Chilkie, Beejum y Verity Ann por los alrededores. No había nadie a la vista.

—A la cabina —ordenó Clare, empujándome.

Solté a Beejum para abrir la portezuela de la cabina. En el interior reinaba una oscuridad absoluta.

Bajé con cautela unos pocos escalones y luego me volví para ayudar a Beejum. Clare lo estaba arrastrando tras de ella al tiempo que echaba a un lado la portezuela. Debió de alargar el brazo para encender la luz al mismo tiempo.

—¡Clare!

Fue un grito de advertencia. Con los ojos casi cegados por la luz, apenas reconocí a mi madre incorporándose de una silla y dirigiéndose hacia la cubierta. A su espalda, un hombre alzó una pistola inmovilizadora; al verme, titubeó. Clare disparó a través de su bolsillo y el hombre cayó, su rostro visible sólo durante un segundo antes de que se desplomara de bruces. Verity Ann y Beejum empezaron a gritar.

—Oh, no —dije, intentando frenarme, ya que Clare desconocía que yo amaba a Joss. Si lo supiera, le dispararía de nuevo. Porque era Joss el que estaba allí tumbado, con la sangre manando de alguna parte debajo de su cabeza.

—Oh, Clare, alabado sea el *bon Dieu* de que te encuentres bien —exclamó mi madre, levantándose del suelo. Extendió la mano para coger la pistola de entre los fláccidos dedos de Joss—. Hay otros dos ocultos en la lancha de al lado. Habría conseguido pasar si Liddell no me hubiera reconocido. Supuso que tú vendrías a reunirte conmigo y decidió esperar. Con toda probabilidad te vieron subir a bordo.

—Entonces hemos de apresurarnos —comentó Clare, pasando por encima de Joss en dirección al timón—. Vigila la puerta por si han abordado la lancha. Y haz que ese bebé se calle.

Verity Ann seguía gritando, clavando sus manitas sobre mis hombros como si fuera un cachorro de gato que intentara encaramarse allí; sin embargo, yo apenas era consciente de ella. Me

arrodillé al lado de Joss.

Había un charco de sangre alrededor de su cabeza, pero no lograba ver de dónde manaba. Alargué la mano con cuidado para dar la vuelta a su cabeza. Sus párpados se agitaron levemente. Me retiré un poco, sin atreverme a respirar.

—¿Está muerto? —preguntó Beejum. Clare volvió la cabeza.

—Sí —contesté—. Está muerto.

Clare se concentró de nuevo en el timón y guio la embarcación a lo largo del muelle; cuando nos encontramos lo suficientemente lejos como para que encendiera el motor, nos alejamos a toda velocidad.

—¿Conseguiste los bíos? —inquirió mi madre.

—Los tiene Ariadne. Quítaselos. Ahora. Es capaz de arrojarlos por la borda a la mínima oportunidad.

Mi madre me miró por primera vez; su rostro se mostraba tenso y preocupado. No tuve la certeza de que me viera.

—Dame los bíos, Ariadne.

—No los tengo —repuse, incorporándome con el fin de no darle una buena visión de Joss. Respiraba entrecortadamente, y no quería que se diera cuenta—. Los dejé en la casa. Los saqué de mi bolsillo cuando cogí a Verity Ann. Están en la cama de la casa de la señora Ponsonby.

—Está mintiendo —dijo Clare—. Ya te avisé que jamás sería una quebequense. Dale los bíos a tu madre, Ariadne. No tengo tiempo para juegos.

—No puedo —le expliqué a mi madre—. Es lo único que ha evitado que Clare me matara. Si te los doy a ti, de algún modo se encargará de que me caiga por la borda. Ya intentó matarme en el ferry.

La mano de mi madre sobre la pistola inmovilizadora no tembló en ningún instante.

—Clare se ha visto obligada a ser dura contigo, pero fue algo necesario. Hemos de regresar a Quebec con los bíos.

Beejum se había acuclillado y observaba con interés a Joss.

—¿Dura? —pregunté, notando que el pánico que sentía se reflejaba en mi voz—. Me colocó un brazalete explosivo en la muñeca. Intentó volarme. ¡Nos habría hecho pedazos a todos! —grité, levantando el brazo de Beejum y plantándolo delante de sus ojos—. ¡Eso es lo que quería hacer! ¡Me dijo que nos iba a matar, a

todos, y que a ti te explicaría que había sido un accidente! ¡Cuéntaselo, Beejum!

Beejum empezó a llorar, un gemido desvalido que hizo que me avergonzara de mí misma, al tiempo que los ojos de mi madre parecieron centrarse en mí.

—Tuve que asustarla para que cogieran los bíos —comentó Clare, sin siquiera volver la cabeza del timón—. No me hubiera ayudado de otra forma.

De repente, se escuchó un ruido ensordecedor y la embarcación

se sacudió. Clare asió el timón cuando empezaba a girar.

—¿Qué fue eso? —gritó, apretando con violencia los mandos que había en el control.

Mi madre se lanzó hacia la escalerilla, pasando por encima de Joss. Otro crujido, esta vez más cerca, acompañado de un siseo que no logré identificar, y la lancha volvió a ladearse de costado. Mamá llegó al último escalón, aferrándose a la barandilla con ambas manos, aunque sin soltar la pistola.

—¡Sube aquí, Clare! —exclamó mi madre.

Clare apretó otros botones. Se encendió una luz verde sobre el timón, y la embarcación pareció estabilizarse.

—¡Date prisa, Clare! —gritó mamá.

—¿Es un crucero de la marina? —quiso saber Clare, pareciendo por primera vez asustada. Se dirigió a la escalerilla.

—No puedes —dije—. Verity Ann…

Me arrebató al bebé de los brazos y subió corriendo a la cubierta.

—Beejum, ve a cerrar la puerta —susurré, y me arrodillé al lado de Joss y tanteé sus bolsillos en busca de otra arma.

—No es un crucero —musitó Joss. Abrió los ojos.

—Joss, ¿te encuentras bien?

—No, pero ayúdame a incorporarme. Quizá pueda…

—No, no puede, Liddell —dijo Clare desde la tronera—. Sea lo que sea, no lo haga. Coloque las manos detrás de la cabeza y póngase de pie.

—Está herido —indiqué.

—No tanto como lo estará si no hace lo que ordeno. Ahora.

¡Muévase, Liddell! —Clare bajó los pocos escalones, me pasó a Verity Ann y se apartó de Joss. Joss se puso de pie con dificultad—.

¡Baja aquí, Medea!

Mi madre descendió con cautela la escalerilla, con la pistola apuntando a Joss.

—¡Tendremos que deshacernos de Liddell y de estos escandalosos mocosos!—anunció Clare.

Mi madre pareció sorprendida, pero Beejum no tenía ninguna duda con respecto a las intenciones de Clare. Se lanzó más allá de mi madre en dirección a la escalerilla. Mamá le cogió del brazo y le detuvo, y él se debatió contra ella, pataleando y gritando. Verity Ann seguía llorando en el suelo en su pañal empapado. La levanté en brazos y la apreté contra mi pecho.

—Madre, quiere que los arrojes al Estrecho. Quiere que mates a unos niños. Por Quebec. Ella hará cualquier cosa por Quebec. Nos habría matado a papá y a mí en la Hydra Corp si hubiera pensado que así se saldría con la suya. ¿Amas tanto a Quebec, madre? ¿La amas lo suficiente como para matarme a mí, a este niño de seis años y a este bebé?

—Cállate, Ariadne. Ahora, acércate a la tronera —ordenó Clare.

—Clare, no vas a… —comenzó con voz nerviosa mi madre.

—No voy a matar a nadie —dijo Clare, y de inmediato mi madre pareció aliviada.

En apariencia, estaba dispuesta a creer cualquier cosa que le dijera Clare. Sin embargo, Beejum no. Siguió luchando contra ella y yo la observé con atención, esperando que consiguiera que soltara la pistola.

Clare avanzó con paso rápido hacia ellos y cogió a Beejum por un brazo. Se lo retorció a la espalda y él se puso rígido, igual que un ratón ante la presencia de una serpiente.

—Ves lo ridículo de esta situación, ¿verdad, Medea? —preguntó, tranquila y casi amable, y me pregunté si estaba empleando la misma técnica que debió usar para convencer a mi madre de robar la memoria y plantar los bíos en el Estanque de la Gloria del Alba—. Un raid de luz, unos niños que no paran de aullar, y un enamorado que, en cualquier momento, puede intentar algún acto heroico. Lo importante son los bíos.

—Lo sé —repuso mi madre, pero miraba a Beejum, no a Clare.

—No voy a hacerles daño. Los arrojaremos al agua y dejaremos que los recoja un crucero de la marina. De ese modo, si nos están siguiendo, se retrasarán y nosotras conseguiremos llegar a Banks

Island.

—Pero, ¿y si nadie nos sigue? El raid de luz… —preguntó mi madre, aún insegura.

Yo aproveché la única oportunidad que todavía me quedaba.

—Oh, no te preocupes por el raid de luz, mamá —comenté—. Si eso no los mata, esto lo hará. —Aparté el brazo que Verity Ann apretaba con todas sus fuerzas alrededor de mi cuello y se lo mostré—. ¿Ves este brazalete? Es un aparato de detonación. Se lo colocó en el brazo a Verity Ann para obligarme a que yo fuera a buscar los bíos para ella. Se activa si te apartas una cierta distancia de ella. La hará volar en pedazos, madre —recalqué—. A un bebé inocente.

—Cállate, Ariadne —dijo Clare.

—A mí también me colocó un brazalete como éste, madre. En el ferry. Te contó que te dejaría llevarme contigo a Quebec, pero te estaba mintiendo. Piensa matarlos tan pronto se encuentren en el agua. Y tan pronto como consiga los bíos, me va a matar a mí. Y a ti.

La mano de mi madre que sostenía la pistola se alzó con más firmeza que nunca.

—Coge los chalecos salvavidas, Ariadne —indicó.

—Están ahí —señaló Clare—. En el armario.

Abrí un armario y lo encontré lleno de chalecos salvavidas, todos demasiado grandes para Verity Ann y Beejum.

—No son de su talla —dije.

—Haz que les vayan, o tendrán que arreglárselas sin ellos —comentó con voz dulce Clare, empujando a Beejum hacia mí.

Le puse el segundo salvavidas más pequeño y, luego, le pasé por encima de la cabeza el más pequeño a Verity Ann, la rodeé por dos veces con las tiras de velero y le pasé una correa entre las piernas, trabajando tan despacio como me atrevía, mientras deseaba fervientemente que un haz láser impactara contra el hidrofoil e hiciera que Clare soltara la pistola, aunque más no fuera que por un instante. Verity Ann dejó otra vez de llorar y empezó a mordisquear una de las correas de plástico. Parecía como un balón de playa con brazos, y en el agua flotaría igual que uno.

—Uno para tu enamorado —ordenó Clare—. ¡Rápido!

Me acerqué a regañadientes a Joss. Estaba apoyado contra el armario, con los ojos cerrados.

—Joss —susurré mientras le pasaba el chaleco salvavidas por encima de la cabeza, pero no me respondió.

Enganché un chaleco en mi brazo y, después, cogí a Verity Ann. Si Joss y los dos pequeños iban a ser arrojados al Estrecho, yo iría con ellos.

Salimos a la cubierta, yo primero, con Verity Ann en brazos; luego vino mi madre con la pistola inmovilizadora; después Joss, que medio se arrastró por los escalones, y finalmente Clare con su pistola. El raid de luz estaba muy lejos para que nos sirviera de alguna ayuda. En el extremo más lejano del Estrecho, los haces láser cortaban la superficie, iluminando las oscuras y revueltas aguas como relámpagos. El viento aumentaba, trayendo consigo un olor a ozono y humo acre.

Jamás lograríamos permanecer a flote en el agua, pero eso no detendría a Clare. Nos indicó con un gesto que nos acercáramos a la barandilla. Joss cayó contra ella y se derrumbó sobre la cubierta, con la cabeza y los brazos colgando sobre el agua. Una sacudida más, y Clare no tendría que tirarlo por la borda. Caería solo.

Beejum se aferró a mis piernas. Verity Ann gemía y lloriqueaba, con la nariz moqueándole tanto en ese viento frío que apenas si podía respirar. Metí la mano en el bolsillo en busca de un pañuelo y toqué el plato.

Los bíos. No tenía ningún arma, ni podía esperar la ayuda de Joss o de un crucero de la marina, pero disponía de los bíos. Alguien siempre tiene algo más que perder, había dicho Clare, y con toda razón. Yo tenía que perder a los niños y a Joss, pero ella tenía que perder los bíos, y eran lo único que le importaba. Cerré la mano sobre el plato resquebrajado y traté de pensar qué hacer.

Fue como si Clare me leyera la mente.

—Dame los bíos, Ariadne —pidió, y dio un paso, no hacia mí, sino hacia Joss, incrementando de forma deliberada la distancia que la separaba de Verity Ann y el mortal brazalete que llevaba en el brazo.

Cerré la mano con fuerza sobre el plato y se partió por la grieta, aunque no pude escucharlo debido al viento y el ruido de Verity Ann al llorar. Tampoco lo oyó Clare. El plato parecía partido en dos, un trozo con forma de porción de tarta y otro que podría pasar por el plato completo. Clare se inclinó sobre Joss.

—Aléjese de él —ordené, y saqué la parte más grande del

bolsillo. La alcé para que pudiera verlo por encima de los destellos de los haces de los láser—. ¡O lo tiro por la borda!

Clare se enderezó. Me miró primero a mí, luego al plato en mi mano levantada, calculando la distancia. No mostraría ningún resquemor en dispararnos a los tres si tuviera la certeza de que los bíos caerían sobre la cubierta. Apreté la mano y extendí el brazo a mi espalda, encima del agua.

—¡Tire la pistola a un lado! —grité, y de repente sentí como si mis rodillas hubieran desaparecido.

—¡No! —exclamó mi madre, y yo pensé: ¡ahora que Clare me ha disparado, verá qué clase de hermana tiene!

Hice un fútil intento de evitar que Verity Ann cayera conmigo.

Una gran ola siseante me dio en la cara. Clare no me ha disparado, pensé; ¡es un ataque láser! Y, demasiado tarde, intenté no soltar los bíos. Clare los cogió antes de que el plato cayera a cubierta. Se incorporó con un movimiento fluido, se balanceó ante la repentina bajada de la lancha, que me sacudió de nuevo, y se plantó delante de Joss con los bíos en una mano y apuntándome con la pistola que sostenía en la otra antes de que el destello del ataque se desvaneciera.

Miré a mi alrededor con desesperación, incapaz de ver nada debido al resplandor del láser. Joss seguía tumbado al lado de la barandilla, ajeno al ataque tan cercano. Beejum había sido empujado contra la tronera. Se aferraba al pasamanos de la escalerilla. Verity Ann yacía sobre la cubierta, donde yo la había arrojado, llorando con jadeos entrecortados. La recogí y me puse lentamente de pie.

Mamá y Clare se hallaban juntas, con los láser perfilando el contorno de sus cabezas en rojo. No pude ver sus caras, pero no importaba. Sabía el aspecto que tendría Clare: satisfecha y, quizá, sonriente porque tenía las dos cosas que más anhelaba, los bíos y una excusa para matarme.

—Arroja al bebé al agua y ponte el chaleco, Ariadne —dijo Clare.

—No tienes los bíos —comenté, experimentando la enfermiza sensación de que esto continuaría para siempre, intento tras intento, y que ninguno de ellos iba a funcionar—. Los tengo yo. Te di un plato vacío que encontré en lo de la señora Ponsonby.

Mi madre se volvió para contemplar el plato.

—No dará resultado —indicó Clare, pero ella también se volvió para observarlo durante un instante, y en ese mismo momento la mano de Joss salió disparada contra su tobillo. Las rodillas de Clare se doblaron; luego se enderezó y le pisó con fuerza la mano—. Y eso tampoco dará resultado, señor Liddell. —Le pateó el costado—. Arroja al bebé al agua, Ariadne —repitió, y el relámpago golpeó la proa.

La madera pintada de plata destelló y toda la embarcación quedó inundada de luz, como si alguien hubiera activado una holocámara. Clare trastabilló contra la barandilla, y la fuerza de su caída arrojó el plato por el aire en un hermoso arco. Clare se estiró sobre la barandilla, con las dos manos juntas para cogerlo. Se produjo otro resplandor, y la embarcación se ladeó bruscamente. El plato aterrizó en sus manos y ella cayó por la borda.

—¡Clare! —aulló mi madre.

Yo la escuché y la vi lanzarse tras la estela de Clare. Aunque no la vi de verdad. Porque Clare se encontraba en el agua y se alejaba a causa de la ola y la velocidad de la lancha, y Verity Ann aún tenía el brazalete puesto. Pude ver el agua, el brazalete y el oscuro cabello rizado de mi madre. El brazalete hendió el agua tan cerca de su cabeza que vi cómo le salpicaba el rostro, y luego toda el agua del Estrecho ascendió en una fuente que me hizo caer de nuevo de rodillas.

Pero yo tenía en brazos a Verity Ann y Joss trataba de incorporarse, usando como apoyo la barandilla.

—Ve al timón —dijo—. Daremos la vuelta y trataremos de encontrarlas.

—¿Se han ido? —preguntó Beejum, asomándose por la portezuela de la tronera.

—Sí, se han ido —repuse, y sentí que se me ahogaba la voz con un sollozo.

De algún modo, incluso con Verity Ann bajo un brazo, conseguí llevar a Joss a la escalerilla, con Beejum intentando ayudarme. Los dejé allí y bajé a la cabina.

Me senté ante la consola y quise girar el timón, pero no respondió.

—Todavía está en piloto automático —explicó Joss.

Cuando me volví para mirarle, aún seguía sentado en el escalón superior, con la mano apoyada contra la cabeza. Apreté el control

del piloto y lo volví a intentar.

—Quítale energía —dijo Joss.

—¿Dónde…? —Pero entonces encontré la palanca y la eché hacia atrás. El motor se sacudió un poco y se apagó—. Oh, no —exclamé. Presioné el encendido, avancé un poco la palanca y el motor cobró vida de nuevo.

—Buena chica —comentó Joss, y se cayó de bruces por los escalones.

Oh, no, Joss, ahora no. Escruté las pantallas, intentando averiguar en qué dirección iban los láser, giré el hidrofoil en lo que esperé fuera el lado opuesto, volví a activar el piloto automático y me acerqué a Joss.

La cabeza le sangraba profusamente, aunque no con las palpitaciones y la fuerza con que lo haría si tuviera cortada una arteria. Llevé la mano a su pecho y comprobé que su corazón latía con fuerza, pero él no se movía.

—Ariadne, ¿estás llorando? —preguntó Beejum, mirándome con sus ojos castaños muy abiertos.

Quise decirle que sí, sentarme y llorar, pero con Joss sin sentido otra vez, Verity Ann gritando atronadoramente y Beejum con una expresión asustada como no le viera en ningún momento, ni siquiera cuando Clare le apuntó con la pistola, supe que no podía hacerlo.

—No, cariño. Es por el agua salada —contesté. Rebusqué otra vez en el armario, encontré un trapo más o menos limpio y se lo pasé a Joss alrededor de la cabeza. Le tapé con úna manta, mandé a Beejum a coger un chaleco salvavidas para colocárselo bajo los pies y regresé al timón—. En alguna parte tiene que haber una radio —dije, más para reafirmarme a mí misma que para explicarle a Beejum lo que estaba haciendo. Era del modelo antiguo, con un interruptor en el micro. Lo desenganché, presioné el interruptor y dije—: ¿Hola? ¿Me recibe alguien? Al habla la helena Ariadne; estoy perdida en algún punto del Estrecho. ¿Me recibe alguien?

—Primero tienes que girar eso —dijo Beejum, señalando un mando en la consola.

—Correcto —comenté, y lo giré.

De nuevo pedí ayuda, pero nadie me respondió.

—¿Y si la señora mala regresa? —preguntó Beejum.

—No lo hará —afirmé, sin detenerme a pensar en lo que eso

significaba. La luz de los ataques láser parecía estar acercándose en vez de alejarse, a la vez que duraba más tiempo. Le di el micro a Beejum—. Habla —le pedí—. Aprieta ese botón y habla. Tengo que manejar el timón.

—¿Qué digo?

—Cualquier cosa… S.O.S. —Desactivé el piloto automático de la embarcación con el fin de poder apartar su curso del raid de luz. El motor se apagó al instante.

—S.O.S. —dijo Beejum—. Aquí Beejum llamando. S.O.S. Hay una espía que nos persigue y queremos a un guardia para que por favor nos ayude. S.O.S.….

Una luz me cegó y me preparé para el resplandor y el impacto que seguiría, pero no se produjo ninguna de las dos cosas.

—¡Eh, a los de a bordo! ¿Hay alguien? Joss, muchacho, ¿estás ahí?

—¿Essex? —pregunté—. ¡Essex!

Por tercera vez tiré de la palanca hacia atrás y el motor murió. Miré en la dirección de las luces y, finalmente, distinguí el emblema de un enorme guardacostas negro. Cogí al bebé, aferré a Beejum de la mano y subí la escalerilla.

Habían acoplado el guardacostas al lado de la lancha, arrojado cabos, y dos hombres ya habían saltado a bordo. Uno de ellos era Miles Essex. Llevaba puesto un uniforme de correos, el otro vestía el de la Marina Real.

—Joss se encuentra abajo —dije—. Está herido.

Miles me lanzó sólo una mirada, como si quisiera comprobar que me hallaba bien. Satisfecho de que así era, saltó a la portezuela. Le pasé el bebé al sorprendido hombre que había detrás de él y le seguí.

Essex estaba ante el micro.

—Una herida en la cabeza —explicaba—. Quiero que venga el médico de inmediato. —Colgó el micro—. Tú pareces bien —me dijo.

Regresó junto a Joss y se arrodilló a su lado.

—Estoy bien —dijo éste.

—¿Puedes contarme qué sucedió?

—Clare le disparó a Joss —comenté.

—No pensé que lo hubieras hecho tú —repuso. Volvió a comprobar el pulso de Joss.

—En un sentido… lo hice. Él titubeó en dispararle porque yo estaba en medio.

Essex sacudió la cabeza.

—¿Dónde están Clare y Medea?

—En algún lugar en el agua —contesté—. Saltaron por la borda

en busca de los bíos y yo…

—¡Maldición! —Se incorporó y volvió a la radio—. Nuestras dos presas están en alguna parte en el agua. —Cortó el micro y me preguntó—: ¿Hace cuánto tiempo?

—No lo sé. Quizá desde hace unos minutos. Les lancé un detonador.

Volvió a activar el micro.

—Encended los faros y empezad a rastrear en cuanto llegue el médico. Puede que hayan recibido el impacto de un detonador.

Buscad cuerpos.

—Recibido, señor. ¿Y el capitán Liddell?

—Le llevaré a Victoria en esta embarcación.

Justo en ese momento, una doctora con una bata blanca bajó por la escalerilla. Se arrodilló al lado de Joss y, de inmediato, le insertó una bolsa intravenosa y activó el motor de alimentación.

—Ha perdido mucha sangre —indicó, mirando a Essex—. Traigo un suministro universal, pero me gustaría llevarlo a la costa en cuanto sea posible. —Levantó con cautela el vendaje, observó un instante y se volvió hacia su maletín.

—¿Es serio? —pregunté.

—Se recuperará —repuso, extrayendo con eficiencia una bolsa de sangre y acoplándosela al brazo—. El proyectil sólo le rozó.

Terminó de quitar mi improvisado vendaje, pero Joss se movió y abrió a medias los ojos. Se detuvo, rebuscó otra vez en el maletín y despegó un emplasto de plasma. Se lo adhirió al cuello y se dedicó de nuevo al vendaje.

Miles Essex presionó el encendido y el motor sonó…, y sonó y sonó. Me incorporé y eché un vistazo.

—Para mí arrancó un par de veces —dije.

—Espero que no hayas agotado toda tu suerte —comentó—. Inténtalo.

Lo intenté. El motor arrancó. Miles Essex me sonrió.

—¿Miles?

Miles Essex se volvió.

—¡Joss! Me alego que te unas a nosotros, muchacho.

—Si creíste que te iba a dejar a solas con ella otra vez, te has equivocado —indicó Joss. Sostenía el parche de plasma en la mano.

Me acerqué a él y me senté a su lado. La doctora le miró con ojos furiosos y continuó aplicándole antisépticos en la herida. Joss hizo una mueca.

—Ariadne —prosiguió Joss—. ¿Consiguió Clare los bíos?

—Sí —repuse—, los tenía en la mano cuando se cayó al agua. Pero no se los llevó todos. —Busqué en el bolsillo y saqué el triángulo que quedaba del plato.

—Buena chica —intervino Essex.

El plato se había mojado. Lo acerqué a una luz y observé los residuos verdosos.

—Son los que le di a Chilkie para que se tapara el tatuaje de evacuación. Después de todo, no consiguió llevárselos. —Me volví hacia Beejum, que estaba sentado en las rodillas del hombre uniformado—. ¿Qué pasó con el resto de mi jardín? —le pregunté.

—¿No te enfadarás si te lo cuento?

—No me enfadaré.

—Están en el baño. Se cayeron por el inodoro y no pude sacarlos.

—¿Todos? Había tres o cuatro platos llenos de hidras.

—Todos.

—¿Quieres decir que todo ha sido por nada? —preguntó Essex. Parecía indignado—. ¿No había bíos maduros?

—Hay bíos maduros —repuse—, y también podemos recuperarlos. Las cañerías de la señora Ponsonby volaron por culpa de los que yo metí en la pila. Apuesto que el tanque séptico está a punto de hacer lo mismo. —Me reí—. No se me ocurre ningún lugar mejor para incubarlos, salvo, quizá, el Estanque de la Gloria del Alba.

—¿No estás enfadada conmigo? —preguntó Beejum.

—No, cariño, no estoy enfadada.

—Yo sí —afirmó Essex, y le miré con el ceño fruncido—. Bueno, ¿quién crees que va a tener que ir a buscarlos? —Essex sacudió la cabeza—. Creo que obtiene un placer sádico en encomendarme misiones humillantes,

—¿Miles? —musitó Joss.
—¿Señor?
—Encárgate de ello —dijo Joss, y volvió a cerrar los ojos.

del *Victoria HourlyProoince*

¡Victoria
entra en la guerra!

Victoria le ha declarado la guerra a Quebec. El alcalde Begbie ha realizado el importante anuncio esta misma mañana.

«Acabamos de declararle la guerra a Quebec», dijo el alcalde Begbie, hablando desde su despacho en el nuevo edificio del Parlamento. «Se lo hemos notificado a nuestros aliados, la Commonwealth y los Estados Occidentales, y hemos recibido la promesa de un inmediato apoyo GTA.»

El anuncio, que se esperaba desde los raids sobre Duncan e Inner Harbor, fue recibido con enormes muestras de alegría. El alcalde Begbie, después del ataque a Malahat, convocó ayer una sesión de emergencia del Consejo de los Gobernadores. El debate fue acalorado, y varios miembros apoyaron que se mantuviera la neutralidad de Victoria.

A las 7:05 p.m. las sirenas indicaron el inicio de otro raid. El Consejo de los Gobernadores pasó al refugio que hay en el sótano del edificio nuevo del Parlamento, donde prosiguió la sesión. Aunque la declaración de guerra no fue hecha pública hasta esta mañana, fuentes del Consejo revelaron que la votación para declarar la guerra se llevó a cabo anoche a las 7:13. El voto resultó unánime.

19

LLEVAR la lancha a la costa pareció tomar una eternidad. Miles la conducía casi a empujones, con el motor a tan baja potencia que no hacía ningún ruido, y supe que estaba tratando de ver si localizaba a mi madre y a Clare.

Yo también lo intentaba, aferrando la mano de Joss y escudriñando la oscuridad. El raid de luz casi había cesado, y el satelbat se alejaba fuera de alcance efectivo, de modo que la mayoría de los impactos caían sobre mar abierto. Cuando se abatían, iluminaban las negras y revueltas olas durante un momento; entonces yo me esforzaba por ver si distinguía una cabeza oscura asomándose sobre el agua. Mi mano se cerró con más fuerza en la de Joss, pero él no correspondió al apretón.

Le miré. En algún momento, la doctora había conseguido pegarle otro emplasto, éste más grande que el anterior, y dormía profundamente, con una respiración regular y tranquila. Sin embargo parecía muy pálido, y aún manaba sangre a través del vendaje. La doctora se había llevado a Verity Ann y a Beejum abajo, y yo estaba ya a punto de incorporarme para ir a buscarla cuando subió con el bebé en brazos. Beejum le pisaba los talones, con aspecto cansado, aunque no tan asustado como antes.

—¿Se encuentra bien Joss? —pregunté—. Se le ve tan pálido.

—Ha perdido mucha sangre —repuso, pasándome a Verity Ann y comprobando la aguja intravenosa—, pero se pondrá bien. Sólo necesita descansar, lamento lo del pañal improvisado. Fue lo mejor que conseguí.

Apenas me había dado cuenta de que tenía a Verity Ann en brazos. Ahora vi que la doctora la había lavado y le había puesto

un pedazo cuadrado de lana como pañal, cubriéndola con el resto de la manta y fijándolo todo con un gran alfiler de velero. También le había quitado los surcos causados por las lágrimas, aunque Verity Ann se hallaba ocupada creando unos nuevos. Aún seguía aferrada al trapo sucio y manchado de aceite que había cogido en la barraca de Skids.

—¿Qué se sabe de Chilkie y de Skids? —le pregunté a Essex—. Clare los ató y los dejó en la barraca de Skids.

—Los hemos encontrado —anunció Essex—, ¿Cómo crees que te localizamos a ti? Se encuentran en una de las otras embarcaciones, ayudando en la búsqueda.

—¿Búsqueda? —inquirí tontamente—. Quieres decir, ¿por los bíos?

—Apuesto a que por los cuerpos —intervino Beejum. Avanzó y se sentó al lado de Essex—. ¿Puedo ayudar yo también a buscarlos?

Apreté a Verity Ann contra mi pecho.

—No se sabe con seguridad que hayan muerto —dije.

—No —admitió—, no lo sabemos con certeza. Puede que aún sigan vivas, y si es así las encontraremos. Ahora mismo hay dos lanchas que las buscan, y tan pronto como desembarquemos a Joss se les unirá ésta.

—Bien —comenté, pero supe que no serviría de nada. Me acerqué y me senté al lado de Joss.

—El raid ha terminado —indicó Essex, y lanzó la embarcación a velocidad máxima.

Emprendimos rápidamente el regreso a la costa. En la distancia pude escuchar la regular sirena que indicaba que había pasado el peligro. Verity Ann decidió acompañarla con sus gritos, como si supiera que ya no había riesgo alguno en llorar, que nadie le dispararía si lo hacía. La apoyé contra mi hombro y le di unas palmaditas en la espalda para tranquilizar sus sollozos. Mi madre estaba muerta, y yo la había matado.

Clare se había arrojado al agua y yo había pensado: «¡El brazalete!», y lo tiré al agua. Y entonces surgió el resplandor del ataque láser, iluminando el oscuro y rizado cabello de mi madre mientras se debatía en el agua, gritando: «¡Clare!», y el brazalete que hendió el agua tan cerca de ella que su caída salpicó su cabello, y luego la explosión.

Verity Ann se estaba ahogando a sí misma, llorando e

intentando meterse la mano entera en la boca al mismo tiempo. Tiré de su manita. Tenía un vendaje que la doctora debió aplicarle. Seguro que le *arañé* la mano cuando le arranqué el brazalete. Despegué las tiras de velero de los bordes para echarle un vistazo, y Verity Ann aulló y trató de apartar la mano. ¡Pobre bebé! Le había despellejado por completo la piel de los nudillos. Volví a colocarle la venda y, sin pérdida de tiempo, se llevó el puño a la boca.

Ni siquiera me había dado cuenta de que había lastimado a Verity Ann. En lo único que pude pensar entonces fue en que Clare se había zambullido en el agua y en que tenía que deshacerme del brazalete. Ni siquiera había sido un pensamiento racional. Fue algo instintivo. El vendaje en la mano de Verity Ann era testimonio de ello. Tampoco recordaba haberle quitado el brazalete.

No se trataba de que no amara a mi madre, o de que alguna vez, incluso para salvar a los niños, pudiera hacer algo para herirla; pero, en ese instante, cuando Clare saltó por la borda y yo con el bebé en mis brazos, mi madre ni siquiera había existido. De algún modo, ese pensamiento me reconfortó ahora. Quizá los pensamientos de mi madre habían estado tan centrados en la lealtad a su hermana y a Quebec, que yo tampoco había existido para ella, y lo que nos hizo a papá y a mí tampoco fue intencionado, sino el equivalente del daño que yo le causé a Verity Ann.

Essex apretó un montón de botones en rápida sucesión, y luego abandonó el timón y vino a observar a Joss.

—¿Cómo está? —le preguntó a la doctora.

—Bien, pero me gustaría hacerle una transfusión de sangre genéticamente igual a la suya tan pronto como fuera posible. Le he administrado dos bolsas de tipo universal.

—¿Puede andar? —inquirió.

—No —repuso la doctora al cabo de un momento, como si hubiera considerado seriamente la posibilidad.

—Eso era lo que me temía —comentó Essex, sacudiendo la cabeza—. Si pido una ambulancia, la prensa se enterará del asunto. Oh, bueno, no se puede evitar.

Regresó al timón y apretó unos cuantos botones más, con Beejum que observaba con avidez cada movimiento que realizaba, y la embarcación ganó velocidad. El apagón hacía imposible que calculáramos la distancia a la que nos encontrábamos, pero de

repente, unos metros más adelante, distinguí un grupo de luces.

Essex también las había visto. Bruscamente apagó el motor y comenzó a maniobrar el bote en dirección a las luces. La doctora quitó la bolsa de suero del gancho y la pegó al hombro de Joss. Cerró su maletín y se incorporó. Essex encendió nuestras ocultas luces de posición y guio la lancha hacia el hueco. El muelle se hallaba lleno de gente. El foco de una holocámara se encendió en nuestras propias caras.

—Apague esa luz —gritó Essex—, o le encerraré por violar el oscurecimiento. Y écheme una mano. Llevamos a un hombre herido a bordo.

Mientras el reportero le pasaba la cámara al hombre que tenía al lado, Essex se inclinó sobre Beejum y le susurró:

—¿Quieres ser un espía? Entonces no puedes decirles nada a estas personas. No importa lo que te pregunten. —Me miró—. Mañana ya haremos pública alguna historia ficticia, pero esta noche nos atendremos sólo al «sin comentarios». —Se dirigió de nuevo a Beejum—. ¿Lo has comprendido, Beejum?

Beejum asintió boquiabierto. Essex se quitó la gorra de correos que había estado llevando y se la puso a Beejum. El periodista saltó con agilidad a la cubierta, seguido de dos enfermeros de la ambulancia que llevaban una camilla. Acomodé a Verity Ann en una posición más segura en mis brazos y aferré la mano de Beejum.

—Pase lo que pase, no me sueltes. ¿De acuerdo, Beejum? Me miró con ojos graves.

—Sin comentarios —repuso.

Entre el periodista y Essex alzaron a Joss, lo acomodaron en la camilla y se lo pasaron a los enfermeros del muelle. La multitud se abrió para dejarlos pasar y, después, se cerró incluso antes de que yo hubiera apoyado un pie en el muelle.

—¿Qué sucedió, Ariadne?

—¿La lancha recibió un impacto durante el raid de luz? ¿Se encuentra en situación grave?

Me abrí paso entre ellos con determinación, sosteniendo la mano de Beejum con tanta fuerza que, probablemente, también le estaba despellejando los nudillos. Él protegía su gorra con la otra mano. Verity Ann aullaba, lo cual era estupendo, ya que me impedía escuchar la mitad de las preguntas.

Para cuando los niños y yo llegamos a la puerta de la

ambulancia, Joss ya estaba conectado a una bolsa de sangre de su tipo. Miles Essex, que no paraba de repetir una y otra vez «sin comentarios», nos metió dentro y cerró las portezuelas.

Verity Ann lloró todo el trayecto hasta el Emperatriz y hasta la suite del príncipe. Se paró en seco cuando vio la habitación cubierta de espejos con su llamativa cama y sus cortinajes de color púrpura. Aproveché el momentáneo silencio y se la pasé al agente de Scotland Yard que nos había abierto la puerta, le dije a Beejum que me esperara, y seguí a Miles al cuarto interior.

Estaba atiborrado de terminales y pantallas y gente que supuse que eran agentes. Miles Essex me indicó que me dirigiera a una puerta situada en el otro extremo.

—Está allí —explicó, y se detuvo para observar una de las pantallas. Capté un vistazo de una escena de cruceros y agua tomada por unos sensores infrarrojos—. ¿Han encontrado algo ya? —le preguntó Essex a la mujer que había ante la pantalla; ésta negó con la cabeza.

Joss se hallaba en una habitación que había sido precipitadamente arreglada para contener una cama con un escáner corporal y dos monitores. Recibía sangre y suero a un ritmo regular, aunque aún mostraba una tez del color de las sábanas y tenía dos grandes emplastos de medicina en el cuello.

La doctora y un enfermero me aseguraron que se hallaba bien y que me harían saber si se producía algún cambio. Regresé al cuarto de los ordenadores. En la pantalla, la imagen del crucero había sido reemplazada por una del ferry en el muelle, con periodistas por doquier.

—¿Han encontrado algo? —pregunté.

—No —respondió Miles, cogiéndome del brazo y llevándome al dormitorio de los espejos. Verity Ann estaba dormida en los brazos del agente y Beejum se apoyaba contra sus piernas, con los ojos abiertos a medias—. Tenemos unos dormitorios para cada uno de vosotros en la sexta planta. Jenkins os llevará abajo.

—¡No! —exclamó Beejum con un aullido que despertó a Verity Ann e hizo que empezara a sollozar—. Quiero quedarme con Ari —rugió.

—Shhh —dijo Miles—. ¿Ésa es la forma en la que se comporta un agente de Scotland Yard? No, un agente obedecería las órdenes e iría allá donde le indicaran —añadió con firmeza. Una hora antes

eso habría funcionado, pero ahora Beejum, que se colgó de mi mano con tanta fuerza que creí que me la iba a romper, repitió:

—Quiero quedarme con Ari.

—Está bien —comenté en voz baja—. Los niños pueden quedarse conmigo. Esta noche han pasado por muchas cosas, incluso para unos agentes. Lo único que deseo es que veas si me pueden subir una cuna portátil para el bebé.

—En el acto —afirmó Miles, y desapareció en el cuarto de los ordenadores.

Jenkins nos llevó a la sexta planta y nos introdujo en una habitación.

—Creo que ésta es la más grande —comentó. Me dio una tarjeta con una clave fija en la que estaba anotado el número del cuarto—. Comprobaré los otros dos dormitorios para ver si hay alguna cuna.

—Salió al pasillo.

Deposité a Verity Ann en la cama y la tapé con el cubrecama. Se quedó dormida al instante. Observé el cuarto. Se parecía más a lo que yo había esperado para una habitación del Emperatriz, que el dormitorio rococó del príncipe. Tenía un techo alto y una mullida moqueta. Resultaba claro que el mobiliario era del siglo veinte: una cama con colchón, dos sillas cómodas y una pequeña mesa en un rincón que le daban el efecto de un saloncito; un baño grande con paredes laminadas de madera y una bañera que invitaba a meterte en ella, aunque sabía que probablemente había racionamiento de agua. Había un terminal en la pared al lado de las sillas y una holopantalla sobre la cama.

El agente regresó.

—He encontrado esto —dijo, trayendo ropa cuidadosamente doblada, unos pañales y una vieja mochila que tenía una correa rota y ofrecía el aspecto de que hubiera sufrido uno o dos raids de luz.

—¡Mis cosas! —exclamó Beejum, y se lanzó sobre ellas.

El terminal de muñeca del agente comenzó a sonar. Lo contempló y anunció de inmediato:

—Haré que le envíen una cuna desde recepción —y se marchó antes de que yo pudiera preguntarle lo que habían encontrado.

Sabía lo que iban a encontrar. Sólo esperaba que también hubiera tenido éxito en matar a Clare con su mortífero brazalete. De repente me sentí tan cansada que apenas podía tenerme de pie.

—¡Esto es fantástico! —exclamó Beejum. Había volcado el contenido de su mochila sobre el suelo y rebuscaba entre todo el desorden. La mayoría de las cosas eran pertenencias que reconocí de la casa de la señora Ponsonby: un cuchillo de mesa, una linterna y una caja de rotuladores de colores. Los restos de una vieja barra de algarrobo estaban mezclados con los juguetes y las ropas arrugadas, y se veían manchas de la barra en unos pijamas no demasiado limpios.

Miré entre la ropa que nos había traído el agente. En su mayoría eran cosas de bebé, aunque había una camisa larga y suave que podía usar como camisón y alguna ropa interior. No había nada que le fuera a Beejum. Le miré, pensando que nos las tendríamos que arreglar con los pijamas manchados. Se había quedado profundamente dormido sentado en el suelo, con la cabeza inclinada sobre su mochila abierta.

Lo cogí en brazos y lo puse en la cama; le quité los zapatos y los calcetines y saqué las sábanas y el cubrecama de debajo de su cuerpo. Se agitó un poco cuando lo tapé; luego se metió el pulgar en la boca y volvió a quedarse dormido.

Empujé la cama contra la pared para que no se cayera y miré a Verity Ann. Parecía que el agente se había olvidado de la cuna. Tendría que llamar a la gobernanta del hotel, pero no sabía si me mantendría despierta hasta que la trajeran. Tampoco podía dejar que Verity Ann compartiera una cama con nosotros llevando única mente un trozo de lana como pañal. Me arrodillé al lado de la cama y la cambié a un pañal de verdad, al tiempo que la metía en un camisón demasiado grande, con la esperanza de que no se despertara. No fue necesario que me preocupara.

Me desnudé, me puse la camisa y me eché a su lado, envidiando su capacidad de bebé de quedarse dormida en el acto sin importar las circunstancias, y yo misma me quedé dormida en el acto.

del Victoria HourlyProvince

«¡Lo supe entonces!» La madre de evacuación
fue como una verdadera madre para Ariadne

«Ariadne fue como una hjja para mí», dijo la residente de Victoria, Ella Ponsonby, en una entrevista exclusiva al *Hourly*

Province. «Recuerdo la primera vez que la vi, una jovencita asustada y temerosa. Yo ya tenía más niños evacuados de los que podía atender, pero no obstante la acepté, y todo por la bondad de mi corazón.»

La señora Ponsonby hizo de madre para la heroína de guerra, la helena Ariadne, y para cinco niños más, durante más de un año en su casa ahora destruida. «Me ofrecí voluntaria para ayudar con el cobijo de los niños el mismo día que se inició la guerra. Consideré que era mi deber patriótico con nuestros aliados, los Estados Occidentales.»

Ha pagado un precio muy elevado por ese patriotismo. La semana pasada, su casa estalló en lo que la señora Ponsonby está convencida de que fue un acto de sabotaje. «Esos quebequenses quisieron vengarse de mí por ayudar a los Estados Occidentales», comentó.

Cuando se le preguntó cómo era su famosa protegida, la señora Ponsonby respondió: «Una joven muy dulce, aunque algo volátil. Cuando se marchó de esa forma, sin siquiera despedirse, me quedé muy preocupada. Por supuesto, ni por un instante soñé que estaría envuelta en todas estas cosas de espionaje, y ahora han matado a su madre y ella ha quedado huérfana. Ah, bueno, por lo menos me tiene a mí.»

20

LOS bebés y los niños de seis años tienden a estar completamente despiertos a las seis de la mañana, con los ojos brillantes e imposiblemente alegres, pese a todas las circunstancias. Pedí un suculento desayuno, y luego traté de llamar al cuarto de ordenadores en la suite del príncipe. Mientras estaba intentándolo, Essex llamó a la puerta.

Aún vestía las ropas que llevaba en la lancha, y parecía extenuado.

—Pedí a la cocina que me lo notificaran tan pronto te despertaras. Tengo que decirte algo.

—¿Joss está bien? —pregunté. Había dejado a Verity Ann y a Beejum dibujando en los papeles de cartas del hotel con los rotuladores de Beejum, pero los dos alzaron la vista en cuanto formulé esa pregunta, y Verity Ann dio la impresión de que estaba a punto de ponerse a llorar.

—Joss se encuentra bien. La doctora tuvo que atiborrarle de emplastos sedantes para impedir que se levantara. —Dejó de hablar y recorrió la habitación por dos veces antes de proseguir—. En realidad, me habría gustado que no estuviera tan sedado. Creo que me vendría bien su ayuda en esto. —Se detuvo y miró con expresión desdichada a los niños, como si deseara pedirles que salieran de la habitación, y luego anunció—: Hemos encontrado el cuerpo de tu madre.

Yo lo había sabido todo el tiempo, por supuesto, pero eso no hacía que resultara más fácil de escuchar. Me senté en la cama.

—¿Qué la mató? —inquirí, aunque también lo sabía.

—Parece que se ahogó —repuso, y me miró con gentileza, como

si quisiera decir: «¿Ves?, después de todo, tú no la mataste»; pero, claro está, eso sólo significaba que la explosión del brazalete la había dejado inconsciente. En el agua.

—¿No encontrasteis el cuerpo de Clare?

—Encontradnos a Clare —respondió despacio—. Seguía en el agua; en realidad, muy cerca de donde cayeron. La encontramos una hora antes de que amaneciera.

—Aún está viva —comenté, y volví a desear haberla matado con el brazalete. En vez de a mi madre.

—No —dijo, y en su voz no había ni un rastro de emoción—.

Quedó muy claro que no había sido capaz de establecer contacto con su gente o de proporcionarle alguna información sobre los bíos.

Alguien llamó a la puerta, pero ninguno de nosotros hizo ademán de ir a abrirla. El atractivo rostro de Essex no dejaba entrever ninguna emoción y, por primera vez, vi cómo sería cuando fuera rey.

—Era esencial que mantuviéramos los bíos en secreto —añadió.

—Servicio de habitaciones —comentó alguien desde el otro lado de la puerta, y siguieron más llamadas.

Me acerqué a la puerta y dejé pasar al camarero, le observé extender un mantel sobre la mesita y retirar las cubiertas de acero inoxidable de los huevos y de los cereales, mientras intentaba asimilar el hecho de que la habían matado, de que la habían ejecutado como una espía, allí mismo en la lancha, una hora antes del amanecer. El camarero dejó una tetera con manzanilla sobre la mesa y se marchó. Cerré la puerta a su espalda.

—No fue capaz de contactar con otros agentes para revelarles que los bíos se encontraban en Victoria —dijo—. Nos aseguramos de ello antes de ejecutarla. Tenemos la intención de filtrar la noticia de que se fugó y se halla escondida en alguna parte. Hemos de disponer de todo el tiempo que sea posible para sacar los bíos de Victoria y ponernos a producirlos antes de que Quebec se dé cuenta de que su agente no está en posesión de ellos.

Mientras hablaba, yo había estado colocando a Beejum de forma mecánica ante la mesa. Le serví un poco de chocolate caliente y le di un plato con huevos revueltos y una tostada. Senté a Verity Ann sobre una silla, le pasé una servilleta alrededor del cuello y otra alrededor de la cintura, y empecé a alimentarla con cereales.

—¿También tuvisteis que ejecutar a mi madre? —pregunté.

—No, Ariadne —comentó con suavidad—. Ya te lo dije, se ahogó. Su cuerpo fue arrastrado a la playa antes de que pudiéramos localizarla con los detectores submarinos.

Éstas eran las malas noticias para las que había estado buscando un modo de comunicármelas, aunque lo que le sucediera al cuerpo de mi madre no parecía tener ningún efecto en mí, por lo menos no ahora. Me pregunté cómo habrían ejecutado a Clare, y se me ocurrió que, sin importar el método que hubieran empleado, se lo merecía.

Él estaba esperando que yo respondiera de alguna forma a esas noticias, y yo no tenía la menor idea de lo que quería que dijera.

—¿En la playa? ¿En Victoria? —pregunté de forma vaga. Asintió con gesto sombrío.

—El cuerpo fue divisado por los pasajeros del primer ferry, en el que iba un periodista del *Post-Gazette*.

Ahora lo comprendía. La prensa había visto el cadáver de mi madre, y ya no quedaban muchas esperanzas de mantener en secreto que los bíos habían desaparecido.

—¿Qué vais a hacer? —inquirí.

—No lo sé. Habíamos inventado una historia que justificaba que nosotros nos encontráramos en la lancha y que Joss resultara herido. Tú intentabas buscar a los chicos, que se habían fugado del centro de evacuados.

—No le contarías eso a la prensa, ¿verdad?

—Gracias a Dios, no. íbamos a comunicarlo esta mañana. Ahora tendremos que pensar en otra. No resultó fácil inventar una historia plausible.

—No —admití, pensando en la huida de Clare, la explosión en la Hydra Corp, mi supuesta cita romántica con el príncipe y ahora esto, Joss herido y mi madre muerta, mientras la prensa se mostraba decidida a averiguar lo que estaba pasando.

No estaba segura de que algo que no fuera la verdad les convenciera.

—La clave —continuó, y pude ver por la expresión de su rostro que éstas eran las malas noticias que había relegado hasta ahora —es que necesitamos tu cooperación en la historia que contemos. —Tomé un sorbo del chocolate de Beejum para fortalecerme y deseé que fuera granza—. Hemos de crear una historia que no sólo

engañe a la prensa, sino a los quebequenses, y eso significa que tu madre ha de ser una heroína.

—¿Una heroína? —repetí atontada, y bebí otro sorbo de chocolate.

Beejum se quejó, y le serví otra taza.

—Si tú estás viva, tu madre muerta y Clare desaparecida, ¿cuál es la conclusión obvia a la que llegarán los quebequenses?

—Que Clare también está muerta y que los bíos están en nuestro poder —repuse, y entonces se me ocurrió otra cosa—: Descubrirán que tú y Joss sois de Scotland Yard.

—O, como mínimo, que somos espías. —Descartó eso con un encogimiento de hombros—. No se puede evitar. No importa qué historia contemos, no podremos impedir que lo descubran. Lo único que podemos esperar es que Quebec piense que Clare escapó con los bíos. Clare intentó coger los bíos de Medea, pero ella se negó a cooperar, así que Clare te secuestró, con la intención de usarte como señuelo. Al parecer, Medea aceptó seguir el plan pero, en el último minuto, realizó un intento heroico por rescatarte. Consiguió hacerte llegar a salvo a la lancha y enviarte en busca de ayuda, pero, para cuando tú regresaste con nosotros, ya era demasiado tarde.

Bebí el chocolate tibio, pensando en cómo aceptaría la prensa esa historia. Todos habían creído la historia sobre la fuga de Clare y el sufrimiento silencioso de mi madre en la cárcel; quizá estuvieran más deseosos de considerarla una heroína ahora que estaba muerta, pero la historia dejaba muchas cosas fuera.

Para empezar, ¿por qué abandoné a mi madre para que la mataran? El ir en busca de ayuda no era una respuesta demasiado aceptable, aunque supuse que podíamos declarar que yo tenía que proteger a los niños. Pero, ¿qué hacían ellos en la lancha? ¿Y qué hacíamos con mi tan aireada cita con el príncipe? Si él era de verdad un agente de Scotland Yard, entonces, ¿por qué vine en primer lugar a Victoria? ¿Sólo para ser un material adecuado de secuestro? La historia parecía llena de lagunas que se harían muy evidentes en cuanto uno de nosotros empezara a hablar con la prensa; y, por ese entonces, ya sería demasiado tarde.

—¿Estás seguro de que…? —pero Essex ya se había puesto de pie y se marchaba.

—Los ordenadores se encuentran en estos momentos

completando la historia —dijo—. Se lo hemos notificado a tu padre, por supuesto. No queríamos que leyera lo de la muerte de tu madre en los periódicos, pero querrá hablar contigo. —Indicó el terminal de la pared—. Hemos establecido una línea directa con tu ordenador en la Hydra Corp. Sólo has de teclear minerva para disponer de acceso.

—De acuerdo —comenté, deseando poder decirle algo para que se sintiera mejor. Algo que me hiciera sentir mejor a mí. Que ayudara a que Joss se sintiera mejor cuando despertara y descubriera que su historia ya no servía—. Mira, Min es una computadora inteligente de verdad. Quizás a ella se le ocurra algo que no os involucre a ti ni a Joss.

—Si quieres, inténtalo, por supuesto —aceptó con poco entusiasmo, y se marchó, prometiéndome que tan pronto Joss se despertara me lo haría saber.

Terminé de darles el desayuno a los niños y le di un baño rápido a Verity Ann para limpiarla de cereal. Los metí en la cama con la holopantalla mostrando dibujos animados, llamé el enlace de Min y le pregunté si la línea era segura.

—He añadido mis propias medidas de seguridad a las líneas de comunicación de Scotland Yard —repuso Min—, Una codificación en navajo. ¿Qué es tan importante?

Estaba claro que ni siquiera debía preguntarle si estaban activados sus intuitivos.

—Tenemos un problema terrible, Min —indiqué, y pasé a contarle lo que había sucedido, tomándome el tiempo suficiente para no obviar nada, porque sabía que los detalles eran los que nos podían hacer fracasar.

Cuando finalicé de explicarle la historia que había creado Essex, comentó:

—Beejum sería capaz de inventar algo mejor.

—Lo sé —afirmé—. Y tú también, pero has de hacerlo antes de que el ordenador de Scotland Yard se la pase a la prensa. Puedes enlazar directamente con el ordenador de ellos, ¿verdad?

—Puedo contactar directamente con cualquier ordenador —indicó Min—. Su padre quiere hablar con usted.

Me estaba temiendo eso.

—Espera un minuto —pedí, y fui a coger a Verity Ann. La senté en mi regazo delante de la pantalla. Se la quedó mirando igual de

absorta que a los dibujos—. Pásamelo.

—Le he llamado —comentó Min, lo que significaba que *ella* había decidido que él deseaba hablar conmigo, pero no le dije nada. Yo necesitaba hablar con él.

Apareció papá, una voz áspera que me preguntó si me encontraba bien, y descubrí que estaba a punto de ponerme a llorar.

—Mamá ha muerto —anuncié.

—Lo sé —dijo él—. El príncipe me llamó esta mañana. —Me hubiera gustado verle el rostro. Sonaba tan frágil y cansado—. Cuando le pregunté cómo había muerto, me contestó que mientras intentaba salvarte la vida. ¿Es eso cierto, Ariadne?

Debido a que no podía verle, la imagen que no paraba de venirme a la mente era la de él sentado en su sillón aquella primera tarde que llegué a la Hydra Corp, con el sol poniente iluminándole la cara mientras me miraba desconsolado y me pedía que me fuera.

—No, papá —respondí con tristeza—. Intentaba salvar a Clare.

Hubo una pausa; luego dijo:

—Lo sabía. Lo supe el primer día, cuando la casa fue atacada por los láser, pero me negué a admitirlo. Casi hago que te maten antes de aceptarlo, Ariadne.

—Voy a volver a casa, papá —comenté, sintiéndome como Essex al comunicar las malas noticias de una en una—. Voy a llevar el cuerpo de mamá a casa. Hemos de fingir que fue una heroína para proteger los bíos. —No repuso nada y, al cabo de un minuto, añadí—: Sé que es duro, papá.

—No lo es, ¿sabes? —habló, y en su voz percibí un eco de mi antiguo padre—. Ahora que se ha ido, todo resulta fácil. Sé exactamente lo que tengo que hacer. He presentado mi dimisión como jefe de Seguridad. He pedido trabajar en la reconstrucción de la Hydra Corp. No un trabajo de guerra, nada que requiera una autorización de seguridad, sólo construcción.

—No tienes que hacer eso, papá —comenté.

Entonces, por primera vez, se me ocurrió que la insistencia de Essex en esa historia imposible podía deberse, en parte, a su deseo de protegernos a nosotros, de forma que no tuviéramos que abandonar la Hydra Corp, el marido sospechoso y la hija de una traidora.

—Sí —afirmó, y se pareció más que nunca a su antiguo yo—.

No se puede confiar en mí, Ariadne. En ti sí. Por alguna razón, a pesar de tus padres, nunca parece que pierdas de vista lo esencial. Yo lo hice. Perdí todo de vista salvo el desear mantener a tu madre a mi lado. Perdí todo lo demás de vista. ¿Puedes comprenderlo, Ariadne?

Recorrí con el dedo el vendaje de la mano de Verity Ann, el vendaje que tenía porque yo había perdido de vista todo salvo la urgencia de quitarle el brazalete.

—Sí, papá —respondí.

Hablamos un poco más, completando los preparativos para que yo regresara con el cuerpo, y luego Min reapareció en la línea.

—¿Qué me dice de los niños? —preguntó, sin preámbulo alguno.

—Me los llevaré conmigo a la Hydra Corp —dije—. No quiero que tengan que volver a tratar con ninguna señora Ponsonby.

—¿Quiere también llevarse consigo a Joss Liddell a la Hydra Corp? Ojalá pudiera, pensé, pero eso resultaba del todo imposible, por lo menos hasta que no terminara la guerra. Ni siquiera Min podría inventarse una historia que le permitiera acompañarme cuando me llevara el cadáver de mi madre a la Hydra Corp. Cuantas menos conexiones hubiera entre nosotros, menos sospechas se levantarían.

Lo que significaba que quizá no volviera a verle nunca más.

—Lo importante es que nadie descubra que él y Miles Essex son agentes de Scotland Yard, así podrán continuar siendo agentes —repuse, y deseé haber sonado más convencida.

Tan pronto como Min cortó la comunicación, llamé a la suite del príncipe, donde me informaron que la condición de Joss era «buena», pero que aún seguía durmiendo. Quería comprobarlo por mí misma, pero Beejum aún estaba en pijama y Verity Ann parecía que fuera a dormir su sueño matutino en cualquier momento.

Si Chilkie hubiera regresado, le habría podido dejar a los niños durante un rato para correr a verle. Pero no estaba aquí. El agente de Scotland Yard de la noche anterior me dijo que se encontraba en la casa de la señora Ponsonby, ayudando a localizar el tanque séptico, y se ofreció a cuidar a los niños por mí, pero Beejum comentó en voz alta:

—Quiero ir contigo. —Lo que hizo que Verity Ann se pusiera a berrear de nuevo, así que se lo agradecí pero le dije que no.

Llamé a la gobernanta y encargué una serie de cosas, empezando por la cuna portátil que nunca había llegado e incluyendo ropa para todos nosotros y juguetes para los niños.

Era mediodía cuando llegó la ropa. Por aquel entonces, habíamos dado un paseo por el pasillo y jugado a unos juegos en el ordenador. Min se había puesto en contacto conmigo varias veces para preguntarme algunas cosas sobre lo que debía y no debía saber la prensa, lo que me hizo sentir un poco útil, y el agente se había asomado para preguntarme si quería que nos trajera algo.

Le comenté que a todos nos estaba entrando la fiebre del refugio y si nos hallábamos confinados a la sexta planta. Dijo que no, pero que nos quedáramos en el hotel, de modo que cuando llegó la ropa —unos pantalones pasables para Beejum y una falda y chaqueta discretas de color azul para mí — le comuniqué que bajaríamos a almorzar.

Y a ver a Joss, aunque no se lo dije a los niños, ya que Verity Ann se mostraba irritada porque tenía hambre. Sencillamente los subí hasta la suite del príncipe, se los solté al agente que los había cuidado la noche anterior y entré. Joss tenía casi el mismo aspecto, aunque su tez mostraba un poco más de color y le habían quitado el suero.

—Va mejorando. Antes se despertó —indicó la doctora. Vio que observaba los emplastes que llevaba al cuello—. Cuando se despierta, insiste en levantarse.

—¿Cuánto tiempo permanecerá así?

—El médico que le está atendiendo lo quiere en cama hasta mañana —repuso, y se encogió de hombros; supuse que eso significaba que lo mantendrían sedado hasta entonces.

Ni siquiera podría llegar a hablar con él antes de marcharme.

Cogí su mano inmóvil.

—Joss —comenté—, desean que regrese a la Hydra Corp con el cadáver de mi madre, y no sé cuándo te volveré a ver.

—¡Devuélveme eso! —rugió Beejum desde la otra habitación, seguido por un aullido espeluznante que sólo podía proceder de Verity Ann.

—Te amo —dije, soltando su mano para ponerme de pie—. Adiós, Joss —musité, y le di un beso en la frente.

—¡Es mía! —gritó Beejum.

Salí a toda prisa de regreso al dormitorio real, donde el agente y

Beejum intentaban que Verity Ann soltara la gorra de correos de Essex.

—¿Tienes hambre, Verity Ann? —pregunté vivamente—. ¿Quieres comer algo?

Alargó de inmediato los brazos hada mí. Beejum se lanzó sobre la gorra y se la plantó en la cabeza.

—Es mi sombrero de espía —comentó a la defensiva—. Ella no es una espía.

—Los dos tienen hambre —me disculpé con el agente, sacándolos a los dos fuera de la suite antes de que me ordenara que no los volviera a llevar—. Ahora vamos a tomar un buen almuerzo al restaurante —comenté con alegría, metiéndolos en el ascensor—. Se llama el Café del Jardín, y tienen unas cosas maravillosas para comer.

—¿Qué? —quiso saber Beejum. El ascensor se abrió al vestíbulo.

—Tendremos que leer el menú para averiguarlo. Hay todo tipo de cosas.

—¿Es ése? —preguntó Beejum, soltándome la mano para señalar el Bar Bengalí.

—No —repuse—. Está… —Y de repente me vi rodeada de periodistas.

—¿De verdad ha muerto su madre, Ariadne?

—¿Qué estaba haciendo en Victoria?

—¿Es cierto que era una espía que regresaba a Quebec?

—Yo… por favor… —dije, intentando llegar hasta Beejum. Cuando el agente me comentó que no dejáramos el hotel, yo había supuesto que los periodistas no tenían acceso a él. Debí haberlo sabido.

Beejum estaba siendo conducido al Bar Bengalí por dos periodistas que se inclinaban sobre él con unos micros.

—¿Dónde conseguiste esta gorra estupenda? —le preguntaba uno de ellos.

Oh, no, resultaba imposible imaginar lo que respondería. La casa, los bíos, Clare.

—¡Beejum! —grité, pero él ni siquiera alzó la vista.

Sin embargo, sí lo hicieron el resto de los periodistas, y parecieron comprender al unísono que era más factible que Beejum les revelara algo antes que yo. Lo rodearon antes de que me resultara posible llegar hasta él, con las holocámaras preparadas,

los micros plantados ante su cara, y el periodista que le había preguntado sobre la gorra inquirió con claridad;

—¿Qué ocurrió anoche?

Beejum se acomodó la gorra en un ángulo ladeado, más estilo espía, y cruzó los brazos sobre el pecho. —Sin comentarios —respondió.

Los periodistas rugieron. Decidí no abusar más de mi suerte. Me abrí camino entre ellos, cogí con fuerza la mano de Beejum y dije:

—Mi madre acaba de morir. Estaré complacida en celebrar una rueda de prensa esta tarde, pero ahora quisiera que los niños almorzaran. Han pasado por muchas cosas. —De repente sentí que se me quebraba la voz—. Todos hemos pasado por muchas cosas.

Jamás lo habría creído, pero todo el grupo se apartó en silencio y nos permitió atravesar el vestíbulo hacia el café. Sólo cuando nos sentamos a una mesa para cuatro, con Verity Ann acomodada sobre una silla alta, me di cuenta de que las lágrimas resbalaban por mi cara.

—¿Cómo estuve, Ari? —preguntó ansioso Beejum.

—Muy bien, cariño —le dije, secándome las lágrimas con la servilleta—. Fantástico.

Pareció aliviado.

—El príncipe me pidió que dijera: «Sin comentarios», y eso es lo que hice.

—Ciertamente que lo hiciste —asentí—, y pienso contárselo al príncipe en cuanto le vea. —Abrí mi menú—. Vamos a pedir algo especial para festejarlo. Tienen pescado con patatas fritas y… —El menú era incluso más escaso que la primera vez que comí aquí. Con Clare. Aparté ese pensamiento de la cabeza—. ¿Qué te parece pesca do con patatas fritas?

Pedí eso para Beejum, el plato especial del día para mí, y un huevo escalfado con una tostada para Verity Ann; también pregunté si le podrían traer unas galletas mientras esperábamos.

—Tomaremos postre —le comenté con júbilo a Beejum— para celebrar lo buen espía que eres. Te traen los postres a la mesa en un carrito, y puedes elegir el que más te guste. Tienen tarta de frambuesa y…

Tarta de frambuesa. Había pedido eso el día que comí con Clare. El día que me convencí de que mi padre estaba muerto, cuando hui de regreso a casa. Y él no había estado muerto, pero las

cosas se habían desarrollado incluso peor de lo que yo imaginara. Recordé estar de pie en los escombros de nuestra casa, y que Joss me encontró…

—¿Está ocupada esta silla? —preguntó Joss, apartando migas de galleta del asiento vacío. Todavía llevaba la cabeza vendada, pero me sonreía.

—¿Puedes estar de pie? —quise saber, tratando de ignorar la felicidad que me embargó al verle. Me incliné hacia él y le susurré —:

¿Y aquí abajo? Hay reporteros por todas partes.

—Lo sé —comentó despreocupado—. Me rodearon en el vestíbulo, de lo contrario habría llegado a tiempo para pedir con vosotros.

El camarero reapareció trayendo nuestros platos.

—Pescado con patatas fritas, ¿eh, camarada? —le dijo Joss a Beejum—. Pediré lo mismo. Y un poco de manzanilla. Todavía estoy un poco mareado. —Se llevó la mano a la cabeza.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. —Cortó el huevo escalfado de Verity Ann—. Esa maldita doctora me metió tantos sedantes como para derribar un satelbat. Creo que quería que durmiera un año entero, y lo hubiera hecho, sólo que escuché que un ángel decía: «Te amo, Joss», y luego ese terrible griterío —señaló a Beejum con el tenedor.

—Me cogió la gorra de espía —explicó desafiante Beejum—. Tengo que llevarla si voy a ser un espía.

—Cierto, muchachote, y te agradezco que me despertaras. Conseguí despejarme lo suficiente como para quitarme unos cuantos emplastos, y aquí estoy. —Colocó un trozo de huevo en una cuchara y se lo metió a Verity Ann en la boca.

Contemplé la especialidad del día. Era salmón en conserva sobre una hoja de lechuga, lo mismo que pidiera el día que almorcé con Clare, el día que creí que mi padre estaba muerto. Y ahora quien de verdad estaba muerta era mi madre.

Joss apoyó su mano sobre la mía.

—Sé que es duro, Ari. Lamento no haber podido estar contigo.

—Yo la maté —dije—. Yo arrojé el brazalete al agua.

—¿Sabías que el plan original era que Clare te secuestrara aquí en Victoria? Medea y Clare iban a montar su número de la

científica fugada, coger los bíos, y luego vosotras tres ibais a regresar a Quebec. Y pensaban prepararlo todo para que tu padre fuera acusado de traición por el sabotaje y la memoria faltante. Lo que ocurre es que apareciste tú y las detuviste.

—¡Huau! —exclamó Beejum, con la boca llena de patatas—. No sabía que tú también fueras una espía, Ari.

—Y una gran espía. Te salvó la vida. Y la de Verity Ann. Y no sólo estoy hablando del brazalete. Después de que Clare te secuestrara, pretendía volar la casa de la señora Ponsonby y a todo el mundo dentro de ella para cubrir tu desaparición. Se lo contó a Miles y al gobierno de Victoria anoche. Como resultado de ello, Victoria ha decidido finalmente entrar en la guerra a nuestro lado.

—Me palmeó la mano—. Sé que esto no hace que las cosas ahora sean más fáciles, pero, cuando ya no duela tanto, te ayudará.

El camarero vino con el plato de Joss y la manzanilla. Joss pidió que trajeran el carrito de las tartas, me sirvió una taza de manzanilla y me obligó a beberla.

—Tenemos mucho que hacer esta tarde —comentó mientras el camarero traía el carrito—. Min se ha inventado una historia devastadoramente buena, y todos vosotros debéis cooperar para que funcione.

—¿Puedo tomar yo también un poco de manzanilla? —preguntó Beejum.

—No, lo que necesitas es una porción de tarta de frambuesa.

Hizo que el camarero le cortara un trozo enorme a Beejum y uno pequeño a Verity Ann, y no protesté a pesar de saber que se llenaría de frambuesas de la cabeza a los pies. Joss había aparecido y, de repente, los recuerdos dolorosos hacían menos daño. La próxima vez que comiera en el Café del Jardín ya no recordaría a Clare. Recordaría esto, Beejum aferrándose a su gorra con una mano y comiendo tarta con la otra, el rostro de Verity Ann una mancha roja, y Joss que, de algún modo, conseguía no quitar su mano de la mía.

—¿Preparados? —preguntó, intentando infructuosamente limpiarle la cara al bebé y alzándolo de la silla—. Será mejor que os preparéis. Nos marchamos a la Hydra Corp esta misma tarde.

—¿Nosotros? —inquirí.

—Te contaré la historia que ha creado Min cuando lleguemos arriba —comentó, apoyando la mano sobre el hombro de Beejum

—. Hasta entonces, seguidme.

Los periodistas esperaban de nuevo en el vestíbulo. Apreté con más fuerza la mano de Beejum, pero ni siquiera intentaron formularle preguntas. Ni a mí.

—¿Cuándo sucedió todo esto? —inquirió el periodista del *Enquirer* a Joss, y me pregunté de qué estaría hablando.

—En el momento en que la vi —repuso Joss.

—Supongo que eso significa que abandonará el trabajo con el príncipe.

—Ya lo dejé —corrigió Joss con una sonrisa—, y ésa es una forma educada de exponerlo.

—¿Fue él el causante del vendaje que lleva puesto?

—No. Eso fue una cortesía del enemigo de ustedes y mío, Quebec.

Todo el tiempo había estado avanzando sin esfuerzo en dirección a los ascensores, con una fascinada Verity Ann en sus brazos. Apretó el botón para abrir la puerta y entramos. Empecé a pronunciar nuestra planta, pero Joss sacudió la cabeza.

—Beejum —susurró—; cuando te lo diga, grita seis con todas tus fuerzas. —Dejó a Verity Ann en el suelo, en un rincón del ascensor.

—Usted le ha robado la novia al príncipe —comentó el periodista del *Enquirer*—. ¿No le preocupa que él vuelva a robársela?

—¿Qué? —pregunté, sin saber lo que sucedía.

—Ahora —musitó Joss, y me cogió entre sus brazos.

Beejum aulló:

—¡Seis!

—Te dije que Min se había inventado una buena historia —indicó Joss, besándome.

Prácticamente, los periodistas se mataron tratando de enfocar sus cámaras antes de que la puerta se cerrara. Por lo menos, eso supongo. No estaba prestándoles mucha atención. Ni siquiera me enteré de que la puerta se había cerrado y vuelto a abrirse hasta que Beejum dijo:

—Ésta es nuestra planta. Lo hice bien, ¿eh?

—¿Qué tal lo hice yo? —preguntó Joss en voz baja.

—¿Cuál es, exactamente, la historia de Min? —quise saber,

incapaz de dejar de sonreírle.

Verity Ann se arrastraba fuera del ascensor por sus propios me dios. Beejum trató de alzarla en sus brazos, utilizando su rodilla para apoyar su trasero envuelto en un pañal.

—Lo haces fantásticamente bien, camarada —afirmó Joss, cogiéndole Verity Ann a Beejum—. Tú viste cuando Clare colocaba la bomba en el Estanque de la Gloria del Alba y te diste cuenta de que era una espía. Intentaste decírselo a tu madre, pero ella no te creyó. Huiste a Victoria para comunicárselo al príncipe, con ella pisándote los talones. Él, siendo el decadente seductor que es, no mostró ningún interés en oír tu historia. Lo único que deseaba era llevarte a la cama. Yo, por el contrario, te escuché con mucha atención y simpatía. Llamé a Scotland Yard para advertirles de que estabas en peligro, pero, antes de que pudieran llegar aquí, Clare te había cogido en sus garras.

—¿Cómo lo consiguió? —pregunté, abriendo la puerta de nuestra habitación.

—Secuestró a Verity Ann y a Beejum y los usó como señuelo. Beejum, tú tendrás que contarles a los periodistas que llamaste a Ariadne y le revelaste que habías huido del centro de evacuados.

¿Podrás hacerlo? —Beejum asintió—. Entonces ella te atrapa, y una vez que te tiene en su poder comprende que, en vez de matarte, puede usarte para conseguir que tu madre le revele secretos de guerra. Nada sobre los bíos. A la prensa no se le mencionarán los bíos. —Beejum volvió a asentir con solemnidad. Otro minuto, y se pondría firmes—. Tu madre vino, le dio los secretos y trató de rescatarte.

—En cuyo proceso fue asesinada —añadí—. ¿Por qué Clare no nos mató a todos nosotros?

—Porque yo llegué a tiempo para salvaros, y Miles Essex, furioso de que le arrebatara a su chica, llegó a tiempo para salvarnos a nosotros dos, un rescate claramente de aficionado llevado a cabo por un civil y no por un experimentado agente de Scotland Yard. Clare escapó y, ahora, tiene en su poder los secretos de guerra. Si todo sale según lo planeado, Quebec interpretará que los secretos esos son los bíos, y aguardarán a que Clare aparezca.

—¿Qué hay sobre eso que comentaste en el ascensor acerca de robarle la chica al príncipe? —Pregúntaselo a Min —repuso, pasándome a Verity Ann—. Yo tengo que ir a pelearme con Miles.

—¿Pelearte? —inquirí, y él volvió a emitir esa sonrisa suya que me derrite—. ¿De verdad vas a regresar a la Hydra Corp con nosotros?

—Gracias a la formidable Min, lo haré —contestó, y me besó otra vez—. El beso que te di no formaba parte de la historia.

Me cerró la puerta con firmeza en la cara.

Lavé el resto de la tarta del rostro, las manos y las piernas de Verity Ann y la acosté en la cuna portátil para que echara una siesta. Beejum se dirigió al baño para admirarse con su gorra de espía. Encendí la pantalla.

—Muy bien, Min —comencé—, ¿cuál es esa historia que te has inventado?

Me contó la misma historia de Joss, añadiendo unos pocos detalles y, al mismo tiempo, desplegando un gráfico en la pantalla que mostraba cómo se podía conseguir que la historia cubriera todos los acontecimientos que la prensa ya conocía.

—El ayuda de cámara del príncipe, Joss Liddell, fue herido durante el intento de rescate, y esa herida consiguió que la helena Ariadne descubriera, por primera vez, sus verdaderos sentimientos —recitó Min.

—¿Qué? —pregunté—. Min, suenas como uno de los periódicos.

—Quería que él regresara con usted a la Hydra Corp, ¿no es verdad? —quiso saber, y ni siquiera esperó una respuesta—. Cuando Liddell le informó al príncipe de su intención de casarse con la helena Ariadne, el príncipe despidió a Liddell.

—¿Intención de casarse?

—Liddell le dio un puñetazo al príncipe en la nariz y acompañó a la helena Ariadne a la Hydra Corp, donde fue contratado como ayudante del padre de Ariadne. Más tarde, el príncipe lamentó haber despedido a su amigo y sirviente y aceptó ser el padrino de una maravillosa boda que se celebró una vez finalizada la guerra. La pareja adoptó a dos huérfanos de guerra y vivieron felices para siempre.

—¡Min! —exclamé—. Se suponía que sólo debías pensar en una historia que impidiera que los reporteros descubrieran que Joss y el príncipe trabajan para Scotland Yard. —Y era lo que había hecho, comprendí. El príncipe mantendría su imagen de gran seductor y Joss parecería un mero aficionado. Nadie sospecharía que los dos seguían trabajando juntos—. Min, mi padre dimitió como jefe de

Seguridad. ¿De qué le servirá a Joss ser su ayudante?

—Su padre hará algo más que ayudar a reconstruir la Hydra Corp cuando usted regrese, y aunque no fuera así, Liddell seguirá teniendo acceso a mí. Yo tengo acceso a todo lo que hay en la Hydra Corp, incluidos los tanques de bíos.

—Min, ¿se te ha ocurrido alguna vez que te estás volviendo demasiado intuitiva para ser un ordenador?

La pantalla quedó en blanco.

—Una interferencia provocada por el raid de luz hace que sea imposible que complete su llamada en esta ocasión —informó con voz plana.

—Apuesto a que sí —dije.

Joss llamó a la puerta.

—El viejo Miles tiene la nariz hinchada —comentó, dándose un masaje en la mano cuando le dejé pasar—. Bien, ¿qué te parece la historia?

Traje un trapo mojado del baño para cubrirle la mano.

—¿Cómo ha quedado la nariz de Essex?

—Ensangrentada —repuso con satisfacción—. Pero no está rota.

Justo lo que ordenó Min. La sangre quedará lo suficientemente llamativa en los periódicos.

Le envolví los nudillos con el trapo.

—¿De verdad tuviste que golpearle? ¿No podrías haber empleado sangre falsa o algo parecido? Quiero decir, después de todo, anoche te salvó la vida.

—No había tiempo para arreglarlo. En cualquier caso, le debía una desde aquella noche en la Fiesta. Fue muy considerado por parte de Min el prepararlo. —Me cogió la mano—. Aún no me has contado qué piensas de la historia de Min.

—Creo que quizá sea mejor que papá y yo la desactivemos antes de que sus intuitivos se apoderen de la Hydra Corp.

—Empieza a parecer el oráculo de Delfos, ¿verdad? —comentó—. Pero no lo sabe todo. Primero, la guerra no va a durar tanto como ella cree. Hemos encontrado los bíos, y casi están maduros. Segundo, no va a haber ninguna maravillosa boda una vez termine la guerra.

—Oh, eso ya lo sabía —admití, tratando de aparentar que no me importaba—. Sus intuitivos le han dado tendencias casamenteras, pero tú no tienes…

—Si Min cree que voy a esperar a que termine esta guerra o cualquier guerra para casarme contigo, no tiene intuitivos. Pienso casarme contigo tan pronto lleguemos a la Hydra Corp. De lo contrario, jamás podré concentrarme en ganar esta guerra.

—La interferencia causada por el raid de luz ha pasado —dijo Min, y su pantalla volvió a encenderse—. He hecho preparativos para la boda para el día catorce, un día después de su llegada, capitán Liddell.

—Te dije que se estaba haciendo demasiado inteligente para su propio bien —comenté.

Joss se acercó a la pantalla.

—Min, ¿qué te parecería ser una agente de Scotland Yard?

—Me encantaría, señor —respondió, con un tono de voz patriótico que no sabía que estuviera programada para tener.

—Muy bien. Tu primera orden es presentarte al ordenador de Scotland Yard.

—Sí, señor.

—La segunda es que dejes de espiarnos. Voy a besar a Ariadne, y me gustaría disponer de un poco de intimidad.

—Sí, señor. —La pantalla quedó en blanco.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —pregunté.

—¿Qué? ¿Besarte? Creo que es una idea de primera.

—Me refiero a convertir a Min en una agente de Scotland Yard. Es capaz de apoderarse de los Estados Occidentales. Y de la Commonwealth.

—Ah, pero yo seré su oficial superior. Recibirá órdenes de mí.

—Me rodeó con sus brazos.

—No lo sé —dije—. Ese «Sí, señor» a mí no me pareció como una aceptación a recibir órdenes.

—Tiene determinación. Me gusta la gente con determinación. Quizá debiera contratarte a ti también. Entonces te podría ordenar que dejaras de cuestionarlo todo y que me besaras.

—Sí, señor —acepté.

Fin